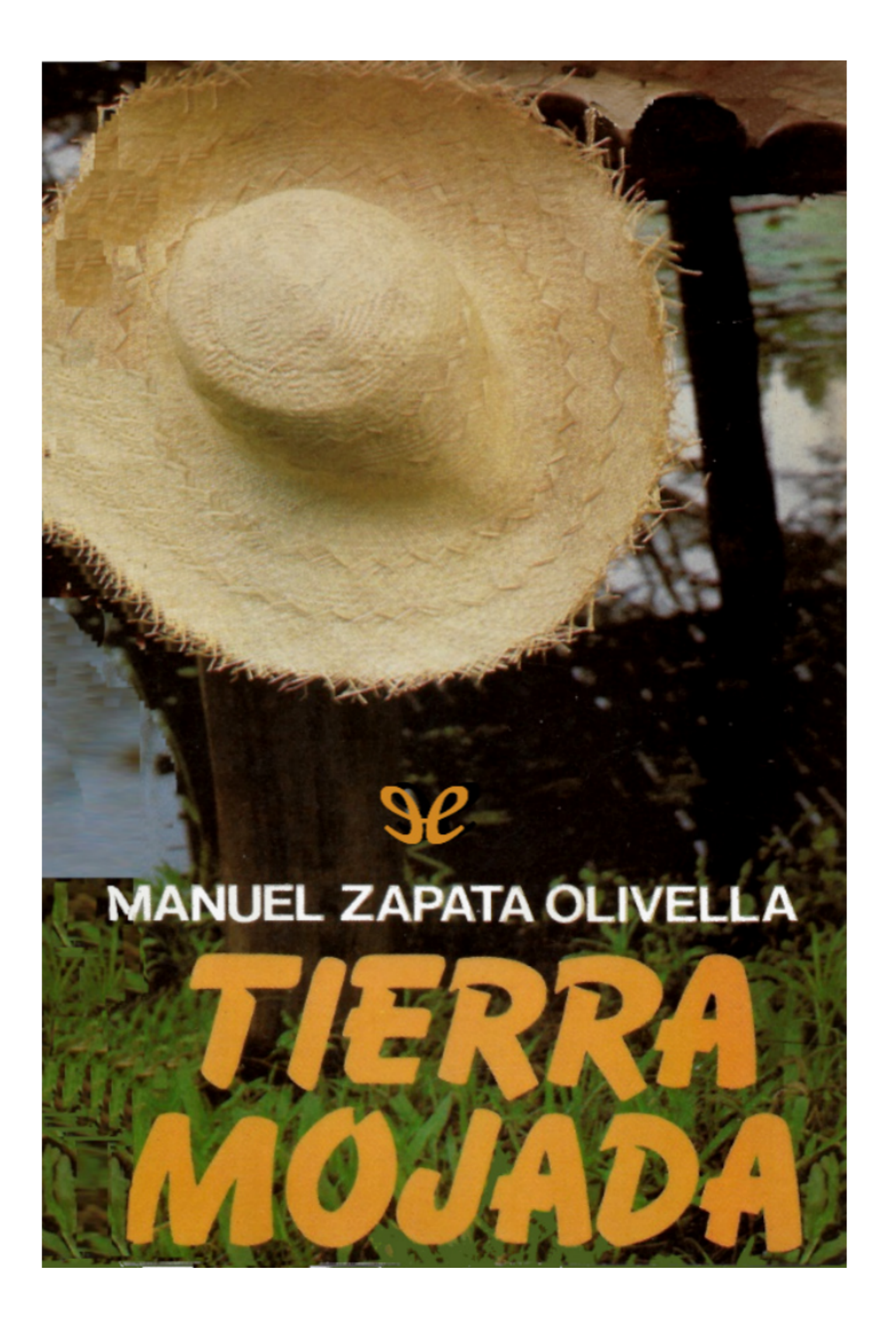

MANUEL ZAPATA OLIVELLA
TIERRA
MOJADA

«El estilo de Zapata Olivella» —escribe Ciro Alegría en la presentación de «Tierra mojada»— es simple y directo y cuadra bien a sus temas. A ratos la construcción falla y avanza a tropezones, pero a guisa de compensación hay un agradable parquedad [...] hay un frascor, estancias de ruda poesía y una entonación negra para ser más exactos, que da a esta obra singular interés. Por su fondo y forma puede ser considerada como uno de los primeros brotes novelísticos de la sensibilidad negra en nuestra América.

Manuel Zapata Olivella

Tierra mojada

ePub r1.0

Titivillus 28.03.2024

Título original: *Tierra mojada*
Manuel Zapata Olivella, 1947
Prólogo: Ciro Alegría

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



PRÓLOGO

Cuando residía en la ciudad de Nueva York, a una cuadra del Parque Central para no olvidarme del milagro cotidiano de la madre tierra, cierto día llegó a tocar a mi puerta un hombre negro. Mi blonda vecina Marie, futura cantante de la ópera, le echó un vistazo aprensivo. Recibí amistosamente a aquel joven de ropa modesta y ojos en los cuales deseaba callar la tristeza. Mi trato pareció alentarlo, y no lo cuento por darme de altruista. Habiendo sido pobre y por añadidura perseguido, oficial o solapadamente, durante buena parte de mi vida, tiendo a fraternizar con los indios, los negros, los judíos y cuanto ser humano ande en la mala por causa de pobreza o injusticia. Mi actitud no es filantrópica. Es de adhesión.

—Quisiera conversar con usted, maestro…

—Con mucho gusto. ¿Y por que me dice maestro?

—Porque yo escribo algo y usted…

Manuel Zapata Olivella extendió su blanca y espaciosa sonrisa negra explicándome que era periodista y «también» había escrito una novela.

Quería hacerme un reportaje y nos sentamos a conversar. Advirtiendo sus gastados zapatos de hombre que ha andado mucho, recordaba el tiempo en que a mi vez comencé, pero allá en el sur, hace años, en el Perú tiranizado y en Chile, «asilo contra la opresión», según el himno que no cantan en vano sus hijos.

Entre pregunta y respuesta, la charla se extendió sobre el rimero de libros y papeles que era mi habitación. Zapata Olivella sabía de libros y, lo que es más importante, conocía la vida. Me fue interesando por su buen temple humano. Salimos a almorzar. Mientras devoraba las viandas con un hambre antigua a la vez que honrosa, me contó los milagros de su existencia. He allí un novelista que era también novelesco.

Nació en la población colombiana de Lorica, en un hogar naturalmente pobre. Al padre le gustaba leer y hasta solía escribir uno que otro artículo, uno que otro cuento. Tal interés en las letras, dicho sea de paso, distingue al pueblo colombiano de la mayoría de sus hermanos del continente, dándole un señalado lugar de espiritual distinción. Pero volviendo a su historia… Se produjo un gran acontecimiento en la familia: El escritor vocacional Zapata, padre, ganó un concurso de cuentos convocado por una revista extranjera[1]. Es decir, eso dijeron los periódicos, pero el triunfador nunca recibió el dinero del premio, que harta falta le hacía, y «ni siquiera tuvo el gusto» —palabras de su hijo— de ver un ejemplar de la revista con el cuento publicado. En fin, Manuel Zapata Olivella fue creciendo entre letras por afición y pobreza por condición, que es una forma de crecer dos veces.

No es extraño que resolviera ser médico. Pero un día cualquiera de 1943, fatigado de estudiar medicina en Bogotá, echose al camino con la intención de ver mundo. No tenía más capital que su voluntad ni más elementos de viaje que sus pies. Zapata atribuye tal decisión a la influencia que ejercieron en su ánimo los libros de Máximo Gorki y otros ilustres andariegos. No trataré de sacarle la idea de la cabeza, pero casi todos los lectores de tales libros se quedan repantigados en sus respectivos asientos. Un novelista es siempre un caminante de almas y regiones, que a veces las explora con sus plantas y otras con la pluma. Muchos hacen ambas cosas y son raros los que, como Balzac, solamente «sentáronse a caminar».

Es así como Zapata Olivella, que ya se tenía conocidos sus lares nativos y la región del Sinú, marchose a la selva amazónica. En el río Meta, un huracán le enseño la forma de mudar casas de una orilla a la otra. Contramarchando hacia el mar, llegó a Buenaventura y, tal había leído en los libros de vagabundos, quiso aplicar el «método del cocinero», o sea, halagar al de un barco invitándole comida y licor para que lo aceptara a bordo. Todo anduvo bien en cuanto a que el cocinero elegido comió y bebió a costa del súbito amigo en un figón del puerto, pero el muy ingrato fue el primero en decir a sus superiores: «Échenle ojo a ese negro, que se quiere colar…». Zapata se fue a Cartagena y logró ser admitido en una chalupa. Las olas del vasto mar lo dejaron en Panamá. No bien llegó al Canal, las tropas yanquis le cayeron

encima por sospechoso, interrogándolo en varios idiomas inclusive en japonés. Al fin lo soltaron convencidas de que era un negro colombiano, pero no muy convencidas de que se tratara de una clase especial de turistas, sin plata y a pie. Zapata siguió andando hacia el norte.

Una noche se perdió en Costa Rica y durmió en la copa de un árbol. La mañana le reveló que a poca distancia comenzaba un pueblo. El sueño le dio otra sorpresa. Solía dormir en un vagón de ferrocarril. Cierta madrugada, llegó un tren y enganchó el vagón, despertando a Zapata en una plantación de banano. Un hecho no menos inesperado, con la diferencia de ser puramente intelectual, fue encontrarse en la pequeña población de Liberia con una gran biblioteca filosófica. De Nicaragua recordaba dos cosas singulares. Tuvo que pagar un impuesto de diez centavos para cruzar un latifundio y rindió homenaje a Rubén Darío durmiendo en el portal de la ruinosa morada, hoy propiedad de Somoza, donde el poeta nació.

¿Cuantas cosas más le ocurrieron? La frontera de Honduras se le mostró hosca de policías. Para sorpresa suya, un grupo de ellos se cuadró y saludó. Zapata llevaba un sombrero de oficial que le habían regalado. Entendiendo, preguntó por las novedades, recomendó mucha vigilancia y siguió adelante. Cruzó el país a pie, porque el único servicio de camiones no le quiso dar pasaje gratuito. En Guatemala fue presentado como boxeador cubano y noqueado al segundo asalto. Los veinte quetzales que ganó le sirvieron para llegar a México.

La sombra del anonimato lo envolvía. Manuel Zapata Olivella: modelo de pintores, ayudante de mecánico, mozo de restorán, portero, empleado de un manicomio (suerte que no lo creyeran merecedor del encierro), anestesista, practicante… El médico y cantante Alfonso Ortiz Tirado lo llevo de interno a su clínica. Desde allí, Zapata salto al periodismo. Fue colaborador de las revistas «Sucesos» y «Así». En «Tiempo» dirigió durante seis meses la sección latinoamericana. Luego tomó la ruta que llevaba a los Estados Unidos.

Nueva York le había de mostrar algo amargo de entrada: Harlem. Y Harlem le había de revelar, a medianoche, el corazón de un poeta. Langston Hughes lo recibió como a un hermano y le cedió

su lecho, durmiendo el cantor negro en una silla. Después, Jorge Lozada le compró un cuento para «Norte». Pero Nueva York es caro y llegaron los días malos. Zapata fue al comedor del Padre Divino y pagaba quince centavos por yantar. Dormía en un hotel donde cobraban cincuenta centavos por noche. Tenía solamente una novela y una esperanza…

El relator alegró su historia con súbitas ráfagas de humorismo y la entristeció con acentos de dolor contenido. Más impresionante fue lo que apenas manifestó, pero pude entrever. Hay algo de veras respetable en el esfuerzo del escritor latinoamericano, frecuentemente pobre, las más de las veces postergado, que se inclina cada día sobre sus cuartillas para dar expresión a su pueblo.

—Tráigame su novela cualquier día —le dije, al despedirnos.

Zapata Olivella no tardo en reaparecer, aquella vez con un fajo de papeles bajo el brazo. En lugar de contarnos sus aventuras de andante, había comenzado por el principio, y la novela «Tierra mojada» se refiere a la región del Sinú, tierra mojada por los ríos y las inundaciones; tierra de arrozales, caimánes y gente de color; de la tierra donde entre siembra y cosecha, la peripecia universal del pobre muestra distintivos brochazos negros.

Zapata Olivella, en tanto corrían los días y yo avanzaba en la lectura, se asomaba para informarse de mi opinión y fuimos discutiendo su novela «Había madera», según el dicho. Pero en cuanto a madera, exactamente, «Tierra mojada» era un trozo de caoba a medio labrar. Creo que será útil dejar estampado aquí algo que le manifesté por si hubiese un compañero en igual trance. En nuestra América andamos muy necesitados de novelistas.

—Mire usted —le dije, cuando llegue al final—, el secreto esencial de la novela no está en decir que ocurrió, sino cómo ocurrió. En vez de relatar llanamente un hecho, hay que exponerlo, «dramatizarlo» como decimos en la jerga del oficio…

Nunca he visto cara más atenta que la de Zapata Olivella en ese momento. Parecía oírme hasta con los ojos. Para darle un ejemplo práctico, tomé un fajo de carillas y escribí una escena de «Tierra mojada» a mi manera. En realidad, me habría gustado hacerlo así con toda la obra, y que fuera mía.

En última instancia, aconsejé a Zapata que no publicara inmediatamente su novela, cosa en la cual estaba empeñado, y que

la trabajara una vez más. ¡Es tan difícil esperar cuando uno ha escrito su primera novela! Sin embargo, Zapata volvió a sus paginas y a sus hambres y a su vida de callado esfuerzo. De cuando en cuando llegaba a contarme alguna cosa. Finalmente, resolvió regresar a México.

Después de no sé cuanto tiempo, el otro día recibí carta de nuestro amigo. Se halla en Bogotá, donde finaliza sus estudios de medicina, dirige un centro de estudios afrocolombianos y sigue escribiendo. Ha terminado con «Tierra mojada» y me pide un prologo. «Nadie más indicado para esta presentación que usted. La historia constructiva y estética de la novela está íntimamente ligada a su persona, y más que el libro mismo, mi azarosa vida de trotamundos», me dice Zapata Olivella.

¿Cómo negarme? Zapata superestima mi ayuda, pero llama de nuevo a mi puerta y, para obligarme más, se ahora que hay en el méritos creadores. Abocado a la tarea de escribir sobre las que son ya cuatrocientas paginas que no conozco, hablaré de las ciento y tantas que leí y de la peripecia del autor.

La presentación de Manuel Zapata, hombre negro que anduvo por el mundo ancho y ajeno sobrellevando penas con fortaleza y ganando experiencias con honestidad, queda hecha en lo que dejó escrito. La obra «Tierra mojada» demanda más letras tratándose de un prólogo.

Aunque en embrión, el autor muestra positivas cualidades de novelista. Sencillamente, o mejor dicho, sin la petulancia que vuelve artificiales a muchos cultivadores del genero, se lanza a contar sus historias con el amor por sus personajes y el gusto por las historias mismas, que caracterizan al narrador de vena. Hay allí la influencia o el contagio del espíritu de los narradores eslavos, que Zapata parece haber leído hasta la saturación y la propia insurgencia de las impresiones vividas. De esta suerte, aflora a sus páginas una tal riqueza de personajes, situaciones y rutas, que por momentos la novela se desperdiga y la visión de conjunto se pierde. Pero no acentuamos la falla, nacida de una cualidad, que ya el novelista aprenderá con los años a repartir mejor su material e inclusive a perder un poco del mismo. No es tarea fácil y lo digo por experiencia. La actitud de Zapata se hace más auténtica, debido a que proviene del pueblo y ve a sus personajes desde adentro.

Muchos de nuestros escritores miran a los indios y negros con aire de patrones y difícilmente pueden ocultar su desdén o, en el mejor de los casos, su caridad. La simpatía que quieren demostrar consigue apenas que los personajes sean vistosos muñecos de vitrina o actores de dramones truculentos, socialmente hablando. Zapata Olivella sufre y goza con sus héroes, se siente uno de ellos, y también en este caso la cualidad se convierte, a veces, en defecto de propaganda. Pero frecuentemente en las páginas que siguen se encontrará esa profunda nota de alianza que es el primer paso de la revelación.

El estilo de Zapata Olivella es simple y directo y cuadra bien a sus temas. A ratos la construcción falla y se avanza a tropezones, pero a guisa de compensación hay una agradable parquedad, lo que niega en cierto modo la fama de grandilocuentes que tienen los negros, sitúalo en buen camino y lo amerita como independiente. Son muy pocos los escritores nuevos que, tratando de temas tropicales, no se enreden en la frondosa retórica de don José Eustasio Rivera como en otra manigua.

Como el lector podrá comprobar leyendo «Tierra mojada», hay un fresco vigor, estancias de ruda poesía y una entonación negra, para ser más exactos, que dan a esta obra su singular interés. Por su fondo y forma, puede ser considerada como uno de los primeros brotes novelísticos de la sensibilidad negra en nuestra América. En el campo de la lírica tenemos ya a Nicolás Guillén, Pedroso y muchos más. La novela negra da recién sus primeros pasos y los de Zapata Olivella son los del caminante que marcha por tierra inexplorada. De allí que la huella no sea muy clara e inclusive se pierda a ratos, pero quiera el andante avanzar con el mismo impulso voluntarioso que hasta hoy.

Que la tradición viva de la raza africana, la cual a despecho de siglos de opresión afirma con su sola presencia su indestructibilidad, que la actitud de respeto y defensa del hombre que abrigan los mejores, y el ejercicio continuado del difícil trabajo de escribir, hagan de Zapata Olivella el gran expresador, porque no solamente puede llegar a contar bien sus historias, sino que comienza por sentirlas, convirtiéndolas de este modo en mensaje.

CIRO ALEGRÍA

I

Fumaba tercamente y varios cabos de tabaco ya se extinguían en el piso de tierra; el humo de las colillas se mezclaba al de la lámpara de gas, en busca de una salida por entre las palmas y las cañabravas del rancho. La atmósfera tupida hizo toser a la pequeña Rosaura; en otras circunstancias, Gregorio habría dejado de fumar, pues le preocupaba la salud de su hija. Por debajo de la mesa, «Mocho», el perro, se arremolinaba inquieto como si las pulgas lo atropellaran. Su fina sensibilidad presentía la tragedia y algo más que sus amos no olfateaban con sus torpes sentidos. Gregorio se sacudía los zancudos con violencia, mientras su hijo José Darío, al lado de su hermanita, miraba intranquilo las sombras de sus padres proyectadas en el telón del mosquitero.

—Cálmate, Goyo —dijo Estebana Segura— nosotros pagaremos las deudas con el arrocito que madura en las matas. ¿Oyes a los gallos cantando? Son las doce y es bueno que nos acostemos para madrugar al corte.

José Darío vio proyectarse de nuevo la cabezota del padre hurgando la llama con otro tabaco, mientras la hermanita volvió a toser.

—¿Qué es lo que quiere este maldito perro que no se está quieto? —masculló, malhumorado, el campesino y dio una patada al animal, que sin queja alguna se hundió en un rincón. No contento con su actitud, Gregorio desatrancó la puerta, lo hizo salir a golpes y cerró nuevamente la entrada. Estebana, atenta a los movimientos de su marido, le dijo, a media voz:

¿Quieres que te prepare un cocimiento de valeriana?

—Mira, mujer, es mejor que te acuestes sola; la picazón que me irrita los nervios no es de las que se calman con valeriana. ¿No ves que se trata del último pedazo de tierra? ¿A dónde vamos a vivir con los muchachos si el Jesús Espitia hace una manguala para

quedarse con él?

La mujer no quiso responder que la desvelada en nada iría a remediar la situación.

«Mocho» se alegró de haber sido echado fuera del rancho; un olorcillo no extraño para él cosquilleaba sus narices. Libremente correteó en derredor y husmeo los contornos, sin hallar rastro por allí cerca de lo que le inquiera desde hacía horas. Levantó la pata frente a la pared, humedeciéndola, como si demarcara un punto de reparo, y luego, con las narices al viento, se deslizó con cautela por el camino que hendía el arrozal. Muy poco lograban ver sus ojos en la oscuridad, pero el abierto olfato lo guió por entre los aromas difundidos en la noche. Distinguía las huellas de sus dueños, tan inconfundibles como las suyas propias; a ambos lados, el vaho de los maduros arrozales, y finalmente, hacia donde lo conducían sus pasos, el olor humano contra el cual debía estar en guardia.

Le habían enseñado a estar vigilante contra él y hasta morder, si era necesario.

Puso en orden sus ideas. Su amo Gregorio estaba mortificado desde que los hombres, cuyo rastro presentía, pisotearon los arrozales. También recordaba a su amito José Darío cuando se presento con el arma para matar venados. Su amo Gregorio se la arrebató y frente a ella los intrusos abandonaron los sembrados. Recordaba también como su dueña, Estebana, lo azuzó contra ellos. Desde entonces estuvo prevenido, pero no habían vuelto hasta ahora que se presentaban mientras todos dormían. Quiso ladrar, pero creyó prudente cerciorarse de no estar equivocado.

Torció por entre las matas de arroz y cerca del alambrado miró, con asombro, al enemigo: varias docenas de novillos se arremolinaban, contenida su ansiedad por el canto manso de los vaqueros. Hombres y bestias esperaban. Una voz muy conocida, altanera y mandona, daba órdenes. Por el otro extremo, aparecieron nuevos novillos que debían venir de muy lejos, según pudo colegir de sus cansados resoplidos. Algunos se encabritaban sobre los lomos de los otros, como él solía hacerlo con las hembras. Tuvo suficiente con todo aquello para correr hasta la puerta del rancho. Se alegró al ver todavía luz en su interior.

Repetidas veces arañó la puerta y gimió dando la alarma; la

lengua se aglutinaba en su garganta sin poder imitar la voz del hombre; sus esfuerzos eran inútiles, apenas se le escabullía un quejido lastimero, como en otras ocasiones cuando pedía simplemente que le abrieran la puerta. No deseaba eso, sólo quería denunciar en voz baja al enemigo, allí del otro lado de la cerca. La desesperación le hizo sacar la lengua, tragar sorbos de saliva y hasta elevar el gruñido. Corría en torno al rancho agitando el pedazo de cola que le restaba, sin que dieran señales de vida en el interior. Le pareció escuchar los pasos de su amo Gregorio y se sentó esperanzado frente a la puerta; al fin, lo habían comprendido. Estuvo atento a todos los ruidos, ya creía que quitaban la tranca, cuando la voz de su amo lo amenazó rabiosamente. Decepcionado, encogió las orejas y se retiró a un lado, desde donde pudo oír los pasos y las voces de sus dueños. Por un instante no supo que hacer. Estaba seguro de que ellos habrían acometido contra los hombres y las reses al enterarse de su presencia en el arrozal.

Decidió volver a la alambrada y estar en guardia. Su cuerpo delgado y blanco se deslizo por el curvo camino y como lo hiciera anteriormente, doblo por entre el plantío antes de llegar a la cerca. Habían llegado nuevas reses. Mortificábase «Mocho» porque sus dueños dormían, cuando aparecieron dos hombres, uno de ellos con voz ronca, inconfundible, la misma que había sostenido palabras duras con su amo Gregorio, la de Félix Morelos. A la luz de la luna, pudo ver como portaban en las manos algo que despedía brillo como la hoja de un machete o la cacha de un revólver. Rápidamente se movió detrás de las matas hasta el lugar donde conversaban, y comprobó como los alambres caían bajo la presión de los instrumentos. Tuvo miedo; podían matarlo. No obstante, arremetió contra las piernas por debajo del alambre de puas. De un salto se pusieron fuera de su alcance, dejando apenas un pedazo de tela en sus colmillos. Entonces alzo su ladrido violentamente para que fuera escuchado en el rancho.

—Maldito animal, no nos va a dejar cortar los alambres —rezongo Félix Morelos.

Atiéndalo de un tiro, patrón.

—De buenas ganas lo hiciera, pero se puede despertar el Gregorio y se complica la vaina.

«Mocho» se encolerizo por la pusilanimidad de los hombres, que

a dos metros de la cerca se detenían, irresolutos. Tuvo deseos de atacarlos nuevamente y echarlos más allá del arrozal, pero se cuidaba de sus armas. Prefirió guarecerse en el follaje y mostrar de un lado y de otro sus colmillos. La voz ronca grito y le respondieron de más lejos. Luego se retiraron. «Mocho» pensó que se marchaban y los siguió muy de cerca, obligándolos a correr cobardemente. ¡Qué gusto habría experimentado de encajarles sus dientes!

Por todos lados se oyeron guapirreos, y los novillos, hasta entonces echados, se arremolinaron y avanzaron en tropel sobre el arrozal. «Mocho» ladró desesperado al comprender sus intenciones, pero su ladrido, pequeño, insignificante, se estrellaba impotente contra los cuernos y pezuñas, derribando las madrinas. Las voces prosiguieron en su acoso y el ganado obediente y hambriento, se precipitó hacia la sementera olorosa. En cumplimiento de las instrucciones de su capataz Félix Morelos, la peonada había arreado a los novillos desde muy lejos sin permitirles beber agua ni comer, para que entonces, instintivamente y sin mucho esfuerzo, arremetieran contra los sembrados.

«Mocho» atacó al novillo delantero, mordiéndole las patas y testículos, como se lo habían enseñado. El toro lo persiguió con las puntas de los cuernos, pero su cuerpo ágil se encubría entre las matas caídas, para morder siempre por detrás en las coyunturas. Las reses, como si adivinaran las intenciones de sus amos, se daban prisa en devorarlo todo, mientras el ladrido, voz huérfana y vigilante en la noche, se dolía de ver la siembra de tantos meses, que tantos sudores y fiebres había costado, destruida por la estupidez de los novillos y la maldad de los hombres. Por eso hundió profundo sus colmillos hasta desgarrar el testículo. Enfurecido, el toro quebró su recio espinazo y empitonándolo lo lanzo al espacio, el aullido contenido. Inútilmente, las astas lo buscaban a su alrededor, pues «Mocho», amparado por la maleza y la noche escapó penosamente, las tripas a rastras hasta la punta del rancho.

Alertado por el lamento del perro y el tropel en torno a su casa, Gregorio quitó la tranca y se precipitó fuera. Al escuchar algunas voces acarreando el ganado, pudo darse cuenta en la oscuridad de lo que ocurría. Volvió al interior del rancho en busca de la escopeta. Entonces su mujer se le interpuso:

—¡Por Dios, Goyo, no cometas una locura!

—¡Suéltame! —dijo, rechazándola con violencia—. No me entregare cobardemente a ese bandido.

Desde la cama los pequeños observaban el forcejeo de sus padres, sin comprender la lucha. Al fin, Gregorio se deshizo de su mujer y salió con la escopeta. En la oscuridad disparó repetidas veces, y al golpe seco de las balas, varios novillos mugieron heridos. Por algún tiempo anduvo entre las matas de arroz en pos de los autores del desbarajuste. Tan solo le pareció oír una carcajada a la distancia como el aullido de un conejo. Con la escopeta al hombro se abrió paso entre las reses; tuvo ganas de matarlas una por una, pero comprendió la inutilidad de todo. Bajo el peso de su arma, el peso de su impotencia, regreso al rancho, en donde su hijo lloraba al pie de «Mocho» con el vientre abierto. El perro dejó de aullar cuando vio al amo, tal vez humil ado de no avisar a tiempo o de no haber detenido a las reses. En medio de maldiciones y con las manos temblorosas, su amo le introdujo las tripas por la herida y con agua y cordel cosió los bordes abiertos.

II

Agua abajo, árbol desraizado, Gregorio Correa se dejaba arrastrar por el río. Le parecía que la champa no andaba. No había tal cosa. Él hubiera querido eso, porque no quería alejarse del pedazo de tierra dejado a sus espaldas, donde él y sus abuelos sembraron el arroz desde hacía siglos.

—¡Papa, papa, allí va un corozo bolita; acerca la canoa, quiero tener un gallo como ése! —grito José Darío.

Cerca de la champa flotaba un hermoso corozo de palmera, de esos redondos, de corteza gruesa y dura, resistentes a los golpes a los que los enfrentaban los chicos hasta reventarse.

—Deja a los corozos y no te muevas, ¿que no ves que la champa hace agua? —corrigió su madre, evitando con un trapo que el sol quemara a su hijita, flagelada por el paludismo desde que naciera, cinco años atrás.

El muchacho se quedó quieto; el corozo, arrastrado por la corriente, se hundía para volver a flotar más allá, agua abajo. Cuando dejó de verlo, un hondo suspiro brotó de su pecho. ¡Cómo le hubiera gustado tener un gallo de pelea como ése! De estar en la barranca, lo habría alcanzado a nado, pero entonces no pudo moverse entre los bancos de madera, la mesa y el arpón. Junto al «Mocho» que sufría por la herida; a las palmas, al baúl floreado y a la tinaja de barro pequeña, pues la grande se rompió al tratar de desenterrarla. El petate de napa y tantos palos que le impedían desplazarse con libertad. Si hubiesen tirado todo al agua, habría podido moverse, arrojarse al río, zambullirse y regresar a la champa con el corozo en la boca.

Papá, ¿a dónde van los corozos cuando nadie los coge?

—A las bocas, al mar…

«A las bocas», pensó el muchacho, y volvió a repetirse la frase. En la noche anterior, su padre dijo muchas veces que se irían a las

bocas, ¿pero eran ésas las mismas adónde iban a dar los corozos? Tuvo ganas de preguntar. Su madre escondía el llanto a su padre. Como no hallara relación entre su pregunta y el llanto de ella, dedujo que su hermanita estaría muy enferma. Eso decían siempre que se ponía caliente. Él lo estaba; el sol lo quemaba, mas no se sentía enfermo. Entonces, ¿qué era la enfermedad?

—¡Adiós, compadre Goyo, si algo se le ofrece, aquí estamos nosotros! —grito una voz desde un rancho en la barranca. Ya estaba frente a la casa de Próspero Huelva y ni siquiera lo había notado. Gregorio Correa, sacudido por aquella voz amiga, despertó del ensimismamiento de sus reflexiones.

—Se le agradece, compadrito, se le agradece —contestó, el canalete en el agua, hundiéndolo profundo para detener un poco la champa.

Próspero Huelva surgió en el filo de la barranca. El dorso desnudo, con una piel escurridiza y arrugada, dejaba ver la masa de los músculos, ágiles a pesar de los años. Bajo por una rampa hasta la hondonadura que hacía de embarcadero y en donde una canoa se hallaba sujeta por una palanca clavada en tierra, a través del orificio de proa.

—Acérquese, compadre; atraque para que la familia se tome una taza de café tinto.

José Darío se alegró de aquella invitación; habían salido muy temprano, sin tiempo de preparar café y un buche lo entonaría. Más que la bebida, le agradaba la compañía de Vinicio, el hijo de Próspero Huelva; tenía su misma edad y ya asomaba su cabeza sonriente por detrás de las matas de plátano, a un lado del embarcadero.

—Compadrito, de buenas ganas me quedaba un rato, pero mire que el sol viene subiendo y la niña tiene fiebre; quisiera llegar temprano a las bocas a ver que hago —explicó Gregorio, sin advertir la pena del hijo, que veía en su respuesta un impedimento para jugar con Vinicio. Éste le mostraba un puntado de corozos colgantes de hebras de hilo. Al ver la forma y el tamaño de los frutos, José Darío dijo, sin admiración:

—¡Bah! Esos no son finos. ¡Si hubieras visto uno que pasó agua abajo, ése sí que era gallo!

Contra la corriente desplazando el remo con vigor y gracia,

Gregorio encallo la canoa en la barranca. Salto a tierra y sujetándola al lado de la otra, saludo a la mujer de su compadre, Rosalía Padilla, que también acudió a recibirlos. El puerto, momentos antes silencioso, se lleno de alegría con las voces que parloteaban. El cuerpo de Gregorio relucía su alquitranada piel al lado de la seca y mohosa de Próspero que era indio, sin saberlo. Su compadre, mulato, también ignoraba su ancestro africano. Ellos eran simples campesinos nacidos y criados a orillas del Sinú. Allí lo tenían todo; más allá de la corriente no conocían nada. Tampoco les importaba.

—Pero mire lo que son las cosas —comentó Próspero—. ¿Cómo el Espitia le arrebató sus tierras? ¿Quién no sabe de punta a punta que ese suelo fue de sus antepasados y ahora lo arrojan con el pretexto de la ley? ¿Hacia dónde? ¿A la desembocadura? ¿Y con la hija enferma? Compadre, no haga eso. ¿Y en qué tierra piensa vivir en Los Secos? ¿Ha visto usted, comadre Estebana, semejante locura? ¿Quién podría vivir allí sin que el mosco no lo maté como animal? Oye, tú, Rosalía, trae café a los compadres. Menos mal que el tal José Darío ya está crecido y puede ayudarlo para lo que haga falta. Pero mírenlo jugando todavía a los gallos, lo mismo que ese flojo de Vinicio. ¿Acaso no se mirarán los huevos que ya les cuelgan? Ya es tiempo de enderezarles el espinazo, que después se hacen haraganes. Compadre, ¿por qué no se queda aquí en mi rancho? Todo lo mío es suyo, aunque, la verdad sea dicha, ya el Félix Morelos me dijo que su patrón Espitia quiere comprarme las tierras. Yo le he respondido que no vendo… ¡pero estoy endeudado!

—¿Esto le dijo Morelos? Ya puede darles por perdidas, ¡que así comenzó conmigo y vea! —interrumpió Correa sin poderse contener, en tanto que mordía el cabo de su tabaco revuelto. Estebana se inquietaba con la pequeña Rosaura, que comenzó a convulsionarse y a vomitar pedazos de alimento. Próspero se apesadumbró.

—No se preocupe, compadre, no es nada; la maldita fiebre; la pobrecita nació con ella, la afloja por un tiempo y vuelve otra vez.

—Eso es lo que yo digo, ¿cómo es posible que se vaya a embarbascar en las bocas con esa criatura enfermiza? ¡Mejor hágase a un lado en mi rancho, es lo indicado!

Estebana Segura quiso decir algo en favor de aquella

proposición, pero se contuvo. Conocía a su marido; «él podía estar bien fregado, más nunca sería estorbo para otro». Ya otros viejos amigos, como Indalecio Negrete, de San Bernardo y Rubén Pitalúa, de La Doctrina, le hicieron otros tantos ofrecimientos sin que él se aviniera a ellos. Y eso que toda su vida fue hospitalaria y en su casa el amigo siempre hallo el bollo y el café. Pero ahora que estaba en la desgracia no quería perjudicar a nadie. Además, se le había metido entre ceja y ceja que podía vivir en la desembocadura. Calzaría uno de los tantos secos y clavaría allí su rancho. Por eso llevaba esos palos que servirían de puntales; las palmas y lo demás, ya lo conseguiría. ¿Dónde? ¿Cuándo? «Para temerario, mi marido», pensó la campesina, viendo como la hija crujía bajo la fiebre.

—¿Está muy mala, comadre? —preguntó Próspero, no satisfecho con la aparente conformidad de su compadre—. Si necesita unas pildoritas de quinina, yo tengo algunas por ahí. Pero lo mejor para la fiebre es la balsamina. ¿Por qué usted no se la da hervida en cocimiento de pencas de sábila? Mire, aquí está el café, tomen ustedes; no vaya a darle a la niña, que es malo para los nervios. ¡Caray, ya la mojaron esos desvergonzados! ¡Mire! ¡Tirarse al agua con tanto frío!

Aprovechando la charla de sus padres, José Darío pudo quitarse la paruma que envolvía su cintura y, tras el ejemplo de Vinicio, se arrojó a la corriente, mojando a la enferma.

—¡Vuelve enseguida la champa, que ya nos vamos, muchacho! —ordeno el padre, perdiendo la calma habitual. Ignoraba de quien había heredado su hijo ese carácter. Sin duda de algún pariente materno porque entre los suyos, todos fueron recogidos y cumplidores. El muchacho se dejó arrastrar por la corriente para vencerla y saltar más abajo. Vinicio corrió a lo largo de la barranca y de un salto zambullose en el agua. José Darío quiso imitarlo, pero al salir del río, algo le hirió el pene y dio alaridos. Un hilo de sangre corrió por sus piernas.

—Lo mordió la charúa; merecido lo tiene por desobediente. ¡Ahora, si no vuelves a la champa y te estas quieto, toditas las tripas se te saldrán por ahí! —advirtió el padre sin contener la risa.

Estebana le sujeto la canoa para que subiera. Desde lo alto de la barranca, Vinicio contempló al amigo que se hurgaba el pene.

—Ven, vuelve y tírate —grito Huelva a su amedrentado vástago;

pero este lleno de pánico, desapareció por entre los plátanos.

En el fondo de la canoa eran dos los que se quejaban. Sin embargo, al ver que su amito lloraba, el perro se olvidó un momento de su dolor y movió la cola; lo miró largamente para luego recostar su jeta sobre el borde de la champa. ¿Por qué lo habían hecho moverse esa marrana cuando su vientre le dolía? Su amo Gregorio le puso ceniza en la cornada que no deseaba cerrar.

—Se le agradece, compadre, se le agradece… —respondió Gregorio Correa a todos los ofrecimientos de su compadre, pero él ya había concebido un plan e iba a realizarlo. De buen grado habría aceptado la invitación de haberse quedado en el rancho, ¿pero acaso el mismo Próspero Huelva estaba seguro de vivir allí por mucho tiempo? Si el capataz Félix Morelos le había notificado que su patrón deseaba su pedazo de tierra, eso era señal de que pensaba arrebatárselo, si, como Próspero había dicho, no se lo vendía. Entonces ya no sería una familia, sino dos, las que quedarían sin casas ni tierra que sembrar. Era mejor que él siguiera adelante. «No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy», se decía, sin saber exactamente lo que debía hacer ese día, en que por vez primera se hallaba sin tierra, sobre una champa, arrastrado por la corriente, rumbo a la desembocadura.

Jamás, como entonces, había reparado tanto en el río. La corriente se enturbiaba porque sus aguas arrastraban tierra. ¿Quién sabe de dónde la traía?

Seguramente de San Sebastian, río arriba, donde, desde tiempos remotos se venía cociendo el barro en hornos. Pero el río no sólo acarreaba tierra. También llevaba árboles y ramazones. Algunos de ellos echados al río de propósito porque estorbaban en alguna roza, pero los más, corroídos por la corriente, se desplomaban desraizados. Otras veces los hendía el rayo y unos y otros eran arrastrados por las aguas hacia la desembocadura. En las grandes inundaciones el río se cargaba de cadáveres inflados de asnos y reses, perros hasta de personas, que flotaban a merced de la corriente. No escaseaban los fragmentos de casas, techos y paredes, que se derrumbaban al ser socavados sus cimientos. Todo eso seguía agua abajo, por un solo camino que daba hasta el mar. Y he aquí que de repente él mismo se veía arrastrado hacia ese destino incierto, a esa ruta por donde se iban los seres y las cosas que no

resistían su avalancha.

Debía resignarse como la tierra y las raigambres. ¿Aquellas sufrían al verse arrastradas lejos de la barranca? Lo ignoraba, pero en cambio sabía que su corazón se apretaba como un puño, ahogando su pecho. ¡Cómo le dolía verse alejado de esa barranca que en invierno desaparecía bajo la creciente! Daba gusto entonces la tierra; de ella brotaban las espigas hacinadas en hermosos cultivos. Ahora él no tendría más tierras que sembrar. ¿Cómo podría vivir? Bueno, ya llegaban a la desembocadura. La vegetación era menos densa y los cultivos de arroz disminuían. La corriente menguaba su velocidad, o parecía retardarla, los firmes abundaban y de vez en cuando la champa debía romperlos para avanzar. La mujer del campesino miraba insistentemente al presentir la vista ancha del mar, distinta a ese camino largo y estrecho que era el río. El muchacho pensaba en otras cosas; había tomado un tallo de churri-churri y se empecinaba en hacerlo sonar todas las canciones montunas que llegaban a su mente. La hermanita no lo escuchaba; estaba muy caliente, aunque su madre la protegía del sol con un trapo. Más alla las garzas resaltaban su plumaje blando sobre el verde de los campos. Las tangas y chelecas repiqueteaban escandalosas, huidizas con la presencia de la champa. ¡Cómo hubiera querido tener su honda José Darío! Y su perro, pensando que de un momento a otro le iban a gritar: «Cógela “Mocho”», se esforzaba por mover el vientre, pero le dolía y apenas seguía el vuelo de las aves con sus ojos redondos. Al fin, el mar: la amplitud inmensa en que se tragaba la corriente del río…

III

José Darío nunca se había sentido tan solo, aunque allí, a unos cuantos pasos, estuviera su padre metido en la corriente, palpando el fondo de las aguas con la palanca y los pies. Su madre apenas los miraba. Preparaba un poco de comida en el anafe que le servía de fogón, sin descuidar un solo momento a Rosaura. También estaba allí su perro, más tranquilo, como si definitivamente se hubiera escapado de la muerte; no habría pensado lo mismo la noche anterior. Sin embargo, sentía el peso de una gran soledad en aquel paraje, donde las aguas lo cubrían todo. Quiso nadar, pero le habían dicho que allí, además de las charúas, abundaban los tiburones. El padre proseguía tocando el fondo, como si estuviera buceando jicoteas, y aun cuando se zambullía a veces, nunca sacaba nada.

—¿Qué hace papa? —preguntó, ansioso de saber de su extraída actitud.

La madre, que asaba las charúas flechadas por ella misma, no le respondió. Su marido se alejaba de las estacas que marcaban el cauce del río. La corriente era veleidosa y solía cambiar de rumbo, dando nacimiento a nuevos brazos, de los tantos que ya desembocaban en la bahía. Después de mucho tiempo, Gregorio grito desde lejos:

—¡Aquí, Estebana, hay fondo duro y bajo, apenas me da el agua por la rodilla!

La mujer se puso en pie y miró a Gregorio que, a muchos brazos de distancia, en mitad de la corriente, se mantenía parado. Lleno de júbilo alzaba la palanca y la volvía a meter en el agua, marcando con la mano el corto pedazo humedecido.

—¡Mira, unas cuantas pulgadas no más!

Había dado con un bajo más sobresaliente que los otros. Si hubiera llegado un mes más tarde, entonces, ese mismo pedazo sumergido, emergería de las aguas como un caparazón de tortuga.

El río desaguaba y los secos, como se llamaba a aquellos bajos, tardaban en asomar a la superficie. Gregorio pisaba los alrededores y se cercioraba de que el fondo tuviera buen sedimento de palos y limo, no fuera a suceder que la corriente lo desbaratara. Siempre tentando el suelo con la palanca para evitar pisar a una babilla o a una raya, juzgó la longitud del bajo. Podía construir, en caso de que lo quisiera, un rancho bien espacioso. Pero sólo pensaba confeccionar uno pequeño, para él, su mujer, sus dos hijos y el perro.

La noche se vino antes de que hubiera podido dar los pasos para armar una barbacoa. No era la primera vez que dormía con su familia en la champa, otras veces, río arriba hacia Lorica, tuvo que pernoctar recostado en la barranca. En tales ocasiones estaba próximo a la orilla, por lo regular cerca de algún rancho o poblado, seguro de que en la noche pasaría alguien agua abajo, que enturbiaría su sueño con sus voces amigas:

¿Gente de dónde?

—Gregorio Correa, del Viento.

—¡Cómo no!, he oído hablar bien de usted, ¿y para dónde sigue?

—¡A Lorica; llevo arroz!

—Ajá, de allá venimos; están pagando muy bajo el desconchado, y con concha casi lo quieren regalado. Es mejor guardarlo y comérselo uno… Adiós, le habló, por si algún día quiere recordarlo, Matías Gabalo, de Cocotá.

—¡Bueno, bueno!

Allí, en las bocas, nadie cruzaría; la orilla estaba muy distante, y aunque la corriente no era muy fuerte, podían ser arrastrados, si el río se acrecentaba por ahí. ¿A qué se debía tantos temores? Sin duda porque era la primera vez que se hallaba lejos de la tierra. Se sobrepuso al miedo y gritó al hijo para que empujara la champa hacia donde estaba él.

—Ayúdalo tú, Estebana, no vaya a ser que lo arrastre la corriente.

El muchacho se olvidó de sus dolores y tomó la palanca, muy pesada para sus brazos, mucho antes de que su madre le indicara que rumbo debía tomar; se curvó sobre ella con toda su fuerza y empujó hacia atrás, pero la champa se quedó inmóvil. Era demasiado el peso de las vigas y los muebles.

—Estate quieto, ahora te ayudo, ¿para dónde estás empujando? ¡Te vas a quedar potroso como sigas haciendo tanta fuerza!

Se contuvo y, sacudiéndose el sudor de la frente, alardeó de haber rendido toda su pujanza en el esfuerzo. La mujer oteó los alrededores y creyó hallar un buen paso por detrás de las estacas que demarcaban la corriente; clavó, a guisa de palanca, una de las cañabravas que llevaban e imitada por el hijo, lograron mover la champa, prisionera de los firmes. Gregorio Correa, impaciente por acomodar las cosas antes de que la noche creciera, se había arrojado al agua deseoso de conducir en persona la embarcación. Pero ya ésta penetraba al grueso del caudal, empujada por los canaletes que la llevaron tranquilamente al bajo. Gregorio tuvo que nadar de regreso hasta tocar tierra dura. ¡Cómo era de buena para clavar su rancho!

—¿Cómo sigue la muchacha? —preguntó.

Evidentemente que no estaba tan despreocupado de la fiebre de su hija, como tal vez pensó Próspero Huelva. Para Correa cada cosa debía hacerse a su tiempo y procurar que lo primordial —en su vida campesina lo primordial era lo inmediato— se hiciera primero, que ya luego se arreglarían las demás cosas. Había llegado la noche y debía a todo trance guarecer a la enferma, aun cuando ellos se quedaran a la intemperie con los lomos desnudos expuestos a los mosquitos y al frío de la noche.

—¿Cómo te sientes hija, ya te pasó el escalofrío?

La enfermita confirmó levemente con la cabeza. Estaba acostumbrada a que el paludismo la vapuleara con escalofríos, fiebres, convulsiones, vómitos, vahídos y delirios. Ella permanecía muda, silenciosa, hasta que la enfermedad, cansada de tanto flagelar, se agazapaba en el bazo para retomar nuevas fuerzas y renovar el ataque. Al verla calmada, el padre sintió profunda alegría. Iba a ser menos dolorosa la noche si ella dormitaba. Clavó cuatro estacas y entre ellas arrojó el resto de vigas y cañabravas para que la corriente no las arrastrara. Desocupada gran parte de la champa, pudo extenderse el petate y sobre él se acostó la enferma. Sacaron del baúl el único mosquitero, que poco servía por sus agujeros, y se echó encima de la criatura, de un borde a otro de la embarcación.

A medianoche Gregorio Correa despertó sobresaltado,

reconquistando la conciencia después de una terrible pesadilla. Sonó que se hundía en aguas pantanosas y que eran inútiles todos sus esfuerzos por escaparse del cieno que se lo tragaba. Daba gritos, pero su mujer, a pesar de estar muy cerca, no le arrojaba una cuerda o un palo que le permitiera salir. José Darío reía a carcajadas y lanzaba piedras muy alto a los pájaros, sin importarle su suerte. De súbito, cuando el barro ya se le metía por la boca y tapaba sus narices, se había despertado. Miró lleno de pánico a su alrededor y sintió el mismo frío del pantano, pero allí estaban su mujer y sus hijos dormidos.

Un poco más lejos, divisó la silueta borrosa de la barranca en donde se alzaban algunos mangos que parecían gigantes arrodillados en tierra. Del otro se extendía el mar prisionero de la bahía, sin una ola. Un rumor, que parecía cercano, hablaba de aguas que se estrellaban en la costa. ¿Sonaba todavía? Una garza chilló asustada en la orilla y al volar sobre su cabeza tropezó con sus alas en unas de las estacas; algunos bancos de firme se acumulaban en torno a las cañabravas y en uno de ellos cantaba un sapo, sin que su queja altisonante encontrara el eco de la hembra a quien iba dirigido. «Pobrecito, salto al firme creyendo que era tierra», pensó Correa, y quiso alcanzarlo para ponerlo en la barranca, pero recordó que la tierra estaba muy lejos, incluso para él. Entonces se consoló al oírlo croar. La pena del sapo era la suya; ambos se habían quedado sin tierra firme.

La luna no aparecía por ningún lado, ni la esperaba. ¡Qué sólo veía todo aquello lejos del surco y de los amigos! Hasta la familia parecía distante, aunque sus cuerpos compartían el calor mutuo de su respiración. Un hilo de brisa venido del mar ahuyentó a los mosquitos. No tardarían en volver. Como José Darío se moviera inquieto, agarrado por el frío, se quitó la paruma y se la echó encima. Un caimán se deslizó cauteloso a un lado de la canoa. Sus ojazos fosforescentes parecían dos cocuyos que sobrenadaran. Lo miró largamente, pues el muy atrevido pretendía encaramarse en la embarcación.

Transcurrieron algunas horas, muchas, sin que Correa las hubiera podido precisar. «Ésta amaneciendo», se dijo; inútilmente busco el camino de luz por donde presintiera los cerros; alzó la vista hacia arriba hasta tocar el cielo y lo encontró alto y vacío de

estrellas, sin que hallara la luna que buscaba. «Soy un tonto», injuriose a sí mismo; como iba a encontrarla, si hacía dos noches la vio desaparecer como una tajada de melón. Ya volvería redonda y llena como una totuma recién hecha. Pensaba también que la luna le diría, porque sin tierra que sembrar, ¿qué valor tendría? Ella anuncia las lluvias abundantes, la hora de la siembra, el corte del arroz. ¿Para qué deseaba él la luna si no tenía nada que sembrar?

«Qué tonto soy pensando en estas cosas. ¿De dónde viene esta luz que lo inunda todo? Esto sí que debo saberlo». Aguzaba los sentidos en busca de una lógica explicación al extraño fenómeno. Estaba seguro que dos horas antes no podía mirar nada, ni su propio cuerpo, y ahora, todo lo veía claro, como si sus pupilas se hubieran acostumbrado a la oscuridad. No podían ser una ilusión las lucecitas rojas y verdes que en lo hondo de la bahía parpadeaban como luciérnagas. Mas allá, eso debía ser en pleno mar, un ojo de luz se encendía, rasgaba la noche y volvía a desaparecer. Del otro lado de la costa, de donde era su mujer, también creía ver una tenue claridad. Tal vez un incendio en la montaña. Muy cerca, sobre las aguas, pero no en la corriente del río, relampagueaban latigazos de fuego y un gusano luminoso, muy grande, titilaba en el fondo de la bahía. ¡Cuánto misterio encerraba la noche!

Creyó que sus oídos se clarificaban igualmente. Por allí, junto al gusano de fuego, se escuchaba un tambor y un canto. Una voz ronca cruzó el vientre de la oscuridad sin que volviera a hablar. Le pareció la pitada de un buque, mas como no viera luces y aquello tenía algo de bramido, coligió que algún toro había mugido de frío. Muchas aves de vuelo rápido transitaban a flor de agua, humedecían su pico y lanzaban graznidos que no eran iguales a ninguno de los que oyó antes. El perro se movió; también tenía frío e inútilmente trataba de guarecerse contra el cuerpo de Darío. No había señales de que la aurora se hiciera presente. ¡Qué larga era aquella noche!

Se dispuso a dormir y enrollo sus brazos entorno al amplio tórax para encabezar el sueño; al momento el caimán de nuevo vino a rondar la embarcación. Comprendió que era necesario acabar con él; si se quedaba dormido podía hacer una diablura. Se estiro cautelosamente y tomó el arpón sin despertar a su mujer. Se puso de pie, levantó el arma a nivel de su hombro y observó los

movimientos del reptil que se alejaba. Aparentemente inmóvil, sus músculos se contraían. Los ojos fosforescentes volvieron hacia la champa, dejando tras sí un turbión de agua. El animal era grande, por lo que apretó la cuerda sujeta al arpón. El caimán se recostó a la champa y desapareció debajo de ella, para salir del otro lado, husmeando con su trompa rugosa. Correa hizo un movimiento amplio y disparó el arma; la canoa se tambaleo y ya no pudo quedarse quieta, porque el caimán vapuleaba y agitaba el agua con repetidos coletazos.

—¡Goyo! ¡Goyo! ¿Qué pasa? —exclamó, sobresaltada, Estebana, abrazada fuertemente a la hija, que comenzó a llorar. José Darío se sujetó con ambas manos a los bordes de la champa, en tanto que su perro latía entre sus piernas.

El campesino se debatía con el forzudo animal, y aun cuando cruzó la cuerda en torno a su espalda, aquél lo sobrepujaba, tal vez porque era más fuerte o porque encontraba apoyo en la escasa profundidad. Viendo que aquello tomaba un cariz dramático, pues sus familiares daban gritos, sin adivinar lo que sucedía, soltó la cuerda y el herido huyó, clavada en la dura espina sobre el costado. El mulato tornó hacia la familia:

—Fue un ronchudo que andaba fregando por aquí. Oye, tú, dale un “tatequieto” a ese animal para que no ladre. ¿Cómo está la hija?

IV

Nadie pudo dormir después de aquel suceso. No porque temieran que aquel animal herido u otro regresara a perturbar su sueño, sino porque en la mente de unos gravitaba el dilema de la subsistencia en aquellas aguas y que ya pronto, con el día, era necesario resolver. Los otros, porque sin el hilo de la brisa que ahuyentara a los insectos, sufrían de nuevo su aguijón. José Darío descubrió que la picada de los mosquitos era diferente a la que estaba acostumbrado en la orilla del río.

—Esos no son moscos —le explicó su madre denunciando en sus conocimientos que había nacido a orillas del mar—. Son jejenes. Contra ellos sólo el abanico, y ni eso. Nada ganas con estarlos cazando, porque son millones los que te pican a la vez.

Por encima de los lomos de los cerros rodaba la pelota del sol.

—Mira como nos pone a todos azulencos, como si fuéramos verdaderos cadáveres —advirtió Gregorio que reía como un niño al verse matizado por los celajes de la aurora.

Era caprichoso el sol, pues no arrojaba los mismos colores por todas partes. Al a en la serranía, que insinuaba en el horizonte, la luz era amarilla y resaltaba sobre los picachos más altos. Por las vertientes de los cerros y ya en plena llanura, había un azul grisáceo, como si el humo de todos los ranchos y de todas las quemas se hubiera juntado; más aca, la luz disolvía la densa neblina sobre el río y alrededores próximos, para dejar ver los potreros que comenzaban a sentir la sequía. El mar se tenía de rojo, aunque sus aguas verdes y azules se imponían a los colores extraños. Les llamó mucho la atención que las aguas de la bahía no tenían el color de la corriente y Rosaura, ya olvidada por completo de las fiebres, observaba todo lo que el día anterior no pudo ver.

—El mar es azul, y el río es turbio, pero el río aquí es diferente, es ancho.

El padre hubiera querido decir que el río terminaba en las bocas y que todo lo demás era mar, aunque tuviera color turbio. Claro estaba que no podía haber río más allá de las barrancas, pero no se atrevió a expresar sus ideas, porque no estaba seguro de ellas y no quería enseñar a sus hijos cosas falsas; «después serían el hazmerreír de la gente, diciendo bestialidades» Calló sin poder explicarse aquel doble color de la bahía. Se notaba claramente hasta donde llegaban las aguas enlodadas del río, marcando una larga línea divisoria que se perdía a lo largo de la costa. Más alla estaba el azul del mar, como dijo Rosaura, pero a él no le pareció azul, sino verde. Mas bien tenía ambos colores, pero era mejor no pensar en aquellas cosas.

Durante la noche el río acumulo mucho firme en torno a la champa y a las cañabravas. No sólo trajo plantas acuáticas, sino gruesos maderos, palos, ramas y pedazos de bateas, y sobre todo, muchos corozos. ¡Cómo abundaban los gallos bolas y los bastos! José Darío comenzó a recogerlos lleno de regocijo; ahora sí que tendría buenos gallos de pelea. Llenaba la canoa de ellos, cuando su padre lo llamó para que lo ayudara a empujar los firmes hacia la corriente, pues impedían moverse. El padre aprovecho el jubilo de su hijo, metido en aquellas aguas, para revelarle por primera vez lo que sería su vida desde entonces. No había echado de menos que José Darío recogiera corozos y pensó para sus adentros que ya no iba a tener amigos con quien pelearlos. Algo de eso barruntaba el chico, pero pensaba en Vinicio Huelva. Cuando fueran por allá, y entonces podría pelearlos con él. Era lo mejor, porque no quería jugar con Rosaura ya que eso de los gallos eran cosas de hombres.

—Mira, hijo, tú estás muy mocoso, pero ya es tiempo que te des cuenta de muchas cosas. Ya tú sabes por que hemos venido aquí; me gusto verte con la escopeta en las manos, aunque no supieras como dispararla, cuando llegó el condenado Morelos, eso está bueno. Debes defender y obedecer siempre a tu padre por encima de todo; pero lo que más hay que defender después de Dios y de tu padre, es la tierra. Bueno, ya sabes que nos quitaron la tierra; yo hubiera hecho más de lo que hice, pero ¿cómo iba a dejarlos a ustedes solos, comprendes? Me chupe la ofensa, me metí el rabo entre las piernas y me vine para acá. Aquí, pues, vamos a hacer un nuevo rancho. Aquí vamos a vivir, solitos como el ánima sola. Sin

amigos, sin tierra donde sembrar, ni para pelear corozos, ¿comprendes?

José Darío puso la cara muy seria. El rostro ancho de su padre se había encogido y marcado entre las escasas cejas un surco profundo. Las cosas que le iba a decir eran serias, muy serias. Abrió los oídos para comprender todo lo que le decía y se sentía orgulloso de que en los diez años que tenía pudiera mover la cabeza afirmativamente cuando su padre le repetía: «¿Comprendes?».

—A veces pienso que es mejor no mandar los hijos al colegio —continuó Correa—, pues cuando se hacen letrados ya no quieren volver al campo. Eso fue lo que sucedió a los hijos de Filomeno Rueda, que una vez en la capital, adiós luz que te guarda el cielo y no regresaron más. El Filomeno se puso triste y ya no decía a todo el mundo que sus hijos los había enviado a la capital para que se hicieran doctores, sino que «esos desagradecidos se fueron para la ciudad, se emparentaron al a, quien sabe con que putas, y ahora yo viejo, rengueando, no tengo quien me consuele». ¿Comprendes por qué a veces me resigno a que tú no vayas a la escuela? Prefiero verte ignorante y bruto, que doctor emparentado con putas. Además, ya te lo he dicho: tienes que velar por tu mamá y especialmente por tu hermanita; la pobre nació con el paludismo. ¿Comprendes?

—Sí, papa, comprendo…

Gregorio Correa, o el viejo Goyo, como ya lo llamaban algunos, dio comienzo al rancho que tenía proyectado en la mente desde la noche anterior. Sólo que algo inesperado y bueno vino a modificar ligeramente la idea primitiva. En vez de clavar los horcones que acarreó desde su rancho, aprovecharía las vigas acumuladas por la corriente. Pensó que de adivinarlo no se hubiera tomado la molestia de cargar tanta varazón desde tan lejos.

Estebana Segura tenía miedo al agua, la humedad le producía terribles dolores reumáticos, pero no quiso dar tal excusa al marido, que necesitaba de ayuda para construir el rancho. Se quitó la pollera sujeta por encima del vientre y con una camisola que le cubría hasta el pecho en forma de corpiño, ya iba a meterse en el agua, cuando el marido le grito:

—¿Qué haces, mujer? ¿Quieres pescar otro reumatismo?

Entonces sí que estaríamos bonitos, teniendo yo que preparar la comida. Estate quieta adentro de la champa y haz algo de comer.

Obedeció. Era lo mismo que su hija cuando tenía fiebre; no hablaba. Prefería callar, ver y sentir, sin revelar sus sentimientos. Tal vez heredo su mutismo de algún bisabuelo caribe, del que le venían sus cabellos largos y gruesos. Callando le había ido bien con su marido, aun cuando a éste le gustaba que le hablaran mucho, tanto como él habituaba hacerlo. Debía preparar la comida, que Gregorio se las arreglaría con su hijo. Había sobrado pescado del día anterior, pero como viera que abundaban los bagres, arrojó las sobras al perro, ansioso por saltar al agua. Tomó las flechas, atesó el arco y, en acecho sobre las aguas turbias, esperó paciente. No tardó un bagre en rasgar la corriente y certera escoró la púa en su espinazo. El pez se agitó en la punta de la flecha y ya dentro de la champa le trituró la cabeza a golpes de palo. Sólo faltaba prender el fogón que Rosaura, sin que se lo advirtiera, soplaba vigorosamente con el abanico.

—Date prisa, hija, para hacer el café primero.

Por encima de ellos volaban muchas aves, atraídas por el olor del pescado. Caían desde lo alto, tomaban con el pico las tripas y en pleno vuelo las engullían o las disputaban con gran alboroto. José Darío volvería a lamentarse de haber perdido su honda. Su hermanita les tenía miedo y preguntaba sus nombres. Como viera que el marido callaba y la niña repetía la pregunta, deseosa de conocer el nombre de las que más gritaban, Estebana le dijo:

—Ésas son tangas, diferentes a las que ustedes conocen que tienen las patas largas. Hay quienes las llaman gaviotas.

—¿Y esas grandes, negras, que tienen la cola partida en dos? —volvió a preguntar la chica, cada vez más interesada.

—¡Tijeretas! ¿Te fijas cómo la cola parece una tijera?

José Darío también deseo ampliar sus conocimientos y sumó su voz a la de su hermana:

—Y aquellos de pico grande, ¿son garzas o patos? Gregorio Correa callaba su ignorancia sobre el mar. Su mujer sabía aquellas cosas muy bien. Bastaba con oírla contestar rápidamente a todas las preguntas:

—Ni garzas ni patos, los llaman alcatraces. Son muy embusteros. ¿Se fijan como cada vez que se tiran al agua hacen como que tragan

pescado? Es mentira, que si así lo hicieran, no tendrían buche en donde guardarlos, y eso que les cabe hasta un coco con facilidad.

La noche se espeso hasta volverse un muro que lo ahogaba todo. El perro se lamentó un poco; posiblemente le dolía la herida o era que las pulgas se unían a los mosquitos para sangrarlo. Al fin logró meterse por entre las piernas de José Darío, en medio de Estebana y Rosaura. Allí había una atmósfera caliente, olorosa a grajos. Gregorio Correa no podía ver nada. ¿En dónde estarían las luces rojas y verdes y el ojo que se encendía y apagaba? La niebla densa, que atajaba la vista, se interponía además de la noche.

Un ruido lo despertó. No sabía si sonaba pero creyó oír que algo chapoteaba en el agua. ¿Un caimán? ¿La corriente que lamía los horcones? Concentró todo su pensamiento en el oído, mas nada escucho, nada se movía en los alrededores. Se dormía de nuevo; los mosquitos se habían ahuyentado con la brisa.

—¿Hay gente? —dijo una voz.

Parecía humana, pero también tenía resonancia de tumba. ¿Acaso un alma en pena? Nada se movía y sin embargo, oyó que le hablaron. ¿De dónde podía venir esa voz en aquella soledad? Por primera vez tuvo miedo de estar en las bocas; tal vez hubiera sido mejor quedarse a vivir con Próspero Huelva o marchar a la costa, como lo insinuara su mujer. Sin duda, esos cenagales estaban infestados de almas en pena y él había venido a perturbar su purgatorio.

—¿Hay gente?

Sí, era alguien que preguntaba; se atrevió, pues, a contestar:

—Sí, buena gente, de este mundo…

Una carcajada resonó estrepitosamente, tanto que despertó a Estebana y a los niños.

—Está usted asustado, lo mismo que yo. A la verdad creí que ustedes eran fantasmas. ¿Qué otra cosa podía pensar al encontrarlos por aquí? Pero no, son gente buena, de este mundo. —Y la risa volvió a romper el silencio de los contornos.

—¿Y usted quién es? —preguntó Correa, contagiado del buen humor del inesperado visitante. Pasado el miedo, rió de su temor infantil.

La mujer se sentó, abrazando a los dos pequeños, que no salían del susto. ¿Quién era ese hombre que había saltado sobre la

barbacoa y fumaba tabaco? Parecía el mismo demonio, renegrido y con una dentadura que se iluminaba por sí sola.

—Yo soy el Currao; si son de por aquí ya habrán oído de mí. Soy mentado.

—Claro que lo conocemos; es decir, ya sabemos de quién se trata. Usted es el canoero que conoce todos los rincones de las ciénagas —comentó Gregorio, poniéndose en pie.

—No todos, pero no es una pendejada lo que conozco. Mire, estaba por ahí, me gusta caminar sólo en las noches negras como ésta y de repente me pegó un olorcito a perro, luego como a hombre y, por fin, me dije: «Currao, por aquí hay gente extraviada». Y me los encuentro a ustedes. Me asuste, la verdad sea dicha, porque no vi trazas de hombres perdidos, sino de seres anclados con rancho y todo. ¿Cuándo fue esto? Yo no los vi antes y me dije: «Éstas son cosas del diablo que me quiere asustar». ¡Y mire lo que son las cosas! ¡Ustedes aquí metidos con barbacoa, perro y todo! ¿Qué se les ha perdido para que anden por estos lugares? ¿Cómo se llaman?

Eso es largo de contar, pero mi merced es Gregorio Correa.

—Gregorio Correa —se repitió el Currao—. Me suena. Es nombre conocido, pero no recuerdo cuando lo oí mentar. Ah, ya sé ustedes fueron los últimos despojados de Jesús Espitia, ¿no es así?

—Los mismos —respondió Gregorio—; mi mujer, Estebana, y mis dos hijos, un macho y otra hembra. Toda la familia.

—¿Y para dónde siguen?

—Para aquí. Nos hemos venido a vivir aquí a las bocas, ya que no hay más tierras para donde irse.

—Explíquese compadre, que mis sentidos son cortos y no logró tomar las cosas al vuelo. Muy pocas relaciones tengo yo con los hombres; dígame otra vez eso de que quiere vivir aquí en las bocas. Hacía tiempo que no oía algo tan descarriado. ¿Cree usted que puede vivir aquí empantanado con su familia? Usted bromea o no sabe lo que dice. Ni el mismísimo Currao con su fama de hombre de pantanos, puede vivir aquí. ¿Qué no siente los mosquitos? ¿Qué no conoce las crecientes? ¿Qué cuando el mar se viene? ¡No, compadre la vida como usted piensa no se da por aquí! ¡Usted es el primero a quien se le ha ocurrido semejante ventolera!

Por un momento tambalearon las fuerzas optimistas de Gregorio

Correa. Ante él estaba un hombre que conocía como ninguno las vicisitudes y las penas de los cenagales y ese mismo hombre era quien censuraba su intento de conquista en aquellas aguas, que muy lejos estaban de ser pantanos, pues allí siempre había corriente. La opinión del Currao tenía fuerza, no era la de ningún advenedizo; según había oído hablar, toda la vida se la pasó metido por ciénagas, andurreando de un lado para el otro sin haber echado raíces en ninguna parte. De él se contaban historias extraordinarias y muchos de los hombres que rengueaban por ahí debieron su vida al valor y a la pericia del Currao cuando él los encontró empantanados o los llevo en la noche a través de los cenagales en busca de un médico que taponara la herida sangrante. Pero el Currao podía ser pesimista, podía equivocarse, y él aprendería por su propia mano, que nadie aprende por experiencia ajena. Estebana Segura vio con esperanza el silencio de su marido. ¿Estaría pensando en salir de allí?

—No conoceré tan bien como usted estas cosas, pero en la vida he acumulado un poco de conocimientos —contestó fríamente Gregorio—. Muchas veces, allí donde nadie encuentra, uno más afortunado o más atrevido que los demás, saca mucho. Yo no sé de que pueda vivir aquí, pero si es posible levantar un rancho y pescar, que es lo esencial para la vida, ¿por qué no podré vivir? Las penas, los moscos, la inundación y lo demás, se encuentran en todas partes. Mi hija nació con el paludismo y nunca estuvo aquí. Por muy mal que me vaya es mejor ser libre que esclavo, que no son otra cosa los que se entregan a Espitia como animales de carga. ¡No, Currao, perdone que lo tutee, yo viviré fregado, pero libre, me asusta la esclavitud!

Al escuchar las palabras de su marido, Estebana creyó que tenía razón y también comprendió que ganó mucho con callar y no oponerse a su temeridad. Ahora lo comprendía todo; y pensando en sus hijos creyó que era mejor sufrir, agarrarse como fuera posible en las bocas y no ser los siervos de nadie. Ella había visto como los hombres daban toda su energía sembrando para otros y que en cambio de sus desvelos sólo recibían mal trato, hambre, enfermedades y miseria. Añoraban ser libres, pero todos los años eran más esclavos con las deudas. Algunos se liberaban cediendo la virginidad de la hija, pero eso no iba a suceder con Rosaura; ella le

entregaría su cuerpo al hombre que amara. Su marido tenía razón, debían tener valor y luchar hasta sobrevivir. ¿Quién sabe si, a lo mejor, encontrarían allí la felicidad perdida en la barranca? El Currao, que no tomaba las palabras al vuelo, como él mismo lo confesara, comprendió al campesino. Él también amaba la libertad y tal vez por eso andaba metido en los pantanos, para no depender de otros. Nunca había meditado en esto, pero lo comprendía muy bien ahora. «Después de todo —se dijo—, ¿qué podra pasarle? Lo peor sería la muerte, y es bondad morir cuando vivo se es esclavo».

—Usted tiene toda la razón, compadre —contestó—. Bien miradas las cosas, es mejor luchar por uno mismo y no para los otros. Ahora recuerdo al difunto Espitaleta, que también fue despojado de sus tierras por el mismo Espitia. Se fue a trabajar dizque en la hacienda de su amigo Rafael Castañeda, y las cosas anduvieron bien hasta cuando un día quiso dinero para ir a Cartagena, tenía deseo de conocer la ciudad, ¿qué mal había en eso? Y también, ahora recuerdo, quería que su hijo fuera abogado. Pues bien, ni lo uno ni lo otro; el Castañeda le dijo que no podía dejar el trabajo en la hacienda porque hizo mucho por él y su hijo, y que era de malagradecidos abandonarlo cuando engordaron a su lado. Habrase visto tanta sinvergüenzura, que mucho trabajaron ambos, sin que mendigaran la comida, y todo por el compadrazgo y, luego, cuando quisieron irse, ya ve, les sacó los trapos de la cocina. Como el difunto Espitaleta se enojara y le echó en cara muchas cosas, el Castañeda lo amenazo con demandarlo por insubordinado y lo demando. ¿La resulta? Que los condenaron a pagar muchos pesos, y como no tenían para eso, tuvieron que continuar trabajando en la finca de balde. El difunto, como lo dice la palabra, murió, pero el hijo todavía anda por ahí endeudado. Hace bien, compadre, compadre Goyo, ¿ésa es su gracia? Pues bien, compadre, quédese luchando aquí, que yo le dare la manito en lo que necesite. Me gusta la idea; mucha gente, mucha gente se vendrá por acá, ¡si usted sale victorioso!

Los dos hombres se habían sentado en el borde de la barbacoa y fumaban tabaco revuelto. La mujer, abrazando a sus hijos, escuchaba la conversación sin perder palabra. Todo lo que decían era muy cierto. Ese Currao era bueno; mire que sin conocerlos se ponía de su parte y gustoso ofrecía su brazo. Debe ser cristiano, de

lo contrario no lo hiciera. Su palabra es conocedora; ha vivido mucho, desde luego, y conoce los alrededores. Podía tener unos cuarenta y cinco años, pero sabía tanto como un viejo; ¡oiga como hablaba con propiedad!

—Sí, compadre, todo lo que usted ve, siente y oye son cosas raras al principio; después se acostumbra que ni le hace caso.

Deseoso de entrar en conocimiento de una vez, Gregorio lo acosó a preguntas, comenzando por lo que más le intrigaba:

—¿Qué son, compadre, esas lucecitas verdes y rojas?

—Son boyas, para mostrar algunos bajos que hay en la bahía. Claro que las ponen ahí para los prácticos graduados, que los que lo son de nacimiento no necesitan esas pendejadas para orientarse.

—¿Y el ojo de luz que se enciende y apaga que vi anoche, pues ahorita no lo veo?

—Es el faro de Isla Fuerte; no siempre se puede mirar desde aquí, sólo cuando no hay mucha neblina, porque sepa usted, compadre, Isla Fuerte se halla muy lejos de aquí. Algunos marinos se alegran con sus luces, pero los contrabandistas bien quisieran que desaparecieran para meter sus contrabandos con facilidad. No ha faltado quienes le tiren piedras para romperlo.

Estebana estuvo atenta a la alusión de los contrabandistas, pues no ignoraba sus andanzas. Se disponía a interrogar sobre ellos, cuando su marido volvió a preguntar:

—Dígame, compadre, ¿anoche hubo algún incendio por el lado de la costa?

—No he sabido, pero a lo mejor lo que usted miró fue las luces de Coveñas, que sólo se ven hasta la medianoche, después se apagan.

Un relámpago sobre el agua arranco una brusca exclamación a Gregorio.

¿Lo vio usted, Currao?

—Dicen los entendidos que es fosforescencia; la producen los pescados cuando saltan y las aves cuando hunden el pico en el agua. ¿Pero es que nunca estuvo usted en el mar, que todo lo ignora?

Estebana también se había preguntado lo mismo de su marido, mas no dio importancia al hecho, como tampoco el Currao, que corrióse a sí mismo.

—No tengo nada que censurar, que yo no conocía un comino, hasta un día en que unos contrabandistas me metieron en su lancha dizque para que los guiara por las ciénagas. Vino el Resguardo, nos persiguió, pero nosotros salimos primero al mar, que para conocer caminos yo… Fue entonces cuando supe todo lo que sé.

—¿Y continuó usted contrabandeando, compadre? —preguntó Estebana, interesada.

—No, comadre, que el mar da mareo, ganas de vomitar y otras cosas —respondió el Currao, masticando la punta del tabaco.

Gregorio continuó en sus averiguaciones sobre las cosas raras que tanto le habían extrañado allí en la desembocadura:

—¿No oye usted ese tambor que suena tanto?

No se hizo esperar la respuesta:

—Ése es Carrillito, usted lo habrá oído mentar; forma su escandalera en San Antero, detrás de la curtiembre que es ésa donde se ven tantos focos encendidos. Ya usted mismo sabrá todas estas cosas. Otras muchas se cuentan, mitad verdad, mitad mentira. ¿Oyó comentar lo de la ballena que se atasco en la bahía? Eso hace muchos años; usted debió estar nacido para entonces, compadre Goyo. Pues bien, el animal se metió en la bahía creyendo que era mar o que era profunda, ¡y cataplún! Se encalló en un bajo. La noticia se corrió de uno al otro confín y venían curiosos de todas partes, de Barú, de Cartagena, de Barranquilla, ¡qué sé yo! Todos querían ver la ballena hasta que un buen día vino un barco pesquero dizque de Panamá, ¿quién sabe de dónde? Se acercaron a ella y miraron una boya con una bandera que hasta entonces nadie miró. Se alegraron mucho, sacaron hachas y comenzaron a partirla en pedazos ¿y sabe que le encontraron en el buche?

Gregorio pensó un rato, queriendo demostrar que no era tan ignorante. Afortunadamente la copla le vino a su mente:

> En la bahía de Cispatá
> pescaron una ballena
> y en el buche le encontraron
> el retrato de Cartagena.

—¿Había oído usted ese cuento? —repuso el Currao—. Es bonito, a mí me gusta, pero no todo es bello en la bahía, que también hay miserias. Algún día se topara usted con los mangleros, que cortan mangle para venderlo en la curtiembre. Se pasan días y

semanas cortando en las orillas, luego lo llevan en chalupa. Los compradores, que son unos gringos, dicen que para leña, pero es mentira, que primero le quitan la concha para teñir el cuero. Bueno, la vaina del asunto está en que pagan una miseria por las chalupas de mangle y los cortadores apenas tienen para comer, que no para curarse las heridas del hacha y el paludismo y lo demás. Son verdaderos desgraciados los pobrecitos, pero si no hacen eso, ¿de qué van a vivir? Ellos dicen que es mejor negociar con el mangle y no irse de peón con los hacendados, por eso le digo que si usted logra mantenerse firme aquí van a ser muchos los que lo imiten, muchos, ¡cómo goleros en peste!

—¿Y usted, Currao, por qué no se viene también?

—¡Rancho para mí, nunca! Yo soy de otra laya, me gusta el agua, me gusta perderme en los cenagales, vivir solo, sin vejiga para nada, es la costumbre. Mi champa y yo; no hace falta ni la mujer, que un día me pegaron una enfermedad y harto me costó cortarla. Dejen esas comodidades del rancho, de los hijos, de la mujer para otros; yo vivo libre como usted dijo. Me voy, si algo se le ofrece, sólo tiene que gritarme, y yo lo oigo aunque esté muy profundo. Adiós; ya su mujer duerme, despídame de ella.

El Currao se bajo de la barbacoa y anduvo con paso corto, pero seguro, metido en el agua. Ya le daba por los muslos, la cintura, un poco más y desaparecería en la corriente. A Gregorio le pareció que se había hundido del todo. ¿Podría respirar debajo del agua? Estaba emocionado con el encuentro de aquel hombre singular, que no podía vivir sino en los lodazales, hasta parecía que él fuera de barro, con su piel rugosa y apretada. El Currao era un buen hombre, ¿por qué andaría siempre metido en el fango como un cerdo?

V

Sin darse tregua, Gregorio Correa púsose a construir el rancho para guarecer a su familia; con los palos traídos de la barranca y los que la corriente arrastraba entre los firmes basto para confeccionar la armazón de las paredes y del techo, pero tuvo que alejarse de las bocas en compartía de su hijo para traer de los potreros de Espitia las palmas de coco con que cubrirlo. Esa tarde, de regreso a la barbacoa, encontraron la comida preparada: el pescado y el café, pero también a Rosaura con fiebre. Ninguna de las dos cosas alteraron el rostro de Gregorio, que sabía apretarse el corazón. José Darío, que pensó recoger curacuchas de la playa para su hermanita, se alegró de no haberlo hecho, adivinaba que la enferma no habría querido tales conchas. Su madre en cambio, le daba las píldoras de quinina que Próspero Huelva le había regalado. Le oyó decir que la quinina no le «hacía» a Rosaura, y esto le hizo pensar en las muchas cosas que ignoraba. Supo imitar una vez más al padre y mantuvo firme el rostro sin una mueca. Así se comenzaba a ser hombre.

Los campesinos, guarecidos en su rancho, no advertían como los cielos se oscurecían con nubarrones venidos del mar. El viento aullaba en las ramas de una palma; la corriente subía con lentitud y sus aguas alcanzaban el entarimado de la barbacoa; el perro gimió, medroso, presintiendo la lluvia. Sin dormir durante las tres noches pasadas, el viejo se tragaba las horas de sueño como un merecido pago a sus desvelos. Su mujer, envuelta en trapos con su hija, sí permanecía despierta, tampoco puso atención a la tormenta que se avecinaba. José Darío sonaba con sus hazañas de mocetón que comenzaba a dominar la vida como un hombre. Sólo el «Mocho» presentía el peligro, pero no lo escuchaban.

Las aguas subieron por encima del entarimado. Gregorio dio un salto y llamó a los suyos, que no comprendieron la causa de estar

nadando. El viento, que penetró con violencia por uno de los costados, desflecó las paredes y arrastró de paso el techo, como si se tratara de un paraguas. Ante el impulso de la corriente, «Mocho» hizo un esfuerzo para sujetarse al piso, pero fue arrastrado fuera de la barbacoa. José Darío lo siguió gritándole:

—¡«Mocho»! ¡«Mocho»! —Dio un paso en el vacío y se fue tras de él, agarrado al muñón del rabo en el tumulto de la corriente. Su padre no lo advirtió, tratando de agarrar la champa y a Rosaura, a quien tuvo tiempo de sujetar. Estebana, que había visto caer al hijo, pretendió seguirlo, pero el brazo potente del marido la sujeto por la pollera:

—¡Ven a la champa, deja que se ahogue el perro!

—¡José Darío!

—¿Dónde? ¿Dónde?

Las palabras apresuradas nada significaban en la violencia de los acontecimientos. Allí no había lugar limitado; la corriente lo arrastraba todo, envolviendo y haciendo girar en remolino las cosas y las ideas. El entarimado rodó también y ya sin punto de apoyo, el mismo Gregorio no sabía dónde estaba; la champa le pegó en la frente y oscureció sus ojos. Con todo, logró meter dentro de ella a la hija y a la mujer, pero no pudo subirse porque la vista nublada se lo impedía y prefirió soltar la canoa para que su brazo no la hiciera volcar. Gaspaleo sin dirección, ya el fondo desaparecía también, la corriente se agigantaba. Medio enceguecido pensó en el hijo que desde algún lugar lo llamaba a grandes gritos; más distante escuchó las voces de Estebana y se esperanzó en que ella lo rescataría. Los gritos de ambos se iban alejando, no sabía por qué caminos. Un aguacero silenció todo con sus goterones. Comprendió Gregorio que aquello dificultaría el salvamento del hijo o posiblemente ya Estebana lo había recogido, pues no gritaba. Esta idea lo alivió por unos momentos, pero volvió a interrogarse: «¿Por qué no gritan?». Si estaban juntos debían llamarlo. ¿Y si lo daban por muerto? La impresión del golpe que recibiera había pasado y, sin embargo, continuaba sin ver nada. ¿Era por la oscuridad de la noche o porque definitivamente se quedó ciego? Los gritos de José Darío volvieron a oírse y trato de nadar hacia él, mas la corriente lo achiquitaba y lo conducía hacia el mar. El agua tenía sabor amargo y abrigaba la esperanza de engarbarse, ya que en la bahía no habría salvación

posible. El perro no ladraba. «Pobrecito, ¿cómo iba a salvarse si tenía el vientre abierto de una cornada?».

Le tranquilizo saber que su hija y su mujer estarían a salvo; no tenía la menor duda de que Estebana sortearía las dificultades con la champa, más como desaparecieran las voces de José Darío, comenzó a taladrarlo la idea de que ya se había ahogado. Su hijo nadaba muy bien, ya era un hombrecito, ¿por qué no iba a defenderse también? Pero pudo haberlo sorprendido un caimán como el que hirió la otra noche. Por primera vez pensó en los tiburones, no ignoraba que en las bocas pululaban. ¿Y si uno de ellos había descuartizado a José Darío? Un cuerpo rozó sus piernas y tuvo miedo; a lo mejor sólo fue un palo. Ya las fuerzas se le iban, dentro de poco no podría sostenerse sobre el agua. De súbito le pareció pisar firme. ¿Una ilusión? Nado con ahínco, tentando con los pies, y encontró tierra, tierra dura, que lo sostenía en medio de la corriente. Había encontrado un bajo, las mismas aguas del río lo salvaron, era un milagro. ¿La Virgen de la Candelaria o san Bernardo? ¿A quién de los dos debía el prodigio? Tuvo la esperanza de que otro tanto hubiera sucedido a su hijo. Hincho los pulmones y grito a los ámbitos llenos de lluvias:

—¡Daríoooo… ooh! ¡Daríoooooo!

Él creía que el grito penetraba a todos los rincones de las bocas, que se metía profundo en la bahía. Tal vez su hijo no lo oía. Volvió a repetir y otras tantas veces su voz, una vez salida de sus labios, se diluía en el clamor de la lluvia. Estuvo en pie hasta el amanecer, sacudiéndose los mosquitos y el jején, cuando no la lluvia que fustigaba su cuerpo completamente desnudo. Su anhelo comenzaba a realizarse: allí se venía el sol. Oyó que gritaban con mucho ardor. Alguien lo llamaba, una voz que no era la de su mujer ni la de sus hijos, pero muy conocida, aunque no la identificara.

—¡Gregorio, compadre Gregorio!

—¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy! —respondió, preguntándose de quien podría ser aquel llamado. Sin duda encontraron a la mujer o al hijo y de ahí que lo buscaran. ¿Pero cómo tan de madrugada, cuando apenas la tormenta había pasado? «Después dicen que no hay brujas». Oyó muy cerca el chapoteo de alguien que se acercaba, pudo mirar a veinte pasos y divisó al Currao, siempre sonriendo. ¿Qué era lo que traía a cuestas? Su hijo; el muchacho se agazapaba

sobre su espalda, mientras que él vadeaba los bajos con pie seguro. Quiso botarse a los brazos de Darío, pero la cara maliciosa del Currao le desbarató todo dramatismo.

—¿Dónde lo encontró, compadre? ¿Ha visto a mi mujer y a mi hija? —preguntó, entre alegre y angustiado. Él no podía reír como el Currao, aunque se hallara contento de encontrar al hijo que dio por muerto, aún temía por el resto de la familia.

—Todos están salvos. Unos por aquí, otros por allá, vivitos y coleando. La corriente siempre dispersa, pero uno sabe reunirse de nuevo. Al muchacho lo encontré nadando como un pescado, dando gritos por su nombre, por eso pude orientarme y recogerlo. Su mujer está del otro lado; ya le dije que no se apurara, que todos estarían vivos. Dejo aquí el muchacho y vuelvo con la champa para que él a los vea; debe estar muy preocupada —puso al chico sobre el escaso fondo de las aguas y se alejo gaspaleando. El campesino observó al hijo que mostraba aruños en el pecho.

¿Qué fue eso?

—El «Mocho»; el pobrecito quería agarrarse de mí; pero yo, ¿dónde lo iba a aguantar, si yo mismo me estaba ahogando? Lo solté; quien sabe por donde estará ahora, lleno de agua hasta las narices.

—Así es, hijo.

José Darío contó como el Currao, en mitad de la corriente, lo agarró por un brazo y se lo había echado encima. Sobre sus espaldas estuvo toda la noche, sin que quisiera bajarlo, dizque para que no se mojara.

—Pero el agua nos bañaba por todas partes, papa.

—Es muy buen nadador ese Currao; sólo él pudo venirse así, con noche y todo para auxiliarnos. Le debemos mucho, hijo, no lo olvides, por si algún día puedes hacer algo por él.

Ya se acercaba con la champa. Montaron los tres, y a grandes remazos del Currao cruzaron los múltiples brazos del río hasta llegar donde Estebana y su hija. Al pasar un canal con gran corriente el Currao advirtió:

—Éste es el caño madre; se ve que tomó este camino recientico, tal vez anoche, porque antes desembocaba por alla.

A lo lejos se veía la pollera blanca de Estebana, alegre de contar tres en la champa y, finalmente, mucho más cuando comprobó que

eran Gregorio y José Darío los que acompañaban al Currao. Se abrazaron gozosos, pero pronto se entristecían. Rosaura tenía fiebre muy alta.

Se ha agravado con el agua; mira, ya ni siquiera se da cuenta de nada.

—Si es preciso —dijo el Currao—, yo la llevo donde el médico; conozco caminos que llevan rápidamente a San Bernardo.

—¿Cómo se siente, hija, muy mala? —preguntó Gregorio, confiado en que la pequeña sabía mejor que nadie cuándo se sentía muy enferma.

Ella contestó moviendo la cabeza negativamente. El padre volvió la mirada al Currao, una oleada de agradecimiento brotaba de sus ojos:

—Ya ve, compadre, no es necesario. Ella dice que no está de gravedad; no debe pues preocuparse —después tornó la vista hacia donde quedaban los troncos que clavara.

El Currao adivino lo que pensaba su amigo y aconsejó, para aclarar el entendimiento, si es que lo deseaba:

—Usted se colocó en un mal seco, compadre Goyo. Es mejor allá, contra la barranca, muy lejos de estas aguas correntonas. Yo le ayudare a levantarlo y si es preciso le doy consejos para la construcción en los pantanos. Aquí las cosas se hacen diferentes a como se acostumbran por allá. Ahora, antes que todo, recojamos lo que queda de su rancho; también han llegado nuevos palos que pueden servir, pero la ramazón la traeremos de la manglera. ¿Vio usted el caimán chuzado que esta alla?

Gregorio Correa miró hacia donde le señalaba y efectivamente allí había un caimán boca arriba, con el vientre inflado y algunos gallinazos sobre él. Le pareció reconocer el arpón que como asta de bandera se clavaba en sus costillas.

VI

La corriente no sólo había desbaratado el rancho de Gregorio Correa, sino que malintencionadamente desparramó a lo largo de la desembocadura los pocos muebles que había traído consigo. El pilón flotó de un lado para el otro, hasta que navegó atraído por otras corrientes mar adentro. Estebana sintió tanto su pérdida como José Darío la del «Mocho». El pilón fue para él a un amigo confidente por muchos años, desde que unió su vida a Gregorio. Recordaba el día en que se lo dieran. ¿Cómo no iba recordarlo, si fue el regalo de boda que le hiciera su padrino Moisés Pérez? Él le dijo: «Aquí te traigo este pilón de purita ceiba, labrado por mí mismo, para que te sirva como un recuerdo y tengas donde pilar el grano, ya que tu marido es arrocero». Desde entonces el pilón estuvo presente en su casa. Algunas veces silencioso, como un amigo que no quería interrumpir las labores sin ser invitado. Ya le llegaría la hora de brindar sus servicios y entonces la mano de Estebana le limpiaría la boca siempre abierta esperando el arroz. Luego vendrían los mazazos que duraban todo lo largo del día, hasta que su dueña, cansada de tanto curvar el talle, pilando y pilando, se acostaría a su lado para oír su resonancia, añorando buena cosecha.

—¡Cómo hablaba mi pilón cuando lo golpeaba la mano! —exclamó, dolorida.

Gregorio sintió más la ruptura de la tinaja. Era lo único que conservaba de su madre. La había comprado en San Sebastian y la acompaño de un lado para el otro. Hoy en Lorica, mañana en Cerete, luego en Purísima, hasta que al fin encontró un hoyo propicio bajo la sombra de las matas de plátano. Mantenía el agua fresca a cualquier hora del día: «Buena la tinajita, ¡quién iba a pensar que se ahogaría en las bocas!». También echó de menos el machete que encargo a su compadre Roque Villalobos en el único

viaje que éste hizo a Cartagena. Otros habían aprovechado su ida a la capital provincial para encargar telas, baúles, espejos y distintas cosas. Pero ahora, sin oficio, se oxidaría en el fondo del río. ¡Cómo era de ingrata la vida!

Afortunadamente, el Currao rescató los canaletes, retenidos en unos firmes. También estaba allí la champa y ellos. No había por que lamentarse. En la primera oportunidad irían al pueblo para agradecer a san Bernardo el milagro de salvarles la vida.

El Currao comenzó a orientarse en busca de un seco sobre el cual se pudiera construir un rancho sin el riesgo de las avalanchas del río ni en mitad del paso de las lanchas. Contrario a lo que hizo Gregorio Correa, no se desembarcó de la champa para juzgar la profundidad de las aguas, sino que desde ella decía:

—Aquí hay un bajo, pero no nos sirve, pues es tierra fangosa. Allá está uno que es bueno, largo como culebra y nada de ancho; tampoco se puede utilizar. Me gustaría el seco que asoma al lado de aquel caño; es tierra dura, está cerca de la barranca y es grande, compadre. Es mejor que construyamos al allá.

El advenedizo lo afirmaba todo, sin nada que argumentar y admirando el conocimiento que el Currao tenía de Los Secos. La admiración de José Darío no era menos grande, y para sus adentros se decía que con el correr del tiempo llegaría a conocer tanto como él las tierras en donde iban a vivir. Estebana procuraba aliviar a la hija con palabras, pero más que todo quería estar segura de que vivía; su frente quemaba como tizón de candela. Afortunadamente habían encontrado un corpulento mango que dejaba caer su sombra sobre la champa, evitándoles tener que sufrir la sofocación del sol. No echaba de menos que ese árbol iba a ser su techo por muchos días; la construcción de un rancho no era cosa de dos por cuatro, especialmente después de que la avenida se llevó estacas, cañabravas y palmas.

Los vaticinios del Currao comenzaron a cumplirse. Las aguas descendieron y no sólo el seco que escogiera sobresalía de la superficie, sino los otros, más distantes, metidos casi en el fondo de la bahía.

—Es tiempo de que vayamos a cortar varas de mangle —anotó —. Yo conozco un sitio donde los mangleros todavía no se han dado a la tumba.

Ya usted sabe las ganas que tengo de levantar la troja para la familia respondió Gregorio, —pero no veo con que rula vamos a desgarbar el mangle.

—No se apure, compadre —clamó el Currao, con su palabra siempre previsora—, que en el fondo de la champa he traído algunas vainas para levantar el rancho y no me ha faltado el machete.

—Si así es, le doy las gracias y ya podemos darnos de camino —aprobó cordialmente Correa, admirando por dentro la buena voluntad del amigo para servir.

Antes de marcharse probaron el café que Estebana preparara de los residuos del día anterior y que, desde luego, hacía parte de los presentes del Currao. A pesar de que estuvo claro, la habilidad de la mujer y el frío de la mañana lo hicieron sentir reconfortante como trago de ron.

La champa curvó hacia un codo que formaba uno de los caños. No podían avanzar con rapidez porque el maretaje pegaba de frente y la champa, sin quilla, saltaba a cada golpe como un delfín juguetón. Bastante equilibrio tenía Gregorio para trajinar embarcado en las aguas correntosas del Sinú, más lo perdía fácilmente en el balanceo de la canoa hostigada por el oleaje tonto y debía agarrarse a los bordes para no caer al agua. El Currao miraba en silencio; su boca cerrada, para evitar que la brisa del mar amargara su garganta. El amigo hundía su vista por todas partes, atento al fondo claro de las aguas, donde transitaban peces desconocidos y aparecían bancos de algas marinas. Al ver que no se cansaba de admirarlos en silencio, cambio el canalete de mano y comenzó a platicar:

—¿Qué es lo que mira con tanta curiosidad compadre?

—¡Las matas! Yo creía que en el mar no se daban, pero mírelas como crecen bajo el agua salada.

—A veces forman bosques en donde se atascan los mismos pescados.

—¡Caray! Nunca me lo hubiera imaginado. También he visto muchos animales raros por aquí. Unos parecen estrellas, y no se diga de los caracoles, ¡jamás los vi tan grandes!

—Estrellas de mar las llaman; tienen más dientes que un peine. Hay muchas clases de caracoles, chicos y grandes, para comer y

para envenenarse. ¿Está viendo las tierras de la orilla?

—Hace tiempo que las aguanto, ¡son buenas para la siembra!

—No se equivoca. Las llaman Tierra de Bijao, porque, como ve, son apropiadas para ese cultivo. ¿No oyó hablar del pleito de Jesús Espitia y los campesinos que vivían allí?

Gregorio frunció el ceño por unos minutos y, tras de borrar de nuevo todas las arrugas, exclamó:

—Ya, ya recuerdo, ¡cómo no! Se hizo una escandalera con ese asunto. Espitia decía que las tierras eran suyas y los campesinos afirmaban que eran de la bahía.

—Está usted en lo cierto —confirmó el Currao, cambiando el canalete de mano, porque la champa torcía el rumbo hacia la orilla. Satisfecho de la ruta, se acomodó y volvió a tomar la palabra, acomodándose, para hablar largo.

—La cosa fue así. Esta bahía de Cispatá, que ahora ve tan chica, porque todos los años se encoge, en otros tiempos tenía una extensión de más de cinco leguas de largo. Pero el río la ha venido calzando poco a poco a paso de morrocoy. En las bocas la lucha ha sido por pilas de años. El río, como serpiente de agua, trata de meterse en la bahía, empujando al mar que envenena su agua con el salitre. El caño ese por donde usted se ha metido, fue otra salida que buscó en su desesperación. Luego volvió a abrir la trocha por el otro lado por donde se la llama Sal Si Puedes; en fin, casi todos los años busca nueva salida por pura camorra. En el verano ya usted mismo lo confirmará, el mar sobrepuja la débil corriente —y continuó—: pero en invierno, como lo vio la otra noche, el río cobra venganza y hace recular el mar hacia la bahía. Parece que le dijera: «Si mi amor no te acomoda y te causa maravilla, zapato, va joroba, vuelve a tu charco babilla», y el mar así lo hace. El río no se contenta con echarlo, sino que empuja tierra y más tierra por donde quiera que se abre paso y calza, y calza. En esta forma se ha ido adueñando de la bahía, que, como usted ve, ahora es una pendejadita. Pues bien, las primeras tierras que el río arrancó a la bahía fueron ésas, Tierra de Bijao. Allí se metieron los pobres como usted que no tenían nada donde sembrar. Comenzaron con el bijao, que de allí le viene el nombre, y después, con arroz, buen arroz que se da allí. Pero nadie sabe para quien trabaja, ni el mismo río, y de la noche a la mañana, el condenado de Espitia reclamó las tierras

como suyas. Así como se lo digo, con todo el descaro de la sinvergüenzura, alegando que sus escrituras, ¡vaya Dios a saber que escrituras!, decían que Tierra de Bijao era de él solito. Los pobres campesinos contestaron que no salían de ahí, porque ellos ayudaron al río en su calza y porque antes que ellos nadie, ni los mismos mosquitos, habían vivido allí, como era la verdad. Pero no valieron razones, que quien tiene la jeringa la echa y, Espitia, con dinero y abogado que es, pudo más que la justicia y obtuvo el título de propiedad quien sabe con que hijo sin madre que hacía de juez. Como los campesinos dijeran que ni con eso salían de sus tierras, pues estaban en su derecho, entonces Espitia vino con su gente armada, les quemó los ranchos, sus cultivos y los arrojó a la fuerza. Los pobres se tuvieron que disgregar, unos por San Antero, otros por San Bernardo. Hubo quienes se fueron a Coveñas. Por ahí anda un hijo de Dios, Marco Olivares es su gracia, que está luchando todavía en favor de los pobres. Pero a eso es clavo pasado y no hay santo que lo enderece.

—Conque ése fue el lío; yo no lo conocía con sus pelos y señales. Yo soy amigo del padre de ese Olivares. Me alegra saber la noticia de que el hijo ha heredado la misma rectitud y que sea como él, defensor de los pobres y de la justicia. De tal palo tal astilla.

¡La justicia! Gregorio Correa no imaginaba que hubiera gente que creyera en tales cosas. Desde que supo en carne propia lo que significaba ser pobre, no tener amigos en el gobierno y que la ley sólo apoyaba los intereses de los ricos, perdió la fe en la justicia. Pero había otros hombres, y hombres educados, que luchaban por ella. Buen entendimiento debían tener y sus razones no les faltarían. Como le hubiera gustado platicar nuevamente con Antonio Olivares o con su hijo, para que lo ilustraran y le volvieran al corazón la fe que había perdido. Lo saco de estos pensamientos el Currao, que le mostraba la orilla:

—Mire, ya llegamos. Atrás de ese manglar bobo, crece el mangle duro y alto que buscamos. Las aguas se tenían de un rojo vivo. Savia de mangle, sangre vegetal que se derramaba a los hachazos de sus cortadores. Sin que el árbol fuera herido, de sus raíces clavadas en el agua, desprendíase el tanino que coloreaba al mar, pero sólo las ramas que caían al agua y especialmente la corteza del árbol podían dar aquel subido color. El Currao esgrimió el machete y

arremetió contra las raíces que parecían patas de gigantescas arañas y abrió paso a la champa. Mientras Gregorio empujaba con la palanca, el machete rompía las ramazones, despejaba la trocha y permitía el avance.

Más allá sólo se aventuraban los buenos cortadores de mangle en busca de los árboles centenarios, de ancho dorso y espesa concha, fuentes inagotables de colorante vegetal, bueno y estimado en la curtiduría. Pero el Currao y Gregorio se contentaron con tumbar a los jóvenes mangles que se erguían a la vista. Su tallo delgado y largo facilitaría la construcción del rancho, especialmente para levantar defensas en torno al seco que permitiera mantener un nivel por encima de la corriente del río, aun durante las grandes crecidas.

Lleno el hueco de la canoa, se inicio el regreso. La presencia de algunos nidos con polluelos de chavarríes demoró un tanto la partida. El Currao anduvo por entre las ramas de mangle con pericia y al alcanzar los nidos robó a los pequeños. Una vez capturados, les retorcía el pescuezo y sujetaba por las patas. Los más adultos escaparon a otras ramas, pero con más de media docena en su poder, regreso a la champa limpiándose el cuello y el pecho de piojos.

—Ése es su alimento —dijo Gregorio, a la par que los hundía en el agua para librarlos de los insectos.

—A medida que crecen, más les salen los piojos. Éste ya estaba emplumado y el muy pendejo se dejó atrapar. Era macho, pues ya le asomaban las espuelas en las alas.

De regreso a Los Secos, Estebana se preocupó más por los pichones de chavarrí que por las varas de mangle. Inútilmente Gregorio le llamaba la atención acerca de la buena vivienda que tendrían; pero ella, más interesada en el hambre de sus hijos, proseguía el descuartizamiento de las aves:

—Lastima que sólo se les pueda aprovechar la pechuga —dijo—, porque lo demás es pluma.

Con el nuevo día se clavaron las primeras estacas que servirían de defensa al seco. Sin olvidar las incomodidades del rancho que anteriormente había construido, Gregorio, preocupado por el porvenir, trazó los planes para tener uno más espacioso. Al

ocultarse el sol todavía afianzaba la cerca, pero al día siguiente, salvo algunos ajustes con bejucos traídos del mismo manglar, se dedicaron al acarreó de tierra en las champas de la barranca hacia el seco. La apisonaron con pesados troncos, hasta que estuvo bien alta, emergiendo sobre las aguas.

Llegó la hora en que el rancho sólo aguardaba el techo. Hasta ese momento Gregorio pensaba construirlo con palmas de coco, pero el Currao nuevamente lo atajó con sus conocimientos de la región.

—Sería mejor —dijo— que hiciéramos un viaje allí no más, detrás de la curtiembre, donde nace el corozo de vaca que da gusto.

Las palmeras de corozo, después de la palma amarga, era la mejor para la confección de los techos. De ahí que Gregorio se entusiasmara con la noticia que oía:

—Claro está —respondió—, usted tiene la razón y dirá cuando marchamos.

—Pues ahora mismo. No se crea que está lejos el lugarcito.

Por tercera vez Gregorio Correa surcaba la bahía, siempre en nuevas direcciones. Se decía a sí mismo que para dentro de poco tiempo ya no iba a tener secretos para él, como se lo advirtiera el Currao. Ahora se aproximaba a la curtiduría. No era tan hermosa como parecía de lejos. Inútilmente busco la hilera de bombillas que tanto le llamara la atención. El mal olor de las pieles sanguinolentas atraía a los gallinazos, que confianzudamente las picoteaban en medio de los obreros. El Currao escoró la champa a un lado del muelle de madera. Gregorio era el primero que veía y le causo admiración, aunque no era muy grande. Aun se sorprendió más cuando cruzó cerca de los hornos de la curtiduría.

Por sus bocazas abiertas los obreros metían los trozos de mangle. Muy cerca de ellos estaba agrupada la leña, hasta topar el techo. Por un momento pensó en lo que el Currao le dijera de como los gringos explotaban a los cortadores de mangles al pagarles una miseria por cada canoa de leña. Tuvo miedo horrible de permanecer allí. Por detrás de los hornos rezongaron las maquinas, y el zumbido que antes oyera desde lejos, ahora no le pareció hermoso porque le hacía vibrar el tímpano. Apresuró el paso, sin que encontrara resistencia en el Currao, deseoso también por salir de aquel

infierno, sobre todo desde que viera a un gringo con overol azul. Una vez fuera, dijo a su amigo:

¿Viste al míster?

—Sí lo vi; llevaba unos espejuelos sobre la gorra —respondió Gregorio, demostrando que había reparado en él.

—Pues bien, dizque es buen mecánico. Ése no gusta que se pase por dentro de la fabrica, pero no hay otro camino.

Gregorio se pegaba al Currao, ignoraba qué fuerza lo empujaba al lado de su amigo, de aquel hombre igual a él, montuno e ignorante, que desconocía la mecánica, pero que odiaba a los gringos que vestían overoles azules como sus ojos. Por eso tal vez era su amigo. Él también odiaba a los gringos y no sabía por qué. Pensó nuevamente en los cortadores de mangle; no se explicaba como ellos cortaban leña para los místeres; a lo mejor era el hambre lo que los empujaba a negociar con ellos.

No fue preciso que el Currao le anunciara que habían llegado a las palmeras de corozos. En un potrero de tierra accidentada y seca, a un lado del camino, dejaban caer su sombra sobre el ganado. Aunque no escaseaban a la orilla del camino, el Currao se dirigió bien adentro; bajo por una loma y al doblar por una punta de monte aparecieron en compacto ejercito que cubría la llanura hasta las estribaciones de la serranía. Por vez primera Gregorio vio al Currao imposibilitado de hacer una cosa con gracia y dominio. El camino vertical de las palmeras no eran las ciénagas, y difícilmente podía encaramarse a ellas. Machete en mano tumbó todas las palmas verdes y grandes que hallo en la cúspide, dejando el cogollo desplumado. Daba grima al verlos agitarse despenachados.

Se hizo esfuerzo ese mismo día para que Rosaura tuviera un techo distinto al follaje del mango, pero no se pudo iniciar el tejido porque el sol se escurrió muy pronto por detrás del mar; afortunadamente la fiebre no hizo su aparición, se alejaba ante la resistencia de su cuerpo, pero no había que cantar gloria, pues regresaría sin duda con más empuje.

Estebana Segura no hallaba modo de confesar a su marido la íntima admiración que había despertado en ella al verlo combatir sin quejarse en la semana de peripecias que ahora terminaba al engancharse la última palma. No todo fue obra de Gregorio; allí

también estaba el Currao, a quien se debía mucho. Al igual que su marido y sus hijos, le había tomado cariño, profunda amistad. Por eso sintió amargura cuando le oyó decir:

—Bueno, compadre; yo lo voy a perder de vista por algún tiempo; tengo un negocito pendiente que me alejara de por aquí, pero ya le caeré…

—Está bien, compadre —respondió Correa, al verlo que se diluía en las sombras apretadas contra el agua—. Aquí estamos a su disposición para lo que se le ofrezca, para lo que sea…

Gregorio recordó la noche en que lo conociera, surgiendo también de las sombras y de las aguas. «Es muy bueno el Currao», se dijo.

Quien ya no podía vivir sin la ciénaga pensó algo parecido al dejar a sus espaldas un rancho y en él al hombre que una noche lo asustara en una barbacoa: «Se salió con las suyas el compadre Goyo, es un jodido…».

VII

Enero llegó con su sombrío inventario. Recolectada la cosecha vendida y apañolada en las bodegas de los ricos cada cual supo lo que había significado el año de labores. Los que cultivaron las pocas tierras que les pertenecían y que no adquirieron compromisos creyeron haber tenido una buena cosecha una vez vendido el grano y apartadas las botijas de arroz para el consumo. Para los más, peones y pequeños agricultores que pidieron dinero a Jesús Espitia, la cosecha los dejó igual de pobres y más dependientes. Trataron de moverlo a compasión, pues aquél había hecho saber que ajustaría las cuentas a todo el mundo.

Muy pronto el pueblo comprendió cuales eran las verdaderas intenciones de Jesús Espitia. La tan anunciada amenaza encaminada sólo a los campesinos que tenían tierras en las márgenes del río, que desde años atrás venía codiciando. Próspero Huelva, lo mismo que Jacinto Colmenares y Arcadio López, se vieron de la noche a la mañana sin tierras, con sus familias a la ventolera, porque las autoridades les hicieron pagar con sus bienes las deudas contraídas directa o indirectamente con Espitia. De nada valieron las promesas de pago, los juramentos y las lágrimas.

Jacinto Colmenares tuvo que refugiarse en casa de su cuñado Indalecio Negrete, que le ofreció casa y tierras donde trabajar; pero Arcadio López y Próspero Huelva inútilmente trataron de arrinconarse en San Bernardo. En vista de ello, Próspero sugirió a López la idea de bajar a las bocas a ver que había sido de su compadre Gregorio Correa y si era posible que ellos lo imitaran construyendo sus ranchos en la desembocadura. López, más desconfiado que su amigo, dejó a su mujer en San Bernardo, en casa de una comadre, mientras indagaba acerca de las posibilidades de irse a vivir a Los Secos. En cambio, Huelva, ya porque tuviera una amistad con Correa o no tuvo en donde meter a su mujer y a sus dos

hijos, viajó con ellos, llevándose muebles y algunos gallos finos, en su busca. Durante el viaje, en champa, Arcadio, que nunca había intimado con Gregorio Correa, preguntaba a Huelva acerca de su carácter y su hospitalidad. No había perdido la esperanza de que efectivamente se pudiera vivir en la desembocadura y entonces recordaba algunos comentarios hechos por los peones de Espitia, burlándose del hombre que se había empantanado en las bocas y construido allí su rancho.

Era de noche cuando la champa llegó a la desembocadura e inútilmente se afanaron en buscar la vivienda, que en la mente de Próspero debía estar en la misma boca del río. Como no viera trazas de habitaciones comenzó a temer de que el compadre se hubiera mudado.

Rosalía Padilla se lamentó de no haber imitado a la mujer de Arcadio López, quedándose en el pueblo, pues Juancho, su hijo de pecho, comenzó a llorar por el frío, a pesar de que lo llevaba enrollado en trapos y contra su propio cuerpo, tan grasiento y caluroso como el de su marido. Muchas afinidades había entre ella y Próspero. Ambos eran emprendedores, dispuestos para el trabajo y los riesgos, y lo que más los identificaba, la desmedida pasión por los gallos finos. Por eso ella cuidaba tanto de ellos como de su propia criatura y de haberlo podido hacer, los habría metido también bajo el brazo para protegerlos con su gordura, que ocupaba gran parte de la estrecha champa. Sin saber que partido tomar, Arcadio López que conocía mejor las bocas que sus acompañantes, sugirió que Gregorio tal vez había escogido algún seco apartado de ellas, evitando el peligro de las crecientes y de las embarcaciones. Pareció razonable a Huelva lo que dijera su amigo y comenzaron a orientarse, pero la oscuridad les atajaba el paso. Abundaban también los firmes y los mosquitos. La champa hacía agua y amenazaba con hundirse. Rosalía Padilla callaba amamantando al hijo recién nacido, mientras que el mayorcito, con los ojos abiertos, se esforzaba por ver en la oscuridad.

—Tal vez sea mejor que nos recostemos a la barranca para pasar la noche, pues en esta oscuridad no vamos a dar con el compadre —aconsejó Próspero, preocupado por la creciente humedad de la champa.

—Lo que usted haga está bien para mí —respondió López, que

se sentía un tanto responsable de aquella situación, pues demoró mucho la partida.

—Pues haremos eso —afirmó el amigo y movió el remo, haciendo girar la embarcación hacia atrás. En aquel momento le pareció ver una lámpara.

—¿No será aquella lucecita la casa del compadre? —sugirió Rosalía, que también vio moverse la llama en la distancia.

—A lo mejor; grítele usted, compadre Próspero —dijo Arcadio.

Sin hacerse esperar, el aludido se puso de pie:

—¡Compadre Goyo! ¡Oh compadre Goyo!

El grito se hundió en la noche y allá a lo lejos, rozando por sobres las quietas aguas, el eco repitió con más pujanza:

—¡Compadre Goyo! ¡Oh compadre Goyo!

Todos pusieron el oído atento, pero nadie respondió y el silencio se hizo espeso. Solo Vinicio, cuyo corazón palpitaba fuertemente, afirmó haber oído una respuesta.

—Tú tienes oído de tísico —advirtió el padre riendo un poco—. Probare otra vez, quien sabe. ¡Compadre Goyo! ¡Oh compadre!

Antes de que se diluyera el eco, la luz pareció moverse. Estaba muy distante y no pudieron ver claramente, pero alguien se había asomado y alumbraba con la lámpara.

—Parece que es él —exclamó Arcadio López—; grítele de nuevo.

Con más fuerza, Próspero volvió a llamar y en efecto, la voz potente de Gregorio Correa lleno los ámbitos:

—Ya lo oí, compadre; ahora mismo voy para allá a mostrarle el camino. No se mueva, que estas corrientes son muy peligrosas para quien las desconoce. Un momentico y le doy la mano.

Está bien, compadre. Estamos aquí cerca de las bocas.

—¡Bueno, bueno!

En la champa todos se alegraron. Mientras se acercaba el compadre, Próspero comenzó a achicar con un pedazo de totuma por el escaso hueco que dejaban los muebles; luego la pasó al hijo para que hiciera otro tanto en el extremo opuesto. Los gallos cacarearon al oír el remo de Gregorio que se acercaba con un tabaco prendido. Arcadio López encendió un fósforo para denunciar la presencia de la champa y, guiado por la lumbre Correa estuvo pronto a su lado, preguntando:

—¿Qué se le ofrece, compadrito, que se ha venido de noche por

acá?

—Nos sorprendió la oscuridad. Si hay un rincón en su rancho pasare la noche allí. Me acompaña la familia y el amigo Arcadio López, de San Bernardo. Usted lo conoce.

—¡Cómo no! Ya sabe que usted siempre es bienvenido a mi rancho, lo mismo que todas sus amistades.

Gracias, don Gregorio —respondió López, sujetando la champa al lado de la otra.

—Cuando estemos en casa ya le contaré el motivo de nuestra presencia, compadre. Ya usted sabe la malignidad del condenado Espitia.

—¡Ni me lo miente, que se me amarga la boca! ¡Ni me lo miente!

López regreso al pueblo en busca de su mujer y fue preguntado con gran curiosidad por los sambernardinos sobre las hazañas de Gregorio Correa en las bocas. Muy pocos creyeron lo que les contaba y se decían para sus adentros: «Éste quiere engatusar más de un tonto con el cuento de Los Secos». Otros opinaban: «Si la cosa es tan buena, ¿por qué ha regresado?». Por donde quiera que pasaba, y a todo el que veía, Arcadio contaba las bondades de la desembocadura, la buena hospitalidad de Gregorio Correa y la posibilidad de que todos se fueran a vivir allí, que los secos abundaban y «no eran de nadie». Pero lo que afirmaba con la boca lo desmentía con sus actos. "¿Por qué López no regresa a Los Secos?", si ya tiene resuelto el problema de la vivienda, ¿qué busca de un lado para el otro, como si hubiera perdido algo? Esto fue lo que en un principio se preguntaban las gentes; mas viendo que los días pasaban y que Arcadio no daba trazas de marcharse con su mujer a las «bondadosas tierras», comenzaron a decírselo en su cara. Arcadio callaba, no respondía ninguna de esas preguntas, pero volvía a cantar las glorias de las bocas.

Por fin un día, ante la sorpresa de toda la población, embarcó con su mujer, Anselma. Los incrédulos y algunos amigos lo fueron a despedir al embarcadero como si aquel viaje fuera el último. Anselma, que se había entregado a López para no morirse de hambre, nunca objetaba nada a su marido. Ante las amenazas de que muriera de fiebres o de que el río la ahogara en una creciente,

bajaba la cabeza sumisa, pero satisfecha de demostrar a su hombre lo mucho que lo amaba. Con él iría hasta el infierno. López, seguro de su lealtad, sonreía, lleno de orgullo:

—No le vengan con cuentos a la Anselma. El que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija —exclamaba con alboroto, demostrando también con el refrán que conocía mucho de mundo y sobre todo de mujeres.

No obstante, su inusitada alegría, Arcadio denotaba cierta preocupación. Si alguien hubiera sido más observador, habría visto como repetidas veces miraba hacia el otro lado del río en donde se levantaba la hermosa casa de Espitia y que algo faltaba por sus alrededores. Pero nadie tenía vista para otra cosa que no fuera Arcadio y su mujer, que partían con muebles y todo hacia la desembocadura.

—Ya ése no regresa —dijo alguien.

—¡Qué va a regresar, no lo ve que ya está pálido de la terciana!

Una carcajada general acogió la alusión. Muy cerca del embarcadero se levantaba la casa de Claudio Montes; estaba tan cerca del río que los cimientos flotaban al aire sobre la corriente. Ya todo el pueblo le había asegurado que en la próxima creciente el Sinú arrastraría su rancho agua abajo, como lo había hecho con otros. Claudio no ignoraba la voracidad del río, pero sin otro lugar adónde mudarse, se hacía el sordo y le rezaba a san Bernardo para que intercediera a su favor. Mas no estaba muy confiado de la bondad del santo y de ahí que estuviera atento a la partida de Arcadio. Él había sido uno de los que más lo interrogaron y si no lo imitaba de una vez se debía a que su rancho, aunque tuviera las costillas al viento, todavía representaba su propiedad. Era suyo, tenía un pedazo de tierra en donde caerse muerto. No lo abandonaría sino cuando el río, si san Bernardo lo quería, lo hundiera en sus aguas.

En cambio nada detenía a Serafín Romero, de cuarenta años, que había sido peón de Espitia. Toda su vida no hizo otra cosa que sembrar y cortar arroz para el patrón. Sus dos hijas, Casiana y Antonia también fueron siervas en casa de Espitia, en las labores del campo como pilanderas o como lavadoras a la orilla del río. De la Antonia se decía que había tenido un hijo con el mismo Espitia, pues en un tiempo fue buena moza, pero como su barriga se

escurrió sin que nadie viera el fruto que había engendrado, se dijo que hubo aborto. La opinión general sostuvo que el feto encontrado río abajo, que se disputaban los gallinazos, había sido el hijo de Espitia con la Antonia. Por esto el patrón la echó de su casa y su padre, Serafín Romero, como reclamara misericordia para la hija, también fue expulsado de la finca, entonces viudo, con sus dos hijas que todavía no cumplían los quince años, no supo que hacer. Estuvo de casa en casa por dos días ofreciéndolas como sirvientas, pero nadie quería tomarlas, porque no querían hacerse centro de comentarios. Por fin la Casiana fue aceptada en una casa, a condición de que renunciara para siempre a ver o platicar con su padre y su hermana. Quedóse, pues, sin familia y como sierva, pero había encontrado un alma misericordiosa que la recogiera. Arcadio López, que conocía a Romero, lo invitó a que se fuera con él, pero éste no se decidía. Lo habían asustado los comentarios sobre los peligros de las bocas. Además, Indalecio Negrete le prometió dejarlo cultivar una parcela y creía resuelto su problema.

Pese, pues, a todos sus cantos acerca de la tierra de promisión, Arcadio volvió, solo con su mujer. A lo largo del camino le contaba a la Anselma lo que iban hacer y lo prósperos que estarían a la vuelta de unos años. Sin embargo, él mismo ignoraba de donde podía venir tal prosperidad, pues Gregorio Correa le dijo que en la desembocadura se vivía de la pesca y para la pesca. Cuando estuvieron bastante lejos de San Bernardo, cuando quedó atrás la casa de Espitia miraron el rancho en donde habían vivido largos años y que el gamonal les arrebatara, Arcadio ya no pudo contenerse y le dijo a su mujer:

—¿Sabes dónde estuve anoche? Pues nada menos que visitando a Jesús Espitia. Claro que no entre a su casa, ni nadie me vio acercarme. Solo los perros ladraron un poco, pero se aquietaron cuando me reconocieron. Me fui allí donde dormían los gansos, ya tú sabes que esos animales son carísimos y que Espitia los quiere como a la niña de sus ojos. Pues bien, les eché pan envenenado con matarrata. Esta mañana no he visto ni uno solo. ¿Qué tal te parece? Y eso no es nadita…, ya verás la que le estoy preparando al desalmado…

—Eso está bueno… La cara que pondrá —dijo ella, con gran entusiasmo.

Gregorio Correa favoreció los planes de colonización de sus amigos. Hasta entonces la soledad le había cambiado un poco el carácter; era más áspero con la mujer y los hijos, y echaba de menos con frecuencia al Currao, el único con quien contaba en su voluntario aislamiento. De ahí que la presencia de nuevos amigos, lejos de incomodarle, fuera para él un verdadero placer. Desde muy temprano se les unía y los ayudaba a construir sus respectivos ranchos, contándoles a medida que entretejían las palmas las dificultades que tuvo y como el Currao le presto con desinterés su valiosísima ayuda.

—Como se lo digo, compadres —les decía—, a no ser por él, quién sabe que habría sido de mí. La cosa se puso negra. Fueron días terribles, pero ese buen cristiano, que Dios me lo ponga en el cielo, se vino día y noche para darme la mano. Es una deuda que tengo para toda la vida.

—Así son las cosas, uno siempre recibe el favor de quien menos espera.

La alegría de Gregorio Correa no fue tanta como la de su hijo al ver a Vinicio. Volvieron a sus peleas de gallos con los corozos; construían flechas para chuzar peces o robaban mangos en la finca de Espitia. No se contentaban con hurtarlos ellos solos, sino que llevaban consigo a la pequeña Rosaura, en franca convalecencia. Otras veces era el mismo Próspero quien los enviaba a la barranca con el encargo de asolear sus gallos finos, que escarbaban la tierra, aunque fuera una vez a la semana, para que no se acalambraran. Huelva había sido gallero toda su vida. No faltaban quienes achacaran a su pasión por las riñas de gallos que sus tierras hubieran pasado a manos de Jesús Espitia.

En una apuesta perdió unas cabuyas de terreno que colindaban con las del gamonal. La pelea tuvo lugar en San Bernardo. Como era costumbre los domingos, los sambernardinos y los vecinos de La Doctrina y San Antero se aglomeraban en la pequeña plaza del pueblo para ver pelear a los animales. También acudían algunas mujeres, como Rosalía Padilla, que amo a su marido porque conocía mucho de gallos. En el embarcadero, las champas esperaban a sus dueños y compartían la misma inquietud de las bestias amarradas al árbol de mango que clavaba sus raíces en la plaza. En las primeras

horas de la noche, las champas y las bestias oían los comentarios de las riñas y también la queja de los gallos heridos.

Esa tarde, Próspero Huelva tuvo mala suerte. Una a una, sus mejores aves fueron muertas por las de Espitia, que estaban bajo el cuidado de Félix Morelos. Huelva sabía que los gallos de Espitia tenían sangre española, pero los suyos, sin tener casta peninsular eran muy buenos peleadores. Ya le habían dado fama. Por eso aposto muchos pesos al «jiro», pero sus sesos fueron atravesados por las espuelas del «bola» También le mataron al «gallino», que contaba quince peleas ganadas. Con la muerte de estos gallos el prestigio de la cuerda de Próspero Huelva quedaba herido. Félix Morelos lo sabía y aprovechando el orgullo lastimado, le dijo:

—No peleo más mis gallos con tus gallinas. Si crees que tus pollos son buenos, apostemos algo que valga la pena.

Huelva se retorció las manos y alzose los pantalones, dejando ver las albarcas con hebillas de platas, y aceptó el reto:

—¡Bueno! Que no se diga que le temo a tus animales. Escoge tú mismo la apuesta.

Por un momento Félix Morelos hizo como que pensaba y luego le alargo el desafío que ya había concebido de acuerdo con su patrón:

Juega el potrero de La Blanca que conoces, contra tus tierras altas.

—¡Apostado! —respondió Huelva, subiéndose los pantalones, que se le escurrían por su voluminosa barriga. Tenía mucha fe, mucha confianza en su gallo «Gavilán». Los ánimos estaban templados, tanto por la sangre que manchaba ropas y rostros, como por la inusitada apuesta que se había cruzado.

Algunos consideraron que era una locura enfrentarse al ricachón del pueblo en aquel gesto de osadía. Los más veían tan solo la confianza en su gallo y en el filo de la fortuna, que esa tarde no lo favorecía. Pero ya estaban cruzándose los gallos. Huelva sostenía sobre su brazo izquierdo a «Gavilán», blanco de alas y de pecho negro, en tanto que Félix Morelos, frente a él, cargaba contra el pecho al «Cenizo», de acerado pico. Cayeron los gallos al suelo, escarbaron la arena y movieron nerviosamente las cabezas. «Gavilán» avanzó un paso, estiró el pico y agarró el cuello del rival y con rapidez disparó sus afiladas espuelas. El «Cenizo» bajo la

cabeza y estuvo buscando hacia un lado, con muestras evidentes de haber perdido un ojo.

—¡Doscientos pesos más a mi gallo! —grito Huelva con fuerza para ser oído.

La gente alborotaba:

—¡Un ojo! ¡Un ojo menos! ¡Está tuerto!

Félix Morelos aceptó la apuesta. No apartaba la vista de su animal, que comenzó a correr perseguido de cerca por «Gavilán»; era gallo de buena estirpe que sabía como sobreponerse a las puñaladas que llevaba en el ojo y en la garganta, pues de vez en cuando se detenía a beberse la sangre que le manaba. Corría en círculo, rozando con sus alas las piernas de los hombres. Huelva, con sus manazas bamboleantes, se removía como un toro. Se agachaba con dificultad y casi al oído decía a su gallo:

—¡Ahora pícalo y dale un golpe de morcillera!

El animal parecía comprenderle y agarraba con el pico el ala del «Cenizo» para descargar uno o dos tiros de espuelas y comenzar a correr, en un círculo interminable, en una carrera infinita.

—¡Juega, juega, «Cenizo»! —gritaba Félix Morelos, confiado en la sabiduría de su gallo.

Una escondida inquietud lo amargaba. Estuvo seguro de que su gallo vencería rápidamente con puñaladas fulminantes, mas sucedía lo contrario. La pelea que presentaba el «Cenizo» era cansada, y cada espolazo podía verse claramente. Ya transcurría más de media hora y su gallo no daba el golpe esperado. Comenzó a temer por la dura apuesta que había hecho. Si las cosas continuaban en esa forma, el potrero de La Blanca pasaría a manos de Huelva y, lo que era peor, las tierras altas de éste, que tanto ambicionara Espitia, no entrarían a formar parte de sus latifundios. Morelos no podía borrar de su mente el rostro colérico de su patrón cuando le fuera con la mala nueva de que su truco no había hecho efecto. Tenía esperanza de que aún sucediera, allí estaban las espuelas del «Cenizo», mortíferas, envenenadas.

Ya el río taladraba su túnel en la noche. Las sombras sobre las espaldas parecían empujar a los hombres en torno al círculo siniestro, en donde «Gavilán» hacía brillar sus espuelas postizas. Obsesión de sangre y muerte, voces roncas que cortaban con su vaho de alcohol, puños apretando billetes, espasmos cuando los

gallos trazaban en el espacio surcos de muerte con las espuelas. Los espectadores que habían cruzado pequeñas apuestas desesperaban porque la noche amenazaba suspender el duelo, y Félix Morelos veía en ella un aliado que taponaba la herida abierta de su gallo.

De súbito restallaron las espuelas del «Cenizo» contra el pecho de su enemigo. Hubo estruendo de voces; Félix Morelos borro de su cara negra la palidez que lo anonadara para mostrar las herraduras blancas de sus dientes. Por fin su gallo había cumplido su cometido. Para la mayoría de los concurrentes, incluso para Huelva, aquellos espolazos no significaron mucho, la ventaja continuaba a su favor. Se equivocaban. El «Cenizo» prosiguió su carrera, tragándose la sangre que no cesaba de fluir de su garganta rota, ahogado por el cansancio y la hemorragia, cuando «Gavilán», sin que hubiera mediado ataque alguno, cayó patas arriba en raras convulsiones. Algunos alzaron voces de victoria, así lo quería ver Félix Morelos; pero la mayoría, conocedora de gallos, comprendió que algo anormal había ocurrido. Próspero salto al ruedo para arrancar su gallo de las patas del «Cenizo». En sus manos «Gavilán» se convulsionaba con aletazos de agonía.

—¡Ese gallo está untado! —exclamó Huelva llevándose a la boca las espuelas de «Gavilán»—. ¡Que Morelos chupe las espuelas de su gallo!

La confusión en la plaza era enorme. Algunos se fueron a las manos; otros sujetaban a Félix Morelos, que pretendía arrojarse sobre Huelva porque lo había injuriado. Detenido por sus amigos, Próspero repetía una y mil veces que el gallo rival estaba untado. Los jueces decidieron que Morelos chupara las espuelas de su gallo, mas éste no quiso hacerlo, alegando que era un gallero «honrado» Temía llevarse a la boca las espuelas emponzoñadas con veneno de culebra. De ahí que se esforzara para defender de palabra su honorabilidad, eludiendo lo acostumbrado entre galleros. Él no chuparía jamás las espuelas de su gallo.

Poco a poco se fueron calmando los ánimos. Hubo quienes, honradamente, deshicieron las apuestas ante la evidencia del veneno; otros pagaron, reconociendo la victoria de «Gavilán». Los jueces, ante los cuales apelaba Huelva, no se atrevían a dar su veredicto por temor a que Jesús Espitia, el verdadero dueño del «Cenizo», hiciera sentir su autoridad de amo y señor sobre los que

pusieran en tela de juicio su honradez. Así quedaron las cosas aquella tarde. Por muchos días se continuó hablando de la memorable pelea, hasta que Jesús Espitia entró en posesión de las tierras altas de Huelva, con lo que nadie se atrevió a comentar una pulgada más sobre lo sucedido.

Quien iba a pensar que con el tiempo el gamonal se adueñaría no sólo de las tierras altas, sino también de las del ranchito de Huelva, quedando éste en la triste situación de asolear sus gallos en la barranca de Espitia, porque en Los Secos no tenía un palmo de tierra firme en donde hacerlo.

La suerte había querido que Carrillito uniera su vida a los habitantes de Los Secos y que su canto borrara los malos pensamientos de la soledad. Endiablado con el amor, sedujo a una mujer casada y, mas por suplica de ella que por miedo al marido, rehuyo el duelo a machete a que éste lo retó. Por no irse muy lejos y para que la voz de su tambor hablara a la hembra de que estaba distante, pero no olvidada, dejó a San Antero para empantanarse en las bocas próximas a este pueblo. En aquel rincón su algarabía de mulato provocaba recordaciones en los viejos y avivaba el amor de los jóvenes. Carrillito era un héroe popular. Su leyenda no la tejió la audacia del capote burlón jugando con las astas del toro; ni las hechiceras oraciones que adormecen al caimán, ni el contrabando, ni la política. Su fama era hija de la canción inspirada que brotaba de su pecho y del tambor, amigo inseparable de su vida errabunda. Así lo decía su canto:

Denle al rico dineritos
a los peones, mucho arroz;
para el pobre Carrillito:
su canción y su tambor.

Nadie sabía cuando aprendió a cantar, ni de donde saco su embrujado instrumento. Tal vez allá en su infancia esperó inquieto que las estrellas agujerearan el cielo y que se levantara en el extremo opuesto del poblado la voz ronca de los tambores. Entonces debió buscarlos obedeciendo vigorosos impulsos interiores. Ya en el corrillo nocturno contemplaría extático al musico mientras los labriegos, sentados en toscos asientos o de pie, adormecerían su cansancio escuchando sus manos que hermanaban la canción

satírica al llanto de la estirada piel.

Todo eso despertaría sugerencias en el espíritu del muchacho. Desde entonces la única ambición de Carrillito fue hacerse cantor. Por eso, cuando sus compañeros de edad se dirigían con sus padres a cuidar el arrozal, se quedaba en el pueblo confeccionando su tambor y luego dejaba que el sol estirara la piel sanguinolenta. Mientras tanto, su inspiración le sugería la décima audaz en donde se retrataba el pueblo con sus personajes y hábitos. Pronto sus canciones se enredaron en otros labios y anduvieron vagabundas por poblaciones distantes.

Más tarde, llamado por amigos y políticos, inicio su vida andariega; nómada, siguió la corriente del Sinú y en sus orillas dejó la copla y en los brazos de los caminos robo besos y corazones. En las fiestas pueblerinas, cuando las casas se vestían coquetas con chillones colores de papel de seda y los cohetes eran flores de fuego en el espacio, Carrillito, con pantalón blanco y camisa roja, se sentaba en las plazas luciendo su piel de alquitrán. El cuerpo menudo, pero fornido, se agazapaba sobre el tambor y sus piernas combadas de tanto cabalgar el instrumento se estrechaban fuertemente a él formando un todo homogéneo. Entonces levantaba retrechero el semblante y encendía los fanales de su dentadura. El pueblo se amontonaba ansioso de escuchar la última copla de su cancionero:

¿Qué cosa dirá este negro
que es rey de sus hermanos?
No llora, ni habla, ni ríe,
pone el corazón en la mano.

Regocijado escuchaba los aplausos, oprimía los párpados y con lamento proseguía:

Ya mis perros se murieron,
ya mi rancho quedó solo,
mañana me muero yo
¡para que se acabe todo!

De repente recordaba que era día de fiesta y nadie quería cosas tristes, y como un credo de rebeldía, entonaba:

A mí me gusta el ron blanco

como aquel que más le guste,
a mí me gusta el ron blanco
aunque el pueblo se disguste.

Poco a poco la algarabía se contagiaba: sonaban las gaitas y las maracas. Al son de las alegres notas saltaban los bailarines sudorosos trenzando la lujuria del porro. Y la abuela negra, con la piel más arrugada que un cocodrilo, contorneaba sus doloridas caderas:

¡Ay abuelita! Quien te vio
los quince años desflorar,
era bendito de Dios
y primo de Satanás.

Así se levantaba la voz potente de Carrillito por encima del bullerengue. Cantaba toda la noche acosado por el ron blanco, mientras en el alma lo inquietaba una orgullosa presunción: en esos amaneceres, no eran los gallos los que anunciaban la madrugada.

VIII

La vida familiar en Los Secos se desarrollaba dentro de los más estrechos límites, estando todo a la mano: fogón, cama y los gallos, que en las tardes solían añorar con su canto las perdidas praderas. Hasta entonces solo se había resuelto el problema de la vivienda. La pesca, en parte, aliviaba el hambre; se flechaba a todas horas y no faltaban alimentos, pero era necesario complementar la comida con otros ingredientes. También se necesitaban las píldoras de quinina, el trapo de las parumas, los fósforos, el gas y tantas otras cosas.

Gregorio planteo a su compadre Próspero y a López la posibilidad que había de cortar mangle en la costa cuando el viento y la mareta se lo permitieran. Les contó lo que había sabido por boca del Currao, y por algún tiempo se dedicaron al corte. Pocos beneficios obtuvieron de esta labor por carecer de experiencia para entrarse en los manglares en pos de la concha, que pagaban mejor en la curtiduría. Se necesitaba conocer bien el terreno y no caer prisionero de sus lodazales, que había costado a muchos la vida. De mañana a tarde cortaban y acarreaban los pesados leños para recibir el precio bajo que imponían los gringos. En las tardes, después de un largo recorrido a través de la bahía, regresaban con sus champas a Los Secos, en donde los esperaban las mujeres y los hijos. El dinero ganado, por escaso que fuera, aliviaba el hambre y fortalecía el espíritu.

El Currao se presentó al rancho de Gregorio Correa a medianoche. El campesino se levantó asustado encendió la luz. Al poco rato se asomó con la lámpara en la mano:

—¡Qué milagro es éste, Currao! Lo habíamos echado de menos. ¡Qué se le ofrece, para servirle!

Hágame usted un gran favor, compadre Goyo.

Ya está hecho. Para usted todito.

—Muchas gracias; venga acá y le contaré —Gregorio salio del

rancho y se acercó al embarcadero, en donde se sorprendió de ver un bulto. Al momento el Currao le explicó:

—Venimos huyendo en esta lancha. Ahí no mas nos persigue el resguardo. ¿No oye usted el zumbido del motor? Pues bien, éste es el favor: esconda usted el contrabandito que tenemos de tabaco. Allí están los dueños, amigos míos.

Gregorio se quedó silencioso por unos instantes. Habría querido responder, sí, sin pensarlo. Pero lo que el Currao le pedía era pesado. Él jamás había querido tener líos con las autoridades y menos con los «guardas», que tenían fama de «echados para adelante». Pero había dicho que por el Currao daba hasta la vida. Antes de que su amigo fuera a pensar que dudaba hacer el favor, corriendo todos los riesgos, contestó afirmativamente. El Currao volvió hacia la lancha y en voz baja cuchicheo:

—Todo está arreglado, jefe. ¡Echemos las petacas para afuera!

Dos hombres, cuyos rostros no pudo distinguir Correa, bajaron de la lanchita con un bulto. Saludaron con ademanes y después de dejar la carga en tierra volvieron a la embarcación, para sacar otro bulto igual al primero. Gregorio había regresado al interior del rancho para cambiar palabras con su mujer y remover algunos objetos. Los hombres esperaban.

—Por aquí —dijo, al regresar con la lámpara de gas—, déjenlos debajo de la barbacoa que hace de cama.

Estebana, asomados los ojos por entre las sabanas, vio penetrar a dos hombres de tez curtida y rostros duros. «No son cristianos, Dios los perdone», se dijo. Nuevamente regresaron los extraños y depositaron la otra petaca, junto a la anterior, bajo su cama. Al momento rezongo el motor su complicado lenguaje, llenando de humo maloliente el aire.

—Mañana o pasado volveremos por aquí —dijo el Currao, a manera de despedida—. Si alguien les pregunta cualquier cosa, digan que ni vieron ni escucharon nada. Noto que tiene compañía…

—Ya le contaré, no se demore… —respondió Gregorio. Allí se quedó como un poste sosteniendo la lámpara sin poderse explicar lo que acababa de ver y de hacer. Ahora, por vez primera en su vida, estaba fuera de la ley. Ignoraba lo que sería de él y su familia si le sorprendieran el contrabando. Mejor era no pensar en cosas que no irían a suceder. Regresaba al interior cuando un potente reflector lo

encandiló. El rancho iluminado proyectaba su alargada sombra en las aguas del río. Oía con claridad el motor de una lancha y miraba un rayo de luz que se le venía encima. La mujer preguntó desde dentro algo que él no pudo oír.

De la lancha le amenazaban:

—No te muevas o te quemamos. ¡Ahora mismo las pagaras todas!

Jamas le gritaron de esa manera y Gregorio sintió que en sus arterias corrían humores desconocidos. Tenía miedo, un poco de soberbia, algo de orgullo y quien sabe que otras cosas. Obedeciendo, nunca lo hizo tan presto, se quedó plantado en la puerta del rancho. No pensaba. No pensaba, los músculos petrificados, los pies en el vacío. «No te muevas o te quemamos». Tanto se repitió esto que termino por exclamar en voz baja, como respuesta a las preguntas que desde dentro le hacía su mujer:

—No te muevas, hija. No te muevas…

La lancha atracó al lado del rancho, sin que el reflector dejara de enfocarlo, empalideciendo la débil luz de su mecha.

—¿Qué haces con esa lámpara encendida a estas horas? ¿Dónde está el contrabando?

El campesino no pudo ocultar su inquietud. Se sentía perdido. ¿Qué iba a contestar? Por fin, una idea cruzó su cerebro entumecido:

—Estoy en vela porque mi mujer está enferma, señor.

Si le hubieran repetido la pregunta lo habría confesado todo. Afortunadamente, los gendarmes se entretuvieron a la vista de una cajetilla de cigarrillos. Uno de ellos, con kepis y revólver al cinto, la recogió y entregósela al más delgado, que sostenía en la mano una pistola. Éste tomó la cajetilla y acercándose a Correa le dijo, con voz autoritaria:

—¿De dónde sacaste estos cigarrillos?

Nuevamente se sintió sin fuerzas. La presencia de aquel hombre, a quien llamaban teniente, con la pistola en la mano y el rayo de luz que enceguecía su vista, destrozaban sus nervios. La palabra huía de sus labios. ¿Qué respondería a esa pregunta? Recordó que el Currao le dijo que lo negara todo, que no había visto ni oído nada. Entonces, pues, respondería eso, mas no pudo; alguien muy extraño a él mismo habló por su boca:

—Esta noche, pescando, la recogí del agua. Por eso están mojados…

Gregorio vio a la luz del reflector que la cajetilla estaba empapada y la humedad le sugirió la pesca. Todavía ignoraba si había respondido con acierto. Los gendarmes lo dejaron solo para penetrar dentro del rancho. Con una lamparilla eléctrica alumbraron todos los rincones.

Estebana temblaba. Las sábanas sobre su cuerpo, cubriéndola toda, le daban la apariencia de alguien que sufría un ataque palúdico. Por eso tal vez los gendarmes no dirigieron hacia ella sus linternas y abandonaron rápidamente el rancho. El teniente, después de alumbrar los alrededores con su potente lámpara, regreso hacia Gregorio, quien no se atrevía a moverse de su sitio. Contra él alumbraba el reflector de la lancha insistentemente. Volvió a preguntar:

¿Quiénes viven en los otros ranchos?

—Son campesinos, gente buena y honrada como yo —respondió, con animo.

—No te hagas el zoquete. La próxima vez te llevamos preso. Sabemos que ayudas a los contrabandistas mostrándoles las bocas con esa luz. ¿Dónde están escondidos?

—No sé de quién me habla, señor —contestó, con fingida humildad. Volvieron a la lancha. Uno de ellos abrió la cajetilla de cigarrillos Camel.

—Vale la pena hacerse pescador, teniente —comentó, encendiendo con dificultad un cigarrillo húmedo.

IX

La verdadera conquista de Los Secos comenzó el día en que a Gregorio Correa, mientras miraba los alrededores, se le ocurrió explotar los secos como tierra laborable. Con la escasa corriente del río asomaban sus lomos sobre la superficie de las aguas, y la tierra húmeda y morena acumulada por la corriente sugirió la posibilidad de siembra.

Esa noche esperó impaciente la visita nocturna que cotidianamente le hacían Arcadio López y su compadre Próspero. A veces también llegaba Rosalía Padilla, que amamantaba a su pequeño hijo, y la mujer de López. Vinicio y José Darío prolongaban las horas de juego en torno a los mayores y solo cuando se platicaba sobre cuestiones de interés general procuraban comprender los planes para participar en ellos.

Esa noche se habló de algo nuevo, que tal vez exigiría el esfuerzo de todos:

—Se me ha ocurrido que nosotros podemos sembrar arroz aquí en Los Secos. He mirado las tierras esta tarde y aunque sé que con las lluvias volverán a hundirse, pienso, tal vez sea una locura, que si protegemos los cultivos contra la corriente, no sería raro que pudiéramos cosechar. Esta vaina me tiene la cabeza arremolinada. ¿Qué opinan ustedes?

Próspero Huelva, que gustaba muy poco de pensar y que, por el contrario, era músculo listo para el trabajo, respondió al momento:

—Con probar no se pierde nada. Hagamos la intentona, a lo mejor nos salimos con la nuestra.

—Eso es lo que yo creo, pero sería bueno que estuviéramos de acuerdo.

Hasta ahora hemos venido juntos y es bueno que sigamos así. ¿Qué piensa usted, compadre Arcadio?

—Anoche estuve hablando con mi mujer de la necesidad que

teníamos de hacer algo mejor que cortar mangle y pescar —respondió, agregando—: Porque, miren ustedes, uno se jode mucho con el hacha y el machete para que vengan esos gringos a pagar una pendejada. Me gustaría probar con eso de la siembra, yo no sé hacer otra cosa sino eso.

—Está bien pensado —repuso Correa—. Me gusta tu resolución porque necesitamos brazos jóvenes como los tuyos. Haremos para prueba un cultivo pequeño, y si nos va bien, para el próximo año cosecharemos todo lo más que se pueda.

Huyendo de la corriente que lo arrastraba todo, con parsimonia en verano y con vigoroso impulso en invierno, los campesinos construyeron sus ranchos en los codos que dibujaban los pequeños caños en que se dividía el cauce. Sobre estas eminencias, en cuyas bases se adivinaban cimientos vegetales que les daban firmeza, las viviendas estuvieron al amparo de las avenidas, defendidas por las empalizadas de mangle. Protegidos por estacadas, se extendía el seco con mayor o menor longitud, según la distancia que separaba los caños y el recorrido de los mismos antes de entrar a las aguas de la bahía. El más grande de ellos era el de Correa, que desde el primer momento echó las raíces profundas, presintiendo la bondad de la tierra y sabiendo el bien que había en amarla ciegamente. Un caño lo separaba de los límites de la barranca que pertenecía a Espitia y en donde amarilleaban los mangos que tanto gustaban a los chicos.

Muy cerca, dividido por otro brazo, cuyo angosto cauce no guardaba proporción con la profundidad, sobresalía el seco de Próspero Huelva, que se lamentaba de no poseer más tierras en donde criar sus gallos finos. Tenía razón, el islote era largo y de escasa anchura, y ya fuera por lo hondo de las aguas que lo rodeaban o por ser muy bajo, lo cierto era que guardaba mucha humedad. Temía que sus gallos fueran a entumecerse o a perder la fuerza de las patas. Desde que se dio cuenta de la frialdad de la tierra se le oyó decir que escogería otro lugar, pero se había encariñado tanto con el rancho y la proximidad del compadre Goyo, que siempre posponía el traslado.

Separado de ambos, cerca de la barranca, se acomodó Arcadio López, pretextando que no quería estar próximo de la bahía porque la vista del mar lo mareaba. El viejo Goyo le aconsejó que tomara

un seco cerca de ellos, que por su magnitud podía servir de base a una numerosa familia. Pensaba que la joven Anselma, con sus caderas anchas y los senos voluminosos, iba a darle muchos hijos.

Después de considerar las ventajas y desventajas de cada uno de los secos, se acordó realizar un cultivo en el de Gregorio Correa, el más grande de los tres, y otro en las tierras aledañas a Próspero Huelva, porque su humedad era un buen medio para el arroz. También sembraron dos variedades de grano: en las tierras de Huelva, el «cara cheja» por su afición al agua, y en las de Correa, el «monito», que crecía hasta en tierras semiáridas. En esta forma se experimentaría la productividad de los granos para futuras siembras. Arcadio López se comprometió a ir a San Bernardo en busca de la semilla. Convenido esto, una vez más partieron a los manglares, pero entonces las raíces y varazones no fueron para la venta, sino para cercar la superficie de los dos secos. Clavaron las estacas en los lados por donde la corriente se estrellaba con más ímpetu y destinaron una pequeña troja con tierra para semillero.

En el embarcadero de San Bernardo se comentó el retorno de López. Claudio Montes, siempre mirando la corriente del río desde su arrumbado rancho, fue el primero en divisarlo e hizo correr la nueva de su regreso.

—¡Qué tan pronto se aburrió en las bocas! —comentó un mulato, cuya alegría se desbordaba por su boca. Claro que él no habría vivido un día en el aislamiento de Los Secos sin que hubiera muerto de tristeza. Una mujer que llenaba su múcura en la corriente advirtió:

—Por lo visto sólo fue a enterrar a la Anselma, pues regresa solo.

Ya eran muchos los que veían al forzudo Arcadio doblar la larga curva del río que rodeaba el pueblo. Al llegar a la orilla, se extrañó que lo hubiera ido a recibir tanta gente. Entre ellos pudo distinguir a Serafín Romero y a su hija Antonia, que desde la partida de López se estuvieron quejando por no haberlo acompañado. Resultó que Indalecio Negrete tuvo que cederle a su cuñado Jacinto Colmenares las tierras que les había ofrecido y el peón y su hija se hallaban en dificultades; de ahí que fuera aquél el primero en preguntar a López:

—¿Qué viento lo ha echado de nuevo por acá? ¿Las cosas no son tan buenas como decía, compadre?

La pregunta, o más bien el tono en que la hiciera Romero, movió a risa a los curiosos reunidos en la barranca.

—Nada de eso, Serafo —contestó López, lleno de jactancia, las cosas mejor no pueden andar. Sólo vengo en busca de grano para la siembra. Vamos a cosechar en esas tierras que ustedes temen.

Las últimas palabras las dijo en voz alta, como un desafío. Las burlas se cortaron para dejar cabida a caras de sorpresa. Previendo que otro se adelantara, Serafín Romero se apuró a preguntar:

—¿Y habrá tierra para mí?

—Para todo el mundo. Esa vaina no tiene dueño —respondió López, con aire de magnanimidad—. Todo el que tenga valor para amarrarse los pantalones con las dificultades puede echar ancla. Es bueno que lo hagan ahora no más, para aprovechar las lluvias que ya se vienen.

—Pues cuente conmigo. Dígame cuando se va para acompañarlo —exclamó Romero, sin consultar a la Antonia. Él sabía que ella estaría gustosa con abandonar el pueblo que tanto le había hecho sufrir la debilidad de entregarse a Jesús Espitia. «¿Por qué no lo censuraran a él que me ha forzado?», arrojaba a la cara de los que presumían de puritanos.

Directo a cumplir su cometido, Arcadio se fue a casa de Indalecio Negrete, que tenía fama de ser hombre bondadoso, y le pidió fiada la botija de arroz enconchado para la siembra. Parte por su bondad y parte porque su grano tenía fama de ser bueno. Indalecio, buen amigo de Gregorio Correa, no tuvo ningún inconveniente en facilitarlo, negándose a recibir la promesa de pago que López, por su propia cuenta, le había ofrecido. Al salir con la botija de arroz, Serafín Romero, que estaba listo con la Antonia para marchar a las bocas, se le acercó con misterio y le dijo al oído:

—Es mejor que nos vamos por la hondonada y que no atraviese la plaza; allí está el condenado de Félix Morelos, que ha dicho a todo el mundo que le ajustará cuentas, dizque porque usted enveneno los gansos de su patrón.

—¿Conque eso dice el sinvergüenza? Te agradezco el recado; ahorita mismo paso frente a sus narices. ¡Con las ganas que le tengo! Tú vete con el arroz, y si algo me pasa, largate a Los Secos y

cuenta lo que me suceda a mi mujer y a los amigos.

Sin abrir más la boca, Romero se retiro, procurando no olvidar lo que le dijo López. No había caminado diez pasos cuando se detuvo y le dijo a la hija:

—Tú síguelo y aguarita lo que pasa; si no vemos nada, ¿qué vamos a decirle a la Anselma y a los demás?

Antonia se quedó fija por unos minutos, y tras de penetrar en lo que le habían dicho, aligero su paso corto, hundiendo sus pies descalzos en las calles arenosas. El padre la observó hasta verla torcer la esquina siguiendo de lejos a López. Invocó al milagroso san Bernardo y con los gajos de arroz contra el pecho desnudo procuro que no se desgranaran. En el embarcadero los acomodó en el fondo de la champa, y como pensara que tendría que esperar mucho tiempo, se quitó el pantalón sucio y remendado que lo cubriera desde hacía meses, para envolverse en la paruma.

La tarde se encogía por los horizontes y la corriente del río invitaba al baño. En la barranca junto los brazos, agazapó un poco el cuerpo moreno y salto de cabeza al agua como una rana. Emergió más abajo, con estruendosos resoplidos y echose hacia atrás los cabellos indios. Nuevamente en la orilla, se embadurno de barro, que para los nativos es buen jabón; temblaba con un poco de frío y rápidamente volvió a zambullirse en las aguas tibias. Por allí estuvo nadando hasta que se cansó. Húmedo el cuero, cambió la paruma por el pantalón y, cruzado de brazos, se dio a la espera. Ni por un momento había olvidado el peligro que corría Arcadio López. Ahora reflejaba su inquietud asomado al filo de la barranca, ansioso de ver a su hija o al amigo por el callejón que conducía a la plaza. En una puerta cercana encendieron una lámpara de gas. Comenzaba a preocuparse, cuando a lo lejos divisó un cigarro; un perro ladró repetidas veces; del lado opuesto al río cantó un gallo fino de los Espitia y finalmente Arcadio bajo por la hondonada hasta el embarcadero. —Vamos, que ya se metió la noche— dijo, colocándose en la parte trasera de la champa, a la par que alargaba la palanca a Serafín. No bien se hubo sentado, cuando Romero le preguntó:

—¿Cómo le fue con el Félix?

—Habladurías, Serafo, habladurías. Pase por la cantina, pedí un trago y él se hizo la mosquita muerta —respondió López,

saboreándose los labios, que todavía le olían a ron. Como apurara a su amigo, éste respondió:

—Ya estoy listo, pero no veo a la Antonia.

Aquí estoy, papá.

—¡Anda! ¿No has oído a López decir que tiene prisa? —regañó sin encono, mientras encajaba la palanca en el barro y empujaba con fuerza.

En el rancho del solitario Claudio Montes se asomaba una pálida luz que dibujaba la silueta de su dueño en el marco de la ventana.

Adiós, Serafo, que te vaya bien —despidió, sin moverse.

—Gracias por la posada, ¡se le está agradecido!

La Antonia se alegraba de que la oscuridad le tapara la cara para no mirar de frente a Montes, que en la noche pasada la había tenido entre sus brazos y momentos antes, detrás de la puerta que daba a la calle, la estrujo contra su pecho.

—Suéltame, que ya papá se va con López —logró decir en el momento en que sus labios se libertaron del mordisco, empujando a Montes con fuerza y escurriéndose para llegar al embarcadero. Antes de que la champa volteara la curva del río volvió a mirar. Tenía ganas de quedarse; no sabía por que odiaba Los Secos.

Arcadio observó con buenos ojos las defensas que en torno a Los Secos habían terminado Correa y Huelva en su ausencia. A mediados de mayo se hizo la siembra de la semilla en la troja; calculaban que para julio o agosto las maticas estarían grandes y podrían ser trasplantadas a los secos, ya cubiertos por las aguas. La esperanza de realizar aquel sueño mantenía en buen temple los ánimos. Las primeras lluvias habían caído. El viejo Goyo estuvo entusiasmado por hilvanar historias y cuentos que gustaba de relatar; Próspero Huelva, que se había entristecido los primeros meses sin poder sacarse el resentimiento que le produjo la expropiación de su rancho, tuvo nuevamente ganas de reír y, como nunca, habló de sus gallos finos, afirmando que con los primeros pesos de la cosecha iría a San Bernardo a pelear el mejor de los tres gallos que poseía.

José Darío pensaba que nuevamente tendría su barbacoa para pajarear. Vinicio, siempre amante de los corozos, muy temprano se iba a la cerca que protegía los cultivos, en donde encontraba uno o dos de ellos atrancados en los firmes. Más tarde, después de

perforarle uno de sus ojos y de atascarle un hilo, los peleaba con José Darío o Rosaura, que se procuraban también los suyos. Las mujeres alentaban a sus maridos con su buena voluntad para el trabajo, agregandóseles a la construcción de las empalizadas. La Anselma acompaño a los hombres durante el corte del mangle para prepararles el pescado, mientras ellos adelantaban la labor.

Al arreciar las lluvias, los secos se sumergieron bajo la corriente y las cercas, reforzadas con nuevos palos y plantas protegían aún mejor las tierras. Se trasplantaron las matas de arroz y con regocijo general las vieron erguirse sobre la superficie de las aguas. Mujeres, niños y hombres reajustaban las estacas y casi no dormían preocupados de que cedieran. Hubo veces en que estuvieron en vela toda la noche pendientes de los aguaceros y de la violencia del río.

Gregorio Correa, capitán de la empresa, a pesar del optimismo que demostraba ante los demás, interiormente se preocupaba como ninguno por el destino de los cultivos. Con malos ojos veía como la corriente arrastraba cantidades de firmes, de palos y algunos cadáveres de cerdos y burros. En las cabeceras del río llovía en abundancia y en consecuencia muy pronto el volumen de las aguas se haría arrollador.

Una noche lo despertó el húmedo y penetrante olor de la siembra. La luna se ocultaba detrás de espesos nubarrones y, al no poder distinguir los objetos en la oscuridad, pensó que el sol andaría muy rezagado. Observó como las aguas subían paulatinamente, queriendo alcanzar la superficie del seco; en la parte trasera del rancho las plantas acumuladas por la corriente casi tapaban las estacas. Lejos de preocuparse se alegró mucho, ya que protegerían los cultivos contra futuras embestidas del río. Extendió la vista a través del caño que separaba el arrozal del rancho de Próspero Huelva y decidió fortalecer su empalizada, al notar su poca resistencia frente al caudal de las aguas.

Contento de que todo marchaba bien, quiso volver a la cama, pero fuerzas extraídas lo retuvieron. La tierra, la afinidad de su cuerpo con el agua y el aliento de la noche, lo uncían a los elementos que se combinaban en el como vientre de los ámbitos, manteniéndolo despierto, vivo, alerta. En esa hora tuvo la impresión de que definitivamente se había enraizado en Los Secos,

igual que las matas de arroz, que hundían sus raíces con firmeza y elevaban sus tallos por encima de las aguas.

X

Brotaron las primeras espigas; los pájaros comenzaron a revolotear en torno a las plantas y se hizo necesario que José Darío, en un cultivo, y Vinicio, en otro, cuidaran el arroz amenazado. La parruta y el pisingo, ambos asiduos habitantes de las ciénagas y de las plantaciones de arroz, asomaron sus picos glotones. Las primeras con sus largas patas se escondían bajo el follaje para construir sus nidos. Retorcían los tallos y no sólo devoraban el arroz, sino que destruían la planta. El agua auspiciaba su estancia por entre las matas, permitiéndoles ovar e incubar los polluelos. Los pisingos y viuditas, palmípedos y buenos nadadores, en las ciénagas aledañas empollaban y criaban a los hijos que, para la vendimia junto con las jóvenes parrutas, convertiríanse en los peores enemigos del grano.

El paso obligado de las embarcaciones por la desembocadura propaló rápidamente la noticia de aquellos cultivos, y aunque vaticinaban que la corriente, a la postre, acabaría con ellos, otros no dejaron de admirar la temeridad de sus dueños. La gente de Espitia optaba por burlarse siempre que se asomaba a la barranca y los veían limpiar los arrozales metidos en el agua hasta la cintura.

El desflecado techo de palmas de Serafín Romero no alcanzaba a dar calor al rancho, abatido por el viento. Cara al mar, como queriendo olvidar su pasado que se amalgamaba al Sinú, él y su hija habían clavado las estacas casi en aguas de la bahía. Muy lejos, sin embargo, se comprobaban los linderos entre el mar y las aguas del río, forcejeando el afanoso empeño de superación.

Insomne, atormentada por los recuerdos de Claudio Montes, la Antonia abandonó su barbacoa sin que su padre lo notara. La brisa marina le pegó en pleno rostro y alboroto sus cabellos indios. Por algún tiempo, acosada por el frío, estuvo envuelta en sus propios brazos, inconsciente de sí misma. Los jejenes la sangraban sin que

manifestara la menor molestia y ni se daba cuenta de que la luna la banaba con los resplandores metálicos con que tenía la corriente.

La algarabía de los pisingos, insomnes por la luna, le espanto sus recuerdos. Cruzaron muy elevados y siguieron rumbo hacia tierras altas. Se preguntó de donde venían y tuvo ganas de tener alas para seguirlos, tal vez hacia San Bernardo, donde vivía el hombre que le demostrara que el amor no era doloroso si el corazón amaba. No bien pasó la primera bandada cuando un nuevo repiqueteo se hizo patente. Volaron rozando casi su cabeza, describiendo círculos y más círculos. Tuvo miedo de que descendieran; por algunos minutos navegaron a sus anchas sobre los cultivos hasta caer, acallando sus voces. Antonia comprendió que la siembra peligraba. Entró al rancho y llamó en voz presurosa a su padre:

—¡Papá, papá, los pisingos se comen el arroz!

De un salto Serafín se puso en pie, corrió a la champa y, apurando a la hija, remo con ahínco hacia el rancho cercano de Próspero Huelva. Estaba gozoso de poder salvar la siembra. Aunque trabajó denodadamente en trasplante y siempre estuvo atento en limpiar el arrozal del churrichurri, nunca creyó que había dado lo suficiente para que se le tuviera a igual de los demás. No podía sustraerse a su raciocinio de siervo; a pesar de que Arcadio López le dijo que allí en Los Secos todos eran iguales y condueños, él sentía que algo lo separaba de los que llegaron primero a las bocas. Consideraba al viejo Goyo como el amo de todo, aunque éste fuera el primero en confesar que sólo el río era propietario allí. Cerca del rancho de Huelva grito repetidas veces:

—¡Compadre Próspero, oh, compadre! ¡Los pisingos se comen el arroz!

—Ahuyéntalos, Serafo, que para allá voy. ¡Llama a toda la gente! —respondió la voz adormilada de Huelva.

Sin detenerse en su carrera, llegó hasta las inmediaciones de Correa y con voces de alarma lo puso al corriente del peligro. Al rato todos los ranchos se animaron. Próspero en paruma y Rosalía Padilla cubierta apenas en su camisola, no se cansaban de gritar. Los pisingos volaron alocados y pretendieron saltar de un cultivo al otro, pero Gregorio no los dejó posarse en sus inmediaciones y, finalmente, Arcadio López, desde la puerta de su rancho, con voces estridentes, termino por ariscarlos. Sin orientación,

entrecruzándose, hacían aullar las alas en el viento sin saber adonde dirigir su vuelo, hasta que los punteros trazaron el rumbo.

—¡Esta noche hay títeres!

—¡Esta noche hay títeres!

Decía el campaneo de sus picos, cada vez más distante, cada vez más hondo en las llanuras sembradas…

—Mañana comenzaremos el corte. No hay que adormirse, que los pájaros nos cogen la delantera —anunció Gregorio.

Muy temprano se reunieron todos en torno al rancho de Correa para planear el corte. Se dispuso que los Romero ayudaran a Próspero y a los suyos en el seco que estaba en su vecindad y que, según se veía, había madurado muchos antes que el otro.

—La humedad lo ha favorecido —explicó Próspero—; lastima que el seco sea pequeño y no se pueda sembrar mucho. Yo creo que con la compañía de Serafo es suficiente para cortarlo.

—Bueno —respondió Gregorio—; entonces Arcadio y Anselma cortaran conmigo. Pero una vez que ustedes terminen allá nos vienen a dar una manito; para ese tiempo eso estará que se cae de maduro.

—Así, así me parece bien —intervino Serafín, siempre deseoso de mostrar su decisión para cooperar.

Los hombres, con parumas, dejaban al descubierto sus pechos sudorosos. El cuerpo bajo y gordo de Próspero, sin pantalones, aparentaba ser más pequeño con cuello ancho. Gregorio se alzaba por encima de los hombros de aquél, aunque los años curvaban sus espaldas y habían arrugado su piel oscura, Rosalía Padilla los observaba, amamantando a su último hijo, al que pronto bautizarían con el nombre de Juan.

Siempre remolón, Arcadio se sentó en la tierra y se puso a afilar su cuchillo contra una vara de mangle. Diríase que no atendía la conversación de los demás, pero aquella actitud de indiferencia era sólo aparente; él, más que nadie, estaba interesado de cosechar porque quería volver a San Bernardo con mucho arroz para reírse de quienes lo habían creído loco. Su mujer buscaba siempre el lado de Antonia, quizá atraída por su misma edad. En las reuniones no platicaban, pero se adivinaba que una vez metidas en el cultivo tendrían oportunidad de chismorrear a gusto. La Anselma se

preocupaba por esconder su barriga; ella siempre tuvo aquel voluminoso vientre. Estebana salió del rancho con varias totumas de café y repartió a los varones, en tanto que las mujeres se acercaron al fogón a tomarlo por sí mismas.

Los muchachos permanecían agrupados en torno a Serafín Romero, que con el cuchillo labraba un botecito de un pedazo de balsa.

—Es para mí, Serafín —José Darío se acercó tanto al cuchillo, que una astilla salto a su ojo. Aprovechando que se frotaba el párpado, Vinicio reclamó:

—¡Dámelo a mí, que yo traje la balsa!

—¡Qué vaina es ésa! —regaño Gregorio. Todavía están ustedes peleándose como niños. Prepárense para pajarear que la parruta anido en el arroz.

Los muchachos se aquietaron y anduvieron dando vueltas en torno al fogón, reclamando su parte de café. Cuando estuvo terminado el botecito, Serafín Romero llamó a Rosaura, que aún no se había levantado, y le obsequió el juguete:

Toma, negrita, para que te diviertas mientras nos vamos al corte.

—Yo también quiero ir —respondió la niña, con cara de llanto.

Gregorio la tomó en sus brazos y le dijo casi al oído:

—Tú no quieres estar enferma. Tú no quieres más fiebre. ¿No es cierto, hija?

La muchacha bajó la cabeza. Se quedaría en el rancho. No estaría tan sola porque allí tenía su botecito de balsa; ya lo cargaría de arroz y lo haría navegar con una vela de papel. Pidió un cordel y el bueno de Serafín obtuvo uno largo, que amarro en la proa del barquito. Todo estaba dispuesto para el corte.

—¡Listos! —anunció Huelva, que había soltado la champa.

Embarcáronse la Antonia y Serafín y los tres cruzaron el caño profundo que conducía al cultivo donde algunos mochuelos y meriños revoloteaban sobre los gajos maduros. Los demás se acercaron al otro arrozal, comenzando el corte por la punta en donde amarilleaban las espigas. El sol no tardo en soasarlos. En un comienzo se sintieron incomodos, pero las pieles curtidas por el sol de muchos años se endurecieron desafiantes. Se echaron de menos los sombreros, la sangre se agolpaba en la cabeza y la inclinación del cuerpo producía a la postre fuerte dolor. Los que tenían algún

sombrero haraposo de jipijapa se lo echaban encima y lo más se cubrían con un trapo o bien desafiaban temerarios al sol con la cabeza descubierta.

El primer día de faena reveló cosas desconocidas. Las aguas no sólo eran acuario de larvas, sino dormideros de adultos, que al ser sorprendidos punzaban la mano intrusa. Estebana Segura, hundida en el agua, se quejaba de sus dolores reumáticos. Gregorio le prohibió volver al corte, comprometiéndose a rendir más trabajo para suplir su ausencia. La Anselma se había tenido que quitar algunas sanguijuelas de la barriga, que, según ella, le chupaban las bilis. Su marido rió, diciendo que daría cualquier cosa porque su mujer «hiciera bilis» una vez en la vida. Sin embargo, al concluirse la tarea de aquella noche, todos compartían la alegría de la jornada provechosa.

Próspero Huelva se quejo de no dar abasto con su mujer y los Romero para recoger el grano. Había notado que del lado quedaba al mar, las plantas morían rápidamente, por la presencia del agua salada. Por este motivo había suspendido el corte en la punta y acometió por el sitio en peligro para impedir que el fruto ya maduro fuera pudrirse. Las cosas tampoco andaban bien en el otro cultivo; pese a los esfuerzos de Gregorio, Arcadio y la Anselma, que cortaban grandes cantidades de puños, las espigas maduras curvaban la mata sobre el agua salobre, donde se averiaban rápidamente.

—¡Necesitamos más brazos! —afirmó Correa a los amigos reunidos en torno al fogón.

—Lo malo del asunto esta en que ahora por todas partes hacen falta hombres, así es pues, no tenemos de donde sacarlos —agregó Serafín, preocupado como el que más por la siembra.

—Eso no es nada —habló el precavido Arcadio—, si me pongo a contar las veces que me han picado los moscos, no me alcanzaría la vida, y eso traerá sus consecuencias. Nadita de raro tiene que mañana amanezca con las fiebres y después, el otro, y el otro…

—Así es; no sé a dónde iremos a parar entonces. Estos arrozales están cargados de mosquitos; de nuestro lado abunda mucho el jején —confirmó Rosalía Padilla, que destripaba los zancudos a manotazos.

—A mí me parece acertada la idea de Serafín —comentó

Próspero—; hoy se embadurnó todito el cuerpo con barro. Manos, brazos y cara; apenitas se dejó los ojos descubiertos, y el dice que ni un solo mosquito logró picarlo.

—Como lo oyen, no miento. Solito me pico un tábano, pero ya ustedes conocen el aguijón de ese animal. Con todo y que el barro estaba duro, logró enterrármelo. Pero los tábanos por aquí se dan muy poco. Ellos prefieren la sangre del ganado para vivir.

—Así se ingenia la gente. Está bien pensado —acogió Gregorio —. Quiero saber la opinión de ustedes para buscar gente en San Bernardo o en San Antero. Yo estoy seguro que muchos mangleros querrán cortar arroz si se les da buena parte.

Hubo silencio. Gregorio noto que su idea no era aprobada, que ofrecía sus desventajas. Espero a que cada uno expresara sus puntos de vista. Próspero fue el primero en hablar, no sin antes rasgarse la barriga:

—Hay gente ladrona; no faltan quienes quieran aprovecharse del trabajo ajeno. Yo soy partidario de la idea si nosotros abrimos los ojos, no sea que vengan a llevarse la mejor parte.

—Arcadio López tartamudeó un poco antes de expresar su parecer y al fin pudo concretar su pensamiento:

—Soy de parecer que se busque gente en San Antero entre los cortadores de mangle. Tal vez quieran trabajar con nosotros; en todo caso no me inclino por los de San Bernardo. Después que se rieron, que se burlaron, ¿ahora los vamos a llamar para que vengan a comerse el arroz?

Imitando a las mujeres, Serafín Romero creyó oportuno calmarse. Allí estaban dos opiniones, las dos buenas, las dos practicables. Él aprobaría lo que convinieran los otros. Esperaba.

—Por lo visto estamos de acuerdo en traer hombres para salvar parte del arroz —comentó Gregorio—. Que se vengan de San Bernardo o San Antero, para mí es lo mismo. Es seguro que muchos sambernardinos se vendrán a las bocas cuando nos vean vender parte de la cosecha y nadie podra atajarlos. Tienen tanto derecho como nosotros para buscar la vida donde se pueda. Por otro lado, ahora es posible encontrar gente en San Antero, que no en el Viento, pues ya saben que Espitia engancha a todo el mundo para que le corten y hasta trae de La Doctrina y San Sebastian. Así pues, que se ponga en práctica la idea de López.

También se habló de la necesidad de construir algunas barbacoas para asolear el arroz, de calzar nuevos secos y de labrar pilones. Se lamentaban de no haber prevenido esto y que algunos tuvieran que dejar el corte para realizarlo. Todas las cosas requerían inmediata solución. Estebana, que al no poder cortar arroz se puso asolear el que se había recogido, manifestó que por la humedad de la tierra mucho grano se perdía al enterrarse en el barro. Se hacía necesario trenzar algunas esteras, para lo que solo bastaba buscar la napa, que abundaba en las ciénagas. También urgían abanicos que se podían tejer con la misma fibra.

Gregorio sugirió que se vendiera un poco de arroz enconchado en San Antero, que se comprara uno o dos pilones, algunos sacos vacíos de café para asolear el arroz y unas libras de carne salada, que hacía tiempo deseaba probarla. Se acogió con risas la última proposición, pues todos andaban añorando cambiar el pescado por un trozo de carne y que se trajeran pilones con que desconchar y probar el arroz. Se comisionó a López para que vendiera el grano y contratara gente para el corte.

—Es bueno que te pongas en contacto con el Currao, que por ahí debe andar —aconsejó Gregorio—; ya ves que conoce muy bien a esa gente.

En la madrugada, todavía a oscuras, Arcadio se separo del rancho de Próspero Huelva con la champa cargada de puños de arroz. Podría alquilar burros o ingeniarse la forma de trasladar el grano al pueblo si no lograba venderlo en el muelle de la curtiduría. Para el caso, todos confiaban en la habilidad e inteligencia de Arcadio. En un envoltorio llevaba el pantalón blanco que le lavara Anselma y la camisa de dril que se ponía los días de fiesta. En esa ocasión se sentía endomingado y llevábase hasta las albarcas, que raras veces se ponía.

Las cosas comenzaron a complicarse al poco rato de haber partido. El maretaje de la bahía estaba picado y, con la champa bastante cargada comenzó el agua salada a mojar el arroz. Al llegar al muelle no solo se había humedecido el fruto, sino también la ropa limpia que llevaba, por lo que decidió no cambiarse. A unos mangleros que acababan de vender algunas cargas de lena y de concha, les propuso trabajo en Los Secos como cortadores, pero sus

ofrecimientos, pese a su moderación, no lograron convencerlos. Llevaban algún dinero en los bolsillos y sólo querían volver al pueblo para compartirlo con sus familias o gastarlo en las cantinas.

Un empleado de la curtiduría le quiso comprar el arroz a muy bajo precio, porque estaba mojado con agua salada. Prefirió cederles a los mangleros algunos puños a condición de que lo ayudaran a llevarlo al pueblo. Tomaron algunas varas de mangle, colgaron de ellas espigas y tendiéndolas de hombro a hombro cargaron con el as por el camino pedregoso que conducía a San Antero.

El sol seco el arroz, de tal modo que cuando lo ofreció en venta no pudieron alegarle que estaba húmedo. En cambio, se desanimo al ver que el grano abundaba por todas partes en amplias esteras, expuesto al sol que secaba su cutícula; por los patios las mujeres, en bateas y balais, lo venteaban ya descascarado y a la entrada de la tienda se exhibía en sacos. Todo indicaba la recolección en su apogeo y, por tanto, se pagaba muy poco por el grano en general, especialmente por el no pilado.

Las pilanderas, a cada lado del pilón, contorsionaban en rítmico vaivén sus cuerpos. Con ambos brazos levantaban la mano pesada, robusto y torneado madero para dejarlo caer, con acompasado golpe, sopesado por el balanceo de la espina dorsal. La concavidad del tronco, tibia y olorosa como horno, comunicaba su calor maternal al grano y su voz ahuecada giraba en torno a los ranchos, huía de los patios y escandalizaba al pueblo. Arcadio, como nunca, sintió el grito de aquellos pilones. A cualquier precio se llevaría un par de ellos para que el fruto, hasta entonces enconchado, se desnudara y revelase el prodigio de la siembra.

El arroz, haciendo las veces de moneda, servía de instrumento de transacción, pero su poder adquisitivo se diluía sin saber por que López había encontrado en un ventorro varios pilones. Escogió entre ellos a los dos más hermosos, de ceiba y muy bien contorneados. Pero la tendera, una siria, se afanaba en convencerlo:

—Tu arroz no pesado, yo tenerlo que vender barato. Dámelo tú por los pilones.

—Pues si el arroz no es pesado, los puños son grandes. Lo uno por lo otro. Si me da diez libras de carne salada, un queso, dos panelas, café y fósforos, se lo dejó para no recatear más —arguyó el

campesino, a la vez que mostraba los apretados y voluminosos gajos de arroz.

La ventera sacudió los brazos con ademanes de no importarle el trato y desapareció detrás de los arruinados armarios. Afuera, en la puerta, esperaban los mangleros, que ya habían retirado los puños de arroz prometidos. Arcadio, decidido a marcharse, les invitó nuevamente a cargar el arroz, pero la siria volvió a asomarse gritándoles:

—Está bien, hijo. Deja el arroz y llevate los pilones.

—Los pilones y lo demás: la carne, el queso, la panela, el café y los fósforos —aclaro López, deteniendo a los mangleros que iban a descargar las varas.

La tendera sonrió y, con malicia, dijo:

—¿De dónde eres tú, hijo? No tienes pelo de tonto. Bueno, lo que tú digas, pero la próxima vez que traigas arroz, vete para acá. Nosotros nos entendemos.

—Está bien —respondió Arcadio, agregando—: despache el mandado mientras yo voy a hacer unas diligencias. Aquí le dejó el arroz.

Los cortadores de mangle lo condujeron a casa de otros compañeros, sin que nadie quisiera aceptar la proposición de López. De buena gana habrían ido si se les hubiera dicho que había que cortar el grano en algún lugar conocido, por distante que fuera, pero a las bocas del Sinú les parecía cosa del otro mundo. Nunca oyeron decir que por allí lo sembraran y no daban crédito a lo que oían.

Aunque invitó a todos los hombres del pueblo, visito cantinas y hasta propuso trabajo a las mujeres, nadie le hacía caso. La recolección requería brazos allí mismo en el pueblo y preferían ganar menos que marchar hacia tierras pantanosas y desconocidas. Tampoco le pudieron informar sobre el Currao, para quien traía recuerdos de Gregorio Correa. En la tarde, cuando se disponía a regresar y se le había hecho un problema cargar con los pilones al puerto, se topo con un hombre de su misma edad, de unos veintiocho o treinta años, que puso atención a su ofrecimiento. Decía llamarse Campo Elías y era forastero. Hablaba poco, y Arcadio tampoco quiso interrogarlo, limitándose a ofrecerle buena paga en arroz si se iba con ella la desembocadura.

¿Cuál es el camino?

—Derecho por aquí, pero tenemos que buscar dos pilones que están donde la turca —explicó López con cierta timidez.

—¿También eso entra en el trabajito? —agregó Campo Elías, con malicioso acento.

Arcadio quiso agregar algunos paliativos, mas al ver una sonrisa en sus labios, comprendió que bromeaba. Cargando los pilones, camino de la bahía, preguntó:

—¿No tienes mujer? ¿Dónde está tu familia?

El forastero no contestó y se limitó a cambiar el pilón de un hombro al otro. López comprendió que no debía ser indiscreto; aquel extraño no gustaba de hacer confidencias. Como estuviera preocupado por no haber podido traer a más de un hombre, al llegar a Los Secos, avanzada la noche, no despertó a nadie y acomodó a Campo Elías en su rancho, teniendo que dejar los pilones en la champa, a falta de espacio. La Anselma acabó por quitarle sus preocupaciones con la abundancia de su cuerpo y porque le dio la buena nueva de que algunos familiares de Estebana Segura habían llegado procedentes de la costa, de Moñitos, si no se equivocaba.

XI

A pesar de la llegada de Moisés Pérez y de su mujer, Filomena Colmenares, hermana de crianza de Estebana Segura, quienes ayudaron en mucho a la recolección del grano maduro, mucho arroz caía al agua y se dañaba. Madrugaban para prolongar la jornada de trabajo; aunque el sol les estirara la piel como cuero de tambor. Cada cual trataba de superar la recolección del día anterior. Ante el empuje de Arcadio López, Gregorio Correa, que se ufanaba de llevar la delantera, tuvo que reconocer la derrota, aunque la excusaba afirmando que se había contagiado con el reumatismo de su mujer.

Un día Arcadio no pudo levantarse; las fiebres lo agotaron toda la noche con tremendos escalofríos y, en la mañana, cuando pretendió ponerse de pie, la cabeza le zumbó como un nido de avispa y el cuerpo descompuesto por la fiebre, se negó a seguirlo hasta la faena. Entonces quedó Campo Elías como campeón de corte y hasta llegó a superar la mayor cantidad que Arcadio había logrado reunir en su mejor día de trabajo. La Anselma fue con el cuento al marido, pero éste no le creyó:

—Ese primerizo no me da a mí ni por las corvas. Mañana mismo me voy al corte a ver quien manda la parada.

La mujer trato de persuadirlo para que guardara un día más de cama, sin que oyera sus ruegos. Sudando la fiebre, se reunió con Próspero Huelva, donde se necesitaba refuerzo. A medida que el río menguaba su cauce, el agua de la bahía mataba los cultivos por ese lado. Ese día, envalentonado, Arcadio cortó y cortó arroz. Blandiendo el cuchillo en la diestra, degollaba las espigas por debajo de la hoja más próxima y luego las sumaba en su mano izquierda hasta más no abarcar, lo que constituía una *manotada,* y sumando dos de éstas tenía un *puño*. Una vez uncidos en parejas,

los acarreó al rancho de Gregorio Correa y con sorpresa comprobó que el recién llegado Campo Elías le aventajaba. Esa noche el dolor de la derrota lo estropeo mucho más que los escalofríos.

Filomena Colmenares, que no tenía habilidades para cortar arroz, se quedó al lado de su hermanastra Estebana para ayudarla a pilar. Alababan el conocimiento de López por haber escogido dos pilones que tenían buena voz, una voz de bajo que escandalizaba los contornos. Hilvanando la historia con los golpes de pilón, Filomena le contó la causa de su venida.

Su marido, Moisés Pérez, tenía una punta de coco que colindaba con las grandes coqueras de Rafael Castañeda, cuya fama de hombre inescrupuloso corría pareja con la de Jesús Espitia. Nadie ignoraba que él mandaba en Moñitos, como el otro en San Bernardo, con el atenuante, si lo había, de que Castañeda no estuvo nunca en la universidad. Dueño de inmensas coqueras a lo largo de la costa, sus terrenos se extendían hacia adentro, desde la playa hasta las mismas estribaciones de los cerros; como acontecía con todos los gamonales, los cocos y el dinero le habían dado poder sobre honras, vidas y bienes aun de aquellos que no trabajaban en sus plantaciones como peones. Todos por igual debían rendirle servidumbre, por el solo hecho de ser el más rico y el más despiadado de los contornos. Entre Moisés Pérez y Castañeda las cosas no andaban bien, aunque sin haber mediado disgusto entre ellos. Un día Pérez oyó decir a la peonada de Castañeda que éste había ordenado meterle fuego a la parte de su coquera, amenazada por la porroca, que lindaba con la de él. Protestó, alegando que, si bien era necesario atacar a tiempo la destrucción causada por el insecto, no era justo que se pusieran en peligro las cuatro matas de coco de que vivía.

No oyó razones Rafael Castañeda, y una mañana llegaron los peones a los árboles enfermos. Efectivamente, cientos de ellos se hallaban despenachados por la porroca y el contagio se propagaba rápidamente. Para aislar el mal, los peones juntaron gas y brea a lo largo de los tallos y les incendiaron. El fuego se extendió con rapidez y el fuerte olor a palma quemada se difundió a lo largo de la costa. Como lo hubiera pensado Pérez, las llamas, empujadas por el viento, pronto alcanzaron sus cocoteros.

Filomena y su marido tomaron sendas hachas y derribaron los

árboles más próximos a la candela. Sin embargo, chispas y palmas incendiadas cruzaban el espacio para ir a caer junto a sus cocos o bien encajaban en sus ramas. La robusta Filomena continuó hachando esperanzada de que el fuego no alcanzara su coquera por estar distanciados los árboles. Hubo un instante en que Moisés Pérez creyó salvar su cultivo, pero no tardo en observar que su rancho había tomado fuego.

—¡Filomena, se quema la casa!

Las llamas rápidamente devoraron la palma seca y convirtieron su vivienda en un montón de cenizas. La mujer se echó a llorar; los ahorros de toda su vida de casados se habían reducido a un montón de escombros.

Después vendieron el terreno y partieron en busca de Estebana y su marido para dedicarse a la siembra de arroz. Con gran decepción se enteraron en San Bernardo de que Gregorio había sido expropiado por Jesús Espitia. Pensaban regresar a Moñitos cuando Claudio Montes les informó que aquél y su familia vivían en las bocas, donde, según había oído decir, les iba bien. Se animaron a bajar y he aquí que llegaban a buena hora, cuando se necesitaba gente para cortar el arroz.

—Así son las cosas, quien lo iba a saber —ratificó Estebana, hinchando su jadeante pecho.

Los comentarios continuaban a los golpes de pilón. En torno a las mujeres se agolpaba el arroz en bateas que muy a propósito había traído el matrimonio Pérez Colmenares. El grano, listo para ser cocido, difundía su olor vegetal y comunicaba entusiasmo a los que, metidos en el agua, proseguían el corte. El ritmo del pilón acompañaba el golpe del cuchillo quebrando la espiga. ¡Cuán lejos estaban los fríos de la madrugada, el sol reverberante, la malaria y el cansancio! Todo se olvidaba con ese rítmico canto, que, mezclado al olor del arroz pilado, rejuvenecía el alma y serenaba los rencores.

—¡Yo he cortado la pendejadita de cincuenta puños de arroz! —grito, desafiante, Arcadio López, levantando en alto los apretados racimos de espigas.

—Pues te has fregado, compadre, que yo corte sesenta, y eso que debí descansar, porque el maldito cuchillo me había hecho vejiga —contestó Campo Elías, aceptando el reto.

—Dejame contarlo, que no te creo —vocifero López, incrédulo ante la cifra marcada por un advenedizo como Campo Elías.

—Pues cuéntalo, si acaso sabes. —Respondió éste dejando caer la carga frente al rancho de Próspero Huelva.

Rosalía, que acababa de dejar su corte, comenzó a contar, mientras López, pálido por la fiebre, apenas se tenía en pie.

—Como sigas así, te vas a morir —intervino Rosalía; el bisoño te gana, pero es que tú estás afiebrado.

A lo largo del Sinú el arroz corría hacia el mar y luego a los puertos costaneros, como otro río que buscara empeñoso las grandes bodegas de los ricos para desembocar. En San Bernardo del Viento, el mayor centro arrocero del bajo Sinú, trepidaban las piladoras mecánicas de Jesús Espitia. Al ver como su boca descomunal se tragaba el grano con cascara para arrojarlo completamente desconchado, los campesinos no cesaban de admirarse de tal prodigio. «¿Cómo lo hará?», se preguntaban, y al retornar a los ranchos miraban a sus pilones con cierto resentimiento, como si ellos tuvieran la culpa de no poseer un vientre mecánico. Muy pronto el recuerdo de la maquina desaparecía de sus mentes en la soledad de la montana y se encariñaban con el rezongar de sus pilones, que se levantaban por las faldas de los cerros.

Tiempos de paz. En los ranchos se añoraba cancelar las deudas y comprar tantas cosas que hacían falta. Las casas del pueblo se contagiaban con aquella esperanza y se animaban; los tenderos volvíanse amables aun para los más andrajosos, sabiendo que por muy magros que los hubiera dejado la faena, tendrían una o dos botijas de arroz pilado que vender a bajo precio. Precisamente eran esos harapientos los que más arroz vendían, pues habiéndose internado en la montana, muy adentro, allí donde la codicia de los hacendados no llegaba a mancillar su trabajo, podían guardar para sí la cosecha, que entonces traían en sacos sobre las ancas de los burros. Pero en el pueblo encontraban a los explotadores que les compraban el arroz a precios mezquinos; que los obligaban a pagar crecidos intereses por los prestamos o hallaban quienes les arrebatasen parte de la cosecha haciéndose pasar por dueños de las tierras que habían sembrado, aunque ignoraban su exacta

ubicación. Los únicos que por vez primera se vieron libres de la estafa, que pudieron quedarse con la totalidad de la cosecha o con el valor de la venta, fueron los moradores de Los Secos. Al verlos llegar con sus champas rebosantes de arroz, fue mucha la gente que se agolpó en el embarcadero para comprobar con su propio ojo lo que todo el mundo comentaba.

—¿Dónde están los que se reían? ¿Por dónde andaban los que me daban por muerto? Quiero ver que cara ponen ante este lote de arroz que he cosechado a fuerza de pulmón. ¿A dónde están? —preguntaba Arcadio, mientras saltaba los puños de arroz.

Todo el mundo callaba. Claudio Montes estuvo mirando a los tripulantes de las champas. ¿No faltaba alguien? ¿Dónde se había quedado Antonia Romero? Entonces no le engendró ningún hijo.

En Los Secos se acordó aprovisionar parte de la cosecha, la que habían calculado para todo un año. Se guardó el arroz con concha para que resistiera la humedad, al gorgojo y a otras plagas que no conseguían perforar la cutícula. Se construyeron barbacoas bajo ranchos sin paredes, próximos a las viviendas. Otros prefirieron apañolar las parejas de puños en tirantes, también bajo techo pajizo.

Se construía el rancho de Moisés Pérez, cuando apareció el Currao. Como siempre, se acercó en su champa. Hacía mucho tiempo que no se le veía, desde que regreso por las petacas de tabaco que dejó en aquella noche de contrabando. Gregorio Correa lo recibió con alegría. Estebana Segura brindó el mejor café adquirido con la venta del arroz. Todo había cambiado desde aquellos terribles días en que se conocieron. Sólo una cosa marchaba igual: Rosaura temblaba de nuevo bajo los golpes de la fiebre.

—La pobrecita nació con ella —exclamó su padre, al verle los ojos alucinados.

XII

Si el agricultor tenía prisa en vender el grano, como siempre sucedía, lo desparramaba por el suelo sobre esteras, en patios y calles, para fustigarlo con varas y desgranarlo. Libre el grano de la espiga, estaba listo para el pilón. Pero los ricos no hacían esto. Confiaban en el tiempo como gran aliado para explotar al pueblo. Sin descascarar el arroz, lo guardaban en pañoles o bodegas, sacos o en canoas fuera de uso.

Lo dejaban dormir muchos días y se realizaba el milagro del tiempo: pasaba la vendimia, venía el hambre y entonces elevaban el precio del grano a su antojo, sin que nadie se resistiera a comprarlo.

—Se cayó en tierra y vino el toro, ¿lo cogió o no lo cogió?

—¡Sí lo cogió!

—Pues no lo cogió, que saltó la cerca y cayó en el río; lo vio un caimán, ¿lo cogió o no lo cogió?

—¡No lo cogió!

—Pues sí lo cogió, y mató al caimán. Saltó a tierra y encontró a un tigre, ¿se lo comió o no se lo comió?

—¡Sí se lo comió!

Y el viejo Goyo negaba o afirmaba, buscando siempre una salida, cada vez más difícil, pero que permitía encadenar la historia y las horas se alargaban. De su mente fluían los cuentos interminables. Un día Tío Conejo era el héroe:

—Tía Tigra dio en cuido sus siete cachorros a Conejo y estuvo muy orgullosa de él, viendo como engordaban. Uno a uno se los llevaba Conejo todos los días para que les diera de mamar, hasta que, sin resistir la tentación de verlos tan igualitos, se comió uno. Tía Tigra ni cuenta se dio, pues había contado siete. El vivo del Conejo llevo a uno dos veces. Al día siguiente se comió otro y entonces tuvo que presentar a Tía Tigra uno de ellos tres veces. Y así lo hizo por seis días siempre comiéndose otro, hasta que el

último que mamaba por los hermanos muertos fue engordando una barbaridad. Tía Tigra decía satisfecha: «¡Qué bueno es Conejo y como cuida a mis hijos!». Hasta que al séptimo día Conejo no le llevo a sus hijos y entonces se dio cuenta que se había escapado, habiendóselos comido. Desde entonces Tío Tigre busca y odia a Tío Conejo.

Éste era el comienzo; luego seguían las peripecias y las situaciones difíciles por las que atravesaba Conejo siempre que Tío Tigre lo sorprendía en callejones sin salida. Pero Tío Conejo personificaba la audacia, el espíritu creador del pueblo, y no podía morir. De ahí que el cuento adquiriera interés, noche tras noche, porque siempre el viejo suspendía la narración para decir:

—Mañana les digo como Conejo, agarrado por Tío Tigre en un hoyo de tortuga, logró escaparse…

Mañana… Mañana…, y el río era él mismo.

También afluían nuevos miembros a Los Secos. Llegaron el Culebro y su hermana Saturnina. Semejaba aquél un reptil; sus brazos, como patas de jagua, tenían su fuerza y su agilidad; pero cintura abajo, toda su gallardía se menguaba: la cadera y las piernas se atrofiaban y malconformaban como la extremidad caudal del renacuajo, reduciéndolo a la impotencia.

Para caminar, mejor dicho, para arrastrarse, se apoyaba en un bastón, y luego, trazando semicírculos derecha e izquierda, avanzaba con paso de oruga. Sin embargo, esta fracción humana había atraído la atención de todos y representaba en la comunidad reunida en la desembocadura algo así como un símbolo de sus sentimientos rebeldes y vindicativos. El Culebro, a quien en un tiempo compadecieron y menospreciaron, había dado muerte a Rafael Castañeda. Desde entonces nadie miró al lisiado como a un impotente.

«¡Yo maté a Rafael Castañeda!», exclamaba orgulloso de haber rendido la reciedumbre del más temido en la costa. Nadie, por muy robusto y valeroso que fuera, podía superar esta hazana. Todos gozaban cuando el paralítico se vanagloriaba de su asesinato. Él había dado muerte a Rafael Castañeda, cuya fama de inescrupuloso para el crimen empalidecía de miedo a los más osados. Se contaban más de una docena de mujeres como sus concubinas en Moñitos y

en los poblados vecinos a lo largo de la costa. Todas ellas habían sido tomadas en una hora de embriaguez o por él solo prurito de humillar el orgullo de algún marido que se incomodaba por sus arbitrariedades. Los padres callaban impotentes cuando las hijas volvían al hogar después de sufrir la deshonra a manos del gamonal en la playa o entre los icacales. Los hermanos, si los tenía la víctima, procuraban olvidar la ofensa y en su silencio los ayudaba el pueblo, que se abstenía de comentarios para que también fuera perdonada la suya si mañana ellos se convertían en víctimas. Si la rebeldía asomaba en pos de venganza, entonces Rafael Castañeda tenía oportunidad de revelar su poderío.

Eso fue lo que pasó con Emilio Vásquez. Enterado éste de que su mujer, con agrado o sin él, había caído en brazos de Castañeda, quiso lavar la afrenta ante la admiración de quienes lo vieron cruzar el pueblo machete al hombro, empujado por la venganza. Se detuvo frente a la casa del terrateniente y a grandes voces lo desafío para que, a la luz del día, de hombre a hombre, defendiera su honra si la tenía, y le enumeró todos los epítetos insultantes. El cobarde no asomó el rostro, pero sus balas salieron para incrustarse en el pecho de Vásquez, que al recibir el impacto cayó sobre la arena. Arturo Villa que, junto a otros vecinos, observaba el reto, acudió para darle auxilio, pero antes de llegar a su lado volvieron a chasquear las balas y se tendió también contra el suelo con el vientre agujereado. Nadie osó acercarse a los hombres que se desangraban, adivinando al homicida en acecho. A la mañana siguiente los cadáveres fueron arrojados por el mar a la playa y el mismo Rafael Castañeda explicó a las autoridades, que vinieron a levantar el acta desde Lorica, que los pobrecitos se habían ahogado la noche anterior. El círculo de curiosos no se atrevió a desmentir aquella aseveración y los alguaciles no quisieron ver tampoco las heridas.

«¡Yo maté a Rafael Castañeda!», vociferaba el Culebro, nunca fatigado de vanagloriarse de su hazana. El hecho lo conocía al dedillo; se lo habían oído contar con sonsonete infatigable, desde el día en que llegó a Los Secos preguntando por su amigo Moisés Pérez. Cuatro años atrás lo despidió de Moñitos, cuando, con su mujer, abandonaron la costa, impotentes de tomar represalias contra el gamonal, que les había incendiado su coquera y su rancho. Desde entonces, el Culebro, que amaba a Pérez como a un hermano,

se dio a la tarea de propalar amenazas contra Castañeda. Éste, para castigar la habladuría del lisiado, se llevó a la hermana y la hizo su concubina. Todo el mundo se compadeció aún más del paralítico, que no se cansaba de llorar por la ausencia de Saturnina. Había estado a su lado toda la vida y ya le era tan indispensable para subsistir como su báculo: ella le ayudaba a vestirse y lo consolaba de su desgracia. Al sentirla ahora distante y deshonrada, el Culebro perdió el deseo de vivir. ¿Cómo iba a vestirse? ¿Quién le frotaría las coyunturas cuando los dolores reumáticos volvieran?

—¿Sabe para dónde el condenado se llevó a Sato? —Solía preguntar a los amigos.

Pero nadie le daba razón, ya porque ignoraran el lugar donde Castañeda escondía a la hermana o previendo que el Culebro fuera en busca de ella, lo que significaría su muerte.

—¿Y usted sabe si ella lo quiere o él se la llevó a la fuerza? —interrogaba, al comprender que nadie se atrevía a confesarle el paradero.

—Así, como te lo digo, Culebro, la Saturnina lo quiere.

Lo compadecían para que sufriera con menos dolor su ausencia.

Una noche regreso Saturnina a casa, golpeada y aborrecida; el hombre que la deshonrara se había cansado de ella. La hermana, con lágrimas en los ojos, contó al Culebro lo sucedido: el rapto, la violación y los días de encierro, en los que, amarrada a la cama en cruz, recibió las visitas libidinosas de Castañeda, porque nunca se rindió amorosa a su violencia. El Culebro juró, gritó y gesticuló, hasta que todos oyeron su delirio de venganza, que él, el patuleco, acabaría con los desmanes del gamonal. El pueblo se rió de su atrevimiento.

Trascurrieron los días, y un domingo, a lo largo de la playa, el tullido se topó con su enemigo jurado, Rafael Castañeda. Venía este sobre un caballo, que en sus pasos bamboleantes revelaba la embriaguez de su dueño. El Culebro, por prudencia o por miedo, se arrastró hasta los icacales lo más rápido que pudo, queriendo pasar inadvertido o para que la bestia no lo pisoteara.

—¡No huyas, infeliz! ¡Qué gusto me da encontrarte! Ahora vas a pagar con tu hedionda vida el atrevimiento de tus amenazas. ¿Tú, animal rastrero, eres quien pregonas que castigaras a Rafael Castañeda? ¡Arrímate!

El paralítico no supo que hacer. El cuerpo le temblaba y la piel morena perdía su color. Finalmente, comprendiendo su impotencia, se dirigió a empujones hacia el hombre que le gritaba.

—Acercate más, voy a reventarte los sesos de un tiro.

Castañeda desenfundo el revólver y esperó que se aproximara, arrastrando su machete, que por casualidad llevaba. Al verlo obedecer como un perro, Castañeda tuvo asco de darle «una buena muerte», y le dijo:

—He cambiado de idea. Voy a matarte con tu propio machete, no mereces que desperdicie un plomo en tu cuerpo enclenque.

El Culebro no quitaba su vista del cañón que lo amenazaba.

—¡Anda! ¡Dame tu machete! —Oyó que le ordenaba.

Obedeció una vez más. Sacó de la funda la filuda arma, que pendía a un lado de su tórax, y extendiósela a Castañeda. Inclinose el jinete sobre la bestia para cogerla. En aquel momento, impelido por una idea fugaz, el Culebro osciló el báculo y golpeó rudamente el cráneo del jinete. Temblaron los minutos en la soledad de la playa. El cuerpazo de Castañeda se desplomó sin sentido y mucho antes de que cayera al suelo el brazo afiebrado del Culebro abrió una profunda herida en el cuello. La mente del paralítico, electrizada por oleadas homicidas, ordenó golpes y más golpes sobre aquella cabeza, abriendo surcos tajantes. La sangre, que brotaba a borbotones, le salpicaba sus ojos. Abierto el cráneo, asomada la masa encefálica, dio amplitud a los machetazos; allí, a las piernas; aquí, a los brazos; acullá, en las manos y pies, mutilándolo todo; sobre el vientre y los costados, ya sin precisión ni intenciones, hasta que el brazo se resistió al esfuerzo. Ebrio de satisfacción, se arrastró veloz como una serpiente que huye, y antes de llegar al poblado ya sus gritos se oían con escándalo:

—¡He matado a Rafael Castañeda! ¡Corran, vengan a verlo, miren como lo he dejado, hecho picadillo! ¡Yo solito, el patuleco, lo he matado!

Nadie dio crédito a lo que oía, pero el Culebro se revolcaba sobre sus raquíticas piernas. Luego la voz corrió por todo el pueblo y de las casas, de los patios y de las enramadas salía la gente hacia la playa, donde se vislumbraba un corro de hombres horrorizados con el terrible espectáculo. El caballo de Castañeda, único testigo del drama, pastaba indolente metido por entre los icacales. El

Culebro contaba una y mil veces el suceso.

Desde entonces no había cesado de hacerlo. Siempre con la misma felicidad, seguro de que no mentía, de que Rafael Castañeda, que había deshonrado a su hermana y quemado la coquera de su amigo Moisés Pérez, estaba hecho picadillo. Lo repitió ante los jueces que lo indultaron, ante los periodistas y ante todos los moradores de Los Secos, que no llegaban a comprender como aquel pedazo de hombre había acabado con el terrible gamonal. En las bocas se le tenía como un héroe; amaban sus muñecas poderosas, que supieron menguar la altanería del terrateniente. Todas las noches, cuando el fogón iluminaba el rancho de Saturnina, después que ésta regresaba cansada de la faena, se oía repetir al Culebro:

—Nadie me lo creyó, hermanita, ni el mismo Pérez, cuando le dije que yo lo vengaría. Toditos se burlaron de mí. Pero ahora está muerto, tieso y sepultado bajo tierra porque yo lo maté.

XIII

Moisés Pérez acostumbraba a tocar por las noches su gaita de cardón. Los pequeños se reunían en el rancho del viejo Goyo, unas veces para escuchar sus cuentos, otras para tratar sobre los problemas que se presentaban en la comunidad. Pero cuando Pérez tocaba su gaita, ya nadie hablaba, asimilando las notas del instrumento primitivo como el mismo pan de la creación. Muchos de ellos tenían ancestro africano y no pocos de indio, pero unos y otros se asomaban a las notas de la gaita indígena como si la sangre floreciera en el canto montuno de la flauta. Voz vegetal, savia diluida en lamento, melodía de las horas de descanso.

Vinicio y Rosaura, que habían contado diez años de amores, acechados siempre por los ojos consentidores de Estebana Segura, sufrían por la presencia de los demás, que los separaban, cuando hubieran querido abrazarse y marcar con besos el compás de la música. Serafín Romero, que aprendió de Pérez el arte de tocar la gaita, afanándose en mantener el ritmo con el macho, encontraba que su vida de peón se había convertido en manantial de notas musicales que lo hacían feliz. José Darío sentía el aguijón de la inquietud; a veces no le gustaba la música. Recordaba los años lejanos de la niñez, cuando se contentaba con poco, pero ahora todo parecía carecer de importancia. Por eso envidiaba a Juancho Huelva, que frisaba la edad que él tuvo cuando su padre llegó a Los Secos. La gaita hembra de Moisés describía una espiral musical que, fluyendo del ahuecado millo, se desenvolvía en torno al corrillo que escuchaba, ponía matices en los corazones y escapaba, siempre ampliando su camino de notas, para saltar de rancho en rancho, merodear en torno a la corriente, agujerear el seno de la bahía y perderse por los caminos polvorientos que conducían a San Antero. Carrillito, atormentado por la melódica gaita, aunaba el entusiasmo de su tambor a la canción del junco.

La Anselma se recostaba contra el pecho amplio de Arcadio López, nostálgica de fecundidad. Su vientre voluminoso no le había dado el hijo que añoraba. La Antonia Romero se olvido de Claudio Montes, desde el día que el Currao la invitó a irse en su champa para sorprender la noche en los pantanos. Ignoraba por que ella se abstenía de concurrir nuevamente a sus citas. Filomena Colmenares, que nunca pensó en que su venida a Los Secos habría de darle tanto orgullo: ¡Cómo amaba a su marido, que conseguía serenar los pechos cansados con su música! Próspero Huelva, definitivamente, se había olvidado de los gallos finos; su corazón, de tanto golpearle el pecho, se había fatigado y las emociones violentas quedaron dormidas.

El fogón prendido frente a la puerta del rancho, para ahuyentar con su fuego a los mosquitos, congestionaba el rostro del viejo Goyo; los surcos de su frente no solían borrarse como ayer; se habían vuelto firmes y hondos por los años. El escaso cabello cambió su negro color por blancas sortijas que le daban la apariencia de un vellón. La cara seguía siendo la misma, sólo que ahora sus ojos eran más conocedores. Nuevos semblantes se asomaban a los tizones de candela: los filudos perfiles de Rocha y de Fuentes, mestizos venidos de tierras altas, y el recortado de Justiniano Lora, que lucía más negro al lado de su mujer, Isabel, de ojos pardos como el cocodrilo.

Muy cerca de la lumbre, que atizaba a cada momento, el Culebro buscaba como reptil el calor. Recibía los tabacos de los que, por estar distantes del fuego, no podían prenderlos personalmente, haciéndolos pasar de mano en mano hasta su dueño. Gustaba agazaparse al lado de Pérez cuando éste tocaba su gaita. Entonces pensaba en la costa y sus ojos se iluminaban de alegría. Los instrumentos sólo se silenciaban cuando la brisa de la medianoche, venida del mar, curvaba los cuerpos de frío. Cada cual regresaba a su rancho y dejaban en los fogones brasas de candela para que los sapos se las comieran. Los labriegos daban crédito a la leyenda, porque en las mañanas encontraban a uno o dos reptiles gozando del calor de las cenizas o porque en las noches, saltando por entre las piernas de los hombres, se acercaban hasta el fuego observándolo con sus ojos saltones.

Carrillito no podía vivir muy alejado del río. Su rancho, que

siempre compartía con los forasteros que pasaban la noche en Los Secos, se agachaba a lado de uno de los caños para oír las habladurías de la corriente. Pero otros, como el de Rocha, estaban bastante alejados del grupo. A pesar de la distancia, el calor de los hogares era uno. Los labriegos se unían para sembrar, como se hizo en aquel primer cultivo del viejo Goyo y Próspero Huelva. Juntos hundían las raíces bajo el agua y unidos cosechaban el grano. Cada cual se llevaba la parte que correspondía a su esfuerzo o al de toda su familia. Ocasiones hubo en que un campesino, por haber estado en cama por el reumatismo o la malaria, recibía su parte como si hubiera participado en las labores. Esta conjunción de intereses, no concebida ni ordenada por ninguna autoridad, constituía la fuerza intrínseca de la colonia y el viejo Goyo, a quien todos respetaban y querían, el símbolo de la unión, de la justicia, del odio en común que tenían al gamonal y de la rebeldía con que se enfrentaban a las vicisitudes.

No todos los que habían llegado a Los Secos poseían tierra. Muchos de ellos tuvieron que conformarse con la hospitalidad de algún amigo como sucedió al Culebro y a su hermana Saturnina, que vivían en un rancho pertenencia de Pérez. Pero su participación en la vida de la comunidad era tan necesaria que se les consideró con iguales derechos a los demás, recibiendo lo mismo que los otros cuando se repartía la cosecha, en consideración al trabajo rendido. Otros se resistieron de la dureza y penuria de la desembocadura.

Posiblemente esto fue lo que hizo emigrar a Campo Elías. Por algún tiempo se le vio activo, alegre y desafiante en el trabajo; todos miraban en ella un buen soporte de la colonia. Aunque Arcadio López muchas veces se sintió humillado ante el empuje infatigable de sus músculos, cuando se llegaba el momento de separar su parte, no pidió más del que recibiera menos, así como tampoco construyó rancho siendo que fue de los primeros en arrimar a Los Secos. Las repetidas invitaciones del viejo Goyo para que se hiciera un rincón no despertaron en él el deseo de hundir las estacas; parecía odiar todo aquello que lo enraizara. Finalmente se notó un cambio radical en su conducta: lo embargaba el desconsuelo y la inquietud y se menoscabo el rendimiento de su trabajo, permaneciendo insomne después que las gaitas dejaban de

parlotear pasado el filo de la medianoche. Un día López se le acercó con la intención de sondear sus penas, pero, como siempre, su pesca fue infructuosa.

De la costa llegó un comentario que prendió entusiasmo en muchos. Se dijo que en Coveñas había trabajo en la construcción de un puerto y un oleoducto. Algunos contingentes de obreros y artesanos bajaron por el río para ir a trabajar en las obras. José Darío estuvo deseoso de marchar, pero la palabra dura de su padre lo mantuvo sujeto al agro, mas no sucedió así con Campo Elías, que una tarde embarco en una chalupa que se dirigía con obreros hacia el puerto.

Cerca de la tierra firme, donde comenzaba la barranca y las posesiones de Jesús Espitia, los campesinos lograron calzar buena porción de tierra, en las inmediaciones del rancho de Arcadio López, que convirtieron en criaderos de animales de corral. A pesar de que la Anselma tenía especial cuidado en velar por los animales, durante la noche, las incursiones de la babilla daban buena cuenta de patos y cerdos. Se tomaban todas las precauciones para evitar la entrada del enemigo, pero lo movedizo del terreno siempre permitía abrir la brecha en los corrales, a lo que no poco ayudaban los marranos hozando incansablemente toda la noche.

A la postre esos terrenos se unieron a las tierras del feudal, pues el río continuó calzando frente a ellas. Entonces Jesús Espitia delimito espontáneamente sus predios para evitar que sus reses se extraviaran. Por pura camorra, su capataz Morelos llevo más allá los alambrados divisorios, incluyendo las tierras que los vecinos habían logrado elevar sobre el nivel de las aguas. Respondiendo a la jugada, los sequeños retrocedían la cerca, dejando entonces a su favor alguna parte, lo que provocaba nuevas represalias del capataz.

Hasta entonces tales disputas carecieron de importancia, pero con el tiempo se recrudecieron con las incursiones que los sequeños hacían a la finca de Espitia para robar mangos. Estos frutos nada significaban para Espitia, pues abundaban los árboles y no los aprovechaba por hallarse distantes de su hacienda. En cambio, para los campesinos constituían un alimento codiciado, el único fruto que podían disponer en sus chozas aisladas, que también utilizaban como alimento de sus marranos. Por eso, pese a las protestas de Morelos cuando los sorprendía acarreándolos, no dejaron de

hurtarlos con satisfacción hiriente. Si en la noche los cerdos lograban escaparse de los chiqueros, dirigíanse a la manguera, donde amanecían entretenidos en hociquear los frutos caídos. Cuando la peonada de Espitia los llegaba a sorprender, apresábanlos y les mutilaban las orejas, como simple advertencia. Los sequeños callaban frente a estos desmanes, pues no les era dado contestar de igual modo y se contentaban con ordenar las vacas paridas del gamonal que hasta esos lugares llegaban.

Una tarde recorría Jesús Espitia sus latifundios en compañía de sus peones y no pudo resistir la tentación de contemplar a Los Secos, atraído por la fama de su arroz. Pero no fue simple curiosidad, pues tenía fundado interés en admirar de cerca aquellas tierras.

—Son muy buenas, doctor —advirtió Morelos, avivando su codicia.

Espitia callaba. ¿Quién sabe que ideas fraguaba su cerebro? Lo arrancó de su ensimismamiento una champa tripulada por el viejo Goyo. El campesino se acercó hasta donde se lo permitieron las plantas para ser oído claramente:

—Ya sabía yo que te diría ladrón una vez más a la cara. Pero no es aquí entre los hombres donde quiero arreglar cuentas; te emplazo ante el Altísimo.

—Eso es —respondió—, mientras tú confías en Dios, yo confío en mis fuerzas. Procura no olvidar esto mientras merodees en torno a mis propiedades.

XIV

El río Sinú, después de un curso bastante largo, llegaba con abundante caudal a San Bernardo del Viento. Antes de aproximarse a él describía una de sus amplias curvas que daban ímpetu a la corriente. Durante el invierno los sambernardinos vivían en constante zozobra ante su terco empeño de socavar los barracones y arrastrar las viviendas ribereñas. En ocasiones la arremetida era tan violenta e inesperada, que, sorprendidos los moradores en mitad del sueño, apenas salvaban sus vidas, en tanto que sus muebles naufragaban en la oscuridad. A los gritos de los damnificados acudían los vecinos para rescatar uno que otro objeto.

Según el número de aguaceros calculaban el volumen de las aguas y profetizaban las presuntas víctimas de la creciente. Los inquilinos amenazados no daban crédito a tales vaticinios, porque la pobreza cohibíalos de abandonar sus ranchos, pero en las noches lluviosas permanecían insomnes. Esta temeridad fue lo que costo la vida a Claudio Montes. El río había socavado los cimientos de su casa y las vigas emergían de la barranca sobre la corriente. El mismo rancho se había curvado en un postrer afán de equilibrio. Pero su dueño no quería abandonarlo. De nada valían los consejos amigos; allí continuaba milagrosamente los años, incrédulo de que la corriente descendiera, y se quedaba aun en su morada.

—San Bernardo no me abandona. Este año lo cargare en la procesión, aunque pese el condenado.

No se ignoraban cuales fueron las razones por las cuales el escultor había vaciado el santo del pueblo en cemento y no en yeso. Se decía que el cura regateaba tanto al artista, que éste apenas se mantenía de los dineros que lograba hurtar de la caja de las limosnas, de la que tenía una llave. El cura, al comprobar con desazón que los sambernardinos se olvidaban del santo, les

sermoneaba enrostrándoles su tacañería, pero sus amenazas eran vanas: la caja de las limosnas continuaba vacía. La población comenzó por no hacer caso al cura, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos por aumentar las dádivas hasta satisfacer su apetito.

Entonces el escultor resintió de verdad la situación, pues ni él mismo encontraba dinero en la alcancía, como el cura confesaba no tener de donde pagarle, escamoteo la plata de los materiales, trocando cemento por yeso. Cuando estuvo terminado el santo, el sacerdote, ante la bondad de la escultura, abrió su caja de caudales y pago parte del dinero que debía al escultor, quien se apresuró a embarcar para Cartagena. Pasaron los días y los fieles se hicieron más devotos ante la cara milagrosa del santo. Unos admiraban los colores, otros su mirada de ángel y no faltaba quien la tonsura, diciendo que era igual a la del párroco. Llego el 20 de agosto, día de la festividad de san Bernardo, y todo el pueblo se reunió en la iglesia para participar en la procesión. Era la primera vez que el santo recorría las calles de su pueblo y, en consecuencia, abundaron los faroles, las cadenetas de papel y el entusiasmo. Las campanas repiquetearon, los monaguillos salieron con sus largos candelabros encendidos. Habían dejado la iglesia cuando tuvieron que pararse. De la plaza venían rumores:

—¡Ya va a salir el santo!

—¡El santo no quiere salir!

Comenzaron a impacientarse; los devotos debieron prender nuevas velas y las campanas repicaban sin que saliera san Bernardo. El santo pesaba demasiado y los peregrinos, aunque se esforzaban por meter sus hombros, no lograban moverlo.

—¡El santo no quiere salir y se ha hecho pesado! —decían los creyentes. ¡Lo mejor será que lo dejemos aquí!

El cura no compartía la opinión de sus feligreses; comprobó que en vez de yeso el escultor empleó cemento en la imagen y que, por tanto, no había tal temeridad de san Bernardo. Era necesario reunir más hombres, pues los primeros quedaron sin fuerza. Vino un contingente de vigorosos mocetones reclutados en todo el pueblo y entre muchos lograron movilizarlo, pero como se hizo de noche, el cura decidió que no saliera ese año, previendo que pudiera darse un tropezón en las calles accidentadas. No obstante, acusó al pueblo de su poco amor hacia el santo, y que éste, por no haber recibido ese

año las limosnas suficientes para arreglar su iglesia, se había negado a salir. Desde entonces el pueblo afirmaba que san Bernardo era antojadizo, que se hacía el pesado, que se agigantaba para no caber por la puerta, y otras tantas mañas que lo hicieron famoso. Especialmente adquirió fama de hacer milagros si se ofrecía cargarlo durante las procesiones y abundaron desde entonces los mozos fuertes y ancianos que para el día de su fiesta llegaban a cumplir sus promesas. Uno de ellos era Claudio Montes, siempre agradecido porque el santo impedía que el río arrastrara su choza. Hasta que un año no concurrió a ocupar su puesto bajo el santo.

—San Bernardo se cansó de hacerle el milagro todos los años y castigo su temeridad ahogándolo —decía el pueblo, con lo que se ponía de manifiesto el alto grado de susceptibilidad del santo. También se considero como parte del castigo el que no se hallara el cuerpo de Montes. Inútilmente trataron de rescatarlo a todo lo largo del río, cumplidas las veinticuatro horas justas para que el cuerpo, inflado por los gases, saliera a la superficie. Día y noche anduvieron las champas de un lado para el otro en busca del ahogado. Se encontraron muchas de sus cosas personales: un asiento, la cama, una mesa, todo lo que flotaba y que el río no pudo tragarse al arrastrar la casa del difunto. Hasta bajaron a buscarlo en Los Secos, esperanzados en que la corriente lo hubiera arrastrado a la desembocadura. Llegaron de noche con linternas; recorrieron de un extremo a otro los diferentes caños, preguntaron a los moradores si lo habían visto; pero nadie dio razón. Esa noche, al conocer la noticia, Antonia Romero lloro en silencio. No había dejado de querer a Claudio Montes.

San Bernardo era uno de los pueblos más ricos por su producción de arroz. A pesar de ello, el Gobierno de la provincia jamás se preocupó en construirle defensas. Las quejas de los vecinos y el llanto de los despojados no movían la piedad de los ediles, que al levantar el presupuesto anual nunca incluían lo correspondiente a las defensas portuarias. No sólo este problema quedaba olvidado, sino todos los de la región, que incluían, además de otros, valladares al río, puentes, carreteras, mercados, escuela y toda suerte de obras públicas.

Las corrientes se hacían más destructoras y toda la llanura sufría

inundaciones que ahogaban reses, arruinaban cultivos y destruían habitaciones. Cuando las aguas volvían a su cauce, las enfermedades acudían por doquier; familias enteras eran víctimas del tifus y el paludismo; los cementerios multiplicaban la población de difuntos; los curas no daban abasto con los entierros y misas, y el Gobierno se tapaba los ojos después de repartirse las prebendas.

El río era ciego y cruel. Mientras arrancaba tierras a San Bernardo, las reunía en la orilla opuesta, en donde se levantaba la mansión de Jesús Espitia, que con gusto veía crecer sus propiedades a costa del poblado. El Sinú se afanaba en mal repartir las tierras, poniendo tanto en celo su voracidad, como en aumentar los latifundios del gamonal. Su casa, rodeada cada vez más de nuevos terrenos, amplios y fértiles, en donde el arroz crecía sin cuidado, constituía la prueba indesmentible de la parcialización del río. Por sus cercanías merodeaban las crías de gansos importados, ahora celosamente protegidos por enormes perros, para impedir así que se repitieran misteriosos envenenamientos, como el perpetrado por el ladino Arcadio López.

Cuando una maldición contra el río se robustecía con el ejemplo de que el Sinú auspiciaba los planes de dominio del gamonal, Gregorio Correa, siempre agradecido, respondía:

—¿Qué culpa tiene el río? ¡Sólo desea huir cada vez más lejos de él y por eso le arroja su barro!

El arroz constituía la principal fuente de riqueza de San Bernardo. Durante la época de recolección, las embarcaciones que hacían el recorrido entre las ciudades ribereñas y el puerto marítimo de Cartagena demoraban muchas horas atracadas en su barranca mientras se cargaba el grano en voluminosos sacos de cuatro arrobas. En hilera, los cargadores, con las espaldas desnudas y sudorosas, corrían de los pañoles a las bodegas del barco, estimulándose con gritos y gracejos, que les hacían olvidar el peso que curvaba sus espaldas. Muchos de ellos hacían parte de la tripulación, pero la mayoría eran enganchados momentáneamente mientras duraba el embarque. Al partir de la lancha se quedaban con las espaldas peladas y doloridas y unas míseras monedas que no llegaban a compensar su agotamiento.

El pueblo era también conocido por sus bocadillos de guayaba. El fruto crecía silvestre y la formula con que se elaboraban las conservas se heredaba por tradición entre las familias más antiguas, lo que contribuía a darle fama. Muchos se imaginaron que la buena calidad de los bocadillos se malograría cuando Oliverio Ruiz, él más connotado de los fabricantes, se ahogo en un naufragio a pocas leguas del pueblo. Pero sus hijos continuaron al frente del negocio y lograron mantener el prestigio.

—¡Bocadillo!

—¡Bocadillo de guayaba!

Los vendedores, en su mayoría niños, abordaban los navíos antes de que echaran las amarras.

San Bernardo también era la cuna de Jesús Espitia, cuyo apellido tenía profundas raíces en el pueblo; sus bisabuelos fueron de los primeros que colonizaron sus márgenes, junto con los Montes. Las dos familias llegaron por la misma época, pero mientras los Espitia se enriquecían, acaparaban tierras y adquirían títulos de señores, los Montes diluíanse entre la población, se multiplicaban por el concubinato y la fecundidad; constituyeron a través de los años, la masa del pueblo, emparentados primos y sobrinos, abonando por doquier las familias con la estirpe de su sangre negra.

—¡Qué se abstengan de joder a un Montesino, para que el pueblo no se enturbie, que cuando levantan la cabeza no es para menos la pendejada! —decían, aludiendo a las repetidas batallas que, iniciadas por un Montes, terminaban por ser las de todo el pueblo. Pero fueron otros tiempos; ahora los Montes ya no levantaban la cabeza; el yugo de Jesús Espitia los había menguado con la servidumbre y los tenía acogotados con la pobreza.

Jesús Espitia, graduado en la Universidad de Cartagena, vino a ser el más destacado de sus antecesores. No paraban allí sus conquistas; heredero de tierras y dineros sin cuento, había logrado empinarse hasta el Senado de la República, aunque sólo hiciera parte de la anónima delegación de congresistas que afirmaban incondicionalmente las decisiones de sus jefes políticos. Al abrirse las sesiones, allí estaba él, deseoso de contestar «presente», lo más cerca del micrófono; para que su pueblo oyera, aunque fuera de aquel modo, su voz en las Cámaras.

En los amplios pasillos del Capitolio procuraba unirse a las tertulias de hombres ilustres y, a sabiendas de que no se le tenía en cuenta para nada, optaba por callar hasta el momento del pago, que cubría, vanagloriándose luego de su riqueza. Nunca elevó la palabra en un debate; nadie le oyó mencionar un artículo, ni elaborar algo en favor de la provincia que lo había elegido. No obstante, a su regreso a San Bernardo, lo recibían con cohetes y bandas de música. Entonces sí decía cuatro barrabasadas que eran entusiásticamente aplaudidas.

XV

La luna volvió a asomar en el horizonte. José Darío y Vinicio, que la esperaban, retomaron la palanca y el canalete para proseguir el ascenso de la corriente. El arroz, en sacos sobre el fondo de la champa, les hincho el pecho con su vaho caluroso. En la proa, José Darío se curvaba sobre la palanca, en tanto que Vinicio, en el extremo opuesto, rumbeaba la embarcación con el canelete por una ruta solo visible en su mente de boga.

Era la primera vez que Gregorio Correa encomendaba al hijo la venta de grano.

Estamos llegando –

—Sí —contestó Vinicio, expresando con el monosílabo todas las sugerencias de aquellas palabras.

El laconismo molestó a José Darío, que sentía la necesidad de abrir a confidencias sus sentimientos.

—¿Sabes —preguntó—, muchas veces me siento triste?, ¿no te pasa a ti lo mismo?

—No.

Los minutos prolongaron una larga pausa, tras la cual el mulato, exasperado por el diálogo consigo mismo, agregó nuevamente:

—Lo he notado desde hace tiempo; de repente me invade la tristeza sin haber motivos. Entonces necesito hacer algo, pero nada me satisface: el cuerpo se me descompone y hasta me da fiebre. ¡Es extraño, como si algo me faltara!

—¡Una mujer!

En la vida de José Darío el amor no había marcado huella alguna. Acosado por el paisaje, el trabajo y los sufrimientos, nunca tuvo tiempo de meditar sobre sí mismo, como un ser aparte del mundo que lo rodeaba. La infancia se volcó en la adolescencia como un líquido de un molde a otro, sin cambio alguno. Acostumbrado desde niño a la intimidad de la mujer en la faena, en ella sólo vio a

otro ser semejante que le brindaba sus besos y sus caricias como el río su agua sin extrañeza y avaricia. Por su parte, los adultos nunca se cuidaron de guardar recato frente al niño; más tarde, llevado casi de la mano por los jóvenes de más edad, tuvo las primeras experiencias de su sexo como un hecho natural y sin importancia.

Nada de esto podía considerarse una verdadera pasión. De ahí que no comprendiera el fuego del instinto arrastrándolo a la posesión definitiva de la mujer. No otra cosa era ese desaliento que tanto lo intranquilizaba, hasta hacerle perder el goce de la vida. Pero como nunca había pensado que la paternidad reclamara al hombre con gritos de angustia, en vano quiso interpretar su turbación como una enfermedad de causa extraída a sí mismo.

Vinicio, por el contrario, desde muy niño se sintió unido a Rosaura y en más de una ocasión adivino que solo casados les sería posible compartir sus propias emociones. Su matrimonio estaba resuelto, pero nunca encontró expedito el camino para ser suya en cuerpo a la que se rindiera a sus palabras.

Bajo el peso de estas reflexiones, José Darío impulsaba la champa mecánicamente, entrecortando el canto del grillo en la orilla con el rumor de la palanca. De hecho, comprendió toda su turbación: era una mujer lo que pedía su cuerpo pujante de vida.

A la mañana siguiente hizo la venta del arroz. Era sábado, uno de los días de mercado, y encontró precios razonables dentro del bajo valor que se cotizaba el grano. Era 24 de diciembre y los campesinos habían llegado de todos los lugares cercanos para festejar la Nochebuena en Lorica, y la afluencia de personas dio alza momentánea a los productos.

Bajo el amplio mercado de mampostería se exhibían los artículos en cajones o mesas; los rezagados se contentaban con exponerlos en esteras fuera del mercado, en las calles y plazoletas adyacentes. Panela melosa que atraía a las moscas engolosinadas; quesos blancos, salados y duros; alfarería de colores encendidos donde las manos habilidosas del campesino dibujaban jeroglíficos indígenas. De las cuerdas colgaban las hamacas de pita y las esteras de napa luciendo el color y la calidad del tejido.

En la hondonada del río, sujetas a las defensas del puerto, las champas se hacinaban al sol. En medio de la mercadería los hombres trajinaban como hormigas en una gran labor de

recolección. Algunos revelaban el mestizaje hispano, que en su afán de conquista, quedose pura o mezclada. No escaseaban los rostros aborígenes con acentuada melancolía que contrastaban con la mirada pícara de los negros y mulatos.

A causa de las festividades, los jóvenes sequeños disfrutarían de los fandangos tradicionales en las barriadas de la ciudad. A la medianoche la fiesta adquirió el entusiasmo propio de la región. Las calles se bañaban en luces bajo el esplendor de los faroles y las cadenetas multicolores. En mitad de la plaza se levantaba un árbol, enterrado allí para el caso, en cuyo derredor la banda de músicos entonaba los porros. En torno a este eje, las parejas danzaban contorsionadas a la luz de puñados de espermas llevadas en alto por las mujeres. Las velas quemaban las manos y salpicaban los rostros, pero, sobre todo, incitaban a los varones enardecidos por el aguardiente. Allí estaba Vinicio dando vueltas y más vueltas alrededor de su pareja; atropellado por el círculo de bailadores que se revolvían en torno a los músicos, sus brazos y piernas gesticulaban toda clase de equilibrios.

José Darío, sin compañera con quien quemar espermas, se consumía de afán al oír el clarinete y la trompeta resonantes. Había perdido toda esperanza de encontrar pareja, cuando se topo con María Teresa, linda mozuela a quien conoció en Moñitos, mucho tiempo atrás. Había venido a la fiesta bajo la celosa mirada de su tía, a quien el mulato rogo casi con lágrimas en los ojos para que la dejara bailar. La tía dudo mucho, pues conocía los atravesados sentimientos de su hermano Cipriano, padre de María Teresa. Si él llegaba a enterarse de que la hija había bailado fandango en Lorica, se enfurecía. Sin embargo, la buena mujer adivinaba en los ojos de la sobrina el deseo de chamuscar su alma en la vorágine de fuego, y ya no pudo resistir sus propios sentimientos.

—¡Quemen un paquete de velas, no más!

Bajo la música y el aguardiente, el mozo apasionose por María Teresa. El rostro de la muchacha resplandecía a la luz de las velas que coronaban su brazo erguido. Por debajo del traje empapado en sudor, se traslucía la dureza de sus senos, que rebotaban el uno contra el otro. Al son de la música, su cuerpo se estremecía en clamores de amor inconfeso.

Poco a poco la razón se abrió paso entre los roncos respiros. Un frío se clavó en el cuerpo de la muchacha al levantarse de la tierra que había robado su calor; el jadeo de José Darío repicaba en sus oídos y ofuscada medía las proporciones de su locura. En vano el joven amedrentaba sus temores incitándola a la huida. El miedo que tenía por el padre era inconmovible y pensaba que al enterarse del rapto sería capaz hasta del crimen. El mulato todavía bajo los golpes de la pasión interpretaba su negativa como desamor.

—No quieres venir conmigo porque soy arrocero. A mi lado sólo tendrás trabajo y Los Secos te asustan.

—No digas eso —balbuceo María Teresa—; iría contigo a cualquier parte. El trabajo y la miseria no me acobardan, pero…

—¿Tienes miedo? Te juro que algún día dejare de ser pobre.

La obstinación del joven interponiendo siempre el dinero hizo brotar lágrimas de la muchacha que no se sentía comprendida. Se esforzó en explicarle:

—No puedo abandonar a mi papa; presiento algo malo.

—No temas. Tarde o temprano todo se arreglara.

—Deja que lo piense. Ahora me voy antes de que mi tía me extrañe. ¿Cuándo te vas?

—Salgo al amanecer. Te espero en el puerto —dijo el mozo, con ansiedad.

Ya los rayos del sol incidían perpendicularmente sobre el río y José Darío no se decidía a partir. Vinicio se inquietaba por su terquedad y convencíalo de que la muchacha había marchado a Moñitos. Pero él no daba crédito a sus palabras. El descubrimiento del amor lo revolvía rebelde como potro que de repente lo separan de la yeguada. Había olfateado el camino del sexo y la soledad ahora le era un estorbo. Las horas fueron cayendo sin que el rostro esperado concurriera a la cita.

—Iré por ella a Moñitos. No puedo perderla —dijo, finalmente.

De regreso a Los Secos, el temperamento de José Darío había sufrido un cambio absoluto; el silencio de dos noches atrás, que lo enmudeciera, no podía anidar un solo instante en sus labios. Estaba seguro que María Teresa lo había echado de menos.

YO creía que era mentira,
que el amor no se lloraba
y sí se llora, mi negra;

sí se llora, mi vida;
el que tiene amores suspira
y no tiene el alma tranquila…

Cada estrofa era rubricada con un impulso del canalete y la canoa corría veloz a favor de la corriente. En la madrugada llegaron a Los Secos. El viejo Goyo, esperanzado en la venta del hijo, desde muy lejos lo sintió acercarse y el corazón le martillo entusiasmado.

¿Cómo te ha ido, José? —grito, ávido de noticias.

—Pues ya verá, papá; hasta me he enamorado.

En la garganta del padre se anudaron las interjecciones rezongando algo ininteligible. Sabía cuantas locuras podía cometer un joven con dinero en el bolsillo y una mujer al brazo. Al fin pudo articular una pregunta en medio de la confusión producida por aquella nueva:

—¡Una mujer! ¿Y la plata del arroz?

Con habilidad, Vinicio escoro la embarcación mientras intervenía, bochornoso:

—El pobrecito se la ha gastado; por mala que sea una mujer siempre cuesta dinero.

El viejo tronó:

—¿Has oído, Estebana? ¡Tu hijo ha despilfarrado el dinero de la cosecha!

XVI

La tripulación alborotaba en la popa del barco. Por entre los tanques de aceite, la grasa de la maquinaria y los bultos de cebolla, enorme bagre se revolvía lanzando coletazos que salpicaban los rostros de alquitrán.

—¡Quién iba a creer que el doctor fuera maestro en la pesca! —comentó el ayudante de maquinaria, al sujetar por la cabeza al pez y evitar así sus agudos espolones. Detrás del mecánico, el cocinero esgrimía el filudo cuchillo, listo a vaciar el abdomen del animal. Como aumentaran los comentarios sobre la destreza con que hubiera capturado el pez, Marco Olivares tuvo que confesar:

No se hagan ustedes los tontos, que bien saben que nací a orillas de este río.

—Purito loriquero, criado a orillas del Cañito. Solo que ha estado en Cartagena para doctorarse.

—No abultes las cosas, Cico; títulos de doctor no tengo, apenas soy un simple bachiller.

El mecánico no se dejó convencer con la aclaración de Olivares e insistió en sus puntos de vista:

—Para toda esa gentuza que viaja sobre bodega y para toda la tripulación, usted es un doctor aunque viaje aquí en segunda.

—Y para muchos de los que viajan en primera, también; que la inteligencia se hereda, no se compra en la Universidad, y la fama que usted tiene de entendido y letrado no la tienen los señoritos que viajan arriba —alharaqueó el cocinero, que ya fragmentaba el bagre en postas.

—¡Allí viene otro más grande!

La algarabía se acrecentó por todos los costados del barco; del segundo piso de la lancha en donde iban los pasajeros de primera, también se oyeron exclamaciones. Los aburridos pasajeros se aglomeraban igualmente en la popa del barco para observar la

pesca que distraía sus ojos cansados de observar el mismo paisaje de las llanuras y las curvas interminables del río.

Sobre la bodega las cosas eran diferentes. Los marinos se olvidaban de la sofocación y del cansancio, entretenidos con naipes, domino y damas; narraban anécdotas o se reunían en torno a una guitarra que siempre encontraba alguna mano diestra que supiera rasgar. Aquel día la pesca tomó inusitado interés con la participación de Marco Olivares, que, por fortuna o pericia, había sido el único en atrapar a dos bagres cuando ya los otros desistían. Aquello fue el conocimiento de los comentarios sobre el bachiller.

Alto de porte, de hombros caídos, su piel oscura relucía tanto como la de los marineros curtidos por el sol y el negro humo de las maquinarias y chimeneas. La piel despercudida lo diferenciaba un poco, pero no tanto como sus manos, que denotaban la ausencia de faenas duras. Con todo, su cuerpo, un tanto curvado; el filo de sus dientes, blancos y parejos, así como sus cabellos, en diminutas espirales, señalaban su ascendencia de cargadores, de marinos o picapedreros nacidos en Cartagena. Un descendiente mas, como todos los que componían la tripulación del barco, de los miles de esclavos que recibieron el bautizo de san Pedro Claver. ¡Sí, había un gran don diferencial! Marco Olivares, hijo de un maestro escuela había visitado la universidad y hasta milito activamente en más de un suceso político en Cartagena, defendiendo a esa misma carne de esclavo, de la que no podía separarse: tenía coincidencia de ser uno del montón, aunque sus hermanos llamáranle cariñosamente «doctor» cuando deseaban una explicación de hechos complejos para sus mentes ignaras.

La fiesta con los bagres iba in crescendo y el contramaestre creyó oportuno intervenir para recordar a la marinería sus deberes. Se oyó de nuevo el chirrido de la bomba que achicaba las bodegas y unos cuantos cubos de agua mojaron la cubierta y a los cerdos sofocados, pero el curricán volvió a hundirse en las turbias aguas del Sinú con su carnada de barbudo. No bien había desaparecido el contramaestre por la rendija del único camarote de proa sobre las bodegas, cuando la algazara se renovó con más ímpetu. Todas las miradas se amarraban al cordel que danzaba en el turbión de las aguas removidas por las hélices. Algunos marineros observaban hacia arriba, hurgando con pícara mirada la concavidad de algunas

piernas femeninas. Sus exclamaciones groseras abrían la dormida sensualidad.

De repente, todas las voces se acallaron. Diríase que la cara de jabalí del contramaestre se hubiera asomado iracunda, o que el capitán, en una de sus raras excursiones a las bodegas, hubiese aparecido con su mirada agria. Pero no, simplemente un pasajero de los de primera clase había bajado hasta allí, con mirada fraternal y alegre, por cierto. Pero aquello nada importaba; lo que había hecho callar las voces y contener el aliento fue la cara roja como cabeza de fósforo, los ojos azules y cabellos rubios del inesperado visitante.

—¡El Mono Espitia! —masculló la voz.

Qué vendrá a buscar aquí ese tipo —resintió otra.

—¡Cómo que están picando los bagres! ¿Por qué no me prestan un momento el curricán a ver si engancho uno?

El mecánico que arrebató con anterioridad el cordel a Marco Olivares hizo ademán de cedérselo, aunque no con muy buena voluntad. El rubio personaje trató de impedir que su traje de lino blanco se manchara con un tanque de petróleo, pero resbaló al pisar el charco de sangre dejado por el cocinero. Las exclamaciones y las risotadas se mezclaron por momentos.

—¡Se jodió el pantalón, míster!

—¡No importa, al momento me pondré otro! —exclamó el infortunado, sin dar mayor importancia a los pegotes de alquitrán y sangre que tiznaron su cara.

—¡No se ve mal de negro, compadre! —satirizó el cocinero, limpiándose el rostro, también salpicado.

El incidente, sin embargo, no despertó más comentarios en alta voz; como si se hubieran puesto previamente de acuerdo, uno a uno, todos los tripulantes se retiraron de la popa, incluso aquellos que bien distraídos estaban con las piernas de las mujeres. El mecánico dio por terminadas sus horas de ocio y se hundió de nuevo en la casilla de la maquinaria, no sin antes mirar de reojo al intruso. Marco Olivares se fue a sentar a la proa, deseoso de continuar la lectura de una novela, pero al momento dos marineros se le unieron con muestras evidentes de querer charlar. En el fondo del barco, como dama melancólica asomada a la ventana de su casa, se quedó el Mono Espitia, triste y solo, sosteniendo en sus manos el cordel, que de repente dejó de ser el punto de apoyo de todas las

miradas.

—¡Nos aguó la fiesta el Mono! —se lamentó uno de los dos marineros, de hombros macizos. La intranquilidad de sus puños y el gesto rencoroso testimoniaban su enojo.

—Se imagina que porque esta podrido de dinero todas las gracias le quedan bonitas —sumó el otro marinero, delgado y veloz de movimientos.

Aunque habían sido de los que más se rieran a costa de la caída del Mono Espitia, no dejaron de disgustarse por la inopinada suspensión de la pesca.

Marco Olivares, con el libro debajo del brazo, sentado en un cajón de madera, observó las caras de los dos tripulantes tirados a sus pies boca arriba, sobre la cubierta del barco. El más robusto sacó una cajetilla de cigarrillos arrugados y brindo. Su amigo de faena retiró uno y encendió fuego, mientras Olivares se excusaba de fumar. Evidentemente le interesaba otra cosa.

—No me explico por qué terminaron la pesca; el Mono sólo quería probar suerte, como lo hice yo antes.

—Hay mucha diferencia entre usted y ese vergajo. Aunque usted sea letrado, es de los nuestros; pero ése es de otra laya y no nos cala.

Olivares se dio por entendido. Algo más que el dinero y la posición social separaba al Mono Espitia de la tripulación, ese algo era su raza. Nadie ignoraba su ascendencia sajona y el segundo matrimonio de su madre con Jesús Espitia. También repudiaban a éste su afán de esconder su color negro. Nadie, fuera de él mismo, había extrañado su piel; era hijo de negros y desde niño lo vieron renegrido como carbón. Pero él se preguntaba a diario frente al espejo de dónde y cuándo surgieron el tinte oscuro, los labios gruesos y la nariz chata como almeja. Deseoso de tener descendientes rubios, se había casado con la viuda yanqui. Pero todas las precauciones del negro Jesús Espitia fracasaron, porque precisamente el Mono, hijo del primer matrimonio, costó la fecundidad a la madre, que, preocupada por la fortuna del nuevo pretendiente, lo había ocultado. Los años transcurrieron y el marido comenzó a comprender el mal negocio. De ahí que a la postre, y sin esperanza de tener un hijo de ella, optó por darle su apellido al hijastro, existiendo de hecho el primer Espitia blanco.

Muy pronto recayó sobre el hijastro el peso de tantos frustrados proyectos y la sátira del pueblo no desperdicio aquella circunstancia para llamarle «mono» con marcada ironía, y no Johnny, como lo bautizaron, en recuerdo del verdadero padre. El nuevo Espitia fue creciendo en un ambiente hostil, de aversión en el seno del hogar y de risas en el pueblo. No escaso de inteligencia, luchaba contra aquella situación, esforzándose en ganarse el cariño del padrastro y las simpatías de amigos y desconocidos. Pero sus intentos se veían frustrados. Jesús Espitia jamás se preocupó tanto en la educación del hijastro como en la de sus muchísimos sobrinos. No obstante, ninguno de estos correspondió a su interés. El Mono sufría aquella sorda discriminación. Sentía cierta repugnancia por el padrastro, que se esforzaba en ocultar con lisonjas. Al fin y al cabo, con prudencia y tacto, ganó un poco de su cariño, siendo preferido a los sobrinos. No tuvo igual victoria con el pueblo, del que no podía divorciarse Jesús, pese a sus esfuerzos por escalar posiciones en la alta sociedad. Ésta era demasiado celosa con el linaje de sus miembros y no le perdonaban su parentela, que, como los Montes, estaba bien arraigada en el bajo pueblo. De ahí que el Mono tratara de ser simpático a todo el mundo, especialmente a esa gentuza que tanto le zahería con sus pullas. Hasta entonces no había obtenido sino lo contrario. No tardó en despreciarla, y cuando estuvo seguro del apoyo del padrastro, desató un tal sentimiento de venganza contra el populacho, que lo llevaría hasta los actos más indecorosos.

—Ustedes no saben por que odian al Mono —dijo Marco Olivares a los marineros, después de una larga pausa de meditación, pero el tampoco comprende por qué los busca.

—Yo sí sé por que lo odio —arguyó el marino delgado, con rápida respuesta; no quiero ni agua de él ni de su familia.

—¿Por qué nos busca? —preguntó con más interés el tripulante forzudo, mordiendo la punta del cigarrillo con nerviosidad.

—Tanto ustedes como él son el resultado de hechos sociales ajenos a la voluntad, y cada cual, a su manera, trata de reaccionar como mejor puede.

—No entiendo un carajo de eso, doctor, ni tampoco me interesa. Dígame, ¿es cierto qué se queda en San Bernardo de maestro?

Efectivamente, he sido nombrado maestro de escuela allí —respondió Olivares, cortando, como se lo habían pedido, la

conversación sobre Espitia.

—Alguna vaina se trae usted entre manos para haber aceptado un puesto de esa clase en la tierra de Jesús Espitia. ¡Usted se ha vuelto loco o es jodido de verdad!

El barco dejó de empitonar la corriente y se escoró en la barranca. Los vendedores de bocadillos no tardaron en abordarlo y sus miradas observaron curiosas al Mono. Su interés se debía a que en la orilla se encontraba Jesús Espitia, rodeado del alcalde, Calixto Flores; de Félix Morelos, el cura Olascuaga y de otros personajes de menor cuantía que habían llegado al puerto a recibirlo, después de una larga permanencia al lado de su madre en Cartagena. No faltaron, desde luego, muchas damitas del pueblo ansiosas de coquetear desde el primer momento con el heredero del rico hacendado, que saludaba a todos desde la baranda del barco, complacido de aquel recibimiento.

No bien se tendió la plancha, cuando el fornido cuerpo de Félix Morelos puso sus pies tardos sobre ella y la recorría con paso de orangután amaestrado, desnuda su arcada dental en mitad de su carota negra. Detrás seguíanle de cerca varios peones robustos, pero más garbados y seguros que él sobre la plancha. Los vendedores de bocadillos y la tripulación del barco dieron paso al Mono, que lucía un pantalón carmelita de *shark-skin*, camiseta de *sport* a rayas y un casco gris, que hacían recordar a los ascendientes paternos. Morelos, tras él, repetía sus inclinaciones de cabeza, cargadas las manos con sendas maletas; los peones, con los baúles, cerraban el cortejo que tanto llamó la atención a la gente.

Nadie había reparado en el nuevo maestro. Perdido entre la multitud curiosa, al hombro la derruida maleta, saltó a los barracones de la orilla y ya en camino del pueblo preguntó a unos chiquillos por la escuela. En eso estaba cuando se acercó un joven de pies descalzos, ancha la cara y de mirar vivo.

¿Es usted el nuevo maestro? —preguntó, con decisión, seguro de no equivocarse.

Sí; ando en busca de la escuela.

—Deme usted la maleta, yo lo llevaré hasta allá; pero sepa que la casa está casi en el suelo. Los otros maestros no hacían otra cosa que emborracharse y nadita de enseñanza.

Mientras hablaba, el muchacho cargó la maleta, asombrándose sin confesarlo, de lo poco que pesaba. Caminaba rápido y voluntarioso, hundiendo sus pies en la arena de la calle con destreza. El maestro, por el contrario, se rezagaba, inhabituado a las irregularidades del camino. Para disimular un poco su retraso, interrogó:

¿Cómo te llamas?

—Azael Montes; papá lo ha mentado mucho. Dice que lo conoce desde niño; que usted se llama Marco y es hijo de Antonio Olivares, el buen maestro de Lorica.

—¿Conque tú eres el hijo de Ezequiel Montes? No me extraña que conozcas a mi familia con pelos y señas.

Quedó atónito al mirar la casa en donde funcionaba la escuela. Las paredes, de boñiga y bahareque, como le hubiera anunciado Azael, estaban en lamentable estado. En el interior, los bancos y tableros lucían el abandono y la ausencia de las manos infantiles sobre el polvo y la telaraña que cubrían los muebles. Las lluvias habían penetrado por el caballete y desteñido las pizarras. En presencia de la incuria de sus antecesores, Olivares sintió duplicada su decisión de llevar a la mente de los niños y jóvenes el concepto de una verdadera escuela. Al día siguiente llegaron a visitarlo el alcalde y el cura, después que cesaron los brindis y de que hicieran toda clase de proyectos para halagar la permanencia del Mono. Precisamente fue éste quien les advirtió la presencia del nuevo maestro, y que tanto disgusto a Jesús Espitia, preocupado por las ideas políticas avanzadas de aquél, y que, sin duda, como su padre en Lorica, trataría de propalar entre la gente del pueblo.

El alcalde Flores tenía el ceño hosco y los ojos hundidos. La nariz aguileña y las piernas torcidas le daban el aspecto de alimaña rapaz. Como apenas sabía leer y escribir, tuvo a bien observar y callar ante el maestro, temeroso de cometer disparates, sobre todo después de las libaciones con ron blanco que precedieron a la visita. Por el contrario, el padre Olascuaga hizo demostraciones de cuanto sabía de su temple combativo y del desprecio que sentía por el maestro. Era hombre de muchas carnes, rebosante de salud y buen humor. En sus ojos jaspeados podían adivinarse los colores de su fe. La charla que sostuvieron debió marcar un índice de desavenencia, a juzgar por los comentarios que muy pronto circularon por el

pueblo.

Muy temprano, el maestro salió a recorrer el pueblo. El río, juguetón empeño, trasegaba en silencio el barro de una ribera a otra; de vez en cuando se desplomaban los terrones de la orilla y aparecían las raíces de los árboles. Por la hondonada de la barranca, las muchachas descalzas llegaban a llenar las múcuras de barro en el caudal. Marco Olivares contempló con verdadero interés los ademanes que desplegaban para recoger el agua por el estrecho cuello y las miradas solapadas que le echaban con curiosidad. En un principio creyó que les causaba extrañeza por tratarse de un recién llegado, pero adivino en ellas algo más que la extrañeza. Descendió hasta la orilla y se sentó en el borde de una champa. Allí permaneció unos minutos contemplando el paso de las embarcaciones campesinas cargadas de los implementos agrícolas. Era la peonada de Espitia que acudía a los cultivos; se descubrían ante el maestro y le dejaban oír sus saludos con satisfacción. La llegada de una mozuela que lo observaba ruborizada le movió a hablarle:

—¿De que te ríes, buena moza; tengo tanto de payaso?

La pregunta hizo reír a la joven, quien, sin timidez, se le acercó, hundiendo sus pies en el agua.

—Pues mire, señor, yo no le veo nada de payaso —aclaró—, pero anoche el señor cura dijo eso mismo de usted en el sermón y además aseguro que no creía en Dios ni en la Virgen Santísima. ¿Es verdad todo esto? También dijo que tenía pacto con el diablo. Ave María Purísima… ¡Ella me perdone si digo tales cosas!

—Y a ti, pecadora, ¿no te da temor hablar con un hombre así?

—Pues, a la verdad —respondió—, yo estoy cometiendo un pecado al oírle, porque el señor cura así lo dijo: «Peca quien se atreva a escuchar sus blasfemas palabras, y quien le dé hospedaje está en la obligación de informar a la Iglesia de cuanto realice riesgo de condenarse a los infiernos si así no lo hace».

Entonces, ¿cómo te atreves a desobedecerle?

—No es la primera vez —se excusó, con simpleza de moza—; nosotras las muchachas no le hacemos caso al señor cura. Es muy atrevido. Cuando nos confesamos nos pregunta cosas malas y aun se atreve a pellizcarnos los hombros y a darnos palmaditas en la cadera.

—¡Vaya con el señor cura! —exclamó, sonriente, Olivares, mientras pensaba: «Cómo sabe guardar el siervo de Dios su rebaño».

La muchacha, que gustaba hablar, truncó un momento la charla mientras un grupo de amigas llenaban sus vasijas en el río y observaban entre curiosas y parladoras. Cuando aquéllas se alejaron, volvió a preguntar, con interés:

—¿Pero es verdad que usted no cree en Dios?

La pregunta hizo sonreír de nuevo a Olivares, y, sin quitar la vista a los ojos claros de la joven, respondió:

—Sólo creo en la libertad y en un futuro mejor para los hombres.

La conversación se interrumpió con la proximidad de una canoa, que, después de atravesar el río, atracó muy cerca de ellos. Dos hombres vestidos de blanco descendieron y cruzaron muy cerca del maestro, con miradas atrevidas. Olivares, a su vez los midió de pies a cabeza con desprecio y sin darles mayor importancia quiso hablar a la campesina, pero ésta había huido. Todavía arriba de la barranca, aquellos hombres volvieron el rostro a mirarlo. Eran Jesús Espitia y su hijastro.

XVII

Marco Olivares, embarcado en una champa, llegó a Los Secos a pedir a sus moradores que concurrieran a la escuela. Era de tarde y los sequeños comenzaban a reunirse, como todas las noches, en torno al rancho del viejo Goyo para escucharle sus cuentos y leyendas. Estebana preparaba el café a los visitantes y entre sorbo y sorbo se disipaban las horas. Al fin el viejo ponía punto a la narración advirtiendo que al día siguiente la faena sería larga y dura. Aquella noche la presencia del maestro daba trascendencia a la reunión, por lo que el viejo preguntó:

—Algo grande debe traerse usted entre manos cuando se vino hasta aquí.

—Ya verá usted, compadre Goyo —respondió Olivares, con muestra de respeto y cariño—, es mi obligación. Ahora estoy de maestro en San Bernardo y quiero que los sequeños que puedan asistan a la escuela.

—Mire que se requiere temeridad para enseñar, pues he sabido que en Cartagena era muy estimado por su talento.

—Compadre, no podía vivir lejos de ésta, mi tierra, y aquí no podré hacer nada mejor que ensenar la cartilla.

—Muy bueno, me gusta —dijo el anciano, mirando en torno suyo con malicia. Sabía de jóvenes que pensaban abandonar el terruño—. En cambio, por acá —agregó— hay muchos que se incomodan con la pobreza.

Los aludidos se arremolinaron intranquilos. Finalmente, el anciano confesó que sólo se podría enviar a la escuela a Juancho, el hermano de Vinicio, pues los otros, mal que bien, sabían leer y sus brazos hacían falta en la faena.

—Más tarde —explicó—, posiblemente vayamos todos. A mí se me habrá olvidado hasta las letras.

Como la noche había caído, el viejo Goyo no quiso que Olivares

regresara al pueblo.

—Duerma aquí con nosotros y mañana el mismo Juancho lo acompañará; así conocerá el camino.

—Con mucho gusto; tengo necesidad de pasar una noche en estos lugares. Se vuelve a vivir momentos de la infancia.

El maestro se sintió transportado a un mundo desconocido. No bien se ocultó el sol, las oleadas de mosquitos comenzaron a zumbar en torno a los oídos con monótono sonsonete. Estuvo maravillado de que los sequeños soportaran con gran calma sus aguijones, sacudiéndose de vez en cuando a los más sanguinarios. El río, con mansedumbre, se escurría al lado de los ranchos husmeando las defensas y, a lo lejos, ocultos en la orilla, los sapos entonaban sus notas nostálgicas y uno que otro grillo trataba de superarlos en inspiración. En contacto con aquellos campesinos enflaquecidos y agotados por las necesidades, Olivares sintió el peso de su propia ascendencia de esclavos. Allí a su lado estaba su gente, ansiosa de oírle contar los últimos acontecimientos de la ciudad, olvidados de su propia miseria, convencidos de que nada cambiaría sus vidas de cultivadores sufridos. Para el maestro ellos representaban algo más que simples oyentes; eran, ante todo, la arcilla con que debía crearse nuevas formas de vida. Por eso estuvo atento a sus palabras, a sus aspiraciones y a sus gestos más insignificantes. Cuando la concurrencia no cabía en los alrededores del rancho, el viejo Goyo insto al maestro:

Tiene la palabra: cuéntenos de la ciudad.

—Después de usted —contestó aquél—; tengo deseos de escribir unos cuentos y narraciones de la provincia y nadie mejor que usted para instruirme.

El aroma del café se mezclo con el humo de los tabacos. El Culebro hurgó los leños en el fogón y la lumbre hizo bailar las sombras, tumbándolas sobre la corriente y recostándolas a las paredes de bahareque. La cara del viejo Goyo tomó la dureza de la piedra del fogón, calcinada por el sol valiente de sus días de trabajo, tiznada por las amarguras de su raza, expresión de un pueblo a quien la más rapaz explotación no logra enmudecer. Marco Olivares sondeo la profundidad de su silencio, alerta para recibir en las palabras de aquella boca la sabiduría de la tierra y el

hombre que supervivían en forma de leyenda:

—Cuando Dios hacía el mundo —comenzó el viejo Goyo, con seriedad—, el diablo se preguntó alarmado: «¿Por qué tantos dislates? Si el hombre es el rey de la creación, ¿por qué lo esclaviza? Si quiere para él la felicidad, ¿por qué siembra las raíces del mal?». Tanto se desesperaba el diablo viendo la creación de Dios, que se chupaba el rabo de puro intranquilo. Finalmente, cuando viera que formara los ríos, le dijo: «No hallo la razón para que pongas una sola corriente en los ríos, siempre hacia abajo. Yo, en tu lugar, pondría dos, una que bajara y la otra que subiera; así, el hombre a quien quieres tanto no tendría que palanquear. Le bastaría con dejarse arrastrar de la corriente para arriba y para abajo». Dios se quedó contemplando al diablo con cara de misericordia, compadeciéndolo. Después le dijo: «Veo que no tienes nadita de seso. ¿No ves que si hago lo que tú dices, entonces, de que podrán vivir los bogas? Ningún rico pagara a los canoeros para que lo lleven río arriba».

La risa hizo explosión y todos se burlaron de la inocencia del diablo. Pensaban que Dios era muy bueno al preocuparse de los pobres, como lo decía el cuento. Las risas juguetonas se fueron ahogando en las gargantas al ver que el viejo Goyo, por vez primera, se quedaba serio, sin regocijarse el mismo de la picardía de su historia. Entonces se dieron cuenta que el maestro no reía, que sus ojos no se apartaban un solo momento de la cara del campesino.

—¿Parece que no le gustó mi cuento, compadrito? ¿Dígame a qué se debe su silencio? —inquirió Correa, por conocer su opinión.

—Me gusta el cuento. Esconde una gran sabiduría, nos deja ver la existencia de dos clases de hombres —aclaró Olivares—. Los pobres, que no tienen nada y que deben trabajar para vivir, y los ricos que, teniendo dinero, utilizan el trabajo de los pobres para no hacer nada. Si miramos bien las cosas, el diablo tenía razón. Porque si Dios lo que deseaba era la felicidad de los hombres, como decía muy bien el diablo, ¿por qué sembraba las raíces del mal? Lo correcto hubiera sido igualarlos, no darles dinero a unos para que vivieran cómodamente y nada a los otros para que fueran sus esclavos. Si Dios hubiera sido tan inteligente como el diablo, habría hecho lo que éste le aconsejaba, poner dos corrientes al río, una para arriba y otra hacia abajo, para que los hombres, sin diferencia

de dinero, subieran y bajaran sin mayor esfuerzo.

Los ojos del viejo Goyo se abrieron sorprendidos, su tabaco cambió de comisura bucal para dar salida a un escupitajo, y tras de observar a la concurrencia, posó su mano sobre el hombro del maestro en un gesto aprobatorio, diciéndole:

—Muchas veces he repetido este cuento a lo largo de toda mi vida, y nadie hasta ahora me había replicado nada. Veo que usted es tan inteligente como el mismo diablo; ha dado con la clave del cuento.

—¡Así!

—¡Así es!

Exclamaron en coro los campesinos. El maestro sonrió ante el elogio de unos y de otros y tuvo la misma inquietud del demonio cuando viera que Dios hacía las cosas torcidas. Se llevó la mano al cuello para matar un mosquito, pero también para disimular su turbación. Como todos se habían reacomodado en sus puestos y pusieron cara de atención, Olivares reclamó:

—Continue, compadre, son muy sabios sus cuentos.

Los peones de una gran hacienda, de muchas cabuyas de largo —empezó—, eran los pajareros más felices sobre la tierra, pues habían encontrado la manera de que el gamonal no los hiciera trabajar a pleno sol cuando el cultivo de arroz estaba maduro. De puros vivos, los peones se acostaban a dormir cuando el sol calentaba, que es la hora más propicia para descansar. También bailaban de contento los golofios, los canarios y demás pájaros, comiéndose el arroz hasta reventarse, mientras los pajareros dormían y se rascaban la panza.

—¿Y cómo hacían para que no los sorprendiera el patrón? — preguntó José Darío, inquieto por conocer la treta de los peones.

—Para allá va el cuento —respondió el padre—. Cada día, mientras los demás dormían, uno de ellos se quedaba despierto para avisar en caso de que el patrón llegara. No bien lo divisaba a lo lejos, cuando comenzaba a gritar: «¡Piedras blancas!», que era la señal convenida. En seguidita toditos se despertaban y repetían: «¡Piedras blancas!», hasta que los pájaros volaban; pero sucedió que un día la hacienda cambió de dueño. El nuevo amo, que fue también en una época de su vida peón arrocero, muy pronto echó de menos que la cosecha era menor de la que se veía en las matas, y

se dijo: «Aquí hay gato encerrado», y comenzó a descifrar la causa del mal. Busco y busco, y nadita, todito estaba en orden, pero continuaba la merma. Entonces se dijo: «Los peones no se roban el grano, porque yo los vigilo y me dicen los espías que tengo en el pueblo que nadie vende arroz del mío. Serán los pájaros, sólo ellos pueden robar y esconder el arroz sin dejar rastro». Así, pues, se puso a vigilar la siembra y entonces vio lo que pasaba. Los pájaros caían y caían sobre el cultivo, sin que nadie los espantara. Se acercó al arrozal y oyó como el peón de guardia gritaba: «¡Piedras blancas! ¡Piedras blancas!», y en seguidita la voz se repetía por todo el campo gritando la consigna. «Conque ésa es la vaina», se dijo, y al día siguiente, sin que ninguno lo notara, puso adormidera en el calabazo de agua del peón que gritaba. Estuvo con el ojo parado y, cuando los pájaros se comían el arroz, se vino caminandito, seguro de su trampa. Y así fue que el pajarero de guardia estaba tan adormitado, que no dio el aviso. Y el amo encontró a los demás tendidos saboreándose de gusto como caimán en playa. De aquel sueño los despertó el garrote que les hizo ver los infiernos.

Volvieron a reventar las risas, y hasta el mismo Olivares se contagió del buen humor de los campesinos. Pero el viejo Goyo, adelantándose a cualquier comentario, se dirigió al maestro:

—Ahorita soy yo mismo quien le va a decir la moraleja del cuento: ¡No hay peor cuña que la del mismo palo! ¡Que no ve que eso es lo que ha sucedido con el alcalde Calixto Flores, que de pobre que estaba, ahorita que es alcalde, se olvida de los suyos y no halla el modo para joder a los campesinos, cumpliendo las arbitrariedades que le ordena el Espitia! ¿No es así, compadre?

XVIII

De los arrozales de Jesús Espitia se había levantado una parvada de golofios; rápidamente alcanzaron altura y revolotearon en círculo acosados por los gritos de los pajareros, que agitaban sus brazos en las barbacoas; tras de un momento de vacilaciones, marcaron rumbo hacia el pequeño cultivo que cuidaba Juancho Huelva. El muchacho se puso de pie y mucho antes de que volaran sobre su cabeza les arrojó su grito, pero su voz infantil no atemorizó a los golofios, que se arremolinaron y descendieron sobre el arrozal. Comenzó a tirarles pedruscos con su honda y los pájaros, prendidos de las espigas maduras, después de atragantarse con unos cuantos granos, levantaron nuevamente el vuelo.

A pesar de que el sol chamuscaba su piel, el niño se sentó en la barbacoa, celoso de su oficio. Le habían encomendado que no durmiera, que era necesario recoger hasta el último grano de arroz. De buen grado habría permitido que se acercara el merino, de pecho ocre y alas turbias, pues gustaba de su canto, que a veces lo hacía dormir. También le gustaba el gorjeo del dominicano, que se moría de nostalgia en la vastedad de los cultivos. Recordaba que dos días antes capturó a una hembra, y su compañero por varios días voló en torno a la jaula, hasta que la hembra, tratando de escapar, se rompió el pico y los ojos. Pero ahora no sólo debía espantarlos a ellos, sino también al mochuelo, que se ahogaba con su propio canto, y al tusero, con quien sostenía rivalidad. Era necesario recoger hasta el último grano de arroz de aquella siembra.

Juancho era el único colegial de Los Secos y tenía los mismos días de la comunidad. La escuela, para él, implicaba muchos sacrificios, y sólo ante la insistencia del maestro se decidieron a matricularlo. Con la ausencia del muchacho se privaban de quien pajareara el arroz; además, lo lejano del pueblo acarreaba severas dificultades, ya que la jornada debía hacerse embarcado. Pero

Rosalía Padilla y Próspero Huelva comprendieron cuán necesaria era la instrucción para el hijo, y a pesar de los obstáculos, lo enviaron al colegio. Vinicio había prometido duplicar sus esfuerzos y realizar el trabajo del hermano menor.

Desde muy temprano, todavía a oscuras, Juancho preparaba el café, calentaba el arroz sobrado del día anterior para el desayuno y cuando el sol despuntaba en el horizonte montañoso, ya vencía la corriente, rumbo a la escuela, en San Bernardo. No sólo la distancia constituía una dificultad, sino también la champa. La embarcación era indispensable en la vida semiacuática de Los Secos y sus dueños resentían su ausencia; de buen grado hubieran construido una especial para el estudiante, pero no había en muchas leguas a la redonda donde talar un árbol apropiado y su miseria no les permitía comprarla.

Creyeron resolver esta dificultad abriendo un sendero hasta el pueblo, con el inconveniente de aprovechar las tierras de Jesús Espitia, que podía prohibir el transito por sus feudos o cobrar algún tributo. No hubo inconveniente mientras Félix Morelos no husmeó aquel atajo, pero una vez descubierto, se puso al acecho hasta constatar quien lo recorría. Enterado de su objeto, no pudo menos que extrañarse, mas no por ello dudo en impedir el paso al estudiante.

Morelos, secundado por la peonada, dispuso darle cacería con los perros esa misma tarde. Cuando Juancho regresaba de la escuela, apresurando el paso para que la noche no lo sorprendiera, pudo oír el ladrido de los perros que, a través del arrozal, se acercaban azuzados por sus amos. Adivinó el peligro y corrió con toda su fuerza por el espinoso sendero; un impulso instintivo lo empujó hacia el río, mas éste estaba lejos y ya ladrábanle de cerca los mastines. Quiso arrojarse al suelo, implorar perdón, pero las risotadas de Morelos, confundidas con los ladridos de los perros, le obligaron a la carrera como única salvación.

Cerca de la barranca pudo encaramarse a un árbol después de sentir la puñalada de los colmillos hiriéndole ropas y carnes. Desde entonces Juancho volvió a la escuela por las avenidas del río aún no clausuradas por Espitia.

Para evitar el paso del escolar y el robo de los mangos, Félix

Morelos trajo ganado bravo a los corrales. En un comienzo la medida tuvo efecto, pero cuando los cerdos enchiquerados enflaquecían, los sequeños se dispusieron a amansar a los toros. Los no participantes, hombres y mujeres, contemplaron desde la alambrada a los que estaban resueltos a menguar su bravura.

Llamándoles la atención desde sitios diferentes, los manteros se enfrentaron a ellos por separado. A las primeras embestidas midieron la nobleza de las bestias, pero supieron armarse de coraje, aguijoneados por la gente que desde lejos los animaba.

Hubo momentos de ansiedad, resbalones y falsas acometidas que pusieron en peligro la vida. Por mucho tiempo se estuvo burlando a los novillos hasta cansarlos a fuerza de capotazos con los trapos que servían de manta. Cuando las reses dejaron de acometer, tomáronlas por los rabos y, después de vigorosa lucha, les hicieron rodar impotentes por el suelo.

Aclamaciones y gritos anunciaron la victoria. Rosendo Zapata y Filiberto Castilla acudieron con cabuyas y maniataron a los vencidos. Entonces se dieron prisa en el ceremonial bárbaro. Sobre una enorme piedra colocaron los palpitantes testículos y, tras de ahorcarlos con un nudo, los molieron a garrotazos. A cada golpe, un mugido lastimero brotaba de sus gargantas e inundaba los belfos de espumarajos. Los hombres denotaban con frases su impiedad:

—¡Te picó la pendejadita!

—¡Estás castrado!

Cuando en las bolsas quedó una masa sangrienta y amorfa, se soltaron las amarras. Con gran esfuerzo los novillos se incorporaron y rengueando se perdieron por debajo de los árboles, horripilados ante su menguada virilidad.

Así quedó despejado el camino a la manguera y los cerdos comenzaron a engordar nuevamente. Cuando Morelos descubrió la mansedumbre de los toros, reventó en cólera y en persona protestó ante los sequeños, que con sorna le contestaron gozosos:

—Ahora traelos tan bravos como tú, que ya los amansaremos.

XIX

En Los Secos sabían de los amores de Vinicio y Rosa Aura. En la promiscuidad en que vivían, el amor siempre dejó sentir sus aleteos, aunque los jóvenes trataron de disimularlo. En las noches, la pareja recorría en la champa los alrededores a la luz de la luna o bien el mozo entonaba canciones cuando todo parecía dormir. Si Rosa Aura enfermaba de malaria, Vinicio permanecía a su lado. Enternecido, mojaba los trapos en la acalorada frente, murmurando frases apasionadas. Muchas veces, sorprendido por dona Estebana, quería ocultar su turbación con cualquier excusa, a lo que sonreía la anciana, comprendiéndolo todo. En pago de tantos desvelos, cuando la enferma deliraba acosada por los escalofríos, Vinicio oía que le nombraba ansiosa:

Ya no podré vivir sin ti.

—¿Acaso vivo yo cuando no te veo? —respondía el mozo—. Si supieras con que fuerza hundo la pala cuando vuelvo a los ranchos. Me parece que toditas las casas gritan: «Corre, Vinicio». La canoa, la corriente, la barranca, levantan una sola voz: «¡Vinicio, corre!».

En efecto, les bastaba con separarse algunos días, para que al encontrarse de nuevo hallaran en sus rostros algo distinto.

—Los ojos se te han puesto más negros.

—De tanto llorar. Ni siquiera te acordaste de mí.

—No seas mala, Rosita. ¡Me tenías acongojado!

Con tales revelaciones se iban a las más embarazosas confidencias.

¿Sabes que mamá sospecha nuestro amor?

—Sí —respondía Vinicio—, pero se hace la ciega.

Quiero casarme contigo cuanto antes. ¿Por qué no se los dices a los viejos?

¿Quién, yo? El hombre es quien habla a los padres de la novia.

—¡Bonita costumbre! Yo nunca me atreveré.

El enamorado temía perder la dicha que lo embargaba; de ahí ese temor de encontrar opositores al matrimonio. El viejo Goyo, al igual que todos los de Los Secos, veía en los amantes a una buena pareja. Habían presenciado los primeros latidos del amor, cuando todavía inocentes permanecían horas enteras jugando en el agua o disputábanse las libélulas. Al descubrir el sabor de sus besos se les vio rehuir la vista de los otros. Aquellas huidas preocupaban seriamente a Estebana hasta el grado de decir al hijo:

—Ya tu hermana es una mujer y debes cuidarla.

José Darío se limitaba a contestar:

—Vinicio es un buen muchacho y la quiere bastante. Un día de estos habré matrimonio. Otras veces era el viejo Goyo el que escrutaba los sentimientos del joven:

—¿Para cuándo tendremos por aquí a la negra de Moñitos? Me cuentan los muchachos que es muy bonita.

José Darío reía orgulloso a la lisonja. La noticia de sus amores con María Teresa se comentaba en todos los ranchos y no faltó quien se ofreciera como padrino. Pero como el padre de la muchacha se manifestara hosco a sus pretensiones, se limitó a decir:

—Es muy bonita, papá, pero don Cipriano está como toro matrero que no deja acercarse a nadie.

El viejo rió pícaramente, tal vez recordando sus aventuras.

—Ésas no son razones —advirtió—; si ella te quiere tira la cabuya y espera el golpe. Pregúntale a tu mamá ¡cómo me la jugué!

Al comprender la insinuación, el muchacho contestó:

—No se impaciente, que ya pronto la tendrá por aquí.

Sin embargo, una pena lo torturaba. Se corría el rumor de que don Cipriano estaba en trato con el hijastro de Espitia y que sólo esperaba la orden del Mono para entregarle la hija. Preocupada por la veracidad de tales afirmaciones, Rosa Aura preguntó a Vinicio:

¿Es verdad lo que dicen de la novia de José y el Mono Espitia?

El Mono está loco por ella —respondió el joven.

—¿Y ella lo quiere? —Volvió a interrogar Rosa Aura.

Nadita de eso, es su papá quien gusta. Bastante rico es el Mono.

—¡Cómo que se ha enriquecido con nuestras tierras! —exclamó la muchacha, abortando el odio que guardaba al gamonal.

Vinicio continuó hablando:

—Tu hermano esta dispuesto a todo, antes que le madruguen.

¡Si el viejo llegara a venderla, lo matará!

Rosa Aura invocó el nombre de la Virgen y pidió al novio que aconsejara a su hermano. Conocía su carácter impetuoso y no dudaría en cumplir su amenaza.

—Son cosas del amor, negra; si tú me cambiaras por otro, yo también mataría.

La conversación se truncó con las voces del viejo Goyo llamando a la hija. Era bastante noche y debía acostarse. Se dieron un postrer beso y la joven desapareció en el rancho. Vinicio quedó pensando en las palabras que sostuviera con su novia, sobre todo al ver al futuro suegro acercarse a José Darío que, tendido en una champa, permanecía enfrascado en su obsesión.

—¿Cómo estás aquí con tantos mosquitos?

Con esta pregunta, tomada al azar, el viejo quería entablar conversación con el hijo. Éste respondió en voz baja:

—Estoy mirando el agua. Comienzan a llegar los churrichurri. Muy pronto tendremos lluvias.

A lo que recalcó el viejo:

—Con ellas vienen nuestros sufrimientos. Las aguas lo inundan todo y la vida sobre los ranchos se hace amarga.

—¡La misma vida de siempre!

—No, hijo. En otro tiempo tenía mis tierras buenas sobre la barranca. Sólo los miserables podemos vivir aquí, apegados a estos pantanos como sanguijuelas.

La alusión indirecta que había hecho de Espitia le arranco palabras de encono:

No contento con la tierra, ahora quieren robarnos nuestras mujeres.

¿Qué dices? —preguntó el viejo, ignorando la tragedia del hijo.

—Nadita, papa, que muy pronto estaremos vengados.

El anciano habría inquirido sobre el significado de aquellas palabras, pero un rumor de alas en el espacio lo hizo ponerse de pie. Por sobre sus cabezas, millares de aves batían sus remos navegando en el vacío.

—¡Los pisingos! ¡Los pisingos! —exclamó entusiasmado el viejo —. ¡Ya vienen las lluvias!

José Darío comentó, rencoroso:

—¡Buscan nuevas tierras para sus hijos!

A la mañana siguiente un torrencial aguacero cayó sobre la llanada. La corriente del río creció en abundancia, y en su precipitada carrera inundó las tierras de Los Secos que habían permanecido a flor de agua. La gente salió alborozada de los ranchos recibiendo con alegría la lluvia. Corrían por los alrededores con el agua a las rodillas; sujetaban las champas arrastradas por la corriente y preparaban las atarrayas. El viejo Goyo, sobre el entarimado del rancho, comentó, lleno de alegría:

—Tendremos buena cosecha.

Con el mismo entusiasmo de todos los años, los sequeños comenzaron sus labores. Semidesnudos, metidos en el agua, trasplantaban las matitas de arroz, cuyas semillas habían sembrado en el mes de mayo. La labor abarcaba todas las horas del día. Pronto sobre las sucias aguas se veían crecer los primeros retoños. A lo largo de la ribera los peones de Espitia sembraban, también esperanzados de hacer buena cosecha que les dejara alguna utilidad. Pero al finalizar el corte ya verían con desaliento como el grano ni siquiera les permitía cubrir sus antiguas deudas. En cambio, los sequeños, que laboraban sus propias tierras, cada mata que sus manos hundían en el barro era por lo menos, un bocado. Para ellos no existía la explotación. ¿Pero cuántas veces, después de tener el grano maduro, lo perdían porque la enfermedad impedía recolectarlo? Su optimismo los hacía olvidar las pasadas epidemias y sólo pensaban en las fiebres cuando los sacudían los escalofríos.

El arroz constituía la base de la alimentación en la comunidad, pero era preciso obtener otros alimentos, sin los cuales la gente muy pronto enflaquecía. Por eso José Darío propuso hacer una colecta:

—Hay necesidad de carne. Compremos entre todos una vaquita.

—Eso es para más tarde —repuso el viejo Goyo—, ahora debemos aprovechar la pesca. Ayer, en la bahía reblanqueaba el sábalo y en las ciénagas abundaban los bocachicos. Alistemos los aparejos, que mañana vamos de pesca.

No había terminado cuando Juancho se aproximó en una champa gritando:

—¡Un manatí!… ¡Un manatí!

¿Qué dices? —interpeló el viejo Goyo, como dudando de las palabras del muchacho.

—Que he visto un manatí allí en la Boca del Tigre.

Apresurémonos —dijo Vinicio; con él tendremos carne para todo el verano. —Bueno, pero tengamos cuidado; no olviden que ese animal es peligroso.

Era la leyenda. El anfibio inofensivo había despertado entre el vulgo muchas consejas y le atribuían facultades y hábitos que sólo vivían en sus mentes alucinadas. Contábase de las hembras que tenían hijos con hombres o que cantaban con dulce voz. Estas aseveraciones se fundaban en las mamas que recordaban los senos de la mujer. La aparición de uno de ellos, pues escaseaban, se consideraba como nefasto presagio y de no ser por su carne apetitosa nadie osaría cazarlos. El animal adulto llegaba a pesar muchas arrobas y, por tanto, constituía una buena presa para los sequeños.

Pronto los arpones y flechas estuvieron listos y varias champas se deslizaron veloces al lugar señalado por Juancho. El viejo Goyo iba a la cabeza de la comitiva con el niño y José Darío; en silencio, se aproximaron al paraje sombreado, en donde la vegetación acuática, por su exuberancia, era buen alimento para el manatí. En voz baja el anciano interrogó:

—¿Dónde lo viste, muchacho?

—Allí, en la boca; echaba agua por la nariz y es más grande que un toro.

Como viera la incredulidad en los rostros, daba minucioso detalle para confirmar lo dicho. En otra embarcación, Vinicio, con el arpón a la expectativa, comentaba otra cacería:

—La última vez que vi uno fue en San Bernardo del Viento. Tenía el vientre blanco como una mujer.

Arcadio añadió:

—¡Ave María Purísima!… ¡Son hijos del demonio!

Por diferentes lugares las embarcaciones se deslizaban con cautela, la tripulación lista para el ataque. Vinicio fue el primero que logró descubrirlo y murmuró emocionado:

—¡Mírenlo! ¡Está allí, bajo el campano!

Todos dirigieron sus miradas hacia el centro de la ciénaga en donde el viejo árbol hundía sus raíces. A su lado, el cuerpo gris del manatí se destacaba claramente. Flotaba como un madero y en sus abiertas narices borboteaba el agua al respirar. Parecía un cerdo

masticando los tallos blandos de las plantas. Por medio de señales, Goyo indico que guardaran silencio a la par que blandía el arpón; la champa se acercó cautelosa y cuando estuvo a prudente distancia el arma se fue a encajar en la dura piel.

—¡Huye, animal del diablo, estás clavado!

El viejo Goyo aconsejó al hijo que sostenía el cordel amarrado al arpón:

—¡Dejalo correr! ¡Dale curricán!

—¡Está bien arponeado, pero tiene mucha fuerza!

El animal herido se hundió en las aguas, para salir luego, aguijoneado por el arpón: sus saltos motivaron el hundimiento de una champa y los tripulantes, llenos de miedo, nadaron presurosos hacia otra embarcación vecina, temiendo más a los caimánes que al animal arponeado.

La bestia emprendió veloz huida, arrastrando tras sí a la pequeña embarcación como si fuera un juguete. De vez en cuando, al pasar junto a los árboles que abundaban en la ciénaga, el viejo Goyo y el hijo se agachaban para no golpearse con la ramazón a escasa altura. Atrás, perdidos entre la vegetación acuática, habían quedado los demás pescadores. José Darío, terciado el cable en torno a la espalda, calculaba las fuerzas que perdía el manatí. Al ver disminuida la velocidad, el padre aconsejó:

—Es tiempo de cobrar. Está cansado y no ofrecerá resistencia.

El animal se dejó arrastrar dócilmente, pero cuando estuvo cerca la embarcación, recobradas sus energías, volvió a dar saltos y a revolverse, pero pronto los demás sequeños clavaron sus arpones y flechas sobre su cuerpo hasta rendirlo. Momentos después volvían con la presa a los ranchos, en donde las mujeres esperaban curiosas. Al ver la corpulencia del animal, una comentó:

—¡Es el más grande que he visto!

A lo que confirmó José Darío:

—Y tiene más fuerza que un buey. Casi me destroza las manos.

Rosa Aura, al verlo boca arriba con las manos a flor de agua, dijo, confundida:

—Es mitad pez y mitad mujer.

Más previsora que la hija, Estebana aludió a las provisiones:

—Con el tenemos carne para mucho tiempo.

Mientras las hachas lo despedazaban, el viejo Goyo dijo,

supersticioso:

—Es un animal de mal agüero. Siempre que aparece viene una desgracia.

Los rostros se ensombrecieron. El anciano miró el círculo de ojos que esperaban de sus labios una mayor explicación, pero se limitó a decir:

—Será una desgracia para todos.

Para el campesino que no tiene un apoyo material con que resistir a las calamidades, la superstición deja de ser un mito. En su vida, siempre acosada por múltiples peligros, el canto agorero de un ave o la caída del rayo son presagio del mal que indudablemente acecha. Ellos tienen la certeza de que la fiebre espera a su víctima, que las inundaciones arruinaran sus cultivos, que la serpiente no duerme en el maizal. No es falso, pues, que las estrellas fugaces anuncien la tragedia que se engendra en el misterio. Cuando el mal agüero coincide con un sentimiento que respira venganza, entonces la superstición precipita el sino ineluctable.

Por eso la aparición del manatí encendió en el alma de José Darío un sabor de tragedia que ya no lo abandonaría. Desde ese momento todo a su alrededor se hechizo con el influjo maléfico del destino que lo lanzaba a la violencia. Sin aquel nefasto incidente habría podido dominar sus pasiones, pero ahora se sentía como jinete sobre el vértice de un caballo salvaje y la vida dependía del valor con que resistiera la dura prueba. Meditaba en las circunstancias que habían mediado entre los Espitia y los sequeños para concluir que él había sido el elegido para afrontar el sino fatal que su padre viera en el manatí: «Será una desgracia para todos». Podría ser una casualidad, pero él no renunciaba a María Teresa, y si los ojos del hijastro del gamonal se habían posado sobre su cuerpo, no era menos cierto que él había sido antes su dueño.

XX

Las festividades de Moñitos dieron oportunidad a José Darío para mirar nuevamente a María Teresa. Un raro presentimiento diluíase en su alma, sin que pudiera darle forma; se entusiasmaba con sólo pensar en la proximidad de la mulata, pero agazapado en este sentimiento escondíanse oscuros temores. En vano quiso persuadirse de que se autosugestionaba, dándole proporciones indebidas a la desgracia anunciada por el manatí.

Al verlo tan cal ado y poco comunicativo, Rosa Aura se preocupó por aquella partida; por eso pidió a Vinicio que cuidara del hermano:

—No vayas a separarte de José Darío. Sería capaz de cualquier locura.

No te preocupes, negra; sólo bailaremos; no habrá camorra.

—¡Qué Dios te oiga! —respondió la muchacha, ateniéndose a la Providencia, que siempre disponía para ellos de los acontecimientos.

Antes de zarpar, Estebana los despidió con sendos tragos de café amargo. En una chalupa, equipada con velamen y remo, se disponían a hacer el cruce del mar hasta la costa distante. En el fondo de la embarcación estaba Carrillito, que no podía faltar a la fiesta con la algarabía de su tambor; encargados de los remos iban Rosalío Gabalo y Efigenio Arrázola. El primero era un buen jinete, probado en las fiestas de San Antero, donde lucía con la garrocha, pero sus conocimientos de la vaquería no sobrepujaban los de Arrázola, ágil y certero en el lazo. Estebana, tal vez añorando sus buenos tiempos, pues era oriunda de la costa, grito a los viajeros:

—¡Qué se diviertan en la cumbia!

—Haremos lo que se pueda, cuando aquí se queda la alegría — manifesto Vinicio mirando pícaramente a Rosa Aura.

—Y tú, José Darío, no olvides al mandado. Acuérdate que quiero

ser abuelo —advirtió el viejo Goyo, Dando valor al hijo.

—No se inquiete, papá, que deseos no faltan.

Carrillito no pudo estar ausente de aquella platica e intervino resonando la piel tensa:

—No me eche al olvido, compadre Goyo, que mi tambor sabe brujerías de amores.

Rosa Aura se quedó pensativa en el rancho mientras la chalupa, ya en el maretaje de la bahía, se bamboleaba cadenciosa. Su madre, al verla apesadumbrada, se le acercó, adivinando su nostalgia.

—Que Dios los bendiga, hija.

La muchacha contestó casi suspirando:

—El corazón me trae malos pensamientos.

José Darío se había apoderado del timón y, abstraído, miraba el vuelo ágil de dos gaviotas que describían círculos en torno a la embarcación. En el lado opuesto, Carrillito rodeado de los otros, conversaba dejando al viento el impulso de la nave.

—No me explico por qué vives con nosotros en Los Secos —interrogó Vinicio, que conocía la vida errabunda del músico.

—Son los años. En mi juventud fui loco y bebí mucho ron. Ahora quiero una muerte tranquila. Esta noche —agregó—. Aunque me vean cantando, estaré muy triste. Ya mis tiempos pasaron.

Satisfecho con aquella confesión, el joven torció el rumbo de la platica:

—Las fiestas de Moñitos son muy afamadas. Se derrocha dinero y alegría en los fandangos.

—En la Costa es lo mejor que se hace —afirmó Carrillito con cierta suficiencia—. El pueblo se vuelve loco de entusiasmo. ¿Y saben quién va a ser la reina de la fiesta?

La pregunta tomó en ayunas a los sequeños. Aislados como estaban sus ranchos, no se habían enterado de aquellos pormenores; por eso no dejaron de extrañarse que Carrillito los conociera, cuando permanecía refugiado todo el tiempo en su rancho. Pero cuantos hechos no sabía el musico de lo que acontecía en lugares distantes, sin asomar su cara a la puerta de su vivienda. Él aseguraba que el Sinú era su confidente; que le bastaba con poner su oído sobre las aguas para que éstas le contaran muchas cosas. Al mirar en sus ojos la picardía del que sabe un gran secreto, los sequeños le exigieron aquel nombre.

—María Teresa, la novia de José Darío —dijo en voz baja para que la brisa no llevara sus palabras al mulato, que seguía entretenido con las gaviotas. Y agregó:

—Parece que después de la fiesta, el Mono Espitia cargara con ella. La plata hace milagros.

Con aquella revelación cambiaron los rostros de los viajeros. Cuando antes creyeron pasar una noche de alegría y entusiasmo, ahora sólo pensaban en la reacción de José Darío cuando conociera la tremenda verdad.

Horas después se aproximaban a la playa. Los tripulantes se remangaron los pantalones hasta la rodilla y tras de introducirse en el agua, con unísono impulso encallaron la chalupa sobre la arena. Tomaron sus bártulos y de a pie siguieron a lo largo de la costa. Atraídos por las festividades, los caminos se habían poblado de palabrotas sonoras, de cantos roncos y vocinglería de negros enfiestados. A lo lejos se dibujaba una auréola luminosa en los horizontes oscuros. Era Moñitos, que adelantaba sus luces al sonido plañidero de las gaitas que alimentaban la cumbia.

Los grupos de viajeros comentaban por anticipado la sabrosa noche que les esperaba. La botella de aguardiente pasaba de mano en mano, vaciando su contenido en las gargantas. De vez en cuando vadeaban los arroyos que morían en el mar. Atrás quedaba el eco de sus voces y las huellas de sus pies borradas por la brisa y las olas. En los poblados costaneros se agregaban nuevos grupos que engrosaban la procesión. No escaseaban las mujeres de a pie o encaramadas sobre ágiles borricos, siempre aguijoneados por la impaciencia. A ratos, alguna pareja quedaba rezagada, metida entre los icacales, donde se enlazaban amorosamente hasta llorar adolorida. En tanto, los primeros llegaban al pueblo, que lucía el esplendor de las linternas de gasolina con su cohorte de rondadores insectos.

En la plaza bailaban en torno a los músicos. Un árbol adornado con cadenetas y sembrado de luces, recordaba los tradicionales pinos de Navidad. Enfrente a él se levantaba un entarimado, que idealizaba el trono de la reina pueblerina.

En medio de adornos vistosos, confeccionados con papel de oro y plata, estaba María Teresa rodeada de su corte de honor. La

muchacha, elegida entre las bellas del pueblo, comunico realce a la fiesta. Para muchos su elección fue impuesta por el dinero, pues a nadie pasó inadvertido el interés del Mono Espitia. Aunque, en fin de cuentas, el dinero imponía la candidata, a algunos moniteros no les satisfizo la intromisión del extranjero, ni que su padre se vanagloriara que muy pronto su hija sería rica.

Cuando los sequeños llegaron a la plaza, la reina nombraba entre sus súbditos a los personajes que gobernaría su hipotético reino, y como se esperaba, la lección del príncipe recayó en el Mono Espitia. El elegido subió hasta los pies de la soberana para que ésta depositara en torno a su cuello la escarpela que le confería el alto rango.

La elección de María Teresa tomó por sorpresa a José Darío. En un comienzo se sintió orgulloso, conocedor de los comentarios que sobre ellos se decían en el pueblo después de su encuentro en Lorica. Pero la presencia del Mono Espitia enturbió bruscamente su alegría. Adivinando la indignación del amigo, Carrillito comentó con fingido asombro:

—¿No sabías que María Teresa era la reina?

La voz del mulato respondió cortante:

Eso no me preocupa. Quiero saber quién ha dado la plata para todo esto.

Cálmate, ya lo sabremos —aconsejó Vinicio; María Teresa te quiere.

—Por lo mismo no debió consentir. Esa mujer es mía y nadie me la quita —habló rencoroso, apretando los puños.

Sin que los amigos pudieran impedirlo, José Darío se adelanto hacia el trono para reclamar el derecho que creía tener sobre la muchacha, mientras la multitud aclamaba al Mono Espitia después que la soberana lo anunciara como príncipe de su imperio. En tanto que el vitoreado recibía las aclamaciones, José Darío, en la confusión, sintió que lo tomaban del brazo y que una voz conocida le decía:

Hola, te buscaba.

—¡Maestro, usted aquí! —repuso cuando reparo en Marco Olivares. Vivamente sorprendido por el encuentro, olvido por un segundo su turbación, pero volvió a sentir el peso de la ira cuando el maestro le dijo:

—Sabía que vendrías y he venido a hablarte.

Los sequeños, que no habían perdido de vista a José Darío, se acercaron cambiando saludos con el maestro. Después de comentar la fiesta y la elección de la reina, Marco se retiro con José Darío, advirtiendo a los demás que regresarían al momento. Al verlos alejarse, Carrillito, que viera gris el papel de su tambor, comentó:

Todo esto me huele mal.

—A mí me da confianza la presencia del maestro —contradijo Vinicio, inquieto por otros pensamientos.

En la playa, bajo el encaje de sombras de los cocos, José Darío contó a Marco Olivaras su pasión por María Teresa y los apetitos del Mono Espitia.

El maestro había oído jactarse al ricachón en San Bernardo de que esa noche don Cipriano le entregaría la hija a cambio de dinero, agregando que él sabía como violentar el corazón de las provincianas y hacerse querer a la fuerza. Desde aquel momento Olivares juro que impediría la vil coartada. «Éstas son las inmoralidades que debe evitar el cura —pensó—; pero absuelve los pecados de los demás para que perdonen los suyos propios».

Enterado de que José Darío estaba igualmente dispuesto a impedir el escarnio de María Teresa, le manifesto que había concebido un plan.

—Debes obrar con prudencia. Todo saldrá bien —le aconsejó.

Más tarde se unían a los sequeños que comenzaban a impacientarse por su demora. Se dividieron en dos grupos. El maestro y los vaqueros tomaron un rumbo, en tanto que Vinicio y Carrillito acompañaron a José Darío, en quien se notaba un cambio rotundo. Vinicio quiso interrogarle sobre lo convenido con el maestro, pero se abstuvo al ver que el amigo y María Teresa se cruzaron miradas apasionadas. La muchacha lo había distinguido entre la multitud y le sonrió, no sin cierta intranquilidad. José Darío no respondió a aquella deferencia, atropellado por el resentimiento. La reina hizo señal a dos de sus esclavos, grotescamente ataviados con vestidos de seda. Después que ésta les murmuró algo al oído, bajaron el entarimado y se dirigieron hacia los forasteros. Uno de ellos, con mucha ceremonia, atenido a la comedia que representaba, les dijo con voz autoritaria:

Por lo que veo, son ustedes extranjeros; muestren sus pasaportes.

—Acabamos de llegar y no hemos hecho las diligencias necesarias —contestó Vinicio, al observar que José Darío callaba, molesto por la farsa carnavalesca.

—Entonces, síganme al trono —advirtió el más joven de los esclavos, que la reina los condenará por espías.

—Si es por orden real, con mucho gusto —afirmó Vinicio, siguiendo a los fornidos mulatos.

José Darío y Carrillito lo secundaron a instancias del amigo.

—Es bueno que obedezcamos; de lo contrario se formara el barullo —explicó Carrillito.

Momentos después se inclinaban reverentes ante María Teresa, que, atenida a su real papel, les miró con severidad. Ordeno retirarse a las muchachas que hacían de princesas, para dirigirse a los viajeros con ademán autoritario, que molestó a José Darío. Inútilmente se esforzaba por mantener la ira frente a las burlas del público. En su rostro se reflejaba la turbación por los comentarios en que en voz baja censuraban su docilidad ante la compra descarada de su novia. María Teresa, presintiendo su enojo, dictó rápidamente la sentencia sobre Vinicio y Carrillito:

—Ustedes son forasteros y no traen documentos. Esto es castigado severamente en mi reino. Por lo tanto, el uno bailara toda la noche en la cumbia sin descansar, y el otro lo acompañara cantando.

Algunas muecas de descontento se vieron entre los curiosos que observaban, viendo alejarse la oportunidad de una buena francachela a costa de los visitantes. El fallo de la soberana había sido demasiado magnánimo, por lo que Carrillito lo acató con suma alegría:

—Serán cumplidos sus deseos, majestad.

Conducidos por los esclavos, los sentenciados descendieron del trono ante la rechifla general. Hubieran querido presenciar la escena entre su amigo y María Teresa, pero los obedientes siervos los condujeron hasta la cumbia, en donde los bailarines, embriagados, marcaban con sus pies desnudos el ritmo de la música. El baile se alternaba con la bebida, y muchos de ellos, trastornados por el embrujo de la mujer, la arrastraban a la playa entre los icacales.

Llegado su turno a José Darío, se aproximó a María Teresa y sin miramientos le grito a la cara:

—¿Qué significa todo esto? ¿Así te burlas públicamente de mi amor? ¿Acaso todo el pueblo no sabe que te has vendido al Mono Espitia?

—Te juro que soy inocente. Mi papá…

—¡Hipócrita! Por eso has de permitir el bochorno. ¿Por qué no huiste conmigo la noche en que fuiste mía?

Las últimas palabras fueron dichas en voz alta, para que el pueblo las oyera. No quería dejar duda acerca de su hombría y si el ricachón se enorgullecía de que la compraba, era bueno que todos supieran que antes había sido de él. Le dio la espalda y con pasos lentos descendió la escalera ante el asombro de los presentes. ¿Qué habría pasado si el Mono Espitia hubiera oído aquellas palabras? La mujer de cuya compra se vanagloriaba no era virgen.

Espitia, libando copas de aguardiente, esperaba el amanecer para llevarse a la reina. A su lado, don Cipriano no hallaba como agradecerle la dádiva recibida. Fuera de la cantina, bajo el espacio cargado de música, Marco Olivares tomaba café tinto en una mesa de fritos. Desde allí podía presenciar a los comerciantes del amor, los ojos enconados como los de los sequeños que le acompañaban. Hasta ellos, ebrio, se aproximó Espitia.

—¿Conque el maestro ha venido a divertirse también? ¡Que no se le cobre, yo pago!

—Guárdese su dinero respondió Olivares, poniéndose en pie, midiéndole de hombro a hombro. Luego agregó—: No me embriago con el sudor de los campesinos.

—¡Por lo visto es usted un santo!

—Cuando el lobo merodea el rebaño en pos de la mejor oveja —advirtió—, entonces soy su guardián.

—Cree usted que peligra su ganado —agregó con sorna el ricachón.

—Con la explotación de su padre y la inmoralidad suya, sí.

Tales palabras fueron acompañadas de un gesto agresivo, pero Espitia recibió el reto con fingida indiferencia. Bajo el tono de su voz y dijo:

—No se inmute, señor maestro; veremos si usted impide que me lleve la mansa ovejita.

—¡Lo veremos! —respondió Marco, incomodado por la presencia de extraños en torno de la mesa.

En la plaza ardieron los cohetes y el cielo fue herido por puñados de fuego; la gente entono vítores que llenaron los ámbitos de algarabía. Toda la población se hallaba en la estrecha plazoleta, aglomerada en esquinas y puertas. La música clarineó los acordes de un porro y en medio de aclamaciones María Teresa, del brazo de Espitia, penetró al baile llevando en alto varios paquetes de espermas. Los bailarines abrían paso y en un extremo del círculo José Darío y Vinicio miraban indignados. Carrillito, víctima de la inspiración, cantaba y tocaba su tambor; pero al ver llegar la pareja, sus manos, sin que pudieran explicárselo dejaron de moverse.

En las piernas de María Teresa se prendió un temblor frenético; el talle mulato, mecido por la música, recordó las convulsiones del paludismo. Adivinándola ebria del ritmo, los espectadores se apretujaron en círculo mientras el aro de fuego de los cumbiamberos iluminaba sus rostros. Aprisionados por el anillo humano, los músicos, con sus gaitas y tambores, hicieron girar a los bailarines prendidos en la orbita de sus notas. María Teresa proseguía bailando, bañada por la lluvia de fuego de las espermas, seguida de los gestos adefesiosos del Mono Espitia. Frente a ellos, sin poderse contener, José Darío prendió varios paquetes de velas y las sujeto con su pañuelo. La reina, que daba vueltas en redondo, se sorprendió de que José Darío, de un salto, se le plantara en mitad del ruedo, ofreciéndole las velas encendidas. El público guardó silencio, las gargantas secas, en espera de los acontecimientos. El ricachón había sido desafiado por el arrocero.

Vinicio, junto a Carrillito, endurecía sus puños, mirando con regocijo a María Teresa que audazmente boto al suelo las espermas que llevaba para recibir las del amigo y enredar con él sus pasos. El desairado Espitia no supo que partido tomar, y cuando en el círculo de la cumbia pasaron María Teresa y José Darío bailando ante sus ojos, humillado por el salvaje entusiasmo del mulato, que lo ridiculizaba en sus muecas y contorsiones, le vomito el insulto al rostro:

—¿De qué te jactas, pedazo de negro?

Herido en su amor propio, José Darío le replicó, corajudo:

—¡Ah, gringo hediondo, ya verás de que me jacto!

Y acosándole a golpes, lo arrojó al suelo. Los espectadores entraron en tensión nerviosa; fuerzas ocultas impelíanlos en torno a los hombres en disputa. Unos tomaron el bando del labriego injuriado, y otros, siempre dispuestos a favorecer el gamonal, esperaban la ocasión de testimoniarle su servidumbre. Los contrincantes, fuertemente abrazados se revolcaban por el suelo en enconada lucha. Pronto José Darío tomaba el mejor partido y molía a golpes al impotente Espitia, que, con los ojos ensangrentados, no podía dirigir con acierto sus puños.

Félix Morelos, hasta entonces en brazos de una amante, al conocer el peligro en que se hallaba el hijastro de su amo, corrió a la plaza, desenfundó el revólver. Se abrió paso en medio del tumulto y disparó a ciegas el arma sobre José Darío. La detonación envalentono a los espectadores, que esperaban un incidente propiciatorio para entrar a la refriega. La plaza se convirtió en un campo de batalla en donde llovía los trompicones. El mulato tomó en brazos a María Teresa y protegido por Vinicio y Carrillito lograron escapar del tumulto; ya en la playa corrieron a la caballeriza cercana y montando sobre los potros se dieron a la huida. Cuando el Mono Espitia se enteró de la jugada, se precipitó hacia el padre de la muchacha, que dormía borracho al pie del trono:

—¡Cipriano, se la ha robado!

El anciano, inconsciente, apenas contestó:

—Deme la botella. ¡Un traguito más!

Espitia lo empelló, adivinando que no podía contarse con su autoridad. Sin perdida de tiempo, subió a otro animal y, guiado por las indicaciones de algunos, dirigió la bestia rumbo al embarcadero. Félix Morelos, reprochándose a sí mismo su descuido por abandonar al patrón, montó en otro caballo, celoso por dar alcance a los fugitivos y remediar su falta. Varios disparos resonaron en la plaza y las bestias se desbocaron a lo largo de la playa. El plan de Marco Olivares se había cumplido en su primera etapa. Como lo había calculado, el rapto no fue difícil entablada la lucha; pero ahora tocaba a él y a los sequeños culminar la obra. Si Espitia y Morelos daban alcance a José Darío y a los suyos, sus instintos los conducirían al crimen. Debía impedir la persecución y contaba con

la habilidad de Efigenio Arrázola para disparar el lazo.

En la vertiginosa carrera, José Darío sujetaba fuertemente a María Teresa, aferrada a su pecho. Con gran dificultad dirigía a la bestia sin freno ni cabalgadura, sumisa por adivinar sobre sus lomos a un buen jinete.

Muy cerca lo seguían Carrillito y Vinicio, preocupados por los disparos de Espitia que resonaban a sus espaldas. Les llevaban suficiente ventaja, pero era preciso ganarles más distancia para tener tiempo de embarcar y darse a la vela. Confiaba para ello en el maestro y en los amigos que en cualquier lugar de la costa debían ocultarse detrás de los icacales.

Sin otro norte que la playa, el Mono Espitia y Félix Morales seguían las huellas de los cascos en la arena. A la luz de la luna podían divisar los bultos huidizos que a lo lejos denunciaban a los raptores. El capataz se había adelantado y hacía girar el cargador de su pistola.

Desde su escondrijo, Marco Olivares se inquietaba por lo que hubiera podido suceder en el pueblo; arrancaba icacos de las matas, verdes aún, quebrándolos nerviosamente entre los dientes, cuando Rosalío Gabalo llámole la atención al oír el galope que apenas se insinuaba entre el rumor del mar. Estuvieron atentos escuchando el resonar de los cascos.

—Son tres —observó Arrázola, de oído agudo y conocedor.

El número los hizo guardar silencio en espera de constatar si eran los tres amigos los que se acercaban. Muy pronto el grupo de caballos cruzó delante de ellos, veloces y jadeantes, aun desorientados por la inopinada carrera. Varios silbidos denunciaron la presencia del maestro y los suyos. Al momento respondieron los jinetes, según la señal convenida. Mas atrás se oyeron algunos disparos y Olivares animó a los sequeños:

Ahí se acercan; no vayan a fallar porque estamos perdidos.

—No se preocupe —contestó Arrázola mientras extendía el lazo, imitado por Rosalío.

Amparados por una enorme roca, hicieron girar las cabuyas sobre sus cabezas, sin riesgo de ser descubiertos. No bien asomo Morelos su enorme cabeza, las sogas mordieron las patas delanteras del animal.

Luego, el tirón brusco, inesperado, que hizo caer a la bestia

patas arriba, aprisionando bajo ella al corpulento capataz. Apenas habían resistido los sequeños el jalón de las cuerdas, cuando fuese a estrellar sobre ellas el segundo caballo, y el Mono cruzó el espacio para enterrarse de cabeza en la arena.

Con rápidos movimientos, Marco Olivares y los sequeños cayeron sobre los hombres y, tras de desarmarlos, los amarraron. Espitia vociferaba:

—¡Estúpidos, las pagaran caro!

Al reconocer al maestro, exclamó, amargado:

Ya me lo imaginaba.

—Conque ha caído el lobo en la trampa y la oveja se ha escapado —fue la respuesta.

Morelos, todavía no repuesto del golpe, apenas comprendía lo que pasaba. El maestro, deseoso de cortar aquel incidente, y calculando que José Darío navegaba en pleno mar, ordeno lacónicamente a los sequeños:

—¡Al agua con ellos!

Empujados y bajo las burlas de los moñiteros, Espitia y Morelos regresaron al pueblo, que comentaba lo sucedido.

XXI

El atropello de que fue objeto su hijastro encolerizo a Jesús Espitia. Repetidas veces cruzó su látigo en el rostro de Félix Morelos, a quien censuraba no haber dado muerte al maestro. Comprendía que el bochorno despertaría las sátiras del pueblo y sentaría un mal precedente, que, de no castigarse con dureza ejemplar, motivaría la reacción de los labriegos contra su poder.

El alcalde, Calixto Flores, se hallaba encorvado ante un suculento plato de sancocho cuando aparecieron los Espitia y el capataz en la sala que le sirviera de despacho. El funcionario apresurose en dejar el plato y aproximose con genuflexiones, limpiándose los labios con la manga de la camisa. Jesús, sin decir palabra, daba vuelta en la pequeña sala como tigre enjaulado. Flores no oso preguntar el objeto de aquella visita porque ya conocía, como todo San Bernardo, los sucesos ocurridos en Moñitos. Hasta sus narices se acercó Jesús Espitia con el látigo en la mano, manoteándole a la cara:

—Es inconcebible que un peón de esta calaña ultraje a mi hijo y la policía no lo haya encarcelado todavía.

—La culpa no es mía, señor —se atrevió a objetar el alcalde—; el abuso no tuvo lugar en mi jurisdicción.

—No aceptó excusas —tronó Espitia—. Los Secos están bajo su autoridad y por lo tanto sí puede ordenar la prisión de ese sinvergüenza.

Sin atreverse a terciar en la conversación, temeroso de una mala respuesta, Morelos se acercó al oído del Mono y le murmuró algunas palabras. La cabeza de éste hizo un gesto afirmativo y luego se dirigió al padrastro:

—¡Y no se olvide del maestrico de aquí en frente!

—A ése también lo quiero preso —gritó Espitia, levantando amenazadoramente los brazos—. Él ha sido el director intelectual

del atropello. ¡Maestrico de escuela! Lagartija infeliz. Tengo que acabar con él a toda costa.

Calixto Flores, que conocía el cariño que Marco Olivares se había granjeado en el pueblo, se atrevió a comentar:

—No puedo ordenar su prisión. El maestro tiene mucha influencia entre los padres de familia y se provocaría su reacción.

—¿Qué? —exclamó Espitia, al oír que alguien que no fuera él tuviera ascendencia en el pueblo—. Aquí, en San Bernardo, mando yo. Por eso lo tengo a usted de alcalde, pero si se siente incompetente, lo hago destituir en el acto.

Jesús Espitia abandonó la alcaldía sin más explicaciones. Calixto Flores dejó escapar un suspiro de impotencia y volvió sudoroso otra vez al sancocho.

La quietud del pueblo fue perturbada por él repiqueteó de las campanas. Sólo se daba aquel toque a rebato para anunciar un incendio o prevenir al pueblo de un peligro que amenazara a la colectividad. Por eso toda la población se arrojó a la calle, aturdida y llena de temor. Algunos habían abandonado las casas cubiertos tan sólo por la paruma, sin tiempo de ponerse los pantalones; otros, masticando por las calles, inquirían lo sucedido. Nadie en el pueblo tenía noticias de lo que sucedía, y ante el clamor de las campanas desembocaron hacia la plaza. En el atrio de la iglesia estaba el cura Olascuaga, acompañado de los Espitia y de Morelos. Ansiosos y en tropel, mujeres y hombres se congregaron en torno a ellos.

—Algo grave pasa, cuando el cura y el patrón se han reunido —dijo un campesino.

Otro comentó:

—Ahora mismo vi salir el patrón de la alcaldía. Estaba como alma que se la lleva el diablo.

Una anciana, que no hubiera podido explicar como llegó hasta el centro de la plaza con sus piernas enclenques, hizo alusión a sus pasados años:

—Así mismo sucedió con la guerra civil. Deben ser los godos que preparan la guerra.

Al escuchar aquellas palabras, otra anciana no pudo menos de contestar:

—Dios se apiade de nosotros, que si vienen los rojos no van a dejar santos con cabeza.

La insistente alarma de las campanas distrajo a los discípulos. El maestro dejó a un lado la tiza y ante la impaciencia de los escolares, sobre todo los mayores, dijo:

—Parece que alguna novedad tiene el señor cura. Veamos de que se trata, pero vayamos en orden.

Seguido de sus alumnos, llegó a la plaza cuando el cura Olascuaga dirigía una tremenda pastoral a los sambernardinos. No dejó de incomodarle la presencia del Mono Espitia, pues todavía estaba vivo en su memoria del drama de la noche anterior. El sacerdote, con voz que daba grima y elevando los brazos implorantes, exclamaba:

—El demonio se encuentra entre nosotros. Ha invadido nuestro pueblo y nuestros campos, ensenando el odio contra la santa Iglesia. Los padres de familia deben tener cuidado con sus hijas y no deben enviar a sus niños a la escuela, porque el maestro que tenemos es la encarnación de Satanás.

La acusación sorprendió al pueblo. El cura así lo comprendió y sin darle tregua prosiguió el ataque:

—Su osadía y descaro lo ha llevado a perpetrar el crimen contra las buenas costumbres. En Moñitos acaba de raptarse a una joven, y no contento con ello, trato de asesinar al hijo de nuestro benefactor Jesús Espitia. Aquí tenemos otro testigo que nunca mentiría: Félix Morelos, que también fue víctima del agresor.

Los mencionados pusieron en sus caras tal beatitud, que aparentaron ser inocentes serafines. Por su parte, Jesús, con gran presunción, se mantenía activo. Los discípulos que rodeaban a Olivares pudieron constatar que su respiración se alteraba: las palabras del cura defendiendo en público la moral y la santidad, cuando solapadamente era su peor enemigo, lo indignaron profundamente. Por los demás, la jugada de Espitia era habilidosa, y ante el fanatismo herido de los sambernardinos comenzó a tomar precauciones. Algunas miradas en torno suyo reflejaban la mística estúpida, enconada por las denuncias del clérigo.

—¡Pueblo de San Bernardo —continuó éste—, si queréis libraros de la ira y el castigo de Dios, arrojad a ese impío de tu seno, con piedras y palos, como Jesucristo arrojó a los mercaderes del templo!

La multitud comenzó a removerse irresoluta. El momento de turbación fue aprovechado por el maestro, que se encaramó sobre la

fuente en mitad de la plaza y tras de imponerse a la rechifla de los Espitia, elevó su voz:

—¡Hermanos campesinos! ¡Labriegos explotados! ¡Madres sufridas! A ustedes les preguntó: ¿Quién ha robado sus tierras? ¿Quién los hace trabajar como a bestias y los mantiene bajo la explotación? Jesús Espitia, el amo cruel, que roba y deshonra a sus hijas. El verdugo que incendia y destroza los sembrados de ustedes para arruinarlos y convertirlos en sus esclavos.

Jesús Espitia comprendió que iban a fallar sus planes. El Mono, adivinando lo que urdía en su mente, con ligera señal dio la orden convenida a Félix Morelos, quien se separó del grupo. Su mano empuntaba sin timideces la cacha de su revólver. Mientras tanto las palabras del orador desvirtuaban las calumnias:

—Ustedes conocen mi honradez y mi pobreza —decía—; soy hijo del pueblo, soy de vuestra propia carne y por eso combato a Espitia, que los oprime. Contra él y el señor cura, que patrocina sus hijos espurios, debemos levantar nuestros puños. Acabemos con su tiranía y terminará el crimen, la impudicia y la explotación.

El pueblo callaba, tímido, sospechando un mal desenlace. Algunos secuaces de Espitia trataron de atacar al maestro, pero en torno a éste se encontraban sus alumnos dispuestos a repelerlos. El ejemplo de rebeldía ante quien se considera intocable borraba de sus mentes campesinas el temor ancestral que tenían a los opresores.

—Te anuncio, Jesús Espitia, que tu imperio se derrumba —continuó Olivares—. Los oprimidos acabaran con tus latrocinios, castigaran tus crímenes y se redimirán de la esclavitud en que los tienes. No olvides…

Se escuchó un disparo, el maestro, con gesto de dolor, llevose la mano al hombro derecho. Gritos, puños y machetes relucieron afiebrados. El balance fue de varios contusos, pero se había quitado el bozal y el miedo a los campesinos y Olivares continuó en el pueblo.

XXII

El amor producía en María Teresa sentimientos desconocidos: la promiscuidad constante del hombre, con su asedio de besos y caricias, le hacía sentir bruscos cambios de goce y arrepentimiento por su fuga, que sólo acallaba la misma presencia del varón. Los padres de José Darío la inquietaban, al creer que estos la culpaban por las amenazas de Jesús Espitia. Llorosa, no salía del lecho, desde donde observaba a sus nuevos familiares atareados en sus labores. Informado del desasosiego, José Darío hizo que los suyos la visitaran. Embarcadas en una champa, Estebana y Rosa Aura se presentaron al rancho que Carrillito había cedido a la pareja. La platica familiar le disipó muchos de sus temores. Por último, Rosa Aura se alejó por mandato de Estebana para que no escuchara los consejos que como futura madre daría a la nuera. Desde ese momento la muchacha se incorporó a las actividades de Los Secos, trabó amistad con la cuñada y juntas recorrían embarcadas los caños.

En la delta del Sinú los sequeños compartían los beneficios del mar. Aunque sus actividades estuvieran ligadas a la corriente y miraran el oleaje salado como a un enemigo, no por ello dejaban de aventurarse en él, en busca de alimento. La presencia de los grandes bancos de sábalos recorriendo la bahía movió los ánimos para hacer buena pesca. Muy de madrugada se oyeron golpes a la puerta. María Teresa se levantó sobresaltada y se prendió al marido.

—No debes salir, puede ser gente de Espitia.

—¡No seas tonta! Es Vinicio, que me llama para la pesca.

La mulata no quedó satisfecha con aquella aclaración y lo apretó aún más.

¿No corres peligro? Me asustan esos tiburones que se acercan hasta los ranchos.

—No hay por que temer, sólo vamos a buscar los sábalos.

José Darío se levantó y tomó de los rincones los aparejos de pesquería. Su mujer preparó el café y antes de salir le reveló nuevamente sus temores. Un beso la aligeró de su desconfianza.

En la madrugada partieron las champas con la brisa costanera que los arrastraba mar adentro y que al desplegar las velas llenaba de orgullo a sus tripulantes.

—Corre, «Requiebros» —aconsejaba José Darío a su canoa, enfrentada al oleaje. Le seguía de cerca Vinicio, que habilidosamente esgrimía el remo a guisa de timón. Abríase cada vez más para recibir el ímpetu de la brisa.

De pie en sus respectivas proas, Serafín Romero y Rosendo Zapata conservaban el equilibrio inestable de las embarcaciones vapuleadas por el maretaje; apoyaban sobre los hombros el arpón y avizores buscaban los cardúmenes de sábalos rasgando el agua con sus espolones.

Habían dejado atrás las turbias aguas de la corriente del río y navegaban sobre el inquieto oleaje de la bahía de Cispatá. José Darío viro el rumbo y el movimiento súbito hizo tambalear a Rosendo, que ensanchó el pecho de jubilo al descubrir muy cerca un cardumen de sábalos. Columpió el brazo y disparó el arma. Un pez herido dio saltos inútiles ansioso por sostenerse en la masa de agua que se le escapaba por momentos. Ya en el interior de la embarcación José Darío hundiole sus dientes en la cabeza. Rápidamente soltó el arpón.

—¡Huye! —gritó.

Rosendo, al ver encajada su asta, se sintió orgulloso de su puntería que desde mozo lo hiciera resaltar entre los jóvenes de Lorica.

—¡Eso sí que es sabalote! —clamoreó José Darío conteniendo la champa arrastrada por el pez.

—Déjalo correr, que cansadito será nuestro.

Y a los pocos minutos el sábalo fatigado reconocía la derrota.

Mar adentro, Vinicio repetía las mismas maniobras detrás de una tintorera arponeada. El animal se debatía con terribles saltos, arrastrando tras sí a la canoa, que disminuía el empuje de sus aletas. Al verse seguida de cerca acometió con su deforme hocico a la embarcación; Vinicio esquivo el ataque, asestándole fuertes

golpes de remo en la nariz.

—No debiste puyarla —dijo Serafín.

—No fue por voluntad. Ella solita se atravesó cuando tire el arpón.

—¡Maldita sea! —vocifero una vez más al sentir en pleno rostro el remojón de un coletazo.

La pesca fue abundante. Los calderos con la manteca hirviendo esperaban las postas sanguinolentas de sábalo. En el círculo familiar, que comentaba la captura del tiburón, María Teresa, viendo destrozar el cuerpo que aún movía sus fauces, dijo horrorizada:

—¡Carne de tintorera no como yo!

Tales exclamaciones, que brotaban sin pensarlas, apenaban a la muchacha porque revelaban que su espíritu aun no se había amoldado a las costumbres de los nuevos familiares. Un día se mostro igualmente tímida, cuando Rosa Aura al divisar a la distancia que el escolar regresaba del colegio, le dijo:

—Allí viene Juancho. Crucemos el río con su champa para recoger mangos en la finca de Espitia.

Al instante respondió:

—¿Y si nos ven?

—¡Qué importa! —exclamó Rosa Aura, con desdén—. Nadie podrá impedir que tomemos lo que nos pertenece. Esas tierras son nuestras aunque Espitia diga lo contrario.

Arrebató el canalete al niño y remo a través del caño divisor. Sobre la barranca cruzaron las alambradas y se pusieron a recoger los frutos caídos, eligiendo los más hermosos. Rosa Aura no se sintió satisfecha con los mangos sucios.

—¡Los quiero más bonitos!

Juancho, que conocía el sentido de aquellas palabras, subió a un árbol, mientras Rosa Aura advertía a su perpleja amiga:

—Ahora verás como caen.

A los esfuerzos del niño removiendo las ramas, una lluvia de maduros mangos cayó sobre ellas. Habían llenado sus faldas con los más amarillos, cuando Juancho gritó desde lo alto:

—¡Allí viene gente!

Las jóvenes miraron a su alrededor y constataron que a lo lejos se acercaban dos jinetes. Sin demora, se dieron a la carrera y

depositando los frutos en el fondo de la champa huyeron de la barranca. Ya saltaban en el seco opuesto cuando el Mono Espitia y Morelos llegaron hasta la alambrada.

—Es la palomita; ¡qué linda está la mocosa! —dijo el capataz.

El Mono se llevó sus manos a la barba y con acentuada malicia agregó:

—Ignoraba que visitara mis terrenos.

XXIII

El cura Olascuaga, sabedor del sentimiento religioso de los campesinos, no descuido un solo momento para infundirles desconfianza hacia el maestro. Constantemente recorría los ranchos atemorizando a los fieles que mandaban sus hijos a la escuela. De buen grado los habría rechazado de su grey, pero claudicaba ante la necesidad de sus limosnas. Lejos de dejar el consuelo de su bendición, llegaba acusándoles de impíos y descreídos, de olvido a Dios y otras cosas por no acudir a la parroquia.

—Simón —decía a un pobre labriego—, te has entregado a la herejía, no vas a misa, ni cumples tus deberes para con Dios.

El viejo, horripilado, persignándose, explicaba:

—Padrecito, hemos trabajado tanto en la recolección que apenas podemos tenernos en pie. No me acuse de olvido a Dios, porque es el único consuelo que nos queda.

—Pero la Iglesia no comparte los beneficios de esa abundante recolección —explicaba— y san Bernardo está muy enojado al ver el poco celo que tienen en mejorar su iglesia.

Ponía el cura tal aire de santidad que aparentaba la reencarnación de Francisco de Asís. El campesino daba sus disculpas:

—Y qué llevamos a san Bernardito, si apenas Espitia nos deja lo necesario para no morir de hambre.

—No digas eso, Simón —regañaba el sacerdote, cambiando el tono—: ¿Cómo te atreves a censurar al bondadoso de Espitia, que da sus tierras para que las cultiven y puedan vivir con su fruto? Claramente se nota que las enseñanzas que el maestro da a tus hijos te han corrompido el corazón. Dios no te perdonara el pecado de enviarlos a la escuela.

—Dios me libre de ello —respondía el campesino, asustado—. Yo no hago acusaciones, padrecito; sólo digo la verdad: Todo el

arroz se lo llevamos al patrón para cubrir nuestras deudas y, sin embargo, según sus cuentas, siempre le debemos más cada año. ¡Fíjese el poco grano que nos queda!

Y tomando de la mano al sacerdote mostraba las escasas provisiones de arroz. Pero el cura exclamaba:

—Algo me tendrás preparado, ¿eh? El domingo veremos cómo te portas…

—No se me olvidará, padre; sea por Dios, aunque Él sabe la falta que nos hace lo poco que tenemos.

Y proseguía por los caminos, recordando a todos que el cielo estaba cada vez más lejos para quienes no querían acordarse de san Bernardo y escuchaban la palabra del maestro. Al domingo siguiente, el sacristán se afanaba recibiendo los presentes, en tanto que un «Dios se lo pague» era la única respuesta de aquellos sacrificios campesinos. No se diga de ciertos amoríos y escándalos del cura, que nadie ignoraba en el pueblo.

No le extrañó a Marco Olivares que sus alumnos escasearan. Una mañana, al comenzar sus clases, advirtió que el auditorio era muy reducido.

—La superstición y el fanatismo religioso —les dijo a los escasos oyentes— no permiten que los padres de familia envíen a sus hijos a la escuela. Tienen más fe en el cura que en el maestro.

Juancho, menos comprometido que los demás con el feudal, le dijo, no sin timidez:

—El pueblo ha creído lo del rapto y murmura de usted.

—Me lo imaginaba aclaro, comprendiendo la alusión que hacía el muchacho a las calumnias del cura—; sin embargo, no se saldrá con las suyas…

Esa misma tarde el maestro descendió con su discípulo a Los Secos. Al verlo llegar, todos lo felicitaron por haberse salvado del disparo. Cuando quedó solo con la familia del viejo Goyo, explicó el objeto de su visita:

—La única forma de lograr que los padres envíen nuevamente los niños a la escuela —les dijo, tras de aludir a José Darío y a María Teresa—, será mostrando públicamente con su matrimonio de que soy inocente de cuanto me acusan.

—Está muy claro, compadre —respondió el viejo Goyo—; el matrimonio se verificará lo más pronto posible. Es más, será una

doble boda, porque Rosa Aura y Vinicio también se casan.

Vinicio miró a su prometida, diciendo con entusiasmo:

—Todo se arreglará para el domingo.

José Darío añadió:

—Y usted será el padrino, maestro.

—De las bodas y de los hijos también —respondió éste, satisfecho con la pronta solución de los novios.

Enterado de las bodas, todo el pueblo de San Bernardo acudió al puerto para ver a las parejas de novios que llegaban embarcadas. La banda de música recibió con una marcha a la comitiva, a cuya cabeza iba el maestro. Desde la orilla opuesta, Jesús Espitia los vio llegar y enterado del acontecimiento se dispuso a impedirlo a todo trance. Sabía que su hijastro se preocupaba por María Teresa, y como Cipriano no quisiera devolver un solo centavo de la venta de la hija, creía tener derecho sobre la novia.

Acompañado de su hijo, llegó hasta la sacristía y con gesto autoritario dijo al cura:

—Por nada del mundo case usted a esa pareja. En primer lugar, porque el pueblo diría que fueron calumnias las nuestras cuando acusamos a Olivares como raptor de la joven, puesto que el mismo hace de padrino. Y en segundo lugar, porque mi hijo no puede permitir que la mujer que le pertenece se case con otro.

—¿Qué quiere usted que haga en este caso? —preguntó el cura, cohibido—. Allí esperan los novios, no tengo otra salida que casarlos o…

No olvide que conozco ciertas aventurillas de faldas entre usted y…

—Calle, por favor, no mencione eso… —se excuso el sacerdote, dando vueltas en la sacristía.

—Haga lo que quiera, menos boda —le advirtió, finalmente, Espitia.

Marco Olivares, que había acudido a la sacristía, le basto ver los rostros de estos para comprender la situación. Sin parpadear, echó mano de la pistola que llevara desde el día que fuera herido y habló con amenaza:

—Un momento, señor cura, no se olvide que lo esperamos; usted mismo provocó este matrimonio y debe bendecirlo. En cuanto a ustedes —dirigiéndose a los Espitia—, serán testigos de la boda, así

el pueblo conocerá sus maniobras.

Jesús, adivinando en la actitud del maestro una resolución pronta, respondió con timidez:

—Señor maestro…, yo…, con mucho gusto.

El Mono, fingiendo altanería, aunque sus piernas temblaban ante el revólver, no intento moverse. Olivares le puso el cañón del arma en la espalda y lo empujó hacia donde esperaban los novios impacientes.

—Ande con cuidado, amigo —le advirtió—, que mis balas no fallan. Venga a presenciar la boda de un idilio humilde.

Retorciendo sus sombreros, entraron a la nave de la iglesia los ricachones con semblante de humildad detrás del cura. El público que había concurrido atraído por los matrimonios, se mostró asombrado al verlos, cuando conocían el interés del Mono por María Teresa. No pudieron explicarse como ellos asistían a la boda de la muchacha que había servido para sus acusaciones contra el maestro.

Una de las señoras más devotas, cuya beatitud reconocían todos, dijo con asombro a su compañera:

—Qué tiempos, María Cristina, qué tiempos estamos viendo. Esos sacerdotes ya no tienen vergüenza.

La aludida, que conocía muy bien al cura Olascuaga, pues ella y el eran tema de habladurías, se limitó a contestar:

—¿La han tenido alguna vez?

Momentos después se terminaba la ceremonia y la gente aclamaba en la plaza a los recién casados con muestras de alegría; los Espitia abandonaron la sacristía, mientras el cura, con un ojo amoratado, no se explicaba lo sucedido.

XXIV

Como lo calculara el maestro, el matrimonio de José Darío y María Teresa borró toda sospecha sobre su conducta, y los alumnos no tardaron en asomar sus caras nuevamente a la escuela. Repuesto definitivamente de la herida del hombro y resueltos a su favor los primeros incidentes como defensor de pueblo, hilvanó nuevos planes de combate. Estaba orgulloso por el comportamiento de sus alumnos mayores, especialmente de Azael Montes, que estuvo a punto de ser herido al querer desarmar a Félix Morelos. Desde un comienzo el maestro sospechó encontrar en ella un buen aliado en la lucha contra la servidumbre del pueblo. Su interés por el estudio y los problemas sociales, a pesar de que apenas sabía leer, lo hicieron el elegido entre los demás mozos a quienes asomaban los bigotes. Su extracción campesina era garantía de sinceridad y rebeldía. De los populosos Montes que constituían la trabazón del bajo pueblo, Azael heredaba pluralidad en sus sentimientos y razas. No podía asegurarse que fuera mulato, aunque su piel insinuara el color moreno del café molido, porque sus cabellos sueltos y sus pómulos angulosos recordaban al indio. Era hijo de Ezequiel Montes, el más conocido de todos los de su estirpe. Por su temperamento intranquilo y un tanto excéntrico, Ezequiel repaso todos los oficios y no hubo hazaña por minúscula o grande que fuera, donde su audacia, su espíritu emprendedor o su socarronería no hubiera dado la nota inesperada. Cuando el cura Olascuaga encontró que los listones que servían para cargar el santo, amanecieron tallados con agudos filos, todo el mundo achacó la jugarreta a Ezequiel, como venganza de la azotaina que el sacerdote le había dado. Aquel día san Bernardo retardó su salida mientras se cambiaban los listones. Él fue el espíritu y la carne del «caballo sin cabeza» que solía recorrer las calles del pueblo a la media noche, habiendo sido descubierto porque se rompió una pierna al rodar a

un hoyo con el caparazón de papel que se echaba encima para asustar a los incautos. Pero también a él se debió el rescate de dos niños, cuando la casa en que vivían fue arrastrada aguas abajo por el río y, como lo recordaba todo el mundo en San Bernardo, quien mató con un machete al tigre que había sembrado el pánico en el camino de la Balsa. Su nombre saltó más allá de las fronteras pueblerinas, cuando Marco Olivares, varios años atrás, denunció en los periódicos de la capital el atropello que contra él y otros colonos perpetro Espitia al arrojarlos de los terrenos que poseían en tierras de Bijao. Ezequiel Montes encarnaba el alma del pueblo y era su personaje más distinguido.

Olivares confió en él y en su hijo para estimular el espíritu de asociación de los sambernardinos. No bien sano de la herida, su primera visita la hizo a Indalecio Negrete. Vieja amistad los ligaba, y el maestro quiso solicitar su apoyo en lo que se proponía. Negrete era uno de los ricachones del pueblo para algunos, su riqueza sólo era superada por la de Espitia, pero contrario a éste, acumuló bienes a costa de trabajo honrado y compartiendo con los peones el usufructo de sus tierras. Jamas exigió compensación a ningún campesino si éste se veía en imposibilidad de pagar por las tierras en arriendo, fuese por la perdida de la cosecha a falta de lluvias o por las lluvias o por cualquier otra calamidad inesperada. Los campesinos acudían a él en busca de socorro, lo que jamás intentaban hacer con Espitia.

—Vengo a pedirle un gran favor, que estoy seguro no me negara usted, don Indalecio —le dijo Olivares después de los saludos.

—Ya sabe que estoy para servirle. Cualquier cosa que necesite en beneficio de la escuela, sólo tiene que solicitármela.

Gracias. No he dudado de su buen sentimiento de cooperación —aclaró el maestro—; pero lo que vengo a pedirle es algo distinto, aunque con los mismos fines de enseñanza.

—Abrase usted, maestro; tengo buena intención en colaborar —repitió Negrete, dando amplitud a sus brazos en un gesto de altruismo.

Olivares, inclinado su cuerpo hacia adelante y sentado casi en el borde del asiento de cuero de res que le había ofrecido el ricachón, dijo pausadamente:

—Usted no ignora la miseria en que vive la mayor parte del

pueblo. Unos apenas tienen que comer; otros, puede decirse que mueren de hambre, porque el arroz y los plátanos, por ser sus únicos alimentos, les causan serias enfermedades que los aniquilan. Luego hay el resto de los cientos de cortadores, de los aparceros y demás gentes que ganan lo que se comen cuando ganan algo.

Negrete afirmaba con la cabeza, frunciendo el rostro, en actitud aprobatoria.

—Pues bien —continuó el maestro—, es necesario hacer algo en favor de esa pobre gente, porque su ignorancia y su miseria les impide enfrentarse a quienes los explotan. Yo he confiado en sus buenos sentimientos, en el amor que usted tiene a todos y en el cariño que el pueblo le profesa, para pedirle su ayuda en la tarea que me he impuesto para aliviarlos…

Desde luego, desde luego…

—Gracias, don Indalecio; usted habrá oído de las calumnias que el cura Olascuaga arroja contra mi honorabilidad. También habrá oído a Espitia acusarme de vividor, y comunista. Contra tales calumnias, yo ofrezco mi conducta, nadie podra echarme en cara ningún hecho indebido. Acaso, participar con exaltación en lo que yo llamó defensa de los intereses del pueblo.

—Yo le soy franco, maestro —interrumpió el campesino—: es la primera vez que oigo hablar de comunismo; pero si lo que usted pretende es la defensa de los intereses del pueblo, yo soy el primero en ayudarlo, aunque me quede limpio.

—De eso se trata y en nombre de eso vengo a pedirle. Mire usted, el primer paso a dar es la unificación de los campesinos y, desde luego, capacitarlos. Ya sabe usted que en la escuela doy clases para adultos en las noches. Pero si allí habló de mejoras sociales, corro el riesgo de que me cesen; por eso he pensado construir un rancho, independiente de la escuela, donde se pueda expresar libremente, acusar a los culpables y tener un emblema material de la unión y de sus intereses. Nada mejor que un local.

—Me parece muy bien pensado; ya le he dicho que puede contar conmigo. ¿Cuánto dinero cree que vaya a necesitar?

—No se trata ahora mismo de dinero —argumento Olivares—; sería mejor que los mismos pobres construyeran su casa, para que así la consideren como propia y la amen. Sólo deseo que usted me señale un pedazo de tierra, de las que tiene al lado del río, para que

los hombres comiencen a empalmar el rancho…

Ezequiel Montes acometió la empresa con el entusiasmo. En una sola mañana reunió a más de veinticinco hombres, de los que entonces nada hacían por no ser época de recolección, y poniéndose al frente de ellos, capitán de un ejercito inesperado, se acercó a la escuela.

—Aquí están los hombres dispuestos, maestro. ¡De usted las órdenes y mirara cómo marchan y obedecen!

Olivares se sonrió de su actitud militar, del gesto altivo y de la viabilidad de su musculo. No pensó que fueran necesarios tantos hombres para cortar palmas y madrinas. Pero allí estaban con sus rostros serios, tímidos algunos y bullangueros otros. «Son cosas de Zequié», dijeron, y se largaron tras él. Ahora, frente al maestro, todo cambiaba, «la cosa es en serio», debieron pensar, y de ahí que se encogiera el atrevimiento de unos y, por el contrario, se reflejara la actitud cordial y decidida de otros. El maestro miró asombrado a aquel puñado de hombres. Sólo Ezequiel, a su cabeza como sargento, llevaba albarcas, pantalón y camisa, mientras que sus soldados apenas cubrían la mitad de su cuerpo con parumas o pantalones, mostrando la piel seca y relumbrante de sus pechos. No había duda que Montes los escogió entre los más robustos; lucían sus machetes al hombro y colgados de la cintura. El maestro los saludo cariñosamente y todos movieron la cabeza acogiendo su autoridad, la autoridad del letrado, del hombre que ensenaba la cartilla a ellos y a sus hijos.

—Ya saben ustedes lo que nos proponemos. Vamos a levantar una casa para que podamos discutir y organizarnos sin que nadie nos incomode. Algunos de ustedes no tienen trabajo ahora; otros están enfermos y no faltaran, como Rafael Lagares, que recientemente ha visto morir a un miembro querido de la familia por no tener con que comprar medicinas. Me gusta verte entre nosotros —dijo a un mozo de unos veinticinco años que llevaba una escarapela negra en el brazo, en señal de luto por la madre muerta —, pues veo que te has sobrepuesto al dolor y no te entregas a la desesperación. Pues bien, todos estos problemas, lo de la tierra en arriendo, lo que deben ganar por un día de corte, la forma de comprar medicinas para quien las urja y otras necesidades, serán

tratados en esa casa, la casa de ustedes los pobres. Necesitamos un lugar con techo y paredes para que la brisa no disperse nuestros deseos y nuestros sufrimientos. Unidos, aunque sea por unas horas todos los días, estos problemas serán clarificados y se les buscará la mejor solución posible.

—Si así es la cosa, entonces yo no tengo nada que venir a buscar —dijo Sebastian Jiménez, un hombre de cincuenta años que llevaba en la frente una profunda cicatriz de machete.

¿Por qué? —preguntó el maestro acercándosele.

—Pues… pues ya mis problemas se acabaron; desde mañana me voy a cuidar los cerdos de mano Liñán, que me paga bueno.

—Me alegro de que hayas encontrado trabajo —comentó Olivares—, pues tú lo necesitabas. Tienes cuatro hijos y tu mujer. Pero eso no te va a remediar todas tus dificultades, Sebastian. Tú necesitas enviar tus hijos a la escuela, tienes que trabajar sin descanso, velar por tu futuro. Como ves, apenas te ayudas un poco con el oficio que has encontrado, pero continuas siendo pobre y teniendo necesidades. Es preciso que comprendan esto —dijo Olivares, dirigiéndose al grupo—; todos nosotros somos pobres, está es nuestra característica y por eso debemos unirnos para ser más fuertes. Posiblemente encontraran no un rico, sino a muchos que los convenzan de lo contrario; que les hagan cuentas bonitas y les demuestren que trabajando para ellos todas las necesidades se acaban o acabaran. Esto es falso, siempre tendrán dificultades, y aunque dejarán de tenerlas, no por eso se convertirán en seres diferentes al resto de nosotros. Ésta es la razón por la que debemos estar juntos, procurar defender nuestros intereses, como va a ser nuestra futura casa. Las palabras de Olivares no convencieron a Sebastian Jiménez, que con disgusto se agregó a la comitiva, rezagándose, en un impulso inconsciente de separación. Ya él había resuelto sus problemas, ¿qué tenía que buscar junto a los demás?

XXV

Por la primera vez, Félix Morelos tuvo que cruzar el río enviado por su patrón para enganchar jornaleros que cortaran el arroz. Hasta entonces los mismos peones llegaban a su finca por aquella época, cuando los cultivos estaban maduros, a ofrecer su trabajo. Entonces Jesús Espitia les imponía los jornales, y ni siquiera los igualaba, señalando el salario a su arbitrio, según el porte del labriego, su trabajo o el número de su familia, sin tener en cuenta el rendimiento de cada uno. Con todo, los peones invadían la finca, algunos con los enseres indispensables para vivir, resignándose por anticipado a cualquier salario que se les fijara. He aquí por que el gamonal se extrañaba que muy pocos hubieran solicitado enganche y que aquellos que lo hacían fueran extraños a San Bernardo.

Ya Morelos le había contado que el maestro preparaba algún golpe. Repetidas veces en el día lo vio reunirse con los cortadores en la Casa del Campesino. Su olfato de sabueso no se equivocaba. Ese día llegose a casa de Paco Zarante, por considerarlo de los más fieles y porque tenía cuatro hijos hechos ya unos hombres, que eran buenos cortadores como su padre. Al viejo jornalero, que por todos los años de su vida cosechó en tierra del hacendado, no le extrañó verlo entrar a su casa.

—El patrón está indignado contigo —rezongó Morelos— porque ya el arroz esta que amarillea y ni tú ni tus hijos han tenido el deber de acercarse por allá. ¿Acaso están enfermos para tanta sinvergüenzura?

—Ningún deber tenemos nosotros para irle a trabajar a tu patrón, que siempre lo hacemos por necesidad —respondió Zarante, queriendo mostrar rebeldía que no lograba asumir.

—¿A qué vienen esas vainas? Por deber o necesidad, de todos modos han debido ir. ¿Acaso esperan que el mismo patrón venga a obligarlos en persona?

—¡Nadita de eso! La necesidad nos obliga a ir y estamos dispuestos a cortar, pero ni yo ni mis hijos cortaremos un solito grano si antes tu patrón no arregla lo del jornal con el secretario —diciendo esto Zarante llevose a la cabeza el sombrero y se disponía a salir, cuando Félix Morelos, sorprendido, lo agarro de un brazo con cara de sorpresa.

¿Qué vainas son esas del secretario? ¿De cuándo acá has tenido tu sirviente?

—Tú llamalo como quieras, pero el asunto del enganche lo arreglaran con Azael Montes, que es ahora nuestro secretario en la Liga.

¿Pero de que hablas tú, pedazo de zoquete?

—Yo no sé nadita; anda a la Casa del Campesino, allá te explicaran mejor el negocio.

El capataz se quedó clavado como si sus pies hubieran echado raíces profundas en la tierra. No entendía una sola palabra de lo que le dijera el campesino, que para no dar mayores explicaciones se alejaba bajo los alares de las casas de bahareque, huyendo del sol que calentaba las arenas de la calle y lastimaba sus pies. Por pura intuición, Morelos comprendió que se conspiraba contra su patrón y quiso correr a su casa con la nueva. Recapacitó poco y mejor se fue a la cantina del pueblo, pertenencia de un sirio, en donde recopilaría más información.

El caserón de palma que hiciera de estanquillo se hallaba lleno de hombres, reunidos en torno a las mesas de billar de panos rotos y mugrosos. Contra la pared observando la trayectoria de las carambolas, otros esperaban el fin del partido para pedirle en avance una hora de juego al dueño, o jugaban baraja y domino. El sirio se mostraba generoso con los parroquianos. Le habían dicho que para ese año sí tendrían mucha plata, porque la Liga haría subir los salarios. Por eso se inquietó al ver entrar a Morelos, zumbando su foete contra su pantalón, hambriento de informaciones. Como el capataz viera que los jugadores le observaban entre curiosos y burlones, se acercó hasta el mostrador y dirigiéndose al cantinero preguntó:

—¿Cuál es el negocio de la Liga que se trae Azael Montes?

El sirio se rascó la barriga y abriendo descomunalmente los ojos, ahogó el olfato del capataz con su aliento a cebollas.

—¿No sabías tú nada de la vaina? Te contaré. ¿No quieres un trago? El maestro ha comenzado con la manguala y ha convencido a los peones para que no vayan al corte sin que el doctor les firme contrato. Los muchachos están alegres y dicen que ahora las cosas marcharan buenas. ¡Míralos como están de contentos!

Morelos escuchaba con ansiedad, sin poder explicarse la alegría del sirio. Con sus palabras tuvo bastante para regresar a la orilla, embarcar en una champa y cruzar el río en busca de su patrón.

—¡Venirme a mí con contrato! —exclamó Espitia, al oír lo que le decía Morelos—. ¿Qué es lo que se ha imaginado ese maestrico de escuela? ¡Conque pretende comunizar a mis peones! ¡Ya verá quién sabe de leyes y quién manda aquí! ¡Anda —dijo al capataz—, traeme el sombrero, que ahora mismo voy a someter a esos levantiscos!

Entró en la Casa del Campesino, acompañado del alcalde. Azael Montes sintió frío al verlo. Así reaccionaba ante las situaciones difíciles, mas no tenía miedo en absoluto. Se alegraba de poder asumir en buena oportunidad el cargo de secretario que le habían encomendado en la Liga Campesina. Por el pueblo corrió la noticia de aquella visita y muy pronto los campesinos se asomaron al local. Otros, como Paco Zarante y sus tres hijos, penetraron al interior, deseosos de ver de cerca lo que pasaría. Rafael Lagares, que se hallaba en el estanquillo del sirio, corrió a la escuela para comunicar al maestro la visita de Espitia, creyendo indispensable su presencia. Al pasar junto a la iglesia se percató de una conversación entre el cura y Félix Morelos, pues este último, obedeciendo órdenes del patrón, se había quedado fuera en espera de los acontecimientos. Nada tenía que temer Espitia, pero desde el incidente del matrimonio no se había visto frente a frente con el maestro, a quien creyó encontrar en la Casa del Campesino. Se extrañó de que no hubiese sido así y de hallar en su lugar al joven Azael Montes. Aunque le disgusto tener que cambiar palabra con el mozo, de la capa social más baja del pueblo, se alegró también de asegurar el triunfo por adelantado. Penetró al interior de la casa y sin dar importancia al joven sentado detrás de una mesa, reparo con marcada ironía sobre las bancas de madera y los asientos de cuero. Tuvo la impresión de encontrarse en una escuela pueblerina, pero la ausencia de pizarra y mapas le hizo olvidar aquel pensamiento. El

alcalde, tras él, miraba con desprecio, en un complejo de imitación hacia el jefe. Finalmente, el Espitia se cuadro con petulancia ante el joven, diciéndole:

—Bueno, quiero hablar con tu superior. ¿Dónde está que no lo veo?

—Permítame decirle —contestó Azael con entereza— que aquí no hay superiores, ni inferiores. Ésta es una organización campesina y todos somos iguales. Yo soy el secretario de ella y es conmigo con quien debe hablar, si es que se le ofrece algo con nuestros asociados.

Espitia tuvo paciencia para escuchar aquellas palabras por la sorpresa que le produjera el buen castellano y la respuesta razonada. Nunca pensó que aquel joven de pantalones remendados, con camisa sin almidonar y albarcas, le hablara de tal manera. Lo miró de arriba abajo y trato de reconocerlo. No le cabía duda, ése era el hijo de Ezequiel Montes. ¿Pero dónde y cuando aprendió a expresarse? Recordaba que meses antes, cuando fuera uno de sus peones, apenas podía reclamar su ración de arroz, plátano y yuca, como parte del jornal. Se inquietó un poco, aunque estaba seguro que lo fulminaría cuando lo llevara al terreno de las leyes.

—Quiero peones para que corten el arroz, ¿cuánto es el jornal que ustedes quieren por un día de corte, de sol a sol y sin haraganería? ¡Estoy dispuesto a pagar lo que quieran! —dijo, con sorna, observando de reojo al alcalde. Paco Zarante miró a su vez a los otros peones que se iban sumando. Rafael Lagares llegó con la noticia de que el maestro no vendría, que aquel negocio era asunto del secretario. Todos temían que Azael no fuese capaz de litigar con el abogado. Se mantenían a la expectativa.

¿Cuántos hombres necesita? —preguntó el secretario.

—Todos, los necesito a todos; ya saben que mis cultivos son grandes y siempre tengo escasez de brazos.

—Bien, actualmente sólo disponemos de doscientos hombres. Nuestra organización ha fijado como salario mínimo un peso por ocho horas de trabajo.

Espitia se abrió con una carcajada que asusto hasta al mismo alcalde. Su cuerpo se encogía con espasmos atrabiliarios, sin poder contener la risa; hasta el rostro se le enrojeció a pesar del oscuro pigmento.

—Entonces —dijo—, ¿no quieren el sancocho de cabeza de cerdo que les doy para que engorden y cincuenta centavos para que se laven la boca con un trago de ron?

Azael Montes no se inmuto; sabía que, ante todo representaba los intereses de la organización y debía tener prudencia. De buena gana le hubiera asestado un puñetazo en la boca para enmudecer su atrevimiento. Mientras avanzaba la conversación, nuevos campesinos llegaban, deseosos de conocer el convenio y la hora de empezar a trabajar. Muchos de ellos sufrían la necesidad del jornal y de no ser por el convencimiento que tenían de que Espitia se transaría antes de perder el arroz maduro, se hubieran ofrecido con el salario de hambre del que se vanagloriaba. Ya dos de los sambernardinos, escuchando la palabra de Félix Morelos, dieron la espalda a la Liga y habían empezado a trabajar esperanzados de que les pagaría cincuenta centavos al día y la comida. Pero los demás se abstuvieron. Marco Olivares los animaba todas las noches, haciéndoles ver que al fin y al cabo Espitia tendría que resignarse a pagar mejor jornal. Algunos de los asociados obtuvieron de Indalecio Negrete el salario fijado por la Liga, habiéndose preferido a los más necesitados. Pero todos estaban urgidos de dinero y he aquí por que se agrupaban ante el gamonal y el secretario. Confiaban en que se llegaría a un acuerdo, pero ante la sorna de Espitia comenzaron a dudar.

—Bueno, está bien —dijo éste, con maliciosa sonrisa—. ¿Quién va a firmar el contrato de trabajo por parte de los peones?

Yo, desde luego —contestó Azael, un poco entusiasmado.

—Tome usted nota de eso, señor alcalde —dijo Espitia, llamando ante la mesa a Flores, que, con gravedad, movió la cabeza afirmativamente.

¿Quiénes más figuran entre la directiva de la organización?

Azael contestó:

—Paco Zarante, como secretario de organización y Rafael Lagares, de tesorero.

—Tome usted nota de eso, señor alcalde —volvió a repetir Espitia—: ¿Y Marco Olivares que puesto tiene?

Azael Montes se quedó en silencio. Aquellas preguntas le despertaron desconfianza y, presintiendo alguna jugarreta del gamonal, tuvo buen cuidado de callar, aunque Olivares no

desempeñaba ningún cargo. Midiendo sus palabras, contestó:

—No tengo por que dar mayores informaciones que las que usted necesite como contratista. Por lo demás, aquí tiene el esqueleto del contrato, para que lo firme. En el figuran los nombres de los representantes de los campesinos —dijo, alargándole una hoja de papel membretado, que sacó de una caja de madera que había a un lado de la mesa.

—Es lo que necesitamos, Flores. Proceda a encarcelar a los que firman aquí, por el delito de chantaje. Esta organización o Liga, como estos sinvergüenzas le llaman, no ha sido debidamente legalizada para efectuar contratos. Lo que pretenden es sorprender la ingenuidad de los pobres peones.

Las acusaciones de Espitia produjeron un terrible desasosiego entre los campesinos. Paco Zarante y Rafael Lagares, cuyos nombres habían sido aludidos se acercaron a la mesa, dispuestos a defenderse. Azael Montes tuvo que detener a su padre, que trato de agredir a Espitia. Alguien llamó a Félix Morelos, que merodeaba en torno a la casa, y penetró seguido por varios alguaciles y peones. Al fin, el alcalde pudo decir algo en el barullo que se formó entre unos y otros para impedir que se fueran a las manos.

—Detengan a estos tres —dijo, señalando a los apoderados de los campesinos.

—Un momento, señor alcalde —aclaró Azael. Los policías a poner las esposas a los acusados cuando el joven saco de la caja de madera unos papeles estampillados y se los alargo a Flores. Los campesinos, confundidos por lo que pasaba, no sabían que actitud tomar, agrupándose en torno a los principales personajes, que cambiaban palabras acaloradamente. El alcalde tomó los papeles que le diera Azael y después de observarlos con curiosidad, un tanto nervioso, se los entregó a su vez a Espitia. La presencia de algunos sellos y la firma del Ministro del Trabajo le dejaron perplejo, sin saber que actitud tomar. Espitia leyó con atención los documentos.

¿Qué es esta vaina, doctor? —preguntó el alcalde.

—La personería jurídica de la Liga —respondió Azael, con satisfacción—; si usted quiere encarcelarnos aquí estamos, pero se las tendrá que ver con la justicia por abuso y arbitrariedad.

Jesús Espitia tiro los papeles sobre la mesa y se abrió paso por entre los campesinos, seguido por Morelos y el alcalde. Desde la

puerta arrojó amenazas:

—Ni uno solo de ustedes trabajara más en mis cultivos; ya los veré morir de hambre. Ni los mismos cincuenta centavos que les ofreciera recibirán cuando se acerquen hasta mis tierras hambrientos como perros. ¡No me faltaran brazos en otras partes!

Morelos no comprendía la intempestiva retirada de su patrón, cuando antes le asegurara que para ese día tendría para mucho. Su pistola dormía, los apoderados se burlaban, y todo por unos papeles amarillentos. ¿Qué poder tendría? Fue lo mismo que se preguntaron la mayoría de campesinos. Azael, su secretario, les comentó:

—¡No se aflijan, que las cosas marchan como queremos!

XXVI

Esa misma tarde el capataz partió hacia La Doctrina, el poblado más cercano a San Bernardo, sobre la barranca del río. Un boga en la popa, el canalete a guisa de timón, procuraba mantener la champa próxima a la orilla para que no la abriera la corriente impetuosa que se estrellaba sobre esa parte de la barranca. En el corto espacio que quedaba entre el capataz y la proa, el otro boga corría de un lado a otro compulsando con la palanca, una y mil veces. La voz de Morelos los aguijoneaba:

—¡Córrele, córrele, para llegar antes que se venga la oscuridad! —quería acercarse al pueblo a la hora en que los peones regresaban de su faena en las fincas de otros hacendados. La presencia del pueblo se insinuó con la lumbre de algunos ranchos y con más nitidez al escucharse la melodía de una canción popular.

—¡Los hojiteros tienen prendido el bullerengue! —exclamó el boga de la palanca, deseoso de alegrar los oídos del capataz. Sus músculos habían logrado remontar la corriente en el tiempo justo que aquél deseara. Los músicos tocaban sobre la barranca en el extremo de la calle principal del pueblo que partía desde allí para escurrirse por entre las casas de palma y boñiga desparramadas. Teniendo por mejor escucha la corriente del río, allí se agrupaban los mozos para regocijarse de sus propias habilidades. Hojiteros, famosos a lo largo del río, llamaban a los componentes de un grupo musical, que a falta de otros instrumentos daban rienda suelta a su sensibilidad artística con hojas de limón que apoyaban sobre la lengua y hacían vibrar contra el cielo de la boca. Imitaban la algarabía de la trompeta o las notas del clarinete. En torno a ellos estaban reunidos los cortadores que rezumaban el olor a tierra y a arroz maduro. Hubo movimientos de pies y manos cuando Félix Morelos, luciendo su pantalón blanco de dril se acercó hasta el grupo.

—¿Qué vientos lo han echado por aquí? —preguntó Críspulo Medina, que hiciera de director de la banda.

—Vengo a enganchar gente para el corte con buena paga —respondió el capataz, exasperando la codicia—. ¿Cuánto ganan ustedes?

Se hizo silencio; nadie quería responder por discreción. Pero Medina, más vivo, acogió la pregunta:

—¡Cuarenta y la comida!

—Eso es una miseria; cómo van ustedes a vivir con esa pendejada. Yo les ofrezco sesenta centavos y la comida, para que no tengan escrúpulo en dejar a sus patrones. No olviden, además, que Jesús Espitia tiene fama de consentir a su gente.

Volvieron a arremolinarse los pechos, ahora en señal de incredulidad. ¿Podría ser posible que se diera aquella paga por un día de trabajo? Un mozo de piel oscura, ladino y de comprensión rápida, dijo, con malévola desconfianza:

—¿Se ha vuelto loco tu patrón o es que el maestro continúa desbarajustando a su peonada?

La pregunta no sorprendió a Morelos, para ella llevaba su contra.

—Pendejos son los que obedecen al que nadita tiene, pues, ¿si él mismo no tiene para comer de dónde carajo va a sacar para darle a los que le sirven?

—Tus palabras son verdad; que el que a buen palo se arrima, buena sombra le cobija —confirmó Medina—, y no hay otro que dé leche.

—Así me gusta que comprendan ustedes, porque los zoquetes del Viento, oyendo la palabrería del maestro, dizque es comunista —vaya Dios a saber que es esa vaina—, se negaron a trabajar. Mi patrón les dijo que ni por pienso va a permitir que uno solo de ellos ponga su mano sobre el arroz y me autorizó a que les hiciera la oferta que les digo para castigarlos. Así pues, ya lo saben, corran el notición: sesenta centavos y buena comida. Desde mañana pueden bajar, llevándose toditas sus cosas para que él que quiera vivir allá, que al rico de mi patrón no le hacen falta ranchos para acogerlos. Con lo que él quiere a la gente.

Todos en el pueblo comentaron, hasta muy entrada la noche aquella propuesta de trabajo. Algunos lamentaban estar endeudados

con sus patronos; otros temieron alguna jugarreta, pero los más, que odiaban a sus hacendados, marcharon en la madrugada en canoas, dejándose arrastrar por la corriente. No ignoraban que Jesús Espitia era tan cruel y tal vez más que los otros gamonales, pero ahora pagaba más y de «dos cargas que incomodan, mejor es la de plata».

El Mono Espitia, con la misma consigna de Morelos, se había marchado a San Antero, en busca de cortadores, autorizado por su padrastro a pagar hasta setenta centavos al día y la comida, con tal de estimular a la gente. Comprendía Espitia que muy pocos hubieran accedido a venirse desde San Antero sin una paga seductora, pues debían alejarse de sus hogares y eso sólo ocurría cuando la necesidad atosigaba al campesino o cuando la perspectiva de unos centavos más compensaba la nostalgia. Como era la época de la recolección de arroz y en San Antero se cultivaba mucho, nadie carecía de trabajo; para entonces, en las horas de corte, quedaban solitarios los pueblos, pues sus moradores de todas las edades y sexos marchaban con los cuchillos dispuestos a desgarbar a las gramíneas. Los bancos de las escuelas permanecían desocupados y las casas se silenciaban como campanas sin badajo. Sólo la voz de los pilones caminaba por las calles con su retumbar de artillería. Por muy ocupados que estuvieran los jornaleros; por muy apegados a su tierra y por muy distante que estuviera San Bernardo, setenta centavos y la comida, por día de trabajo, era una carnada demasiado apetitosa para pasar inadvertida. Los sananteranos la escucharon halagados, y sin muchos miramientos, arreglaron su morral: un pantalón, la paruma y el cuchillo, bastaban para alejarse en busca de los nuevos cultivos.

Jesús Espitia se sintió satisfecho, tremendamente orgulloso, cuando viera bajar de las canoas de La Doctrina, apretujadas de hombres, y la romería llegada de San Antero. El arroz comenzaba a pudrirse y apenas los pajareros daban abasto para mantener a raya a las aves. Llegaban en la mejor hora para el corte y para mancillar la bravuconería de la Liga Campesina.

Marco Olivares y Azael Montes examinaron la situación creada conjuntamente con los labriegos, que ni por un momento se separaban de la Casa del Campesino. El rancho se había convertido en cuartel general de casi toda la población, y no bien Jesús Espitia movilizaba a sus hombres cuando un mensajero gratuito se

presentaba con la noticia:

—Félix Morelos partió para La Doctrina a contratar gente.

—El Mono Espitia se trajo a más de veinte enganchados de San Antero y dentro de poco vendrían más.

Sus caras se arrugaban a cada nueva noticia, preocupados por su suerte, que parecía más incierta, a pesar de las frases de estímulo de su secretario y del maestro. La tranquilidad los entretuvo mientras veían el arroz maduro, esperanzados en que Espitia accedería a cualquier transacción, antes de que se le perdiera. Pero si ahora traía gente de otras partes, ¿para que continuarían ellos negándose a trabajar? ¿Con que irían a comer? ¿Por que no solicitaba un nuevo acuerdo? ¿No sería mejor aceptar la paga que ofreció a los doctrineros y aun mejor la de los sananteranos? Fueron tantas las interrogaciones, tan manifiesto el deseo de los campesinos de engancharse a cualquier precio, que Marco Olivares temió que desertaran para aceptar cualquier oferta. Félix Morelos los lisonjeaba, diciéndoles que su patrón, a pesar de hallarse muy molesto, no guardaba rencor a los peones, sino a Olivares, que los había embaucado. Que el primero que deseara trabajar con una paga de cincuenta centavos y la comida; no tenía sino que cruzar el río y ponerse bajo sus órdenes. Sin embargo, su actitud divisionista no mellaba el ánimo de los campesinos, porque la cohesión mantenida por los Montes en torno a su apellido, siempre inmiscuido en todos los hogares, era un nudo difícil de romper sin crearse enemistades muy largas.

—¿Qué es ese cartelón grandote que hay en la barranca y qué dice? Andate, Medina, lee, ¿no dizque sabías deletrear?

El aludido se incorporó del fondo de la champa, apoyándose el hombro del compañero sentado a sus pies. La sana alegría de los doctrineros se hizo sentir con sátiras y pullas:

—¿Qué es lo que pasa que no lees? ¿O es qué te enseñaron a deletrear sólo en la cartilla?

—¿Qué hubo? Cuenta para enterarnos, por lo visto debe ser vaina de la Casa del Campesino, ¡pues está frente a ella!

Las dos champas corrían con rapidez contra la corriente, aunque estaban sobrecargadas de hombres. Como los remos se recogieron para detener a la primera embarcación y dar lugar a que Medina

deletreara, ya que no lo sabía hacer de recorrido, la que venía detrás vino a embestirla haciendo que el lector cayera de cabeza al agua. Las carcajadas se expandieron sobre la corriente del río Medina volvió a encaramarse a la canoa tiritando de frío, pero se apresuró a decir a todos:

—Ese cartel dice que no debemos trabajar por menos de un peso al día, que si así lo hacemos traicionamos nuestros propios intereses.

¿Pero qué valor tiene que un papel diga eso?

—Anda tú y dobla para donde Espitia, ¿qué carajo vamos a buscar al pueblo; te espera allí alguna mujer?

—Tú, que dices que has leído el letrero, ¿por qué no dices quién lo escribió? Así podemos saber a qué atenernos.

—Para allá iba cuando me zamparon en el agua. Déjenme leer otra vez; la cosa no está para juego.

—Bueno, lee pronto, ¡que la corriente nos arrastra!

Críspulo Medina, las ropas pegadas a su cuerpo delgado, se enderezó otra vez. Los compañeros detuvieron la champa, permitiéndole que iniciara de nuevo su lectura. Finalmente, cuando hubo deletreado, dijo, con gravedad:

—Pues la cosa es de la Liga, pide que antes de aceptar cualquier propuesta de trabajo debemos hablar con ellos.

—¿No se los decía yo? Desde que vi a Morelos ofreciendo buena paga, me dije que había gato encerrado en el asunto. El lobo con la piel de oveja, así mismo, ni más ni menos —gritó un mozalbete mestizo; su voz cruzó de una champa a la otra, detenida contra la barranca. De ella le respondían:

—Mira para el embarcadero, ¿nos están llamando?

Efectivamente, desde la barranca, Paco Zarante gritaba a su compadre Medina:

—¡Compadre Críspulo, arrímese por este lado para platicar sobre la paga!

Medina, que no en balde fungía como director de los hojiteros, dio la voz de mando para que las champas cruzaran el río. Las palancas comenzaron a encajarse con ahínco en el barro, impulsando las canoas río arriba, para luego, dejadas a merced de la corriente, enfilarlas con los remos hacia la orilla opuesta. El río, bastante crecido, logró arrastrar las champas más abajo del

embarcadero y las palancas debieron empujar nuevamente hasta que las proas escoraron en tierra. Zarante y Medina marcharon delante de la comitiva. Mientras el uno hablaba, el otro callaba severamente. Tras ellos seguía el resto de doctrineros, preocupados por la situación planteada. Frente a la Casa del Campesino se aglomeraban muchos hombres. Abundaban los rostros desconocidos, gente venida de otros lados. Se supo al momento que habían llegado de San Antero, atraídos por el deseo de ganar mejor jornal, pero que los del pueblo los llamaban a cooperar en su movimiento. Unos se decidieron a trabajar, sin tener en cuenta las opiniones de los sambernardinos. Otros, por el contrario, celosos de guardar la vieja amistad entre los dos poblados, se preocupaban por llegar a un acuerdo. Azael Montes les proponía:

—La oferta que les hace Espitia de setenta centavos y la comida es mejor que la que ustedes recibían en San Antero, pero si ustedes se unen a nosotros y no aceptan trabajar por menos de un peso, ¿no ganarían?

Hubo descontento entre los doctrineros. Se comentaba que si a los sananteranos se les pagaban setenta centavos y la comida, ellos no trabajarían por menos tampoco. Medina habló en su nombre:

—Yo no creo que los sananteranos corten más que nosotros. Esto lo podemos demostrar en cualquier parte. Entonces, pues, ¿por que Espitia les paga a ellos más que a nosotros? Hemos venido a trabajar, eso es cierto, pero no por debajo de nadie. Los doctrineros trabajaremos siempre que todos ganemos parejo.

En las palabras de Medina se adivinaba la luz que Paco Zarante le había dado. Así era como debían plantearse las cosas: jornal igual para todos. Los sananteranos, encabezados por Aristóbulo Arrieta, conocido entre los suyos por su tendencia a la oratoria, creyó oportuno aprovechar la ocasión para una perorata:

—Me gustan los chanchullos y las trapisondas. Este asunto se está poniendo bueno. Miren ustedes, nosotros vinimos contratados para ganar setenta centavos y la comida. Eso está bien para lo que ganábamos allá, pero así como los doctrineros no quieren trabajar por menos que nosotros, yo creo que no habrá ni un solo sananterano, sananterano de verdad, que se cotice menos que un sambernardino, y conste que no lo digo por desafiar, pero así es la cosa, ¡nosotros también merecemos un peso por día! Entonces, creo

que lo que la Liga dice es lo mejor; ella quiere aumento igual para todos.

Se dejaron oír algunas palmas y no pocas risotadas porque en el entusiasmo de su elocuencia el orador manoteo el rostro de Críspulo Medina y estuvo a punto de caerse del asiento que había colocado sobre una piedra para que hiciera de tribuna. No hubo discrepancia con la propuesta de Arrieta. Azael Montes, orgulloso del rumbo que tomaban las cosas, habló para que se nombrara una comisión que entrevistara a Espitia. Aristóbulo Arrieta, Críspulo Medina y él mismo, representando cada uno sus respectivos paisanos, cruzaron el río. Félix Morelos los acompañó, no sin reservas, temeroso que la oferta enfureciera al patrón y lo recriminara delante de los comisionados, ya que momentos antes le había jurado que por lo menos se podía contar con la gente de La Doctrina, a quien tenía bien convencida.

En el pueblo no se hablaba de otra cosa. Las mujeres descuidaban los quehaceres de la casa y preocupadas también por sus propios intereses se acercaban a la Casa del Campesino para seguir de cerca los acontecimientos. Marco Olivares apenas podía concentrarse para enseñar la gramática o la aritmética a sus alumnos. Hubo veces que cambió el orden de las clases, hablando de historia o de geografía, en vez de números, pues era tanta su abstracción que las sumas y restas eran un insulto a las matemáticas. De buen grado habría estado al frente de los campesinos en aquellas horas decisivas, pero prefería dar el ejemplo de orden y responsabilidad, pero no bien salía el último alumno, cerraba la escuela y corría a la Casa del Campesino. Informado de los sucesos, consideraba la situación estimulándolos en la lucha.

Cuando Azael Montes le contó que Espitia se resistía a pagar el jornal solicitado, tuvo que enfrentarse a la grave situación que se presentaba con más de doscientos hombres sin casa donde dormir, sin nada que comer y hostigados por la necesidad de recibir dinero para las necesidades hogareñas. Hizo saber a los campesinos que la solución del impasse en que se hallaban sería favorable a todos, siempre que se mantuvieran unidos, pues si hasta entonces el Espitia no quería reconocer el salario exigido, no era menos cierto que el arroz se pudría. Una semana más y Espitia vería convertidas en cementerio sus sementeras. Se debía resistir de cualquier modo

hasta que la usura lo hiciera reconocer sus demandas.

Pero cuando su explotación tomó forma tangible, como al negarse a aumentar unos centavos al precio de su labor, entonces las peladuras de su vasallaje dolieron a todos.

Jesús Espitia oyó que el pueblo gritaba desde el lado opuesto del río contra él. Pudo comprobarlo cuando los cargadores se negaron a acarrear sus sacos de arroz de sus pañoles a las bodegas del barco que debía conducirlos a Cartagena. Ni un solo grano de arroz fue movido. Se lo testimonio Félix Morelos cuando le dijera que los campesinos, reunidos en torno a la Casa del Campesino, lejos de incomodarse, parecían más satisfechos que nunca, cantando canciones, oyendo la copla agresiva de Carrillito o las pullas de los hojiteros. Supo de la cooperación de ricachones como Indalecio Negrete, quien regalo una vaca, sacrificada en mitad de la plaza, desollada, cocida y fragmentada entre todos los llegados de San Antero, de La Doctrina y poblados circunvecinos. No creyó que las canoas cargadas de arroz hasta los bordes procedieran de los sequeños, que solidariamente enviaban los primeros frutos de la cosecha de ese año para que no cedieran por hambre. Y hasta el mismo cura Olascuaga dejó de sermonear en contra de la Liga Campesina, al percatarse de que sus diatribas sólo conseguían desviar el curso de las gallinas y patos, pues en vez de agruparse en el patio de la iglesia, alimentaban los calderos en la plaza donde se cocía el sancocho.

Fue así como el gamonal, después de tres semanas de inútil espera, transigió con la comisión que representaba a los labriegos, comprometiéndose a pagar un peso por ocho horas de trabajo y buena comida a los peones. Jamas hubiera imaginado que, además de arroz, la yuca y el plátano, debía dar carne por lo menos una vez al día y que, si deseaba intensificar la jornada de ocho horas, pagaría veinte centavos por hora de trabajo extra. Por primera vez, a lo largo del Sinú, se habló de horas de trabajo y no de días; se habló de salarios y no de cambios. Apenas se sospechaba que aquellos nuevos vocabularios traerían más felicidad a los campesinos que la primera piladora que acabó con muchas pilanderas.

Azael Montes, el hijo de la «perrata», el menor de los legendarios Montes que formaban la gleba, de la noche a la mañana se hizo un

personaje tan conocido como el cura, sin haber recurrido a las hazañosas inventivas de su padre. Simplemente se había comportado como un buen secretario.

XXVII

María Teresa se vio libre de remordimientos de su boda. El padre le había ido a visitar a Los Secos y le manifestó su satisfacción por el matrimonio. Pudo ver su arrepentimiento por intentar arrojarla en brazos de la deshonra, impelido por la codicia. También se sentía menos atemorizada por la venganza de Espitia, ya que éste se abstuvo hasta entonces de mostrar su ira; todo le hizo creer que las cosas se habían resuelto satisfactoriamente.

Echado sobre la yerba, en la barranca del río, Juancho veía acrecentarse la corriente. Las primeras plantas acuáticas del invierno se reunían en las bocas. Las aguas se enturbiaban con el limo de las ciénagas y la ribera emanaba un olor a tierra húmeda. Tendido como un réptil, mientras batía las manos en el agua, el niño se imaginaba ser un árbol que hundiera las raíces en la corriente. A su contacto experimentaba una profunda compenetración con el río. Interrumpieron su arrobamiento los pasos de María Teresa, que vino a sentarse a su lado.

—¿Qué haces? ¿Sueñas con los ojos abiertos? —le preguntó.

—Sí —respondió Juancho. ¿Qué otra cosa podría decir? ¿Acaso no era un sueño cuanto experimentaba? Con simples palabras no le era dado expresar sentimientos. Al contemplarlo juguetón con la corriente; María Teresa le volvió a interrogar:

¿Tú quieres al río?

—Bastante —dijo, agitando las manos en el agua—; no sé cuanto le quiero, pero es bastante. El maestro nos ha dicho lo mucho que le debemos; si no fuera por él, todos estos campos serían estériles desiertos, sin árboles ni animales. Nos veríamos obligados a abandonar la labranza, y de no marchar a otras tierras moriríamos de hambre. El río es la salvación para nosotros. ¿Qué habría sido de nuestros padres, después de que Espitia les quitó sus tierras, si él no hubiera acumulado estos arenales para que pudieran vivir? Él nos

trae desde muy lejos los peces que comemos; lucha con el mar para impedir que el agua salada pudra el arroz. Todo se lo debemos; por eso el maestro lo llama Padre Río.

—¡Qué cosas lindas dices! El maestro sabe mucho; cuando tenga un hijo ira a la escuela, como tú.

—¿Y cuándo lo tendrás? —inquirió el muchacho, entusiasmado con la sola idea de tener un compañero para ir al colegio.

—¡Quién sabe! —murmuró un poco turbada.

—¡Vamos a coger mangos donde Espitia! —la sonsacó, deseoso de agradarla.

Recogían los frutos cuando descubrieron al Mono Espitia y Morelos, que acechaban detrás de unos árboles. Al verlos corrieron hacia el caño; pero antes de alcanzarlo, María Teresa fue derribada audazmente por el Mono.

—¡Infeliz! Déjeme. ¿Qué pretende?

Se resistía a los dientes que mordían sus labios y profanaban sus senos.

—Nada, palomita —respondió Espitia, lujurioso—. Tenías que ser mía y ha llegado la hora.

—¡Canalla! No lo conseguirá. —Y con puñetazos y unas se debatía, desesperada.

—¡Ya lo verás, gatita! —Y descargó un tremendo golpe en su barbilla, dejándola inconsciente.

Mientras tanto, Morelos arrastro violentamente al chiquillo para que no presenciara el acto brutal.

—¡Suélteme! ¡Suélteme!

—¡Perro rabioso, me has mordido! —Le abofeteó el capataz, arrastrándolo detrás de un matorral. Lo sujeto con amarras y amenazadoramente se puso a tasajear una rama con su navaja. Los gritos del niño, que reclamaba a la amiga, no lo inmutaban, divertido en pasar el arma cortante cerca de su rostro. Momentos después, cuando vio llegar al Mono arreglándose el vestido, se levantó con salvaje alegría hambriento de comentarios:

—¿Y qué tal le supo?

—¡No era para tanto! —contestó cínicamente Espitia. El capataz desato al niño, quien corrió hacia la amiga, tirada sobre la barranca con las ropas desgarradas.

—¿Qué te hizo, María, que te hizo? —inquirió, angustiado—.

¿Qué tienes, estás muerta? —repetía.

La brutalidad de la violencia la había dejado adolorida. «Estoy deshonrada», se decía mientras el niño no llegaba a comprender su silencio. Próximos a los ranchos, María Teresa se le arrojó a los pies y, juntando las manos, le pidió con lágrimas en los ojos:

—Júrame que no dirás nada a nadie, Juancho. Jurámelo por tu mama.

El niño respondió con la cabeza, sin alcanzar a comprender la trascendencia de su silencio.

A medianoche, María Teresa fue presa de raras convulsiones.

—Mujer, soy yo, José Darío; ¿qué te pasa?

La mujer no respondía. Lleno de pánico, el marido acudió al rancho de sus padres; al poco rato regresaba con ellos y Estebana, adelantándose, tocó la frente de la nuera:

—No tiene fiebre, es raro —dijo.

—Desde que volvió de la finca de Espitia se siente mal —explicó José Darío.

El viejo Goyo la observó detenidamente y al verla musitar palabras incomprensibles, dijo con misterio:

—¡Es brujería!

El hijo quedó desconcertado. La superstición se agolpo detrás de sus sentimientos. De repente, como si hubiera sido movido por fuerzas ajenas, dio un salto y tomó la palanca de un rincón.

—Voy a buscar al doctor.

—No hagas eso ahora —aconsejó el anciano, preocupado por los peligros del río en la noche. Pero el hijo ya soltaba las amarras de la champa.

Fuera del rancho, la noche era sacudida por la lluvia y los vientos. Sin poderlo evitar, la tormenta le arrebató a José Darío el trapo con que intentara protegerse, dejándolo apenas cubierto con la paruma. El chapoteo del canalete atrajo la atención del Currao, que iba tomando ya costumbre de visitar a Serafín Romero por las noches. La Antonia, con la vendimia de sus caderas, desquiciaba todos sus argumentos de soledad.

¿Para dónde sigues, Darío? —preguntó al ver que se debatía, afanoso en la corriente.

—Voy al Viento en busca del doctor; mi mujer se siente mala.

—Así es la cosa. ¿Y por qué te vas de este lado y no por el río?

—Ya ves como cae el agua y la corriente está que brama.

Aquella noticia hizo tambalear todos los proyectos que el Currao fraguaba con la Antonia. ¡Qué lastima, ahora que Serafín se había acostado, dejándolos solos! Tuvo ganas de pretextar cualquier cosa, aunque José Darío tampoco lo había invitado. Le remordía dejarlo ir sólo por los atajos de los cenagales. ¿Y si llegaba a extraviarse en los pantanos? Se informó de la gravedad de la enferma.

—Papá dice que es brujería.

—¡Cómo!

El Currao no lo pensó más, y bajo la lluvia tomó la palanca y se sumó a la embarcación. La Antonia los vio alejarse, llena de amargos presentimientos.

José Darío abrigaba la esperanza de que el médico salvara a María Teresa. Pero en una noche semejante, ¿arriesgaría él su vida en una frágil embarcación? Y en caso de que afrontara los peligros, ¿con qué dinero compraría las medicinas y pagaría el valor de la consulta?

A medida que se aproximaba al poblado entreveía la locura de su inútil arriesgamiento… Mas le hubiera valido velar a su lado toda la noche. De nada valía arrepentirse. San Bernardo estaba allí, dormido y acurrucado contra el suelo, defendiéndose de la lluvia interminable. En el embarcadero aseguraron la champa en medio de las otras, que amenazaban con romper las amarras y huir. Subieron por la barranca resbalosa, enterrando pies y manos en el barro. Las calles, convertidas en arroyuelos, atajaban sus pasos. Al fin sus dedos sonaron con insistencia en la puerta. José Darío repitió varias veces aquel movimiento y, como única respuesta, oyó un perro que ladraba. Un rostro de mujer se asomó.

—¡Quiero ver al doctor!… ¡Mi mujer se muere! —inquirió el campesino.

—¡Ay, cuanto lo siento! El médico no está en el pueblo.

Al observar su desconsuelo, la señora le aconsejó que viera al estudiante de Medicina que ocasionalmente pasaba las vacaciones en el pueblo. La débil esperanza, después que todo parecía perdido, incorporó a José Darío renacidas fuerzas. La madre del estudiante asomó a la ventana y se enteró de la demanda. Sintió incomodidad por aquella solicitud en noche tempestuosa; pero llamó al hijo,

experimentando cierto orgullo de comunicar al joven doctor que necesitaban sus servicios. Otro sentimiento, sin embargo, despertó en el muchacho la noticia.

—¿Un enfermo moribundo? —exclamó al verse en trance tan difícil. O cómo primera excusa, aun adormitado, preguntó—: ¿Y el doctor? ¿Por qué no van dónde él? Es lo indicado.

No bien hubo concluido sus últimas palabras, cuando recordaba que el médico se había ausentado del pueblo.

Minutos después recorría las anegadas calles a la luz de su lamparilla eléctrica; el camino se hacía más visible, pero no por ello más viable. Cubierto con su impermeable, seguía a los campesinos. Al aproximarse al embarcadero, previendo una funesta respuesta, preguntó:

—¿Y dónde está su enferma?

—Allí no más; pronto llegamos —respondió José Darío, queriendo tranquilizarlo. El estudiante, que conocía el desdén de los campesinos por el peligro y la distancia, comenzó a flaquear de ánimo. ¿No era arriesgar demasiado embarcarse con el río crecido? Los movimientos del Currao no le dieron tiempo a reflexionar, y antes de que comprendiera todo el peligro de la aventura, la champa se deslizaba veloz sobre la corriente. En la oscuridad, sus zapatos se encharcaron al pisar el fondo de la embarcación, y al primer impulso de la palanca cayó tendido en el lecho inundado. Recibió tan fuerte golpe en la mandíbula que no tuvo lugar a quejas y se limitó a recoger el estuche de inyectar, cerciorándose de que no había sufrido daño.

En el joven crecía la admiración por la fortaleza de los campesinos ante la adversidad. Pensaba en sus propios padres, labriegos rudos y vigorosos, hijos de la tierra sinuana, como aquellos que acompañaba, acostumbrados a desafiar los peligros. Al sentirse temeroso en extremo de un naufragio, reconocía cuánta era su cobardía. La vida cómoda de la ciudad y los estudios degeneraron en él ese vigor que heredara de sus padres. En la oscuridad, sus ojos inexpertos se extrañaban de todo. Por sobre su cabeza rodó el aleteo de una garza asustada y sus graznidos le hicieron temblar de miedo como un niño… Hasta le pareció ver en los leños flotantes los cuerpos escurridizos de los caimánes en acecho.

La enferma se recobró rápidamente después de tomar los tónicos que le prescribiera el estudiante.

No es nada. Ya todo pasó —dijo éste, dirigiéndose más a los familiares que a la enferma.

—¿Has oído, linda? Todo pasó —comentó José Darío al lado de su mujer, que no cesaba de llorar.

—Debes tener mucho cuidado con tu esposa. El matrimonio la ha puesto delicada. Necesita reposo, tranquilidad.

—Últimamente trabajó mucho —explicó el marido—, pero desde ahora descansará.

El estudiante pasó el resto de la noche en sus cuidados médicos. En la choza harapienta, al calor de los seres abandonados a sus propios recursos, contempló entusiasmado el éxito de la medicina. No se explicaba como los campesinos podían sobrevivir a las calamidades. En tanto ellos se entregaban a las faenas del campo en beneficio de la sociedad, los políticos, los ricos y los curas sólo se acordaban de ellos para exigirles más rendimientos y menos pereza. «Esta injusticia —se decía— debe terminar». Sus pensamientos redentores crecían a medida que reparaba en las paredes ahumadas y en el techo grietado, por donde fluía el agua a torrentes. José Darío le interrumpió sus meditaciones para balbucearle sus agradecimientos y su propósito de cancelarle la deuda con la venta de los primeros puños de arroz de la próxima cosecha. El estudiante le golpeó fraternalmente la espalda.

—Esta noche he ganado lo suficiente con esta dolorosa experiencia.

XXVIII

No bien entró el mes de octubre cuando las lluvias hicieron desbordar las aguas del Sinú. La creciente, con violencia inusitada y sin precedente, inundó las llanuras. En un comienzo los campesinos creyeron que el río se contentaría con arrasar dos de las casas próximas de la barranca de San Bernardo. Pero cuando vieron que sus ímpetus sobrepujaban toda consideración, elevaron los brazos al cielo implorando misericordia. ¿Qué sería de ellos, cuando el mismo Espitia, por primera vez, veía amenazada su lujosa vivienda? La corriente irrumpió por encima de las defensas de mampostería, y muchos de sus muebles habían sido arrastrados río abajo.

Los plantíos, que comenzaban a espigar, sufrieron la acometida de las inundaciones. Arrancados de raíz o sepultados bajo las empalizadas de la corriente, morían destruidos. De muy arriba bajaban flotando en las aguas los cuerpos putrefactos de reses y burros sorprendidos por la creciente. Sobre sus voluminosos vientres picoteaban, hambrientos, los zopilotes con glotonería. Hasta Los Secos llegó el cadáver de un hombre; los ojos y orejas, roídos por los pececillos, estaban horriblemente desfigurados.

Fuese a enredar en los troncos del rancho donde Carrillito tocaba su tambor, y los sequeños creyeron desde entonces que la música hechicera del tamborilero era irresistible aun después de la muerte.

Los daños de las inundaciones no sólo se limitaban a la destrucción de casas y siembras. También sembraba la peste en ambas márgenes. Pequeños pueblos tenían que ser evacuados, y sus moradores perseguidos implacablemente por el paludismo y la tifoidea. El padre Olascuaga no alcanzaba a suministrar las ceremonias religiosas a los muertos. Muchas veces era arrancado de la última sepultura de toda una familia para que bendijera en otros pueblos a los moribundos. En San Bernardo los mismos deudos

cavaban las fosas a sus difuntos, porque el sepulturero había sido una de las primeras víctimas. El único médico se declaró impotente por falta de medicinas. A su lado, Marco Olivares observaba la columna del termómetro, preocupado por la suerte de un discípulo.

—¡Cuarenta grados! —exclamó el médico, inquieto—. ¡Nunca presencie una epidemia de malaria tan grave!

¿Cree usted que se salvará, doctor? —interrumpió, ansioso.

—No puedo asegurar nada —respondió el médico—. Carecemos de las medicinas indispensables. No queda en el pueblo una sola píldora de quinina. De Lorica no han respondido a nuestro llamado y estamos todos condenados a muerte.

Sin poderse contener, Olivares impugnó:

—Higiene deficiente, alimentación pobre, educación lamentable y los señores feudales explotando al pueblo. Esto debe acabar, porque la dignidad del hombre así lo exige.

—Tal vez —añadió el médico—, pero en el momento no hay salvación. La muerte acecha a los miserables.

El pequeño comenzó a quejarse bajo los escalofríos. Marco Olivares se retiró a la sala y se dejó caer sobre una silla. Hacía muchas noches que le era imposible conciliar el sueño, visitando a uno u otro alumno enfermo. Dos de ellos habían muerto abatidos por la enfermedad. La madre del niño enfermo se le acercó llorando y le ofreció un pocillo de café caliente. Al agarrar el plato, sus manos temblorosas derramaron el contenido.

—Está usted enfermo, maestro —exclamó la mujer, desesperada.

El médico le tomó el pulso, pero antes de que profiriera el diagnóstico, Marco le confesó:

—Es la fiebre. Hace dos noches que me dan escalofríos. Había callado para utilizar la quinina en provecho de mis alumnos.

Con las pérdidas ocasionadas por las inundaciones y la escasez de brazos, Jesús Espitia se mostró preocupado. Varias veces al día recorría sus plantíos, siempre de a caballo para no humedecer las botas. Tenía que usar de su presencia para que los peones no abandonaran los cultivos, hostigados por los mosquitos. Morelos, rebenque en mano, lo seguía silencioso, apenado de su impotencia para hacer trabajar a los pocos hombres bajo su mando. Al paso del gamonal, uno de ellos cayó, sin poder resistir por más tiempo los

latigazos de la fiebre. Varios de sus compañeros se precipitaron sobre el caído y trataron de levantarlo; pero Morelos bajo con rapidez del caballo y les gritó:

—¡A trabajar, flojos! Necesitamos recoger el arroz antes de que el agua lo arruine todo.

Los labriegos se retiraron a la faena y escucharon las palabras de sus amos, que comentaban el hecho.

—¿Cuántos peones han muerto? —preguntó Espitia.

—Desde que comenzó la mortandad han caído ocho. La maldita quinina ya no les hace efecto. Si continúa la epidemia no habrá quien corte el grano. Los hombres huyen y nadie quiere acercarse a las matas, donde se esconden los zancudos.

En Los Secos la epidemia también hacía estragos. Arcadio López fue la primera víctima. De nada le valieron los cuidados de la Anselma, que día y noche, sin separarse de su cama, le prodigaba todos sus cuidados. La fiebre lo enloquecía, delirando con el corte de arroz:

—¡No dejen que Campo Elías corte más puños! ¡Déjenme esta punta para desmontarla yo solo! —gritaba, y Próspero Huelva tenía que sujetarlo para que no se levantara de la cama. Finalmente, la fiebre subió muy alto y entró en agonía para morir. La pobre Anselma no presenció su entierro en un sombreado rincón bajo los mangos de la barranca ajena, porque ese mismo día la fiebre la tumbó en cama. Vinicio y el viejo Goyo también padecían, mordidos por la enfermedad. Los varones que acostumbraban a cortar el arroz fueron las primeras víctimas; pero más tarde el contagio se propagó a todos los habitantes, sin respetar sexo ni edad. Al ver a su marido enfermó y urgido del grano, Rosaura lo reemplazó en las labores, pero no por mucho tiempo. A los pocos días revivieron sus fiebres y trato de sobreponerse a sus fatigas. Una tarde no pudo más, y metida en el agua hasta las rodillas, las fuerzas la abandonaron. El cuchillo cayó de las manos y poco después desplomábase sin sentido. José Darío acudió a grandes pasos y la sacó de las aguas que la habían cubierto, llevándola hasta los ranchos. Serafín Romero comentó:

—Pobre Rosita, ha estado trabajando todo el día a pesar de la fiebre.

Al llegar a su habitación, Rosalía Padilla, que cuidaba de

Vinicio, preguntó alarmada:

—¿Qué le pasa?

—Ha enfermado —respondió José Darío, mientras depositaba a la enferma sobre una cama; en otra, sacudido por la fiebre, deliraba el marido con su nombre.

¿Queda todavía quinina? —inquirió José Darío.

—Muy poca —contestó Rosalía—. Anoche repartí en los otros ranchos. Los pobres enfermos se vuelven locos con los escalofríos.

Al fin la fiebre bajaría y se ausentaría por caminos desconocidos, dejando su mortandad, como otra creciente que desembocara en los oscuros huecos de las tumbas recién abiertas.

Desde el instante en que fuera víctima de la cobarde violación del Mono Espitia, María Teresa tuvo deseos de suicidarse, pero el miedo a Dios la abstuvo de cometer lo que para ella era un pecado. Poco a poco la fue invadiendo la lucha interior planteada por el dilema de vivir deshonrada o pecar. No comprendía los designios de Dios, pues mientras fue concubina de José Darío disfruto de felicidad; si entonces hubiese sido castigada nada habría objetado. Atormentada por la duda, llegó a plantearle a Dios su injusticia. ¿Por qué los pobres, los creyentes, los sumisos y humildes eran perseguidos por la cólera divina, y en cambio Espitia y los suyos, los ricos descreídos, eran auspiciados en sus crímenes contra ellos? En medio de su desolación, llegaban los recuerdos de sus confesiones y la voz piadosa del cura recordándole los sufrimientos de los mártires cristianos. La debilidad de su fe se fortalecía con los sofismas aceptados como dogmas. Entonces pedía la muerte como un acto misericordioso, pero sus suplicas no eran oídas.

A esta turbación vino a añadirse otro conflicto no menos terrible. Sus antiguos deseos de maternidad se habían cumplido. Cuando tuvo conciencia del embarazo tembló, horrorizada. En otras circunstancias, al descubrirse los senos tensos habría enloquecido de felicidad; pero ahora los primeros síntomas la hicieron estremecer. Atormentada se preguntó si aquel engendro era hijo del esposo o del bellaco. La incertidumbre le atormentaba y el cuerpo sufría la enfermedad espiritual. Escaparon del rostro los sonrosados colores de sus mejillas mulatas; los ojos se hundían en las cuencas y enflaquecía notoriamente. Esto, acompañado del cambio de

carácter, pues se había tornado silenciosa y hosca, alarmo al marido, que no olvidaba las prescripciones del médico.

María Teresa quiso confesarle su preñez, pero acudía a su mente el rostro felino del Mono Espitia con aquellos ojos lujuriosos, la boca babeante, cuando a golpes le hiciera perder el conocimiento. Entonces optaba por callar la deshonra al esposo. José Darío era bueno, juguetón y hasta parecía un niño con sus embelecos. Muchas veces se hacía el resentido cuando ella le negaba un beso, poniendo tanto interés en la ficción, que hasta lloraba copiosamente con algarabía de recién nacido. Pero era terrible cuando se encolerizaba. El conocimiento de la violación le enloquecería y, embrutecido, antes de lavar la mancha caería asesinado al cobrar la venganza; por esto prefería mascullar en silencio el desasosiego de la humillación. Cuando contemplaba al inocente Juancho, la respiración la sofocaba. ¿Y si el niño había comprendido el significado del drama? Hubiera bastado con que insinuara a José Darío lo sucedido para que éste lo comprendiera todo.

Una noche, José Darío descubrió el embarazo. Sorprendido no quiso creerlo; pero cuando su mujer le confirmó sus sospechas, explotó con alegría salvaje. La beso frenéticamente, ciñola entre sus brazos y soltó guapirreos entusiastas. Cuando se apaciguó su delirio le preguntó por qué se lo había ocultado, inquiriendo con curiosidad de niño y rencorosos reproches. Nunca pensó en la crueldad femenina llevada a tales extremos.

—¿Por qué me lo ocultaste, mujer? —repetía, hasta cuando el goce de la paternidad lo abatía enloquecido.

Imaginaba cuales serían las facciones del futuro hijo. Mujer o varón, tendría la piel morena, los cabellos ensortijados, sano y alegre: no otra cosa podría esperarse de padres mulatos. A lo que María Teresa respondía con lágrimas. «Si fuera todo lo contrario», pensaba.

¿Por qué lloras? ¿No quieres un hijo así?

—Sí, sí, pero me da miedo —respondía acosada por los reproches del marido, refugiándose en su pecho, temblorosa. Quería huir de sus presentimientos y los fuertes brazos de José Darío eran un abrigo a su debilidad.

—No llores, no sucederá nada —le decía éste.

Las aguas del río comenzaron a descender y los campesinos que habían sobrevivido a la epidemia volvieron a asomar sus cabezas enflaquecidas a la orilla del río. Las viviendas abandonadas escucharon las palabras de sus dueños; los picos y palas retiraron el lodo que cubría los pisos por encima de las ventanas. Todavía muchos enfermos estaban al borde de la tumba, pero la temeridad del hombre, infatigable en su lucha, les hacía hablar de la peste como de un suceso lejano, escondido en los rincones del pasado. En Los Secos, los varones volvieron otra vez a sus cultivos acuáticos, tratando de recolectar algunos granos que sobrevivieron al desastre. Hasta Vinicio, en plena convalecencia, quiso estar presente en las faenas.

—Corten rápido, muchachos —les alentó el viejo Goyo—, que se nos viene la sequía.

A lo que le respondió José Darío:

—Así es; pasó el tiempo de las lluvias, pero el verano será peor, pues nadie ha recolectado un solo grano.

—Es la esclavitud de la tierra —dijo sentenciosamente el viejo Goyo—; siempre nos arrebata lo que nos da.

Estas palabras fueron interrumpidas por Vinicio, anunciando la proximidad de gente extraña. Era el alcalde, Calixto Flores, y varios alguaciles armados de rifles, que obedecían instrucciones de Espitia. Desde que Los Secos se convirtieron en el granero más afamado de la región, su gula no durmió pensando en la forma de añadir aquellos terrenos submarinos a sus vastos latifundios. Además, quería vengarse del viejo Goyo y su familia, que tantas molestias le habían causado. Por otra parte, pensaba resarcirse, a costa de los sequeños, de las perdidas sufridas con las inundaciones. Hasta el grupo de labriegos se acercó el alcalde y después de sus saludos, oyó las frases acogedoras el viejo Goyo:

—¿Qué se le ofrece a la autoridad por aquí? —Y sin sospechar el objeto artero de la visita—: estamos dispuestos para servirle.

—No es nada que le agrade, Gregorio Correa —respondió el alcalde, incorporándose con altanería en la embarcación—: Venimos a notificarlos.

¿Qué se trae entre manos? —dijo el anciano cambiando de actitud, al igual que los otros—. Nada tenemos que ver con la autoridad, pero diga.

El alcalde sacó del bolsillo un papel sellado y estampillado, que en voz alta leyó a los campesinos. Era una orden judicial que notificaba a los sequeños de que desocuparan Los Secos, pues pertenecían a Jesús Espitia, dueño y señor de todas las tierras bajas del Sinú. Advertía la notificación que sólo la bondad de él, viéndolos en la miseria, les había permitido morar allí en tranquila paz; pero como viese que no prosperaban por derrochar los dineros de las cosechas en aguardiente, y como había sufrido grandes perjuicios por las inundaciones, se veía en la penosa necesidad de pedirles abandonasen Los Secos, pues iba a tomar posesión de ellos. Se concedía un plazo corto para la desocupación.

Semidesnudos, cubiertos de barro hasta el rostro, escucharon atentos la orden judicial. Enmudecían de coraje, pero nadie oso hablar antes que diera su opinión el viejo Goyo su lectura. Los pechos y las miradas hablaban ya demasiado de la soberbia que despertó la lectura. El anciano fue retratando en el rostro las diferentes reacciones que producían los términos descritos en el papel. Primero una sonrisa tímida de desprecio al escuchar las palabras que aludían a la bondad de Jesús Espitia; luego, se acentuaron sus arrugas sobre la frente y apareció el temblor en los labios de quien desea gritar y se contiene, la sangre que enrojecía los ojos y, por último, la contractura obligada de la boca. Hizo un esfuerzo para vencerla y pudo hablar:

—Ya me extrañaba que la autoridad nos visitara, porque cuando sufríamos las fiebres, entonces no se acordó de nosotros y nos dejó morir sin quinina. Pero sepa usted, señor alcalde, que no permitiremos que se nos quite la tierra. El río fue acumulando aquí y sólo él podrá arrojarnos.

—¿Conque se resisten? Pues bien, ¡ya verán cuando hable la justicia!

—Aquí la justicia es la fuerza —intervino José Darío sin poderse refrenar—. Nos atendremos a ella. Bien puedan cargar con todo cuanto les dé la gana. Aquí estaremos nosotros dispuestos a morir antes que permitirlo, ¡hijueputas!

La expectativa de aquel grupo de hombres, instigados interiormente por odio y venganza, amedrentó a los alguaciles, que no respondieron nada al escuchar el insulto. Cuando se vieron lejos, seguros de que los sequeños no tenían armas de fuego, incendiaron

el más distante de los ranchos, el de Carrillito, aprovechándose de que éste estaba ausente. Las llamas envolvieron rápidamente las palmas y cañabravas, sin dar tiempo a que pudieran salvarlo. Esa noche, congregados en torno al rancho del viejo Goyo, incinerado el tambor del músico, no se escucharon las gaitas. El río apenas recogía las repetidas maldiciones de los campesinos impotentes.

Antes que la policía, instrumento de Espitia, los hubiera violentado, abrigaban la esperanza de hallar justicia; pero desde el momento en que ardiera el rancho en manos de la misma autoridad, ya no pudieron creer en ella, pero tampoco buscaron en el cielo el alivio a su desgracia; cansados estaban de esperar la justicia divina. Igual que María Teresa, no comprendían al Dios que protegía al malo y castigaba al bueno. Por eso se dispusieron a oponer resistencia a Espitia, débil pero valerosa. Mejor era morir combatiendo que perecer destripado como lombriz sin rebeldía.

XXIX

Con los primeros rayos del sol, los sequeños sorprendieron las aguas cercanas tintas en sangre. Al punto descubrieron la fuente de donde manaba. Sobre la orilla y en la parte limítrofe con las posesiones de Espitia yacían degollados varios marranos. En la noche anterior los cerdos habían logrado huir de los chiqueros y atraídos por el olor de los mangos maduros, llegaron a nado a la barranca de Espitia. Al sorprenderlos, Morelos ordeno su exterminio. Después de ser conducidos a Los Secos, a machetazos les mutilaron los miembros y las partes genitales.

En presencia de tanta sana, los sequeños quisieron tomar venganza inmediata, viendo en los animales castrados sus propios cuerpos ofendidos. Sin embargo, los ánimos fueron calmados por la presencia del viejo Goyo, que atempero sus ímpetus.

La esperanza de tener un hijo parecido a José Darío borro de la mente de la madre la idea del aborto. Desde que tuvo esta certidumbre arrojó fuera de sí la imagen salvaje del Mono Espitia. Sucedieron días de relativa calma, que dieron a su semblante un poco de alegría, mostrándose menos huraña y más familiar. Esto agrado mucho a los suyos, especialmente al esposo, quien se lo reveló cariñosamente. Pero sus palabras hicieron brotar de nuevo las lágrimas a María Teresa.

—Bueno, no te lo diré más.

José Darío no comprendía la maternidad. Le preocupaba el misterio oculto que había en la mujer embarazada. ¡Cuántas fuerzas extraídas aparecían con el nuevo ser hasta influir y cambiar el carácter de la madre! Él mismo se sentía diferente. Nuevos bríos le acompañaban en el trabajo; la tierra le parecía más blanda bajo sus pies desnudos; la corriente del río, más tibia y el calor, menos sofocante. Interiormente un anhelo de vivir le inundaba como si la

sangre se le hubiera purificado. El pensamiento era más despejado: en todas las cosas sentía palpitar la vida del futuro hijo. Las flores eran como un mensaje de él: perfumadas y alegres, en medio de las hojas infecundas. Una tarde abandonó el machete de labranza y corrió por entre el arrozal como animal perseguido. Esta extraña actitud despertó la curiosidad de sus compañeros, pero cuando lo vieron acercarse al hogar distante, el de más edad habló con picardía:

—¡El hijo lo tiene enclocado!

Desde la madrugada, María Teresa sufría los dolores del parto. A falta de médico, Estebana atendía a la parturienta. El viejo Goyo, al ver al hijo acobardado, le dijo burlón:

—¡Caray! Cualquiera diría que eres tú el del parto. Cálmate, no será nada. Un momento y, ¡zaz!, el muchacho dando berridos.

Lo sé —respondió—, pero no puedo aguantar. Todo me ahoga, me hace falta aire.

—A todos nos pasa igual con el primero.

Todo anunciaba la inminencia del parto y ese día José Darío no pudo ir a trabajar; quería estar cerca de su mujer; escuchar el primer grito de su hijo. Mas, llegada la hora, tampoco tuvo el valor de presenciar el nacimiento. Desde afuera oía los quejidos de la esposa.

—¡Pobrecita! —musitaba impotente.

—No hay que temer —le aconsejaba Estebana, enterada del progreso del parto—. Dentro de pocos minutos serás padre.

El atormentado hijo acogió las palabras en silencio. Para él, esos minutos se alargaban demasiado. Para distraerse, siguiendo los consejos del padre, se puso a remar en torno al rancho.

La brisa de verano zumbaba en los árboles y arrancaba las hojas marchitas. A lo lejos, sobre el mar tranquilo, las gaviotas se dejaban columpiar a los golpes caprichosos de viento. Pero José Darío no veía, no sentía el resplandor venido de las cálidas llanuras, ni la fatiga de sus músculos cansados de remar; la idea obsesionante del hijo obnubilaba su mente. Por fin, el padre le llamó a viva voz.

Rápidamente acudió al rancho. Precipitose bruscamente al interior de la habitación y, nervioso, se acercó al lecho. Vinicio, enterado de la noticia, corrió en busca de Rosa Aura para darle la

buena nueva. Los demás campesinos se acercaron deseosos de conocer al recién nacido. José Darío tomó entre sus manos los trapos que envolvían a la criatura. La contempló con aguda curiosidad y después de largo mutismo volvió la mirada hacia el padre, que, en silencio, observaba su gesto.

—¡Este hijo no es mío! —dijo y oscureció el ceño con una mueca de desprecio.

Enfurecido, apretó la garganta de María Teresa, sin que ésta opusiera resistencia; ya azuleaba el rostro por la asfixia, cuando a los esfuerzos y gritos de los padres, José Darío dejó de comprimir el cuello.

—¡Es una puta! —exclamó y se precipitó al rincón de la vivienda, donde asió el machete. Adivinando sus intenciones, María Teresa se incorporó sobre el lecho y con las escasas fuerzas que aún le restaban, le sujetó el brazo.

—A mi hijo, no; es inocente. ¡A mí, a mí, mátame!

La abuela ya defendía con su regazo a la criatura y el viejo Goyo sujetaba al hijo furioso.

—¡No me mancharé con una puta!

A lo que repuso Goyo:

—¡Calla, hijo mío!

El padre contó a José Darío lo que María Teresa le confesara momentos antes del parto: la historia de su deshonra. Allí estaba Juancho temblando de miedo por la escena que presenciara. Al señalarlo el viejo, se limitó a afirmar con la cabeza, humedeciendo con un trago de saliva la garganta seca. José Darío, confundido por lo que oía, impelido interiormente por fuerzas contradictorias, de la cólera desatada pasó al rencor sofrenado. De sus ojos brotaron algunas lágrimas, que cayeron sobre el rostro de su mujer.

La razón había vuelto a la mente, pero la venganza anidaba en el pecho. Tomó al niño y lo despojo de las envolturas y sácolo fuera del rancho, en donde los sequeños esperaban impacientes. Las miradas confluyeron sobre sus manos, que mantenían en alto a la criatura.

—¡Es blanco!

La voz de José Darío se oyó ronca:

—Un día mi mujer fue violada a la fuerza por el Mono Espitia.

Éste ha sido el hijo. Yo reconozco en ella mi propio hijo, pero juro ante ustedes que esta misma noche vengaré la deshonra.

El perdón a la esposa no podía volverle la serenidad. Precisaba la venganza. Los vecinos se alejaron en silencio, guardando dentro de sí el mismo rencor. El padre se le acercó y abonó el pecho fértil a la semilla del odio. La conversación en voz baja apenas dejaba oír las maldiciones que hacían llorar a María Teresa. En vano quiso el viejo Goyo persuadir al hijo para que pospusiera la hora de la venganza, y dar tiempo de cambiar impresiones con el maestro. Las muecas despectivas de José Darío, sin poder liberarse de la idea de matar, indicaban cuán inútiles eran sus palabras.

—Este asunto es sólo mío —exclamó, rencoroso con lágrimas en los ojos.

XXX

A medianoche, José Darío se levantó del lecho en el que había estado inmóvil y pensativo. Con cuidado dirigió sus movimientos para no despertar a María Teresa, rendida por los estragos del parto. El mulato tomó de un rincón el machete, que gimió quejumbroso al golpear contra la pared; después se acercó a la esposa y tras de besarla, estampó también un beso en la frente del hijo bastardo. Con igual sigilo salió fuera y oteó el aliento de la noche. En torno a los ranchos se insinuaba la oscuridad, pegajosa y fría como el agua turbia de los alrededores. El canto de los sapos en la orilla opuesta era una invitación al crimen.

Más tarde se reunía a Vinicio, que con tres sequeños lo esperaba, según lo convenido: Rosalío Gabalo, con quien había congeniado en los días de pesca; Efigenio Arrázola, que olvidó la familia para secundar al amigo, y Serafín Romero, nunca satisfecho de cooperar en las grandes empresas de Los Secos. Todos ellos habían tomado como algo propio la ofensa inferida al amigo. Se movían con dificultad sobre el barro duro, hollado por las pezuñas de las reses. Cada uno de los cinco hombres llevaba al cinto su machete y en sus mentes muy claros los actos que estaban dispuestos a efectuar. En sus mentes se agigantó la figura abominable de los villanos al encontrarse con los despojos de los cerdos sacrificados. Sintieron que nuevos lazos los unían. Vinicio, que marchaba sin conocer al hijo en el seno de la madre, recordó la escena que acababa de tener con su esposa, cuando pegó sus labios al vientre fecundo y sintió en su interior como el hijo le correspondía inquieto. Rosaura, dormida, no pudo ver aquel adiós a través de su vientre.

Se acercaron a la vivienda de la peonada, distante de la casa de Espitia, y notaron que todo en ella dormía. Como nada dejó traslucir la menor sospecha sobre el ataque, les fue fácil irrumpir en su interior violando las puertas. Con el estruendo del empellón,

despertáronse los dos peones que allí dormían y amenazados por los machetes, cayeron de rodillas implorando clemencia. Vinicio descubrió varios rifles ocultos debajo de una estera. José Darío interrogó sobre aquellas armas.

—Son órdenes del patrón. Hace días que las hizo traer.

—¿Con qué fin? —volvió a inquirir, con el machete desvainado.

—El patrón temía que ustedes asaltaran la hacienda —confesó uno de ellos temblando de miedo, y agregó—: Estábamos aquí de guardia, pero nos dormimos…

Vinicio, perdida la paciencia, grito al cuñado:

—¿Qué hacemos con estos marranos? Sin duda alguna fueron ellos quienes asesinaron a los puercos…

—No nos vayan a matar —gimió el más cobarde.

—Tengo hijos —agregó el otro, también amedrantado.

—Nosotros también somos padres y, sin embargo, iban ustedes a matarnos —exclamó José Darío.

—Son cosas del patrón. ¿Qué interés podemos tener nosotros, gente buena, en molestarlos? Replicó uno de ellos—. Si no obedecemos, ya sabe…

—No digan esas vainas que si ustedes no obedecieran nadita les sucedería, pero el miedo los acobarda y por eso atacan a sus mismos hermanos —explicó José Darío—. Les perdonamos la vida, pero no olviden que esto lo hacen quienes van a sacrificarse por eliminar a los Espitia, que son los verdugos de todos. Si nos uniéramos —agregó—, ni él ni nadie sería más fuerte que nosotros…

A una orden de José Darío, Gabalo y Arrázola comenzaron a sujetar con amarras a los dos mozos. Uno de los peones informó:

—Esta noche están solos en la casa el Mono y Morelos, pues Jesús Espitia y la demás gente, por ser sábado, andan en el otro lado del río emborrachándose en el pueblo.

—Cuidado como mientan —advirtió Vinicio—, porque al regreso les volamos las cabezas.

Convencidos de que iban a perdonarles la vida, uno de ellos, con aires de solidaridad, agregó:

—¡Es la verdad! ¡Lo juro!

Inesperadamente armados con rifles y municiones, los sequeños buscaron la casa de Espitia, situada frente a San Bernardo. La noticia de que Jesús Espitia no se encontraba en el interior de ella

perturbó un poco los ánimos de los sequeños, que hubieran querido aniquilar de una vez por todas el desalmado enemigo.

Al llegar a la hacienda se apostaron cautelosamente en distintos lugares, rodeando la casa para impedirles la huida. Los perros ladraron enfurecidos. Uno de ellos, envalentonado, trato de alcanzar a Vinicio, que no tuvo otra alternativa que disparar el arma. La detonación produjo la algarabía de los mastines dentro de los corrales.

—Malditos animales —rugió José Darío, perdiendo la calma—; acabaran por trastornarlo todo.

—¿Has oído? —exclamó asustado el Mono Espitia, levantándose rápidamente y dirigiéndose a Morelos, que no salía de su asombro; el Mono se acercó a una ventana y trato de ver lo que ocurría en los alrededores. Detrás de él, atosigado por el pánico, Morelos, con un rifle en la mano, interrogaba:

—¿Ve a algún vergajo, patrón?

—A nadie, pero deben espiarnos, pues los perros están ladrando. Parece que se hallan escondidos detrás de la barranca. Haz salir a uno de los peones a ver qué sucede.

Toditos se han marchado al pueblo; estamos solos.

—¡Maldita sea! No me explico quiénes puedan ser esos bandidos; sin duda será gente de Los Secos.

Al notar su incertidumbre, el capataz aconsejó:

—Huyamos por detrás.

José Darío y Vinicio espiaban el frente de la casa, con los fusiles listos para disparar al primer movimiento. Los perros se mantenían a raya ante el cadáver del congénere, olfateándolo, dando ladridos quejumbrosos. La parte trasera de la casa estaba resguardada por Romero y Gabalo, impacientes con las armas enristradas. Arrázola cuidaba de que nadie se acercara por el río. En mitad de la pared se entreabría una ventana y asomose la cabeza de Morelos, pero al momento varios disparos a la vez concurrieron sobre el blanco. Afortunadamente para el capataz, aquéllos no dieron en su objetivo y pudo exclamar, lívido de miedo:

—¡Estamos rodeados!

La inquietud exasperaba a José Darío, pensando que los disparos hubieran llamado la atención de los sambernardinos y especialmente del resto de la gente de Espitia, que no tardaría en

prestar su ayuda. Esto no escapaba de la mente de los sitiados, pues el Mono había dicho a Morelos:

—Se me ocurre una idea. Hagamos varias descargas a la vez para llamar la atención a los del pueblo —dijo el capataz, iluminados sus ojos vidriosos.

Inmediatamente pusieron en ejecución la idea, haciendo descargas al unísono contra el techo pajizo. Las descargas fueron oídas con claridad en el pueblo. En el estanquillo donde la peonada de Espitia diluía sus jornales, consumiendo aguardiente en torno a las mesas de billar, se comentó el suceso sin darle mayor importancia:

El Mono y Morelos andan de cacería.

—Y por lo visto han encontrado conejos.

Los sequeños comprendían que se hacía preciso tomar una pronta resolución de ataque, pero estaban divididos y no podían coordinar un plan. Desesperábase José Darío, al ver que escapaba de sus manos la venganza, y ya creía oír los remos de las champas cruzando la corriente, cuando se le acercó Vinicio arrastrándose por el suelo. Ante la premura de los acontecimientos acordaron prender fuego a la casa. No era fácil realizar sus propósitos, pues la jauría defendía los alrededores. El único acceso lo suministraba el corredor que separaba los corrales y que conducía a la puerta, pero detrás de ella se adivinaban los cánones del enemigo.

Las detonaciones del Mono y Morelos se hacían cada vez más insistentes y a la postre acabarían por alarmar a los sambernardinos. Los dos amigos dialogaban con palabras entrecortadas, midiendo la magnitud de su fracaso.

—¿Qué has pensado? —interrogó Vinicio al observar el cambio brusco de las facciones de José Darío.

El cuñado no le respondió, buscando con afán entre sus bolsillos una caja de fósforos. Sin decir palabra se estiró hasta alcanzar una palma seca. Vinicio comprendió entonces lo que maquinaba su mente.

—Sería inútil prender fuego a la casa, pues el incendio atraerá a todo San Bernardo y se escaparán —comentó.

—No, si tú los atajas con los muchachos —aclaró José Darío. Y sin dar tiempo a que lo detuviera el cuñado corrió hacia la casa con la palma encendida. Enmudecido. Vinicio observó como los perros,

atraídos por el resplandor de la llama, salieron al encuentro de José Darío, quien defendiéndose con la palma, saltó por encima de ellos. Dos fogonazos lo detuvieron en la carrera: se contorsionó, herido, y apenas pudo arrojar la palma junto a la puerta. Sin poder contener, Vinicio corrió tras de él y los proyectiles volvieron a escarbar la tierra: a su lado un perro cayó muerto y otro revolvió en la arena dando aullidos. No obstante el peligro, Vinicio se acercó al cuerpo exánime del amigo y palpó su rostro pálido y la sangre que manaba de su pecho perforado.

—¡Te han matado!

Ya las llamas mordían la puerta de bahareque. El fuego se extendió por todo el caserón y la brisa comenzó a levantar bien alto las llamas inflamadas. Muy pronto el fuerte olor de la cañabrava quemada se difundió por el ambiente con la persistencia de un extracto químico, y en torno a la hoguera inmensa los aullidos de los perros formaron un coro fúnebre.

Acorralados por el incendio, el Mono Espitia y Morelos se miraron espantados.

—¡Huyamos o moriremos achicharrados! —dijo el capataz.

—Sí, no creo que sean muchos. Por algún lado podremos escapar.

Corrían desesperados en busca de un posible escape, pero cuando tenían que afrontar la salida, ninguno de los dos quería arriesgarse de primero, temiendo los disparos. Morelos se asomó, receloso, ante la única puerta libre de las llamas, y aunque el techo amenazaba caerse, no pudo juntar sus fuerzas para decidirse. Detrás de él, el Mono, que temblaba por su indecisión, desvió hacia su cuerpo el cañón del rifle.

—¡Sal, perro!

Al sentir sobre sus espaldas la amenaza, Morelos imploro como un niño:

—¡No, no dispare!

—¡Sal pronto! —Acosó el Mono, temblorosas las piernas.

—¡Me matarán, Dios mío, me matarán!

Fue preciso que el Mono lo empujara a culatazos por la estrecha puerta. Fue un momento de lucha cobarde, en la que el miedo campeaba autoritario. La cabezota de Morelos apareció en mitad del marco un solo instante, el necesario para caer con el cráneo

agujereado por el disparo de Rosalío Gabalo.

—¡Cayo el hijueputa! —exclamó.

—Ya era hora de que pagara todos sus crímenes —contestó Serafín Romero, mientras apuntaba—. ¡El otro dejámelo a mí!

El Mono tuvo menos valor para afrontar la muerte al ver el cadáver de Morelos y corrió por entre los inflamados maderos dando alaridos:

—¡Por piedad, no me maten! ¡Me rindo! ¡Perdón!

Vinicio lo maldijo; el cadáver de José Darío le hinchaba el pecho de odio. Previendo que los sambernardinos podían aun salvarlo, apostose a orilla del río, junto con Arrázola, para impedir todo auxilio.

Las campanas del pueblo levantaron en coro sus voces de alarma, que tenían el mismo lamento de los perros acobardados ante el esplendor de las llamas. Con el toque de rebato, los sambernardinos saltaron de sus camas, y a medio vestir, corrían azorados por las callejuelas; de todas las puertas surgían voces, sombras y machetes relucientes buscando el lugar del incendio. La mayoría se aglomeraba en la plaza, en donde el cura Olascuaga y el alcalde Flores invocaban la ayuda de todos para apagar el fuego. A su lado Jesús Espitia, sorprendido por la noticia en el lecho de una concubina, se afanaba por abrochar sus pantalones sueltos.

El maestro Olivares, avisado por Ezequiel Montes, fue de los primeros en percatarse del incendio. Juntos corrieron hacia la orilla del río y aunque no sospecharon que, del otro lado de la barranca, los sequeños libraban la batalla contra el gamonal y sus esbirros, ante el incendio que destruía la casa odiada por el pueblo, se alegraron de que la corriente fuese una barrera para los que se disponían a prestar auxilio. Sigilosamente, el pícaro de Montes descendió hasta la hondada y encubierto por las sombras, fue cortando las amarras de las champas sin que los curiosos aglomerados en la orilla lograran advertirlo.

En la plaza, el cura Olascuaga se había enfrentado a la situación:

—¿Qué esperan?

Animado por las palabras de sacerdote, Flores ordenó a los indecisos.

—¡Es necesario apagar el incendio!

Corrían atropelladamente por las estrechas calles, rumbo al

puerto, blandiendo los machetes con los que esperaban aislar el fuego.

—¿Qué pasa, por qué no cruzan? —Acosó Jesús Espitia al ver incendiada su hacienda.

—Alguien corto las cabuyas de las canoas —respondió el alcalde perplejo, añadiendo—: ¡en todo esto se nota mano criminal!

—¿Y usted que hace? —le increpó Espitia—. Todo el mundo comete crímenes y se queda con la boca abierta. ¡La policía nunca sabe nada!

Cohibido, Flores bajó la cabeza y regresó hasta la orilla, en donde un grupo de peones comentaban el corte hecho a las amarras.

—¡Es preciso cruzar el río a nado! —advirtió con autoridad.

—¡Imposible! —contestó uno de los aludidos—. El río está crecido y nos arrastrara muy lejos.

—¡Maldita sea! —prorrumpió Espitia ante la mural a insalvable de la corriente, que por vez primera no favorecía sus propósitos.

Al oírlo lamentar, Ezequiel Montes sonrió con satisfacción, recordando como la corriente había arrastrado las embarcaciones agua abajo.

En la barranca opuesta, Vinicio y Arrázola, que esperaban intranquilos con las armas para impedir todo intento de auxilio, no se explicaban las vacilaciones de la gente en el puerto.

—¿Qué habrá sucedido? ¿Por qué no cruzan? —preguntó Vinicio, mientras el fuego lamía los troncos y el andamiaje. Los gritos del Mono Espitia todavía se escuchaban lastimosamente en medio de las llamas. El techo se desplomó con estruendo y de inmediato se extendió acre olor a cuerpo quemado. La masa informe del cadáver alimento una llamarada verdiazul en medio del incendio.

—¡José Darío está vengado! —comentó roncamente Vinicio a Efigenio Arrázola.

En la otra orilla del río, la muchedumbre presenciaba, impotente, el deslumbrante espectáculo. El Sinú corría rumoroso, un tanto insomne por las voces en sus barrancas.

XXXI

Al día siguiente, la policía se llevó presos a todos los hombres de Los Secos. La intervención apaciguadora del viejo Goyo impidió que Vinicio y Carrillito asumieran la violencia que les inspiraba la muerte de José Darío. Al verlos partir, María Teresa fue presa nuevamente de los ataques nerviosos que la abatían desde que supo la muerte del marido. Quiso correr al lado del cadáver, abandonado sobre la barranca, y el suegro debió retenerla, advirtiéndole que no convenía acercarse a él para no comprometer al resto de los sequeños. Poco a poco levantó la voz, acusándose a sí misma de todas las desgracias acaecidas con su llegada a Los Secos.

—De no ser por mí —clamaba—, nada habría ocurrido. Espitia no intentara arrojarnos de estas tierras y José Darío no se hubiera sacrificado por mi honra.

A estas acusaciones seguían sobresaltos y a viva voz pedía la muerte como misericordia e imploraba un poco de valor para el suicidio. Estebana y Rosa Aura la sujetaron y le hicieron tomar infusión de valeriana para calmarle los nervios. La anciana trato de consolarla, haciéndole ver que ella sólo era una víctima más de Espitia, como lo habían sido todos.

En la noche, varios conocidos del pueblo llegaron con el cadáver de José Darío. Venía envuelto en una sábana blanca en el fondo de la champa. A su lado, varios policías lo custodiaban; sus miradas sombrías eran sus únicos cirios y a su paso fue llorado por quienes vieron cruzar el cortejo fúnebre a lo largo del río. Una mujer había cambiado sus ropas ensangrentadas para librar a los familiares del feo espectáculo. Los campesinos, enterados de su sacrificio, bajaban la cabeza ante el último transito de José Darío por aquella avenida fluvial que tantas veces alegró con su risa. Su muerte despertó en ellos unánime sentimiento de odio hacia Espitia, como si sus corazones sólo esperaran la semilla de un sacrificio para unificar su

rencor.

Nunca fue más fría la noche en Los Secos. Faltaba el calor de los varones encarcelados; el fuego de sus pechos, encendidos por el odio; la mirada rebelde de José Darío, dormida bajo los párpados lavados. El corro de mujeres le tejía una oración con sus voces. A un lado, Juancho recogía, con sus oídos atentos, las palabras de Estebana calmando a María Teresa con su hijo blanco. Su relato adquiría en sus labios arrugados el sabor de un canto épico que transmitiera el sentimiento de venganza de padres a hijos:

—Mi hijo siempre dijo que ésta era una lucha a muerte entre nosotros, los despojados, y el canalla. Tenía razón mi negro: ésta era una cuestión vieja que debía llevarlo a la muerte. María Teresa, debilitada por el parto, se fue sumiendo en un sueño con sobresaltos.

El interrogatorio de los sequeños se verificó en la estrecha alcaldía. Allí estaba presente Jesús Espitia, con los ojos abotagados por el insomnio. Sus miradas de cacique autoritario se posaban sobre los rostros de los que consideraba súbditos, y en sus movimientos nerviosos se veía cuanto le molestaba que la justicia no se aplicara según sus dictados. La justicia, en esta ocasión, parecía despierta. La vigilante presencia de Marco Olivares le hizo tomar el recto curso de las diligencias.

De pie, contra la pared, permanecían los presuntos criminales, la mayoría de los varones que habitaban Los Secos, entre los que se encontraban Vinicio, Serafín Romero, Rosalío Gabalo y Epifanio Arrázola; frente a ellos los dos peones de Espitia, sorprendidos la noche anterior por los cinco sequeños. Hubiera bastado con que estos acusaran a los otros de haber acompañado al muerto, para que se les condenara. Bien lo sabían los peones y por ello, tal vez, se les humedecieron las manos cuando el alcalde Flores les gritó a la cara:

—Mírenlos bien. ¿Son estos los hombres que les asaltaron?

Un silencio se prendió en la sala. Las miradas cruzaban de unos ojos a otros, sembrando tensiones violentas. Vinicio alzó la frente con cierto desprecio hacia los peones que la noche anterior le pidieron clemencia postrados de rodillas. El viejo Goyo, que no creía en los parapetos de la justicia ordinaria, no podía quitar sus ojos del rostro de Espitia, a quien incomodaba su mirada. Al fin,

uno de los peones habló con timidez:

—No. No son ellos.

El otro, forzado por la solidaridad, confirmó la negación con movimientos de cabeza.

Si no son ellos, ¿entonces quienes pudieron asaltarlos anoche? Preguntó el alcalde, encolerizado.

—No eran ellos, señor.

Al notar la insistencia del alcalde, casi violentando una confesión, Olivares arguyó:

—Creo, señor alcalde, que tendrá que buscar a otros responsables; ya ve usted, estos hombres son inocentes.

—La justicia será implacable —fue su respuesta.

El silencio de los peones de Espitia se debía a las postreras palabras de José Darío, haciéndoles ver que la causa de los sequeños era la misma de todos los labriegos sometidos a la explotación del gamonal. Los discursos del maestro no habían sido estériles y en los campesinos se despertaba el sentimiento de unión en contra del poderoso. Con los días, los siervos eran menos fieles y menos fanáticos. Los jóvenes discípulos eran los que mejor recibían las enseñanzas revolucionarias y como estaban vinculados a los labriegos por lazos de sangre, llevaban la inquietud a los mayores. El pueblo despertaba del letargo en que lo sumían el temor y el hambre.

En Los Secos la ausencia de los varones sembró angustia en las familias. ¿Hasta cuándo los tendrían presos? La pregunta atormentaba a las mujeres, pese a que sabían de los esfuerzos hechos por el maestro Olivares. El luto de los familiares de José Darío impedía a los demás cantar o reír como antes lo hicieran, cuando no era la ausencia del padre, del marido o del hermano presos.

La naturaleza también los abandonaba. Las lluvias demoraban y el verano se prolongaba hasta muy entrado el año. Esta tregua era aprovechada por el mar, que trascendía victorioso sobre el río, llevando sus aguas malditas hasta los cultivos; la capa blanca de salitre era señal de muerte y desolación. Más arriba, Espitia comenzó a sembrar arroz. En la orilla del río siempre era posible lograr su cultivo, aun cuando las lluvias tardaran. En ello

seguramente pensaban las mujeres, haciendo reminiscencias de los terrenos que fueron suyos. Ahora debían esperar mientras el usurpador disfrutaba de sus bienes.

Para aliviar la escasez de alimento, bastante disminuido por la poca pesca, María Teresa, echando al olvido su pena, sugirió acercarse a las ciénagas próximas para robar pichones. Al día siguiente, en presencia de las mujeres, las garzas, chavarríes y picingos lanzaron al viento sus graznidos y revoloteaban muy cerca de los nidos donde piaban sus polluelos. Las intrusas se dividieron en varios bandos, disgregándose con dificultad sobre el barro blando de las orillas. La Anselma y la Antonia arrastraron las champas por los escurridos caños y se aproximaron hasta el más robusto de los árboles, que se erguía en mitad de la ciénaga. La blancura de las excrecencias, que cubrían su corteza, les bastó para adivinar que allí abundaban los nidos.

María Teresa pudo comprobarlo al subirse a sus ramas. Un alborotado piar se unió a los graznidos de las garzas en torno al árbol.

Uno a uno de los pichones era arrancado de sus nidos y después de pasar de mano en mano quedaban prisioneros en los sacos. Algunos de ellos, con cierta madurez en sus miembros, huían por las ramas en busca de mejores refugios, y otros, en su afán de libertad, se desplomaban para caer sobre las aguas, en donde eran capturados. En los rostros de las mujeres se retrataba el regocijo de aquella abundante recolección sobre todo cuando constataban la gordura de algunos de los polluelos.

De repente un grito cortó aquella alegría. Las voces, hasta entonces dicharacheras, se anudaron en las gargantas cuando vieron a Rosaura atemorizada por un caimán que le cortaba el paso. La joven se había subido a un árbol, en cuyo pie el reptil abría su boca descomunal. Muchas veces habían oído hablar a los hombres del centenario habitante de rugosa piel, que en más de una ocasión los había amedrentado. Contra él, la brujería de Carrillito había sido impotente.

No era hora de acobardarse, y María Teresa, al frente del grupo, se acercó hasta el caimán, que con sus coletazos mantenía a raya a las mujeres. Rosa Aura, encaramada en lo más alto del árbol, gritaba a sus compañeras:

—¡Huyan, no se acerquen por ese lado!

Acosado por golpes y gritos, el animal regreso con pausados pasos al cieno del pantano. El penoso incidente dio por terminada la excursión entre risas y comentarios, mientras los polluelos respondían a las madres, que batían sus alas sobre las cabezas de los raptores. La vida en Los Secos se sostuvo con la pesca y los pichones, que sazonaban los escasos granos de arroz. Cortaban las espigas y cocían en agua el grano verde para precipitar su madurez; arroz «subío», que era como un adelanto a la cosecha retardada por falta de agua. En las tardes, aun cuando María Teresa contemplaba las llanuras, creía ver a lo lejos, en la figura relevante de algún arbusto, al marido alargando sus brazos como lo acostumbrara.

—Allí esta tu papá —decía al hijo.

El muchacho, con leve sonrisa y manoteo, parecía comprenderle.

Entonces la abuela agregaba:

—Sí, hija, José Darío no está muerto. Mientras mi nieto viva, tendremos a un hombre más dispuesto a morir como él por el honor y la justicia.

Sentada en un rincón, preparando los bocachicos, se le nublaban los ojos al escuchar sus propias palabras que aludían al hijo sacrificado. Nunca supo de un momento de descanso, ni como hija, esposa o madre. La vida en el campo le grabo con rudeza cada arruga de su rostro. El infortunio podía herirla dolorosamente, pero su actitud siempre sería erguida hasta la muerte. Por eso lloraba en silencio, para no aumentar con sus lágrimas la pena de los suyos.

Las mujeres estaban en sus ocupaciones, cuando una tarde vieron a una champa que bajaba la corriente con velocidad; sus tripulantes agitaban en las manos algunos sombreros de jipijapa. De un rancho surgió el grito agudo y potente:

—¡Allí vienen!

Todos los ranchos se animaron. Fuerte algarabía se prendió en sus bocas. Alzaban las voces vigorosas acentuando la última sílaba en la larga entonación:

—¡Vini… cio… ooh! ¡Viniciooooo…!

—¡Jue! ¡Juee!

Los caños comenzaron a poblarse de champas. Después, los abrazos y besos. Todavía en la madrugada, de los ranchos brotaban voces confidentes:

—Sabes, Vinicio, muy pronto serás padre, muy pronto…

Por fin volvió el invierno y toda la tierra gimió emocionada bajo la lluvia fecundante. Las plantas elevaron los tallos y en torno a sus flores revoloteaban las mariposas como pétalos desprendidos por el viento; los sapos en celo entonaron su canción nocturna y los grillos, escondidos entre los perfumados heliotropos, le coreaban con alegría entusiasta. La corriente, cargada de maderos y plantas, se perdía a la vista de algunos remansos, pero el limo acumulado en Los Secos denotaba su labor interrumpida.

Con fervor indescriptible los sequeños se entregaron a la agricultura. Desde muy temprano se entraban en el agua, despoblaban la mala yerba, removían la tierra y trasplantaban la semilla. Las mujeres, como nunca, sentían placer en ayudar a sus maridos y observaban calladamente los cambios ocurridos en la prisión. En las tierras de Espitia también se trabajaba con ahínco. La lluvia recia infundía la esperanza de una gran cosecha como no se había visto en mucho tiempo. Toda la ribera se sembró copiosamente sin que se dejara un solo palmo de tierra donde el arroz no levantara sus hojas verdes y cortantes. Espitia, como todo el pueblo, estaba seguro de que las aguas abundantes permitirían resarcirse de los infecundos inviernos y aquel año multiplico sus cultivos. En Los Secos comenzó a temerse, pues serio peligro amenazaba a los ranchos con la violencia de la corriente. El río había vuelto a sus fechorías en San Bernardo, y en una noche se tragó una casa y sus restos, bateas y asientos, fueron a dar a la desembocadura, en donde los aprovecharon sus moradores. Pero ahora estos mismos temían la avalancha al escuchar en las noches el crujido de las estacas; al paso del agua. El viejo Goyo creyó prudente acomodar algunas más para reforzar las defensas, y aunque fue imitado por el resto de la comunidad, no tuvieron sosiego, espiando con timidez el rugido del río. Sabían que era traicionero y no eran muy claras las voces de la corriente.

Comenzaban a extrañar la ausencia de Espitia, cuando una tarde se presentaron las autoridades dispuestas a hacer cumplir lo ordenado por las leyes, interpretadas aviesamente por Calixto Flores. El número de ellos y las armas que traían hablaban

claramente de lo inútil de toda resistencia.

Se les ordeno salir de allí antes del amanecer, advirtiéndoles que en caso contrario se quemarían sus ranchos. Las sementeras no debían ser destruidas, so pena de cárcel; serían el pago por el usufructo de las tierras por muchos años. Jesús Espitia, acicateado por la esposa infecunda que reclamaba venganza por la muerte del Mono, no se había olvidado de los sequeños.

Pese a las amenazas, los campesinos estaban dispuestos a quemarlo todo aquella noche si la comisión ida a San Bernardo a charlar con Marco Olivares no tenía algún resultado provechoso. Nadie durmió en espera de tan débil contingencia. Ovillaban el porvenir de su existencia con ese hilo de esperanza. Si se veían privados de Los Secos, ¿adónde dirigirían sus pasos? La única salvación sería entregarse como siervos a Espitia, y antes que eso preferían la muerte.

Todos los moradores se reunieron aquella noche en derredor al rancho del viejo Goyo, que les narró sus cuentos picarescos. Muchas veces había escuchado las mismas historietas, pero esa noche ponían mayor interés presintiendo que las oirían juntos por última vez. En la mañana la comunidad se disolvería e iniciaría un éxodo hacia lo desconocido. Esa noche todavía podían comer y soñar.

Fue Juancho el primero en darse cuenta del fenómeno, mas atribúyolo al flujo de la marea y no le dio mayor importancia. Pero al continuar observando como el rancho parecía elevarse sobre el nivel de las aguas, no pudo contener un grito de asombro:

—¡El rancho se eleva! ¡Miren! ¡Miren!

Imbuidos aun por el hechizo de los cuentos, no dieron crédito a lo que oían. La curiosidad los movió de sus puestos y con malicia miraron la corriente del río, que mansamente se deslizaba en torno a las defensas del rancho. Al cabo de un rato toda la superstición se volcaba en sus mentes y prorrumpían en desentonadas exclamaciones:

—¡Sí, sí, se levanta!

Apretaronse unos contra otros como rebaño que husmea la proximidad del tigre. Cada cual mascullo frases supersticiosas:

—¡Ave María Purísima!

—¡Hechicería!

—¡Es el difunto José Darío, que recoge los pasos!

A cada nueva frase, el temor ascendía; nadie estaba seguro en su lugar; las manos del vecino asustaban. Quienes estaban sentados sobre los horcones que servían de defensa, saltaron de sus puestos. El viejo Goyo se sobrepuso al miedo y se acercó a la orilla para explicarse la extraña levitación. Con marcado nerviosismo se inclino sobre la corriente, puso sus manos como punto de reparo en la línea que marcaba la humedad en los troncos y quedó en suspenso por algunos minutos. Mientras tanto, las mujeres, llenas de pánico, se reunieron en el interior del rancho, desde donde pedían explicaciones. Una ráfaga fría venida del mar apago la lámpara y la oscuridad aumento su desconcierto. Estebana hurgo el caldero de barro en busca de los fósforos y tras de prender de nuevo la lámpara, trato de calmar a Rosa Aura, que muy junto a ella era presa de los nervios.

—¡Cálmate, hija, si sigues así vas a tener un mal parto!

La muchacha dominó su llanto y unió su oración a la de María Teresa, que, vestida de negro, parecía un penitente en comunicación con espíritus ultraterrenos.

—José Darío fue quien apagó la luz —dijo.

Sus palabras se confundieron con la algarabía de las mujeres abandonando el rancho embrujado. Algunos hombres, acobardados, llamaban a su lado a las mujeres, en tanto que otros, mas prácticos, las ayudaban a embarcarse en las champas. Muy pronto el asombro se hizo más patético, cuando comprobaron que todas las viviendas se habían elevado a gran altura sobre el agua. Los horcones, húmedos y llenos de crustáceos, semejaban patas de cangrejos enormes. Entonces fue cuando el viejo Goyo comprendió el fenómeno y exclamó alarmado:

—¡El río se está bajando!

Su descubrimiento no calmó los ánimos. Los más anonadados por la superstición comenzaron a tejer nuevas conjeturas, mientras trataban de guarecerse con el signo de la cruz. Sospechaban que todo aquello era ultraterreno y pensaban en el Juicio Final. Temerosos de volver de nuevo a los ranchos, rumbearon las champas hacia la orilla en busca de tierra firme. Al llegar a ésta, constataron lo que les afirmara Correa: la ribera se había convertido en altos barrancones que dificultaban la subida.

La noche daba pábulo a las invocaciones de las mujeres. El viejo Goyo también se dejó arrastrar por el pánico y rápidamente embarco a su familia, sin preocuparse de los útiles hogareños. Más tarde se esforzaba en calmar los ánimos entre los familiares que en la carrera se habían separado unos de otros. Cada cual quería estar al lado de los suyos, para enfrentarse al fin del mundo, que ya creían próximo. La barranca se lleno de nombres conocidos: «¡Rosendo!» «¡Próspero!» «¡Culebro!» «¡Rosaura!» Para aumentar sus desdichas, un fuerte aguacero cayó sobre ellos, mientras el viento revolvía el techo pajizo de los ranchos. A la luz repetida de los relámpagos, se pudieron orientar y apretujados unos contra otros permanecieron toda la noche acosados por la lluvia implacable, el frío y los zancudos.

En San Bernardo la sequía del río despertó también el pánico de sus habitantes. Con las horas, a lo largo de la ribera fueron apareciendo trozos de playas y altos barrancones; las champas quedaron varadas en los puertos, sujetas a sus amarraduras. Extrañados por el acontecimiento, toda la población se aglomero en la orilla, en donde comentaban lo sucedido bajo torrencial aguacero. De la finca de Espitia habían venido algunos peones, también alarmados por cuanto veían en torno a la hacienda. Sin mucha dificultad, pese a la lluvia, lograron cruzar con sus champas la pausada corriente.

Los sambernardinos acudieron a la iglesia atropelladamente. El cura Olascuaga, de los menos enterados de lo sucedido, se esforzaba en fortalecer la fe de sus feligreses.

Vinicio, Serafín y Carrillito hablaban con el maestro y el alcalde en la Casa del Campesino cuando tuvieron noticia de la sequía. Precisamente era el río el principal personaje de su platica; alegaban los campesinos que sólo a él se debían las tierras de Los Secos y por tanto, la justicia no podía arrebatárselas sin obrar con arbitrariedad.

Flores, que no podía aducir las mismas razones ante su jefe, y acosado por las razones del maestro, optaba por refugiarse en un silencio estúpido. Pronto la algazara de los sambernardinos, temiendo por la suerte del pueblo, le sustrajo de aquella situación embarazosa.

El músico y sus amigos, también preocupados, marcharon en

busca de sus hogares. Con no poca sorpresa los vieron embarcarse y tomar la ruta del río de la cual querían huir todos. Las voces de aliento de Olivares les ayudaron a sobreponerse al temor que les inspiraba aquella jornada que podía ser la última. Mucho antes de llegar a Los Secos comenzaron a dar fuertes gritos, sin que oyeran las respuestas de sus familiares, que sobre la barranca no salían aún de su confusión.

A la salida del sol, sorprendidos, los sequeños vieron algo extraordinario. De la corriente impetuosa no quedaba sino un delgado hilo de agua en el fondo del lecho, mientras los barrancos desnudos testimoniaban la antigua pujanza del río. En aquella noche el Sinú había decidido torcer el curso de sus aguas por encima de San Bernardo, abriendo un nuevo cauce al mar.

Al suceso, si bien movió a comentarios, no se le atribuyo su justo valor hasta una semana después, cuando las plantaciones languidecieron notoriamente. Ante el progreso de la muerte sobre la verde sabana, los campesinos empezaron a valorar la gravedad del desastre. El río, con los días desviaba cada vez más el grosor de las aguas por la nueva desembocadura, dejando sin irrigación las fértiles tierras de antaño. La sequía fue haciéndose patente en las plantas florecidas, que caían impotentes atacadas por la sed. Los ganados se llegaban hasta la orilla del río en busca de agua y fácilmente lo cruzaban para entrarse a los terrenos opuestos.

En Los Secos, el mar se mostraba orgulloso de su victoria. Sus aguas triunfales habían invadido las tierras con su vaho salitroso. En torno a los tallos se estrechaba el círculo de sal, que ahogaba los últimos vestigios de savia. El arroz se mantuvo en pie por algún tiempo y sus amos veían con impotencia su lucha por sobrevivir en aquel terreno salobre. Mas pensando en la expropiación a la cual estaban condenados, comprendieron que el río realizaba la destrucción de la cosecha que ellos habían planeado. Al contemplar los campos yermos de Espitia no podían menos de sentirse vengados.

El daño para el latifundista fue incalculable, por la fuerte suma de dinero empleada en la siembra de ese año. La ruina merodeaba a sus puertas con pasos silenciosos, visibles en la marchitez de los plantíos. A la pérdida del grano maduro se sumaba la posible esterilidad de la tierra. Cesaría todo usufructo de los latifundios

adquiridos con crímenes. Por vez primera Jesús Espitia pensó en el emplazamiento que el viejo Goyo le hiciera ante Dios. Un destino adverso trastornaba sus planes: primero la muerte del hijastro, y luego, la esterilidad de la tierra. Tuvo un miedo imbécil. Renacía en él todo su pasado de estúpidas supersticiones. El hombre que nunca tuvo miedo a Dios, ahora temía al demonio. A cada paso creía ver el conjuro del viejo Goyo hilando los últimos días de su vida.

XXXII

Dos noticias procedentes de Cartagena alarmaron a los sambernardinos: el fallo a favor de Espitia en el pleito de Los Secos y la destitución de Marco Olivares. Ni lo uno ni lo otro les hubiera preocupado de no haber visto como el maestro expuso hasta la vida por la causa de los sequeños. Antes que él, nadie había osado enfrentarse a Espitia ni denunciado sus atropellos. Olivares, rompiendo con la sumisión elevó ante los tribunales la voz de los despojados.

Los sambernardinos comprendieron que si ahora el maestro abandonaba el pueblo, muy pronto el patrón, sin el freno que contenía sus violaciones, tomaría venganza en todos aquellos que habían enviado sus hijos a la escuela y oído sus platicas. Olivares no hubiera podido hacerles ver que se podía atacar al gamonal abiertamente, con tan buenos resultados, si éste no hubiera apetecido Los Secos. Esta expoliación, que coronaba sus desmanes fue esgrimida con fuerza contra él, porque los vecinos y viajeros que cruzaban la desembocadura apreciaron desde el primer día como el viejo Goyo, al frente de la comunidad, hizo vivibles y cultivables las tierras inhóspitas.

Una vez que Olivares denunció públicamente las pretensiones de Espitia, una corriente de sorpresa que rápidamente se convirtió en simpatía, respaldo a los expoliados. Mas la contienda era desigual. Jesús Espitia, exsenador de la República, adinerado, terrateniente y jefe político de una fracción, abatiría a los abogados por la justicia espectacularmente. Desde el primer momento se notó la parcialización de los jueces al pedir y exigir a los demandantes una y mil pruebas condenatorias, declarando improcedentes las muchas que en su contra había; ni la habilidad y el tesón del maestro pudieron reunirlas y conducirlas para que pesaran lo suficiente. El papeleo y las leguleyadas eran un sepulcro profundo y tortuoso en

el que se sepultaban las causas justas y cuando se quería glorificar la iniquidad.

No bien tuvo Olivares conocimiento de la sentencia, llamó a los sequeños a San Bernardo y, ya sin la investidura de maestro, como amigo de los expropiados, quiso exponer ante el pueblo las causas por las cuales se les había privado de sus tierras. Azael Montes y los escolares difundieron en el poblado la noticia de que el maestro los citaba a la Casa del Campesino para tratar de problemas de interés general. La palabra ligera de Montes había dejado entrever que la expropiación de Los Secos y el cese del maestro serían los temas a tratar.

Unos sentados en bancos o en el suelo, otros de pie, dentro y fuera del local, descalzos y a medio vestir, daban solemnidad a la asamblea. Los mismos campesinos se extrañaron de formar un cuadro tan abigarrado, semidesnudos y turbados por la indignación. La palabra del maestro y la presencia de los familiares de José Darío, y, sobre todo, la criatura blanca en brazos de María Teresa, que recordaba la humillación sufrida, conmovieron hondamente a los campesinos.

En medio de la concurrencia, de pie, Marco Olivares se dirigió a los labriegos:

—A pesar de los testigos y documentos presentados en el juzgado, que demostraban lo que todo el mundo conoce, que el viejo Goyo y demás moradores de la desembocadura son los legítimos dueños de Los Secos, se ha fallado contra ellos y en favor de Jesús Espitia. Yo quiero decir a ustedes que este fallo no sólo va encaminado contra los sequeños, sino en contra de todos los campesinos. Jesús Espitia, alarmado por la unión de nosotros, temiendo el creciente poder de la organización de la Casa del Campesino, no sólo ha tratado de destruirla con sus propias fuerzas, sino que ha solicitado apoyo de sus amigos en el Gobierno. El fallo adverso, pasando por encima de la justicia y la razón, es el mejor testimonio de solidaridad que dan ricos y terratenientes a los planes de explotación y servidumbre de Espitia. Desde ahora en adelante, las cosas irán empeorando y el alcalde Flores servirá como nunca a los planes del gamonal.

Jiménez se mostraba inquieto y el maestro le dirigió la palabra:

—Parece que Sebastian quiere decirnos algo, oigamos su

opinión.

El aludido se levantó del suelo, en medio de sus cuatro hijos y la mujer. Estuvo muy cerca de ellos, pues le molestaban las miradas que ahora lo hacían blanco de su curiosidad. Sintió la misma impresión que lo embargo los primeros días en que le destaparon la herida de la frente y se vio la tremenda cicatriz que se hundía entre las cejas. Por fin, enderezó el ánimo caído y, llevándose las manos a todas las partes del cuerpo, dijo:

—Yo quiero decir, yo quiero decir que si el maestro sabía todas esas vainas de Espitia y el Gobierno, ¿por qué nos metió en el lío de enfrentarnos a ellos? Yo vi esto desde la primera vez; entonces dijeron que yo era burro; ahora yo preguntó: ¿quién es bestia?

Algunas voces tímidas parecían apoyar la observación del padre de familia; hubo quienes afirmaron con la cabeza o rieron; sin embargo, el rumor se asfixió por la abrumadora mayoría de labios sellados.

—Sebastian tiene razón en parte —respondió Olivares—. Es cierto que yo no ignoraba el entendimiento entre Espitia y el Gobierno, ¿pero acaso por eso debíamos sufrir pacientemente su arbitrariedad? ¿Somos unos burros cómo insinúa Sebastian? Sólo como animales podíamos continuar sufriendo la angarilla de Espitia sin incomodarnos. Ahora preguntó: ¿el difunto José Darío, cuando atacó al Mono y a Morelos para vengar la deshonra de la mujer, no sabía que lo más seguro era que lo matarán? ¿Acaso no sabía yo que al meterme con Espitia arriesgaba la vida? Todos nosotros sabíamos que el gamonal no se iba a quedar con las manos amarradas si le reclamábamos aumento de jornal. Pero eso no impidió que nos fuéramos a la lucha, porque no somos animales, sino hombres que pensamos. ¿No es así?

Así es, maestro.

Así mismo.

—Entonces, pues —continuó, satisfecho por la aprobación general—, ahora se trata de no arrepentirnos ni de acobardarnos, sino de organizarnos más, que mientras más unidos, menos dolor para unos y más fuerza para todos. La situación es ésta: todos debemos ayudar a los sequeños para que continúen en su lucha contra Espitia, aunque tengan que abandonar las tierras. Si ellos dan el caso por perdido, como lo hicieron Ezequiel Montes y los

demás que calzaron Tierra de Bijao cuando aquél se las quitó, entonces no sólo se perderán Los Secos, sino que mañana, si a él le viene en gana adueñarse de San Bernardo, o de nuestras hijas y de nuestros bienes, lo hará, porque sabe que somos flojos para la lucha y que al primer golpe nos enfriamos.

El viejo Goyo dejó escurrir algunas lágrimas. ¡Cómo le dolía no ser un joven! Vinicio le apretó la mano y su contacto le dio los frenos que perdía por la emoción. Carrillito cruzó de un lado a otro con sus piernas curvas para recibir un tabaco que le ofreció Próspero Huelva. «Yo maté a Rafael Castañeda. ¿Por qué no acabó con Espitia?», pensaba el Culebro. Quería echar en mitad de la concurrencia el reto de que él abatiría también a Espitia, pero tenía miedo; se miraba sus piernas raquíticas y comprendía cuan débil era. Su báculo contra el pecho lo hacía sentirse un poco más fuerte, pero se engañaba. Ezequiel Montes se sintió orgulloso al advertir que Olivares le cedía la palabra a su hijo en aquella memorable ocasión.

—Ahora yo les anuncio que el maestro fue destituido de la dirección de la escuela. Como comprenderán, esto ha sido obra del mismo Espitia. ¿Qué vamos a hacer frente a estos problemas? El maestro les ha aclarado la necesidad que tenemos de estar ahora más unidos que nunca y ayudar a los sequeños: ¿Cómo vamos a hacer esto? En primer lugar, nos negamos a trabajar en Los Secos al servicio de Espitia… Ninguno de nosotros debe limpiar, sembrar o cosechar en esas tierras. Por otro lado, el maestro ha dicho que estará con nosotros, puesto que esta dispuesto a continuar la lucha. No piensa darnos la espalda en la presente situación y debemos aprovechar su estada aquí para que las clases no se suspendan, porque aunque vendrá otro maestro a sustituirlo, es seguro que será un protegido de Espitia y del cura. Nada bueno podemos esperar de él, sino el desinterés y la perversidad de los anteriores. La escuela publica volverá a ser centro de borrachines y de corrupción, como lo fue antes de que llegara el maestro Olivares. Si queremos continuar con escuela propia debemos hacerla, como hicimos la Casa del Campesino. Nosotros hemos visto como el río le ha dado la espalda a Espitia, alejado sus aguas de sus cultivos y devuelto las tierras que había robado al pueblo. Así, pues, ahora podemos levantar una escuela en la barranca.

Los sambernardinos dieron comienzo a la construcción de la escuela sobre la explanada que había dejado el río al retirarse. Desde el lado opuesto, Jesús Espitia gruñía al ver el entusiasmo en la construcción. Todas las mañanas, al levantarse, corría a las ventanas para constatar el progreso de la obra. Una casa espaciosa, de paredes blancas y techo pajizo, se levantó, altanera, como desafío a su dominio. El nuevo maestro, uno de sus tantos esbirros, miraba con sorpresa el grupo reducido de escolares en sus clases, mientras que Olivares, asesorado por sus antiguos discípulos, no alcanzaba a suministrar sus enseñanzas. A la nueva escuela no sólo concurrían los niños, sino también los adultos. Todos aquellos que de un modo u otro participaran en su construcción querían recibir el fruto de su esfuerzo, justificándose el nombre de Escuela del Pueblo que le habían dado.

El maestro, orgulloso de haber convertido en triunfo lo que había sido una derrota, no sólo se limitó a la enseñanza, sino que a diario, cuando los campesinos regresaban de sus labores, los recibía para hablarles de temas que les despertaban su conciencia de proletarios, y el ejemplo de su propia escuela le servía para revelarles su poderío, siempre que unieran y fortalecieran sus intereses.

XXXIII

El conocimiento de la situación económica y social ante el terrateniente por las enseñanzas recibidas en la Liga los unió a la desdicha de los sequeños, a quienes habían mirado hasta entonces como a seres extraños. No pudiendo ayudarlos sino con sus brazos, únicos instrumentos que les pertenecían, marcharon a la desembocadura a colaborar en la tarea que realizaban.

Nunca fue el Currao de tanto provecho para sus amigos como en esas noches en que los labriegos de San Bernardo se dejaban guiar por él en la oscuridad. Incomodado de que otro le aventajase, Ezequiel Montes le cedía la dirección, dejándolo orientarse por los atajos, caños y firmes, ya que podía fijar a ciegas con exactitud la posición y marcar el camino más corto que llevara a la desembocadura. Al caer la noche se agrupaban en casa de Paco Zarante, ubicada en un extremo del pueblo, hasta donde llegaban los pantanos. Nadie osaba partir sin la brújula del Currao, que se anunciaba en la orilla llamando a grandes voces.

Con el cambio brusco de la corriente, todas las ciénagas escurrían hacia el cauce madre, descubriendo muchos secos y cambiando la geografía. El camino de una noche era inútil al día siguiente, siendo cada vez más duro arrastrar la champa por los exangües caños. Mientras llegaba el boga reían alegres y dicharacheros, comentando la desviación del río y las posibilidades de sembrar nuevos cultivos de maíz, cana, millo y plátano, que no necesitaba de mucha agua, como el arroz. La conversación, después de recorrer sucesos generales, regresaba a enmarcar la realidad presente.

Al llegar a Los Secos, sus voces y brazos se unían a los sequeños, recolectando el grano amenazado por Espitia y el salitre. A la luz clara de la luna, los cuchillos quebraban la espiga, bajo el canto de los picingos y él revoloteó lerdo de las purrutas. Bien cargadas las

champas, se arrastraban hacia el fondo de la bahía, donde ya se levantaban las primeras barbacoas que harían de pañoles.

Por entre el mangle bobo que ribeteaba el fondo de la bahía, los expoliados limpiaban a golpes de hacha y machete los húmedos y salitrosos secos, atrafagados en el corte, cuando oyeron los gritos de Próspero Huelva, que había ido a dejar la última carga de arroz. Su voz ronca resonó por entre las ramas y Serafín Romero creyó que el graznido de un garcipolo lo había asustado. De nuevo escucharon los ayes insistentes. Vinicio dejó clavada el hacha en el tronco y sin medir sus pasos, corrió por las varas de mangle entre el fango, empujado por un mal presentimiento.

—¡Corran, corran! ¡La raya ha puyado a mano Próspero!

En el fango, revolviéndose por el dolor del lancetazo, el campesino agarraba fuertemente su pierna derecha. Un sudor frío le banaba la frente ancha. Curvado sobre el muslo, su barriga apenas le permitía ver el tremendo aguijón introducido como una hoja de puñal en sus carnes.

—¡Mi pata, mi pata! —gritaba asustado ante la sangre que se mezclaba al barro, al agua sucia, al rojo subido del mangle.

¿Dónde, papa?

—¡Aquí, aquí! ¡Mira como asoma la maldita! —La terrible púa que corona el rabo de la raya se había quebrado en las profundas carnes.

Huelva se hallaba metido en el agua, arrastrando la champa, cuando piso el cuerpo gelatinoso, y antes de que percibiera la realidad, ya la espina desgarraba su piel. Al primer quejido salto Pérez, que venía a su encuentro, alcanzando a ver la huida de la raya, que tiraba latigazos con la cola. Arrastró al amigo hasta la orilla, donde se revolvía como un novillo que sintiera machucados los testículos.

—¡Un cuchillo para sacar la espina! —grito Pérez. Pero el viejo Goyo contestó en el acto:

—Esa pendejada no se saca con un cuchillo; es mejor arrancarla con cuero y todo.

El herido no ignoraba ese procedimiento y pidió al hijo:

—Sácala con los dientes antes de que me envenene la sangre.

Le acostaron en tierra y Serafín le trabo los brazos a la espalda,

en tanto que Pérez, sujetando la pierna herida, logró mantenerla firme, a pesar del temblor que la agitaba. Goyo, abrazando al compadre, impedía que el tórax se enderezara, y cuando el herido se convulsiono impotente con aquellas amarras, el hijo dio comienzo a la cirugía bárbara. Acerco la boca al muslo y con los dientes agarro la base de la espina para tirar con violencia. El jalón brusco abrió canales en las carnes y sacó el hueso, negro y rugoso. Por unos minutos más le sujetaron para dar tiempo a que Vinicio lavara la herida y la vendara con un pedazo de paruma. La barriga de Huelva jadeo por el ombligo hasta serenarse. Apresuradamente sacaron las ramazones de mangle de la champa y tras acostar al enfermo en el fondo, partieron hacia los nuevos ranchos, donde le curarían las mujeres.

Ni las cenizas, ni el hollín con telarañas, ni las sanguijuelas ni el agua caliente detuvieron la infección. Con los días la pierna se azuleaba, la hinchazón crecía y el pus tomó olores nauseabundos. En los delirios, el enfermo pedía a gritos que le cortaran la pierna, que no quería vivir con aquel miembro desagradecido. El sudor corría por su frente y Rosa Aura supo lo que significaba un cuadro desesperado, como los que frecuentemente daba con sus escalofríos. El viejo Goyo fue de opinión que se llevara a San Bernardo en busca de un médico. El Currao aparejo su champa y estuvo listo para acortar el camino por mitad de los pantanos. En brazos de los amigos se sacó el corpazo del rancho, dejando a Rosalía con tremenda angustia. Tenía el presentimiento de que no iba a ver más a su marido y pidió un lugar en la champa para acompañarlo en el viaje. Sus deseos fueron negados, porque era preciso caminar rápido y mientras más ligera estuviera la canoa, mejor para hacerla avanzar. Sólo el hijo se agregó como compañía y el Currao, una vez más, puso a prueba su sentido de orientación.

La noche los sorprendió muy lejos del pueblo. El enfermo sumaba casi las doscientas libras y la champa se hundía al rozar con su vientre el bajo fondo de los pantanos, se atascaba de lleno entre el lodo. Los bogas se metían entonces en el fango y empujaban la canoa hasta dejarla de nuevo sobre las aguas.

—¡Córtenme la pata! ¡Hijo, corte por aquí! —exclamaba Próspero, desesperado por la gangrena—. ¡Mira como hiede! ¡Ya ésa no andará más nunca!

—No diga eso, papa. Ahora el médico se la salvará —respondía, Vinicio, esforzándose con la palanca. El Currao se orientaba; los quejidos del enfermo lo turbaban y de repente tuvo la sensación de que se hallaba perdido. En la oscuridad sólo se insinuaban las luciérnagas o la burla de los sapos con su croar. «Si al menos soplara la brisa trayéndome olores conocidos, entonces tendría un norte». Nada se movía; sólo el quejido del enfermo, cada vez más lastimero, revolvía el aire. «Estoy perdido», se decía el baquiano, desorientado por primera vez cuando menos lo hubiera querido.

—¡Corta, hijo! ¡Corta a esa pata desagradecida! —Cada lamento era un foetazo a las espaldas del Currao y la champa avanzaba por el rumbo inseguro. Vinicio adivinó su incertidumbre, pero callaba, preocupado por el dolor del padre. Por encima de sus cabezas un búho lanzo su grito agorero y todavía, una vez más, para confirmar que la muerte se acercaba, una lechuza cascabelera desgranó su tialismo desde lo alto del cielo. Vinicio la busco indiscreto, pronunciando el nombre de san Bernardo. Juró cargarlo en la procesión con todas sus fuerzas. No importaría que se hiciese el pesado, pues él tenía potencia, tanta que al apoyarse sobre la palanca la quebró en tres pedazos.

—¡Ya se jodió!

—¡Estamos de malas! —respondió el Currao al oír la maldición de Vinicio y viéndose aun más perdido. Las ciénagas parecían multiplicarse, o era la misma que no terminaba nunca. Todos los contornos eran iguales borroneados por las sombras.

—Papá, papá, ¿estás dormido? —inquirió, angustiado, Vinicio, al advertir que el padre había dejado de quejarse. Se curvó sobre su frente y hurgó con la mano el rostro.

¿Qué sucede? —preguntó el Currao, nervioso.

Está dormido, pero la fiebre lo muele; quema más que una piedra de fogón.

—¡Está bueno que duerma, así descansa! —aconsejó el boga. Al fin tuvo un rastro; de por allá venía un insistente olor a heliotropos; más tarde observaba las mazorcas blancas y no tuvo duda de que estaba llegando al pueblo.

—¡Se murió, se ha estirado!

¿Qué dices?

—¡Está muerto, ya la fiebre se fue y se ha puesto frío!

El Currao soltó la palanca para cerciorarse de lo que oía. Un olor a fosa abierta borro el perfume de los heliotropos. Un fósforo raspo la caja, pero se quebró por el movimiento nervioso. Nuevamente se oyó el chasquido, y la lumbre, en mitad de la ciénaga, ilumino la concavidad de la canoa, llena por el corpazo de Huelva. La pierna vendada sembraba de pus el fondo y difundía la pestilencia. En el lado opuesto, bajo la pálida luz del fósforo, el rostro grasoso dibujaba una mueca con los dientes trabados. El hijo se seco las lágrimas con el dorso sudoroso del brazo.

—Quién lo iba a pensar, que tu papá muriera puyado de raya —rezongó el Currao—; si al menos hubiera sido espuela de gallo, habría muerto feliz.

Si la muerte acechaba en los pantanos, la vida sabía sobrepujarla. Vinicio ahora la amaba más porque tenía un hijo. Y nació sin fiebre. ¡Quién lo iba a creer! Rosa Aura, que viniera al mundo casi por aborto en un ataque palúdico, que se acostumbró a la fiebre, que ya no le temía, dio a luz un hijo sano, alegre y robusto. Se llamaría Próspero y, como el abuelo, tal vez sería peleador de gallos. No. Mejor sería abogado. ¡Un abogado honrado, que defendiera a los desposeídos!

—Andate, Currao, y orientate, que te haces el perdido para pasar otra noche sobándole las costillas a la Antonia —dijo Rosalía, preocupada por llegar a San Bernardo, para bautizar al nieto, que tendría al maestro por padrino—. ¡No vayan a creer que no los vi anoche, y tan callados que estuvieron ayer todo el día!

La aludida se ruborizo por unos instantes, explicando luego con fingido enojo:

—Ya conocen ustedes al Currao; es muy atrevido. Yo ni siquiera lo mire en el día y anoche diciéndome que era caimán, me asusto…

—Y resultó que tú eres babilla, porque le he visto aruños en la cara, a pesar de que quiere ocultárselos con barro.

En la noche, mientras durmieron en la ciénaga, porque el Currao juraba que estaba perdido, busco a la hembra en la concavidad de la champa. Se fingía extraviado, y con razón, porque en aquel escondrijo podía gozar de las caricias de la Antonia, que en los ranchos de Los Secos, bajo la custodia del padre, no había podido

extenderse en un palmo de tierra. Pero allí, en el fondo de la champa y al lado de otros, pudo abrevar la sed de sus instintos contenidos. Sin el toldo de la noche que cubriera la hora de la entrega, los amigos que soportaban sus quejidos, los acusaban implacables:

—¡Pero le han visto el mordisco que tiene el condenado en el pecho! Comentó Vinicio.

—Eso no es mordisco, que de serlo, contento estaría —replicó el Currao, cobijándose con el orgullo—. Eso fue una estaca de carrizo que por poco me atraviesa el corazón. Todo por querer salir del atolladero y ustedes diciendo que quiero pasar otra noche metido en este infierno. ¡Cómo será la gente de desagradecida! ¿Qué culpa tengo yo de que la corriente hubiera arrinconado tanto firme por aquí?

La vida brotaba bulliciosa hasta en la frialdad de los pantanos. La Antonia había sido elegida aquella noche para recibir la semilla. ¡Del río surgió un cocodrilo que la mordió con caricias humanas y la había hecho suya!

—Aquí fue, mamá, donde murió papá.

Dos lágrimas rodaron al fondo de la ciénaga.

Los sequeños observaban, regocijados, como a medida que la corriente fluía con más fuerza por la nueva boca, la bahía de Cispatá, sin el gran caudal del río por aquellos lados, se secaba considerablemente en las inmediaciones de la desembocadura y de la costa. No tardaron en percatarse de que podían repetir la aventura de años atrás, y mucho antes de que los bancos se convirtieran en islotes, las primeras estacas se hundían para recibir las paredes de mangle y el techo de palma. La rapidez y el empeño del éxodo hicieron olvidar las fatigas.

La unión y el sentimiento de cooperación demostraron una vez más su poder. Marco Olivares los robustecía, esperanzándolos mientras la Liga Campesina apelaba a la Corte Suprema de Justicia, en Bogotá.

Sólo así pudo realizarse lo inaudito, lo que ante los ojos de Espitia y sus alguaciles no tuvo explicación posible: en pocos días los sequeños habían recolectado toda la cosecha, mudado sus hogares, calzado y protegido sus nuevos islotes. En eso no habrían visto nada de extraordinario de saber que los sambernardinos,

instigados por un sentido de cooperación, prestaron su ayuda a los sequeños durante la noche. Tampoco se explicó Espitia por qué ni uno solo de ellos, ni siquiera el tímido Sebastian Jiménez, aceptó trabajar en lo que él llamaba sus nuevas posesiones. No dejó de pensar que en esa actitud asomaba la obra de Marco Olivares y de Azael Montes. Su sorpresa fue aún mayor cuando muchos de sus peones más adictos rehusaron vivir o cultivar en tierras tan insalubres. Sólo los hombres enfrentados a un dilema de vida o muerte podían acogerse a tales terrenos, en donde se incubaba la muerte. La cólera al enterarse de que aquéllos trasegaron todo el arroz maduro fue menos irritante que la sorpresa al comprobar que la falta de agua dulce y la cercanía del mar impedía todo cultivo.

—Entonces, ¿cómo demonios vivió aquí Gregorio Correa —preguntó— y como pretende vivir embarbascado en la bahía?

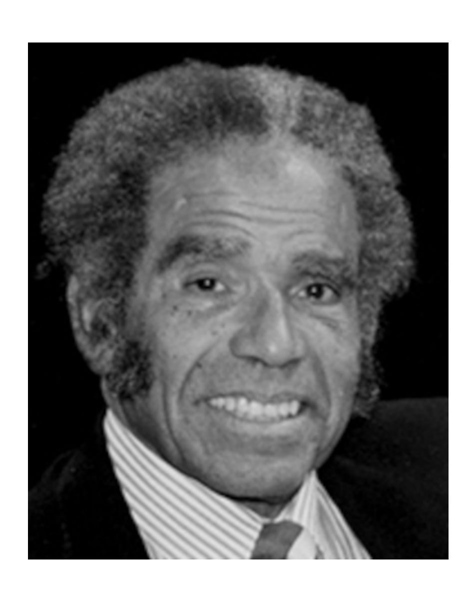
—Son cosas de brujo, doctor —contestó uno de los peones que rehusaban meterse en aquellos pantanos.

Cosas de brujo. He aquí la verdad de aquella paradoja. El viejo Goyo y las familias de Los Secos subsistieron en la desembocadura con pura brujería. La que saben los hombres fuertes cuando están enfrentados al dilema de vida o muerte. Un verdadero milagro les permitió sobrevivir en tan precario medio y otro, no menos sobrenatural, les animó a convertir en tierras habitables la cenagosa desembocadura. Ahora las dejaban para que otros, asalariados y sumisos, intentaran repetir la hazaña. El viejo Goyo sabía que el Sinú no lo permitiría.

VOCABULARIO

Arroz Cheja — Dícese de una variedad de arroz
Arroz Mono — Dícese de una variedad de arroz
Arroz sobio — Dícese del arroz cocido aún verde
Arroz vano — Dícese del arroz todavía no maduro
Balay — Cedazo de bejuco y napa
Barbudo — Pez de la familia de los selacios
Bocachico — Pez de río que emigra como el salmón
Bollo — Alimento hecho con harina de maíz
Botija — Medida de granos
Bullerengue — Baile de negros
Cabuya — Cuerda. Medida de superficie
Cama de viento — Cama plegadiza
Campano — Árbol que crece en aguas pantanosas
Canalete — Remo que se emplea como timón
Caracucha — Valvas de crustáceos
Casabe — Torta de harina de yuca
Cardón — Especie de cactus, cuyo corazón, en forma de canuto, sirve para hacer flautas
Cuerda — Conjunto de gallos de pelea o partidarios de dicho conjunto
Cumbia — Baile que se ejecuta al compás de instrumentos autóctonos
Curricán — Cordel de pescar
Curtiembre — Curtiduría
Champa — Canoa larga de una sola pieza
Charé — Pez de río de gran voracidad
Chavarrí — Ave zancuda del tamaño de un pavo
Chelena — Ave zancuda de vivos colores
Churi-churi — Planta acuática con flotadores. Miosotis
Chuzar — Atravesar con flecha o arpón a los peces
Dominicano — Pájaro pequeño y de hermoso canto
Embarbascar — Enredarse en el barbasco. Perderse
Enjue — Conjunto de palos y plantas arrastrados por la corriente
Espita — Especie de flauta indígena
Gaita macho — Gaita que hace de bajo y lleva el compás
Gaita hembra — Gaita que lleva la melodía
Gallo — Llámase a ciertos corozos de palmera
Garcipolo — Especie de garza de graznido fuerte
Guepajé — Interjección que denota entusiasmo y decisión
Guapirreo — Grito de hombría, de guapo
Golofio — Pájaro de color negro
Golero — Gallinazo, zopilote
Godo — Mote con que se llama a los conservadores
Jején — Especie de zancudo que abunda a orillas del mar
Mano — Llámase al madero torneado con que se trituran los granos o al conjunto de espigas que se abarca con la mano
Mangoneo — Tramposería
Manatí — Animal anfibio que vive en los ríos
Mataratón — Árbol de olor característico
Mejaño — Pájaro pequeño y de hermoso canto
Millo — Junco que da frutos en mazorcas o gajos
Mochorroco — Mote con que se llama a los liberales
Mochuelo — Pájaro pequeño y de hermoso canto
Moco — Se dice de la parafina que escurre de las velas encendidas
Mohán — Deidad de los bosques que devora a los hombres
Múcura — Recipiente de barro cocido para cargar agua
Napa — Gramínea qué se utiliza en la confección de abanicos y esteras
Palanca — Vara larga que se utiliza para impulsar la champa
Pampa — Trapo ancho que se enrolla en la cintura a manera de falda
Pelado — Muchacho, niño
Petate — Estera
Pisingo — Ave palmípeda. Los campesinos del Sinú dicen que cuando canta expresa la siguiente sentencia: "Esta noche hay títeres"
Pilón — Mortero grande para descascarar arroz y triturar granos
Pilandera — Mujer que pila

Baile y aire musical popular —
Insecto que destruye los plantíos de coco —
Hinchazón de los escrotos por la filaría —
Dícese del herniado inguinal o que sufre potra. Hernia escrotal —
Extremo de un cultivo cualquiera. Espigas de arroz atadas en manojo —
Puño de arroz
Aire musical. Frase hiriente —
Ave zancuda que anida en los cultivos de arroz
Pez armado de filuda espina en el rabo —
Comilón —
Tabla —
Ave zancuda de canto alegre. Gaviota —
Paludismo —
Pájaro pequeño parecido a la golondrina —
Palabra que se emplea corrientemente en variadísimas formas —



MANUEL ZAPATA OLIVELLA (Santa Cruz de Lorica, Colombia el 17 de marzo de 1920 - Bogotá el 19 noviembre de 2004). Estudió Medicina en la Universidad Nacional, pero se dedicó a las investigaciones antropológicas y etnográficas; a la literatura, destacándose en la narrativa (novela y cuento), al teatro, y como guionista para radio y televisión. Participó como conferencista en múltiples eventos científicos, culturales y literarios en América, Europa, África y Asia.

Entre sus obras se encuentran: Novelas *En Chimá nace un "santo"; Detrás del rostro; Changó, el gran putas; Chambacú, corral de negros; Tierra mojada; La calle 10; El fusilamiento del diablo; Hemingway, el cazador de la muerte*. Cuentos: *Cuentos de muerte y libertad; El galeón sumergido; ¿Quién le dio el fusil a Oswald?* Teatro: *Los pasos del indio; Las tres monedas de oro; El retorno de Caín; Caronte liberado; Mangalonga el liberto*.

Notas

[1] “El enigma”, cuento premiado en un concurso por la Editorial Zig-Zag,
hace años, fue escrito, como lo deja expuesto el escritor peruano, por Antonio Zapata, padre del autor de la presente novela, y de Antonio zapata Olivella, novelista inédito que obtuvo el segundo premio de la novela colombiana —1942— con su obra “Trivios bajo el sol”, y que corrió la suerte de sepultarse en el ineditismo. (Nota del editor). < <